

A cada uno su
propia muerte
VEIT HEINICHEN

Siruela/ Policiaca



Veit Heinichen

A cada uno su propia muerte

Traducción de
Christian Martí-Menzel

 **Siruela**

Nuevos Tiempos

Índice

Cubierta

Portadilla

A cada uno su propia muerte

Trieste, 12 de septiembre de 1977

Aeropuerto Internacional de Viena 12 de julio de 1999

Trieste, 17 de julio de 1999

Trieste, 18 de julio de 1999, 1.10 h barrio de San Giacomo

Trieste, 18 de julio de 1999

Trieste, 19 de julio de 1999

Parenzo, Croacia, 20 de julio de 1999, 20.00 h

Trieste, 20 de julio de 1999

Parenzo/Trieste, 21 de julio de 1999, pasada la medianoche

Trieste, 21 de julio de 1999

Trieste, 22 de julio de 1999

16 de julio, 21.10 h, frente a la Sacca degli Scardovi, Podelta

Trieste, 22 de julio de 1999, a partir de las 19.15 h, la Questura

Trieste, 23 de julio de 1999

Créditos

A cada uno su propia muerte

Desde luego, no había olvidado que poco antes ya había querido matarlo, pero eso no tenía la menor importancia, porque las cosas que nadie sabe y que no dejan huella no existen.

Italo Svevo, *La conciencia de Zeno*

Trieste, 12 de septiembre de 1977

Ese día Elisa de Kopfersberg no quiso acompañarle. La mera idea de tener que pasar un solo minuto con su marido en la lancha motora se le hacía extremadamente incómoda. Prefería sentarse a la sombra e intentar concentrarse en su libro, mientras él iba a anclarla, con los labios apretados y la mirada fija, en una zona apartada frente al acantilado. Sabía, en todo caso, que en cualquier momento él rompería su silencio y empezaría, primero en voz baja y luego cada vez más alto, a hacerle reproches.

Elisa prefería reunirse los domingos con sus amigas en la Lanterna, la playa más antigua del Adriático, acondicionada en tiempos de María Teresa, y que incluso hoy mantiene la tradición de separar a hombres y mujeres en dos zonas. Como aún no tenía seis años, su hijo podía acompañarla a la zona de mujeres. En la Lanterna se sentía segura y comprendida por sus amigas. Sospechaba que su marido mantenía una relación con otra mujer, por mucho que él se hiciera el desentendido. Éste pasaba por problemas económicos y esperaba que ella se volviera a hacer cargo de sus deudas. Esta vez, sin embargo, Elisa fue inflexible. Ahora no había razón alguna para apoyarle. Cuando ella le echó en cara su relación él lo negó todo. «Y aunque así fuera», le gritó, «no debería sorprenderte. No me ayudas nada y mis problemas te interesan una mierda». Una vez le pegó, otra le llevó flores y un anillo de brillantes. Intentó lograr sus propósitos con zalamerías, que a ella le repugnaron y que eludió encerrándose con su hijo, que lloraba, en su habitación.

Pero ahora había cedido de nuevo. A Spartaco, su hijo, lo envió con las amigas a la Lanterna. Tal como le había rogado su marido, debían estar los dos solos para hablar abiertamente de una vez por todas.

Las bengalas rojas dejaban su rastro de humo en el cielo azul metálico del mediodía. Éste permaneció durante un buen rato en el cielo, como las estelas de condensación de los aviones. Los guardacostas asustaron con sus bramidos a los bañistas, que estaban disfrutando del calor a lo largo del acantilado del golfo de Trieste. Sus coches ribeteaban los treinta kilómetros de la carretera de la costa a Duino, que pasaba por Barcola y Miramare y serpenteaba siguiendo el perfil de las rocas calcáreas de Santa Croce y Aurisina.

Era un día de finales de verano con más de treinta y cinco grados a la sombra, una brisa de fuerza dos y un mar algo movido. La visibilidad era buena. Hacía días que el viento había barrido todas las nubes. La cúpula de la catedral de Pirano parecía flotar en el horizonte sobre una franja luminosa frente a la península de Istria. Al oeste, las islas de la laguna de Grado cabalgaban sobre las aguas cristalinas. Los periódicos hablaban de un verano que iba a marcar época.

El tiempo parecía haberse detenido hasta que de repente los altavoces de las

playas empezaron a rechinar y una voz distorsionada avisó a los bañistas que debían abandonar el agua inmediatamente. Las banderas negras significaban peligro. Se había avistado un tiburón.

El verano había transcurrido en calma y, al contrario que en años anteriores, el *Piccolo*, el diario de la ciudad y de la región, llevaba meses sin informar de la presencia de tiburones. Durante esta época del año éstos no solían extraviarse en las aguas calientes del golfo, ya que preferían las más frías.

El asunto le venía de perlas al *Piccolo* durante los meses estivales. Según el diario, los tiburones, que también podían ser atunes o delfines, se habían visto sobre todo a más de cuarenta millas al sur, antes de Istria, en Quarnero, la costa croata frente a Fiume, Abbazia y Pola, donde el mar es más profundo y frío. Antes de que uno de ellos llegara hasta el norte, lo más probable era que quedara atrapado en las redes de arrastre de los pesqueros, donde encontraba la muerte de forma atroz, o que fuera interceptado por los nerviosos pescadores, que acababan de ver arruinados sus aparejos y su pesca. Pero si realmente un verdadero tiburón llevaba el miedo a la costa norte del Adriático, entonces sí que todo el mecanismo se ponía en marcha. Los guardacostas, cuyas tripulaciones se apostaban en la proa escrutando la superficie marina en busca de la aleta sospechosa, se hacían a la mar. Sin embargo, la mayoría de las veces el *Piccolo* tenía que echar mano de las fotos de archivo. La cacería sólo tenía éxito en contadas ocasiones. Trieste era prácticamente una zona libre de tiburones.

También ese domingo de septiembre de 1977 los barcos de la Capitanía salieron a patrullar. Sin embargo, en lugar de iniciar la caza, su misión consistía en avisar rápidamente a los bañistas a lo largo de toda la costa. Con los de la ciudad todo era más sencillo, ya que bastaba con informar a los arrendatarios de las playas.

Más difícil era la situación al oeste del golfo. Allí los triestinos descendían las altas y resplandecientes rocas calcáreas del pelado acantilado de la Costa dei Barbari para disfrutar de la tarde lejos de todo barullo. Hasta bien entrados los años cincuenta, antes de que se iniciara la pesca industrializada, los bancos de atunes encontraban el camino hasta los pequeños puertos, donde los pescadores los atrapaban desde simples barcas. Sus mujeres, todas vestidas de negro, llevaban la pesca en cestas sobre las cabezas a los pueblos situados por encima del mar en el Carso. El ascenso de los más de doscientos metros de altura duraba más de media hora por caminos empinados que serpenteaban entre viñedos en terraza. Más adelante, los pescadores dieron paso a los patrones de los barcos de recreo y los bañistas utilizaron las barracas donde se guardaban los aparejos de pesca.

Lo más complicado era avisar a los tripulantes de los veleros y de las lanchas motoras, que anclaban sus embarcaciones preferentemente en esta parte del golfo y pasaban la tarde bajo su apacible balanceo con los toldos extendidos. Aunque era

bastante improbable que alguien se encontrara con el tiburón, un guardacostas se dirigió a la Costa dei Barbari para alertar a los bañistas. Entretanto, en las playas de la ciudad y en Grignano ya no quedaba nadie en el agua. Las escalerillas del antiguo complejo Ausonia se habían retirado hacía tiempo y los bañistas, después de que les hubiera sobresaltado mientras disfrutaban de los placeres de una tarde de domingo, escrutaban agitados y nerviosos el mar con la intención de ver la aleta del tiburón cortando las olas o quizá alguna sombra de la bestia. Al menos querían ver recompensada tanta emoción, aunque el tiburón no les hizo ese favor. Al final, las playas, los paseos marítimos y los malecones se fueron vaciando poco a poco. Hacia las siete de la tarde sólo los valientes, los despreocupados, los atolondrados y unos pocos turistas se atrevieron a remojarse de nuevo, con el fin de darse el último baño refrescante antes de que el sol se hundiera en la laguna de Grado convertido en una bola de fuego rojo. En todo caso, ninguno de ellos se alejó mucho.

El *Tergeste 6* cruzó la parte oriental del golfo a casi un cuarto de milla de distancia de la ciudad. Allí el tiburón se había visto tres veces seguidas. Se trataba del barco más nuevo de la Capitanía, un Akhir 21 Sport, con dos turbinas MAN y más de mil doscientos caballos de potencia. A ambos lados del casco se leía *Guardia Costiera* en grandes letras de color rojo vinoso, letras remarcadas con una línea ancha también de color rojo vinoso visible a gran distancia, que en la proa del barco caía en vertical hasta por debajo de la línea de flotación. En cubierta había apostados tres hombres. Dos de ellos sostenían unos arpones en las manos, el tercero un fusil.

Cuando la popa del barco se hundió de repente en el mar, la proa se alzó, las máquinas llenaron con un aullido atronador todo el espacio hasta la costa y las hélices levantaron una enorme nube de espuma blanca. Los bañistas que ya habían recogido sus pertenencias y estaban a punto de volver a casa permanecieron en el malecón. Dejaron sus cosas en el suelo e hicieron pantalla con la mano frente a los ojos para no ser cegados por un sol ya bajo, que se reflejaba en la superficie del agua. El barco aceleró con gran potencia, mientras que la proa se alzaba cada vez más. Los tres hombres se agarraban con fuerza a la borda, al mismo tiempo que cogían con la mano libre los ganchos de los portacarabinas a los arneses que llevaban cruzados en el torso y les sujetaban al barco. Así evitaban verse despedidos de la cubierta por las fuertes sacudidas de las olas.

Desde Grignano se vio llegar poco después al *Tergeste II*, un Hatteras que surcaba las aguas creando grandes olas a proa. Era un barco más antiguo y desde luego más pequeño que su hermano, de quince metros de eslora y más rápido. Lo habían requisado en un caso de contrabando. Por su parte, el *Tergeste II* era más fácil de gobernar. A la luz de la noche podía distinguirse a proa la silueta de dos hombres. Parecía que ambos barcos se dirigían al mismo punto lejano en el centro del golfo y que, visto desde el malecón, formaba la punta de un triángulo, cuyos

lados trazaban los rastros de la espuma en el mar. Los hombres miraban hacia el lado interior del triángulo y sujetaban las armas por la culata. Los barcos se convirtieron en unos puntos en la lejanía y también el ruido de las máquinas se fue atenuando poco a poco. Habían dejado la ciudad atrás y encendieron las luces de posición. El sol se hundió en sus tres terceras partes en el mar y las sombras alargadas sobre el golfo eran imponentes. Los últimos curiosos ya se encontraban de camino a casa y formaban una larga cola con sus vehículos de vuelta a la ciudad. El paseo marítimo pertenecía ahora por completo a los pescadores y sus cañas.

A la mañana siguiente, en el *Piccolo* se podría leer lo sucedido. El artículo abriría la sección local encabezado con un grueso titular: *Alarma, tiburones. Pánico a finales del verano. Dos barcos de la Capitanía patrullan por todo el golfo.*

Aeropuerto Internacional de Viena 12 de julio de 1999

El Dr. Otto Wolferer se subió con dos dedos la manga izquierda de la americana y miró de nuevo la esfera del reloj Cartier. La persona con la que se debía encontrar podía aparecer en cualquier momento. El Airbus 320 de Swissair procedente de Zurich con el número de vuelo SR10 había aterrizado puntualmente. Lo vio en la pantalla justo al entrar, poco antes de las cinco de la tarde, en la terminal de llegadas del aeropuerto, después de haber aparcado su coche con el distintivo oficial en una plaza reservada del p rking.

Wolferer era un hombre de apenas cincuenta años y estatura mediana. Vestía unos elegantes pantalones grises de sarga, americana cruzada azul marino con botones dorados, camisa blanca, corbata de rayas rojas, azules y doradas, y zapatos marrones bien lustrosos. Tenía la tez ligeramente bronceada y llevaba gafas sin montura y patillas doradas. El cabello rubio oscuro y corto empezaba a platear en las sienes. En la mano izquierda lucía un anillo de sello. Se notaba que Wolferer era un triunfador, un hombre de aeropuertos internacionales.

Esper , tal como habían pactado, en el restaurante Schanigarten, en una mesa algo separada de los dem as comensales. Había abierto una revista de actualidad, que hojeaba con desgana frente a una cerveza sobre un mantel de cuadros rojos y blancos. A su lado descansaba sobre una silla un maletín de cuero marrón oscuro con combinación de seguridad. De vez en cuando, Wolferer levantaba la vista y buscaba entre los viajeros que llegaban y las personas que les esperaban.

El negocio que tenía que cerrar no se podía despachar en su oficina del K rntner Ring. Algunas cosas requerían discreción. Como antiguo miembro del partido socialdemócrata y ex secretario de Estado prefería no citarse con nadie en la ciudad. Muchos le habían reconocido y además su socio debía continuar el viaje enseguida. Así lo habían organizado muchas veces. Era la forma más segura. El negocio ya cerrado se sellaba con un apretón de manos y la documentación se entregaba simplemente intercambiando los maletines idénticos, incluso en la combinación de seguridad. Sólo un observador perspicaz se había dado cuenta del cambio. Durante este mismo encuentro se hablaba sobre un nuevo proyecto y se pactaba el procedimiento que debían seguir. Una hora más tarde ya estaban los dos de nuevo en camino. Wolferer cogía el coche en dirección al centro de la ciudad de Viena, donde una vez en su casa y completamente a solas revisaba el contenido del maletín. Su socio subía por la escalera mecánica hacia la terminal de salidas y desaparecía por el control de seguridad.

–Disculpe que le haya hecho esperar, pero había cola en el control de pasaportes
–Wolferer reconoció aquella voz dura con acento del sudeste de Europa. Tuvo que darse la vuelta. El hombre de traje negro, camisa azul oscuro y corbata gris azulado

había llegado desde otra dirección. Tendió a Wolferer la mano, dejó su maletín debajo de la mesa y se sentó frente a él.

–Espero que haya tenido buen viaje, Sr. Drakic –le contestó Wolferer–. ¿Qué quiere beber?

–Una cerveza –dijo Drakic señalando el vaso que tenía enfrente. Wolferer llamó con la mano al camarero y pidió una cerveza.

–Deberíamos hablar sobre los porcentajes –empezó Drakic sin preámbulos–. Hasta ahora se ha comprometido a un sesenta y cinco por ciento. También queremos el resto.

Wolferer frunció el ceño.

–Eso no es posible –dijo–, las directrices no permiten más de dos tercios –hizo girar la copa de cerveza sujetándola entre el pulgar y el índice y rehuyó la mirada de Drakic.

–Olvídese de las directrices –contestó Drakic haciendo un gesto de desprecio con la mano–. Después del terremoto, ya podemos olvidarnos de una gran parte de las exportaciones turcas; han caído en picado, los muelles están casi vacíos y ahora todo lo que llega se reenvía inmediatamente. La opinión pública espera de ustedes una intervención rápida. Créame, esto se apreciará más que el ridículo cumplimiento de las directrices. Hasta la prensa hablará bien de ustedes.

–Entonces habrá que ampliar el círculo. ¡Esto lo sabe usted muy bien! –Wolferer ya estaba convencido de ello. Simplemente iban a regatear el precio.

–¡No le puedo ofrecer más de un cinco por ciento! –Drakic le miró a los ojos con una mirada helada.

–¡Ocho! –dijo Wolferer, y mantuvo la mirada.

–¡Ni hablar! Los márgenes son ajustados. ¡Usted ya ha realizado el trabajo en sí, ahora lo que viene es puro beneficio! Dejémoslo en un cinco por ciento. Sabe perfectamente que es mucho.

–Quiero un ocho por ciento –repitió Wolferer.

–Le aconsejaría que le saque partido en la prensa. Y deje que le elijan para la Comisión. Esta vez lo conseguirá. Entonces recibirá mucho más –el rostro de Drakic no reflejaba alteración alguna. Miró su reloj de muñeca para dar a entender que tenía prisa–. Véngase la próxima semana a Trieste. Daremos una pequeña fiesta para invitados selectos y gozaremos de grata compañía. Encontrará en el maletín un billete de avión vía Munich. Hasta entonces se lo puede volver a pensar. ¡Pero aproveche la ocasión! –exclamó como si fuera una orden.

Wolferer dudó. Se dio cuenta de que tenía media batalla perdida o que casi había dado su brazo a torcer. Un cinco por ciento suponía un maldito montón de dinero.

–Un cinco por ciento no es suficiente –repitió Wolferer–, son muchos los implicados.

–¿A quién más necesita, aparte de Leish y Ferenci? –preguntó Drakic en tono

inflexible. Llevaba mucho tiempo en el negocio y Wolferer no era ni mucho menos su único cliente. Jack Leish y la Dra. Karla Ferenci eran los representantes de Wolferer en la Agencia Europea para Intervenciones Rápidas (EAUI) y según sus estatutos uno de los dos también estaba obligado a firmar los documentos.

–Sáquele provecho político al asunto. ¡Y también en la prensa! Hable usted del rápido aprovisionamiento, mencione la miserable gestión de la ayuda a Kosovo enviada a través de Bari como demostración de lo mal que se ha llevado el asunto y enseguida tendrá todas las simpatías de su parte. ¡Cuarenta y cinco mil víctimas no son moco de pavo! Y cada día se esperan nuevos terremotos.

–Me lo pensaré –contestó Wolferer–. Quizá tenga usted razón –Drakic miró de nuevo la hora, lo que significaba que debía partir. Cogió el maletín de Wolferer que se encontraba en la silla frente a él y que contenía la documentación para los dos tercios previamente pactados, se levantó y tendió la mano a Wolferer.

–Nos vemos entonces la semana que viene –se despidió Drakic–. Le gustará, ya lo verá. Hemos elegido a unas acompañantes encantadoras para usted. Y quizá piense en un regalo especial, para que no se sienta tan desgraciado. Adiós.

–Tendrá noticias mías –respondió Wolferer–. Se lo haré saber a Kopfersberg en Viena.

–Esta vez avísenos a nosotros, ¡Spartaco está de vacaciones! –dijo Drakic volviéndose para irse.

–¡Buen viaje!

Wolferer permaneció sentado y llamó al camarero. Pagó las dos cervezas, cogió el maletín que había dejado Drakic debajo de la mesa y abandonó el local. Vio a su interlocutor al final de la escalera mecánica en dirección a la terminal de salidas. Wolferer se preguntó a qué lugar se dirigiría ahora. Buscó en el tablón donde se anunciaban los vuelos de salida, pero había demasiados. El aeropuerto de Viena se había convertido desde hacía tiempo en uno de los puntos neurálgicos del tráfico aéreo hacia el este de Europa.

Wolferer recogió el coche del parking y se dirigió a casa. Tenía prisa. Una vez allí quería comprobar con calma el contenido del maletín y contar los dos fajos de billetes que debía entregar al día siguiente a sus colegas de la administración. Sabían del encuentro y esperaban ya el dinero.

Viktor Drakic cogió el vuelo de las 20.05 de la compañía Air Lauda con destino a Verona. Pasada la medianoche llegaría a Trieste en tren. La misma mañana del miércoles debía retomar las negociaciones con los armadores y los proveedores de contenedores para la ampliación de los cargamentos de ayuda humanitaria que la Unión Europea destinaba a las víctimas del terremoto de Turquía. Drakic estaba seguro de que todo se iba a canalizar a través de Trieste. Después del caos vivido en Bari con motivo de la ayuda a Kosovo, la situación política era muy propicia, por

eso sabía que Wolferer acabaría cediendo, a más tardar tras la fiesta de la semana siguiente.

Trieste, 17 de julio de 1999

–¡Tenemos que mudarnos! –le espetó Laura propinándole un codazo poco cariñoso en las costillas. Proteo suspiró y se volvió hacia ella. Tampoco él podía dormir y a ratos caía en un ligero sueño, del que se despertaba siempre rápidamente. El ruido era infernal.

–¡Pero no esta misma noche, maldita sea! –se llevó la mano izquierda allí donde ella le había propinado el codazo y la miró asustado. En la penumbra vio primero las pupilas oscuras de Laura, después sus ojeras, resultado de más de una noche de escaso sueño. Laura tenía razón. El ruido de los ventiladores del patio, con los que se refrigeraba el local de la planta baja, no se podía aguantar durante el verano.

Los Laurenti, y entre ellos sobre todo el padre de familia, Proteo Laurenti, habían declarado la guerra a la *signora* Rosetti, viuda de setenta y seis años de edad, y a la *signora* De Renzo, también viuda, pero de ochenta y dos años, desde que ambas habían llegado a un acuerdo con el dueño del local en contra de los anteriores pactos de los propietarios que vivían en este inmueble de cinco pisos de finales del siglo XIX. Tal como había supuesto Proteo Laurenti, lo suyo era pura codicia. Sólo con ellas dos, Cossutta había alcanzado la mayoría necesaria, ya que los otros, y de eso Laurenti estaba convencido, no habrían podido cambiar el resultado de la votación.

Poco tiempo después de aquella desconsoladora asamblea en la que los demás propietarios airearon su estupor e indignación, empezaron las obras en el estrecho patio interior del edificio. Se instalaron dos enormes compresores de ventilador que llenaban la noche con un escándalo similar al producido por un batallón de aspiradoras. Pero lo peor estaba por llegar: poco después Cossutta abrió un bar junto a la *trattoria*, con lo que el negocio funcionaba hasta altas horas de la madrugada. Qué más daba ahora cómo había conseguido el permiso; el daño era ya irreparable.

Proteo Laurenti estaba totalmente convencido de que aquellas dos cotorras, tal como llamaba él en privado a las viudas Rosetti y De Renzo, sólo querían dinero, a pesar de lo bien que vivían, y que por eso se habían dejado convencer con un sabroso anticipo. Aquel cambio de opinión era realmente sospechoso. Precisamente el día anterior habían estado despotricando contra Cossutta y la «vida depravada de los jóvenes de hoy en día».

Proteo Laurenti se incorporó suspirando y quiso abrazar a su mujer. Ella le rechazó.

–Ya nos buscaremos algo en otoño –dijo para tranquilizarla y con la esperanza de que el tema se olvidara tan pronto como pudieran volver a cerrar las ventanas por la noche. La idea de tener que visitar incontables viviendas, pensar en la comisión del agente de la propiedad inmobiliaria y en el once por ciento de impuestos, la

lectura monótona de la escritura por parte del notario, que sólo por un par de sellos y timbres del estado ya pedía dinero, y la perspectiva de tener que pasar por el esfuerzo que suponía una nueva mudanza le fastidiaba. ¿No habían pasado ya por todo ello hacía pocos años? Además, dadas las circunstancias actuales, esta vivienda sólo la podrían vender o alquilar por debajo del precio de mercado.

–Con lo fácil que hubiese sido envenenar a esas viejas brujas. O haberlas ayudado a bajar las escaleras con un pequeño empujoncito...

–Déjate de empujoncitos –contestó Laura, que ya no tenía ganas de pensar en lo que podrían haber hecho–. Mañana por la mañana iré a ver a Massotti –añadió malhumorada mientras se incorporaba de golpe. Tenía la chaqueta del pijama prácticamente desabrochada y la seda azul oscuro se le pegaba a la piel morena. Su largo y tupido cabello era en verano casi rubio, sólo las raíces permanecían oscuras. Había girado el rostro hacia él con una leve inclinación de la cabeza. El cabello le caía por encima del hombro cubriéndole uno de los pechos. Proteo sintió una aguda punzada en el diafragma; le gustaba esta visión, aunque sabía muy bien que ella le picaría en los dedos si intentaba algo.

–¿Massotti? –exclamó Proteo. Ése sí que no le gustaba nada. No aguantaba a los de las inmobiliarias. Y aunque, de todo Trieste, Massotti fuera el más apreciado de su gremio y casi siempre ofreciera realmente las viviendas más bonitas, Laurenti no estaba dispuesto a cambiar de criterio sobre el sujeto en cuestión–. ¡Hasta nunca jamás, amado dinero!

–Sí, sí, Massotti –contestó Laura con decisión–. Me encontré ayer con su mujer en el Caffè Piazzagrande. Según ella, da la casualidad de que en estos momentos hay muchas viviendas disponibles, y muy bonitas, por cierto.

Laura encendió la luz con la intención de explicar su punto de vista, aunque fuera entre las tres y las cuatro de la madrugada.

Proteo tenía sueño y esas no eran horas para ponerse a hablar. Aunque sabía perfectamente que cualquier resistencia era inútil. Cuando Laura decidía hacer algo, lo llevaba hasta sus últimas consecuencias. Los últimos dos decenios de su vida en común habían sido sobre todo muy beneficiosos para ellos dos y para sus tres hijos. Laura había llevado las riendas de la familia con mano suave pero decidida. Se podía confiar en ella. Mientras tanto, Proteo había hecho carrera en la policía. Gracias a su ambición y su larga experiencia había cubierto el largo camino desde simple «agente» hasta *Commissario IV qualifica* y se había convertido en jefe de la policía criminal de Trieste, lo cual suponía en realidad más trabajo que cualquier otra consideración de tipo honorífico. Laura crió a los niños. Las dos mayores, Livia y Patrizia Isabella, tenían veintiún y diecinueve años respectivamente. Marco pronto iba a cumplir los diecisiete. Cuatro años atrás, Laura había empezado a trabajar en la casa de subastas más importante de la ciudad, donde era responsable de la sección de arte. Ambos compartían la pasión

por la pintura y los libros de viejo. Cuando se lo podían permitir adquirirían cuadros con los que adornaban las paredes del piso. Había dejado aparcada por simple hastío su antigua profesión en el mundo de las relaciones públicas, «demasiada charlatanería y poca sustancia». Tampoco quería seguir trabajando como profesora; según ella, después de tantos años educando a sus propios hijos, ya había dado a los demás una parte suficiente de su vida. Por no mencionar a Proteo.

En esta casa dominada casi exclusivamente por lo femenino, Proteo no tenía mucho que decir, como él mismo afirmaba jocosamente. Sin embargo, era feliz, quería a su mujer y a sus hijos y agradecía cada nuevo día lo que tenía, pues antes no podría ni haber imaginado que llevaría una vida como la que llevaba.

Lo único que no le hacía ninguna gracia era el asunto de la mudanza. Proteo alcanzó la botella de agua que tenía junto a la cama.

—Hay una casa un poco más arriba de la Villa Ada... Lo sé porque me lo ha dicho la mujer de Massotti —Laura hizo una breve pausa, como si estuviera viendo las imágenes de su fantasía—. Tiene unas vistas maravillosas sobre la ciudad y el puerto. Todo Trieste está a tus pies, un jardín... ¡y tranquilidad, sobre todo tranquilidad!

—Eso, tú déjate engatusar por la inmobiliaria. Lo que no te ha dicho es lo que va a costar arreglarla y que habrá que invertir el doble de lo que en realidad cuesta la casa —respondió Proteo alzando las cejas y la frente.

—Hay que verlo. Habrá que hacer alguna obra, claro. Pero antes de nada deberíamos echarle un vistazo...

El teléfono interrumpió las fantasías de Laura. Ahora era ella la que ponía los ojos en blanco. Siempre que dejaba volar la imaginación tenía que sonar el dichoso aparato.

—*Pronto!* —su marido ya se había hecho con el auricular y proyectó en la oreja de su interlocutor todo su disgusto para que no pasara inadvertido.

—Eh..., disculpe comisario —debía de tratarse de uno de los nuevos *poliziotti* que habían entrado en servicio hacía sólo unas semanas y a cuyas voces y rostros Proteo Laurenti no podía asignar automáticamente un nombre—. Le habla Greco, el agente Greco. Se ha encontrado un yate vacío a la deriva. Disponemos de una información...

—¿Qué? ¿Un yate vacío? ¡A las cinco de la mañana todos los yates están vacíos! ¿De qué información habla? —exclamó Laurenti poniendo todo el énfasis en las palabras «vacíos» e «información». ¿Por qué Greco no podía decir simplemente qué era lo que pasaba, sobre todo a esas horas?—. Que se ocupe la Guardia costera o la Policía marítima. ¡Hable de una vez, Greco!

—Bueno, el cabo asistente Sgubin me ha dicho que le llame. Hemos recibido la información de la Guardia costera. A la altura de la Trattoria Costiera, por debajo de Santa Croce, en el mar.

—¡Claro, en el mar! Pensaba que en el Carso —le soltó enfadado Laurenti,

sabiendo que no oiría de Greco ni una sola frase inteligible. Sin embargo, si Sgubin le había pedido que le llamara era que se trataba de algo importante. A Sgubin lo conocía desde hacía tiempo; era un buen policía que trabajaba a conciencia, a veces incluso demasiado. Uno podía confiar en él.

Proteo ya se había levantado y se encaminó al baño. Por culpa del fuerte enfado tenía retortijones en el estómago. Ahora mismo tenía dos asuntos fastidiosos que resolver sin haber dormido.

–Lo siento, Laura, se trata de un barco a la deriva –dijo intentando controlarse–. ¿Me preparas un café?

A las cuatro y media de la madrugada ya había asomado una buena parte del sol por el Carso, que rodeaba la costa y la ciudad como un cinturón, y sumergió los tejados en una luz dorada, que contrastaba fuertemente con el cielo. El azul metálico del mar brillaba y cubría como un material estriado todo el golfo. Las calles estaban prácticamente vacías, sólo un par de coches circulaban en ese momento.

Proteo Laurenti condujo su Fiat Tempra durante un corto trecho desde la Via Díaz por los rieles del tranvía de la Via Mercato Vecchio en contradirección, pasando por el imponente palacio de la Lloyd Triestino. Pasados cien metros se metió en los cuatro carriles de la Riva del Mandracchio, en el puerto viejo. Este atajo acortaba considerablemente la ruta que, si se respetaban las reglas de tráfico, llevaba por la Piazza dell'Unità y el Borgo Teresiano. No era de esperar que a esta hora hubiera tráfico, así que Proteo Laurenti se permitió la pequeña infracción. Frente a la estación de tren tomó la calle que llevaba hasta la horrible estatua de la emperatriz Sissi en la Piazza della Libertà y desde allí a las afueras de la ciudad hasta el Viale Miramare. Pisó el acelerador y cambió de marcha ya en el quinto carril junto a los terrenos de la estación. Justo después de los edificios vacíos del puerto viejo llegó a Barcola, donde los últimos clientes del Machiavelli hacía poco que se habían encaminado hacia sus casas. Una hora antes, cuando la discoteca cerraba sus puertas, toda la zona estaba congestionada. Ahora tenía el mar justo a su izquierda. Laurenti bajó el cristal y dejó que el viento le azotara el rostro. Si el asunto no le entretenía mucho, aún estaba a tiempo de darse un chapuzón en Miramare camino del despacho. Echó una mirada a Contovello, uno de los dos pueblos de pescadores del Carso, cuyas fachadas blancas estaban ahora bañadas en oro por el sol de la mañana. Entonces ascendió por la calle hacia el acantilado, atravesó los dos túneles bajo el parque del Palacio de Miramare, tras lo cual fue recompensado con una vista sobre el mar que le Hermanó plenamente con la vida.

Laurenti no tuvo que buscar mucho más. En el kilómetro 142 de la Strada Costiera había aparcados varios coches patrulla. Desde hacía rato veía y oía a lo lejos al helicóptero de la Guardia costera volando a baja altura sobre el golfo. Laurenti aparcó el Fiat de forma poco elegante junto a la acera. Hacía poco que

sabía por boca del coronel de los Carabinieri que el rango de un alto funcionario de policía se reconoce por su grado de dejadez al aparcar su coche. También por su arrogancia, Laurenti no tragaba a este hombre de botas bien brillantadas. Por desgracia tenía que tratar a menudo con él.

Laurenti preguntó al agente que vigilaba en la calle los coches adónde debía dirigirse. En cuanto le vio, éste dejó caer su cigarrillo, aunque sin pisarlo.

—Allí, escaleras abajo. Son inclinadas y está lejos —respondió Greco—. Uno lo nota en los huesos al volver.

—Gracias —dijo Laurenti y descendió los primeros peldaños. Enseguida se dio la vuelta de nuevo para ver lo que ya esperaba—. Debería usted fumar menos, Greco —dijo al agente de policía, que había recogido el cigarrillo y que ahora lo soltaba otra vez.

—Sí, señor comisario —respondió Greco con el rostro colorado como el de un niño sorprendido en una travesura.

Laurenti descendió los numerosos peldaños del camino poco a poco. Era muy empinado y estaba flanqueado por enormes árboles, en cuyos troncos trepaban hasta las copas la hiedra y las glicinias de flores azules. El camino serpenteaba entre las pocas villas que años atrás se habían construido con o sin permiso. Tenían vistas sobre el golfo de Trieste y acceso directo a la playa. «Si viviéramos aquí», pensó Laurenti, «estaría en forma. Recorrer cada mañana este camino y, hasta mediados de octubre, antes de ir a trabajar, media hora de natación».

Después de bajar las escaleras durante cinco minutos llegó por fin a la playa. Antes de que abandonara el techo de hojas y le recibiera el olor del mar, escuchó el griterío ensordecedor de centenares de gaviotas, que ahora veía volando velozmente por encima del mar. Debían de haber encontrado sus presas muy cerca.

El cabo asistente Sgubin saludó a Laurenti. Estaba hablando con un agente de la Guardia costera y con un pescador, que no paraba de señalar con vehemencia hacia el mar. Laurenti estrechó la mano de los tres.

—Le presento a Giovanni Merlo, de Monfalcone. Le pertenecen los criaderos de mejillones de esa localidad —le dijo Sgubin, y señaló una zona acotada por innumerables boyas de color que hasta el día anterior habían estado amarradas a la distancia prescrita por la ley desde la orilla. Normalmente esta zona quedaba delimitada geométricamente a izquierda y derecha igual que los campos de cultivo. Diez bidones a lo ancho y veinte a lo largo, cogidos con cabos que los unían bajo el agua y donde los mejillones se reproducían con esmero. Los mejillones se recolectaban diariamente. Aunque esa mañana, tal como había apreciado Laurenti a simple vista, todo estaba destrozado, roto por la violencia del barco a motor, con los cabos enredados y los bidones desperdigados por todas partes. Las gaviotas cazaban en bandadas lanzando fuertes graznidos y se peleaban por su presa, que había aparecido inesperadamente en la superficie del mar. Laurenti estaba fascinado

con el juego ávido y celoso de estas aves, que en otras circunstancias se habría quedado a admirar durante un buen rato. Parecía que, además de su avaricia insaciable, pusieran su ilusión en el hurto y en la ley del más fuerte.

—Éste es el barco que ha arruinado mis mejillones —dijo Merlo de mal humor—. Un daño irreparable, sin contar con el trabajo que va a suponer reconstruir la batea. ¿Quién me restituirá todo esto?

Laurenti pensó que Merlo vivía seguramente, como muchos otros, según el principio: el que no llora no mama.

—Es muy difícil no verlo —dijo. Laurenti conocía la embarcación. Era el mayor yate a motor que había estacionado en la bahía, en el muelle Sartorio, justo enfrente del centro de la ciudad. Se acordó de cuánto se habló sobre el barco cuando era nuevo, pues no correspondía a una ciudad a la que no le gustaba alardear de su dinero viejo, que debido a una mezcla de humildad y avaricia prefería no mostrar. Se decía que los grandes barcos de verdad estaban en Istria, donde los atracaderos son más baratos y uno se ahorra los impuestos italianos. Capodistria o Portorose no están lejos. Este yate simplemente no encajaba en el puerto deportivo de Trieste, donde había anclados pocos barcos a motor junto a los veleros. Era demasiado grande y fachendoso. En Portofino o en la Costa Azul se clasificaría entre los barcos pequeños, pero aquí parecía enorme. Y además se llamaba «Elisa». Laurenti se había enfadado a menudo por la fanfarronería de su dueño, al que conocía desde hacía tiempo. ¡Elisa!

—¿El austriaco? —preguntó mirando hacia el barco—. ¿Dónde está?

—Aún no lo sabemos —contestó el oficial de la Guardia costera señalando con la cabeza dos lanchas neumáticas con salvavidas—. El yate estaba vacío.

—¿Y para eso me sacáis de la cama? —protestó Laurenti enarcando las cejas.

—Pero usted ya se había ocupado en una ocasión de él —se justificó Sgubin—. Además estamos en vacaciones...

—Bueno, bueno —dijo Laurenti y le cogió amistosamente del brazo—. Lo que pasa es que no he dormido bien. Tienes razón, Sgubin. Un yate vacío varado en la costa es algo anormal. Esperemos que se trate sólo de un accidente.

Después de una breve conversación con los otros dos, Laurenti volvió al lugar de los hechos. La Guardia costera arrastraría al *Elisa* hasta la Capitanía y allí lo registraría. Sgubin dijo que él mismo quería hacer una visita a la villa del austriaco para hacer las pesquisas pertinentes y poder llevarle el informe ese mismo mediodía. Laurenti dedujo que Sgubin haría de nuevo horas extras. El cambio de guardia de las patrullas de policía se realiza a las seis de la mañana y Sgubin estaba de servicio desde las diez de la noche.

Cuando Proteo Laurenti llegó de nuevo allá arriba, a la carretera de la costa, se detuvo un momento para recuperar el aliento. Se inclinó hacia delante y se apoyó en ambas rodillas con las manos. Notó cómo le tiraban los músculos de las piernas.

Justo cuando se incorporaba, Greco, el nuevo, le ofreció con rostro inexpresivo un cigarrillo.

–¡Muy chistoso, Greco! –exclamó Laurenti rechazando el ofrecimiento con un movimiento brusco de la mano.

–¿Cuánto hace que están éstos ahí abajo? –quiso saber Greco. Se aburría. Llevaba ya dos horas solo en la calle. A su alrededor una corona de colillas pisadas. La laca del guardabarros derecho del primer coche patrulla brillaba y delataba que Greco se apoyaba allí cuando no había nadie cerca.

–Ahora les toca a los submarinistas –contestó Laurenti–. Quizá encuentren un cadáver. Así por lo menos no me habré levantado tan pronto en balde.

Poco antes de las siete, al llegar al cruce de la carretera, giró a la derecha en dirección al Palacio de Miramare y aparcó el coche unos metros más allá. No llevaba traje de baño, pero a esas horas no habría nadie. Ya sabía que media hora de natación le devolvía la tranquilidad de ánimo. Laurenti bajó los peldaños de hierro que partían del muro en dirección al rompeolas y que sólo usaban para bañarse los más iniciados, sobre todo cuando las playas, desde Barcola hasta Miramare, se llenaban de gente y uno sólo encontraba el espacio del ancho de una toalla. Se desvistió, plegó la camisa y el pantalón con esmero, los dejó sobre las piedras junto con los zapatos, tiró los calzoncillos y calcetines en el mismo montón y se lanzó al agua.

Proteo Laurenti se detuvo después de nadar con fuerza un buen trecho y dejó que la corriente de agua salada le arrastrara de espaldas. Pensaba en Laura. Ya hablaría luego con ella sobre la amenazadora mudanza. Sabía que su mujer se lo estaba planteando muy en serio, pero él, por su parte, temía la tensión, las incomodidades, el gasto y el mal humor que iba a conllevar. La mudanza de una familia de cinco miembros era cara. Quizá deberían invertir mejor una parte de ese dinero en fondos; de este modo, si los otros vecinos del inmueble que sufrían las consecuencias de los ventiladores colaboraban un poco, podrían conseguir dinero suficiente para que Cossutta abandonara el local. Para el dueño de un restaurante había ubicaciones mucho más interesantes que la Via Díaz, tan cerca del museo Revoltella. Claro que había que descartar a las viudas Rosetti y De Renzo. Además, eso de premiar a quien ha obrado mal iba en contra de cualquier principio. La lógica decía que iba a resultar más barato y menos agotador para los implicados. Laurenti presentía, sin embargo, que ya nadie le iba a apoyar. Se enfadó consigo mismo por no poder desconectar sin más y disfrutar de las primeras horas de la mañana.

Tomó aire profundamente de una vez y se sumergió hacia el fondo, donde el agua era más fría. Laurenti permaneció allí un buen rato hasta que se le acabó el aire. Subió lentamente hasta la superficie y se dio cuenta de que se había desplazado más allá de las boyas que delimitaban la zona de seguridad para los

bañistas. Después se dejó ir de espaldas hasta que recuperó de nuevo la respiración normal. Vio la ciudad y a los primeros bañistas y de repente recordó la época de su llegada a la ciudad. Entonces el agua estaba mucho más sucia en todo el Adriático y apenas se podía disfrutar de la privilegiada cercanía de la ciudad con el mar. Hubo que esperar a que el viejo alcalde cristianodemócrata, ante la sorpresa general, tomara la iniciativa de resolver de una vez el problema de los vertidos y a que por primera vez su sucesor tomara medidas drásticas. Desde entonces, se vigilaba con controles muy férreos que el mar permaneciera limpio. Y Laurenti se acordó de su primer caso.

No llegó a su despacho de la Via del Coroneo a las ocho y media, como era habitual, sino cerca de las diez. Marietta, su secretaria, le saludó como cada mañana con una sonrisa de bienvenida.

—¡Buenos días, Proteo!

Entonces su rostro se ensombreció y adoptó la mirada preocupada que tenía normalmente cuando veía que algo no marchaba bien con su jefe. Les unía una simbiosis desarrollada durante más de veinte años.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó mientras iba a buscarle una taza de café de la máquina, que habían adquirido con su dinero hacía ya tiempo.

—Qué asco de día —profirió Laurenti. Y siguió hablando sin dejar de mirar el suelo—. Es que no falla. Si un día empieza jodidamente mal, entonces acaba igual.

Se dejó caer en su silla. Marietta depositó el café en el escritorio y se sentó frente a él.

Masculló un «muchas gracias» e intentó sonreír amigablemente.

—No hace falta que te esfuerces —dijo Marietta—, mejor me cuentas qué ha pasado.

Y Laurenti le contó que habían dormido mal, que Laura quería buscarse una nueva casa, que a las cuatro y media le habían llamado para que fuera a la Costiera y que sólo había podido salvar la mañana bañándose un rato en Miramare.

—Hacia las ocho he llegado a casa. Laura ya se había ido. Los niños aún dormían. O eso pensaba yo. En verano se pasan la noche fuera, tienen vacaciones y por la mañana duermen hasta las mil. Me refiero a Livia y a Marco. Patrizia Isabella está en Grado, participando en la excavación submarina del *Julia Felix*. Así que me he preparado café, he escuchado la radio y me he puesto a leer el *Piccolo*, para después venir a la oficina. ¿Y qué es lo que leo en este asqueroso periodicucho? ¡Que esa insensata y absurda criatura que tengo por hija se ha presentado al concurso de Miss Trieste! ¡Mi hija! Imagínate, Marietta... —dijo dando un manotazo sobre la mesa, que hizo que la taza de café se volcara. Marietta le miró asustada—. ¡Imagínate que abres el periódico y te encuentras con un artículo que ocupa una página entera sobre este estúpido certamen y en la lista de las candidatas está el nombre de tu hija! Del susto, no, del horror se me ha caído el café, he dejado la

camisa y el pantalón hechos un asco y cuando he ido a hablar con ella sobre el tema resulta que su cama está vacía y que ha pasado la noche fuera.

Marietta no tuvo más remedio que sonreír, gesto que aumentó la ira de Laurenti.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? Debes de pensar que soy un capullo, un fósil y un conservador de mierda. No, no Marietta, ¡sólo me pregunto muy en serio si toda su educación no ha servido una mierda! Tampoco Marco estaba en casa. No tiene ni diecisiete años. Entonces intento hablar con Laura, pero tiene el teléfono móvil desconectado. ¡La madre de mis hijos no está disponible en caso de emergencia! Y encima se quiere mudar de nuevo. Seguramente anda visitando casas como si tuviera miedo de que las inmobiliarias se quedaran sin comer. ¿Entiendes ahora lo que pasa?

Marietta movió la cabeza de un lado a otro.

—Tranquilízate, Proteo. ¡Deja de decir tonterías! Has dormido mal y por la escena que me estás montando parece que yo sea de la familia. Aunque es mejor que te desahogues conmigo y no con Laura o con Livia. Se reirían de ti. Livia tiene veintiún años. Proteo, ¡veintiún años! Desde hace tres es mayor de edad, sacó las mejores notas de selectividad de su clase y es tan guapa que realmente una duda de que seas su padre. ¡Es joven e inteligente! ¡Puede hacer lo que quiera! Siempre estás voceando lo orgulloso que estás de tus hijos, ¿y ahora revientas por algo así? ¿Y Marco? No es la primera vez que duerme en casa de un amigo. Eres un exagerado y, además, de la rabia te has puesto pálido.

—¿Qué quieres que diga? —protestó él—. Esto no puede seguir así. La cuestión es qué voy a hacer, si ni tú misma me entiendes.

—¡Pero si hay cosas mucho peores, hombre!

—Por lo menos puedo confiar en Patrizia Isabella —se consoló Laurenti entre suspiros—. Aprovecha bien sus vacaciones y hace algo decente.

Marietta conocía a Laurenti y sus veleidades desde hacía una eternidad. Sabía que Patrizia Isabella, la segunda en edad, era su hija preferida.

—No te confundas, Proteo. Todos los niños se hacen mayores y tu Patrizia seguro que hace cosas que no te cuenta.

—¿Qué quieres decir? —gritó Laurenti asustado.

—¡Que así son las cosas! ¡Lo malo sería que fuera lo contrario! —dijo Marietta riéndose.

—¿Cómo? ¿Sabes algo que yo no sepa?

—No, Proteo...

—¡Bah, no sé por qué te he explicado nada! No tiene sentido hablar de esto. ¡Además no estamos aquí para charlar, bastante tenemos ya con el trabajo!

Marietta rió sarcásticamente.

—Vosotros los hombres, cuando algo no os conviene entonces lo dejáis de lado. Sois todos iguales. Bueno, dime qué hay que hacer.

—Luego, luego —dijo Laurenti poniéndose al frente de su escritorio—. O no. Necesito un expediente del archivo: Elisa de Kopfersberg. Es de hace tiempo. La mujer del austriaco. Mediados de los setenta, justo cuando empecé a trabajar aquí.

Días atrás, se había publicado en el *Piccolo*, el único diario importante de Trieste, con una tirada de 60.000 ejemplares, un artículo devastador criticando la vida nocturna y la prostitución en la ciudad. Varios diputados de la derecha y, claro está, los de la Liga Norte habían recibido el artículo en cuestión como agua de mayo. Describía Trieste como una ciudad peor en este sentido que Milán, Turín y Nápoles juntas. *En el Borgo Teresiano huele a orines y los vecinos no se atreven a salir a la calle. Por todas partes se encuentran preservativos usados. ¡Este es un barrio burgués y no una plaza para fulanas extranjeras! ¿Cuánto tiempo permanecerán el ayuntamiento y la policía de brazos cruzados? ¿Quién protege los derechos de los ciudadanos?* Desde hacía tres años, éste era el tema principal de la página de sucesos del diario durante el verano, aunque esta vez la dureza del artículo era inusual.

En una reunión convocada rápidamente por el director general de la policía, Laurenti y sus colegas analizaron la situación: llegaron a la conclusión de que en realidad el Borgo Teresiano lo frecuentaban no más de quince prostitutas como promedio anual. Y esto desde hacía sólo unos tres o cuatro años. Antes sólo se encontraban un par de mujeres de edad, «damas con mucha y contrastada experiencia», tal como se las describía elegantemente, sobre todo alrededor de el Viale XX Settembre. Lo tenían difícil para encontrar clientes. Las nuevas prostitutas se encontraban a partir de las once de la noche en el Borgo Teresiano, entre la estación de ferrocarril y el Canal Grande. Chicas de Colombia o Nigeria, sorprendentemente pocas esclavas, apenas ninguna italiana. Mujeres jóvenes que habían sido engañadas y atraídas a Europa occidental con falsas promesas y obligadas a ejercer la prostitución. A menudo no sabían en qué ciudad se encontraban. Antes de que las chicas pudieran asentarse, las bandas de extorsionadores se las llevaban de forma planificada a otra ciudad. Sobre todo antes de que empezaran a tener problemas con las autoridades de inmigración.

—Trieste no es la capital de la prostitución, ni siquiera una plaza de segundo orden en este sentido. Tenemos el asunto por la mano —dijo Laurenti al director general de la policía frente a la mesa redonda de la sala de reuniones—. No es por nada, pero hasta en Udine están peor. ¿Se puede saber quién es ese plumífero del *Piccolo*?

Nadie lo conocía y sólo más tarde Laurenti averiguó que se trataba de un vulgar aprendiz enchufado por su padre, alguien bien relacionado con los propietarios del diario. La criatura, de treinta y cinco años, aún no había sido capaz de independizarse y había aterrizado en la sección local del *Piccolo* para acabar escribiendo libelos al estilo del peor de los fariseos.

Ya que era verano y la familia Laurenti prefería irse de vacaciones en invierno y dado que en la temporada estival era más difícil cubrir los turnos, el caso aterrizó en la mesa de Laurenti. Empezaron a llegar presiones desde muy arriba. Sobre todo porque la Liga Norte y los fascistas habían desatado una salvaje polémica. Por el contrario, Forza Italia mantenía las formas y sólo exigía la dimisión del alcalde. Así que se encargó una investigación y alguien decidió que la dirigiera un policía respetado por sus subordinados: Proteo Laurenti.

—¿Demasiados extranjeros? —preguntó Laurenti apoyando la frente en la mano—. Pero si aquí somos casi todos extranjeros. Ya no quedan verdaderos triestinos. ¿De qué si no vive esta ciudad y gracias a quién ha crecido y se ha enriquecido? ¿De los extranjeros, del comercio internacional, del cosmopolitismo, del puerto franco! ¿En qué ciudad del mundo tiene casi cualquier religión su propia iglesia? Pero si participó incluso en la financiación del Canal de Suez. ¿Y de dónde vienen los barcos? Y ahora estos débiles mentales exigen controles más severos sólo por quince putas, de las cuales ni siquiera tres ejercen en situación ilegal. ¡Idiotas!

Laurenti maldijo repetidamente para sí mismo. En los próximos días ordenaría vigilancia más estricta y medidas más efectivas con el fin de controlar a los automovilistas que conducían lentamente frente a las prostitutas y se paraban en zonas prohibidas para hacerlas subir. También iba a ordenar un seguimiento personal más duro de las furcias y de sus clientes, a ver si así conseguía que el «problema» se desplazara quizá en breve a otro sitio. Antes haría que dos agentes elaboraran un informe detallado, documentando con fotografías, nombres y apellidos el alcance real de la prostitución. Seguramente le daría un toque dramático al informe. Dos semanas de controles terroríficos jarabe de lo mismo, tras ello un informe al *questore*, al director de la policía y al prefecto, y para finalizar una exposición de fotografías en el ayuntamiento antes y después de la actuación. Y luego a esperar a que llegara el otoño, a que los ciudadanos durmieran con las ventanas cerradas otra vez y la sangre no llegara al río. Después de algunas semanas la escena se volvería a repetir y desde el punto de vista de la seguridad era mejor así, con el fin de tenerla controlada en esta zona.

Sin embargo, Laurenti quería hablar con Rossana Di Matteo, la jefa de la sección local del diario, para ver de qué manera podían librarse de aquellos reportajes tan exagerados que escribía el moralista de la Padania. Rossana era una buena amiga. Laurenti ya había descolgado el teléfono cuando irrumpió Marietta.

—A De Kopfersberg se le da por desaparecido. Sgubin ha hablado con su compañera. Parece ser que dejó la ciudad con el barco hace dos días y desde entonces no ha dado señales de vida. Se le esperaba ayer por la noche. La comandancia del puerto informa que se fue el lunes cerca de las diez después de informar al respecto. De momento no saben nada más. Sgubin tendrá su informe al mediodía.

–¿Has pedido el acta? –le preguntó Laurenti.

–Llevará un tiempo –dijo Marietta encogiéndose de hombros–. Dispondremos de ella, como mínimo, a última hora de la tarde.

Ettore Orlando no cantaba precisamente como Pavarotti, pero casi le sobrepasaba en estatura. Medía más de dos metros y superaba los cien kilos. Su barba negra y poblada le confería un aire de lobo de mar. En su trayectoria profesional Orlando ya había demostrado de sobra que disponía de un instinto especial, que había aprovechado siempre para prosperar. Se había criado como Proteo Laurenti en Salerno y, como él, también había decidido hacer carrera en las fuerzas de seguridad. Era una profesión con futuro, sobre todo si uno sobrevivía a ella, y más en el sur. Las familias Laurenti y Orlando pertenecían a la clase media baja de Salerno. Por lo tanto, no había mucho que heredar, aparte del gusto por la música y el arte. Ambas familias tampoco disponían de las relaciones necesarias para ofrecerles a todos sus hijos una buena formación profesional, por no mencionar los estudios. El hermano mayor de Proteo Laurenti había estudiado en la Universidad de Nápoles para dedicarse a la abogacía. El hermano mayor de Ettore había estudiado Económicas en Bolonia y ahora era uno de los directivos de la Olivetti. Los otros hermanos mayores tuvieron las más variadas formaciones en bancos, panaderías y sastrerías. Sólo Proteo y Ettore se decidieron por el funcionariado. Ettore hizo el servicio militar en la Marina y consiguió varios ascensos sucesivos. Hacía años que había perdido el contacto con Proteo. Hasta que por casualidad se encontraron en Trieste. Proteo y Laura hacía tiempo que tenían sus tres niños cuando en el *Piccolo* se anunciaron cambios en la Capitanía: el capitán Ettore Orlando de Salerno había sido nombrado nuevo jefe de la Guardia costera de la Riva III Novembre, aquel edificio de líneas claras, la antigua terminal del helipuerto de la línea Turín-Trieste-Zara, inaugurado en tiempos de Mussolini. Y nada más aterrizar Ettore en Trieste, ya estaba cenando en casa de los Laurenti. Ambos hombres intentaron llenar una laguna de más de veinte años con largas conversaciones. Y ahora ambos defendían la ciudad de los delincuentes desde tierra y mar. ¡Salud!

–Ahora mismo te iba a llamar –respondió Ettore Orlando cuando le pasaron la llamada de Laurenti. Su voz atronaba como siempre en el auricular, así que Laurenti lo mantuvo a cierta distancia de la oreja–. ¿Cómo les va a los niños y a la guapa de tu mujer?

–¡Se han confabulado para fastidiarme, ya te lo contaré!

–*Porcamiseria* –gritó Orlando–. Espero que no sea nada grave. ¡Mantente en tus trece, viejo! ¿Quieres que comamos juntos? –preguntó Orlando–. ¿A la una en Da Primo?

Ettore Orlando también se había mantenido fiel en su vida profesional a su amor

por el mar. Nunca era tan feliz como cuando embarcaba en una de las lanchas rápidas de la Guardia costera, desplazaba con un suave empujón al oficial de la rueda del timón y se hacía con el mando de la embarcación. Tan pronto como abandonaba la zona del puerto, aceleraba gradualmente la velocidad hasta el máximo con su gran zarpa y entonces había que ver cómo disfrutaba mientras el casco se iba elevando sobre el agua dando saltos contra las olas. La fuerza de cada impacto sacudía de tal modo la nave que el resto de la tripulación iba dando trompicones por no tener dónde agarrarse y con la esperanza puesta en que el jefe tardara lo menos posible en recuperar la cordura. Sin embargo, esta situación podía alargarse bastante. Orlando no se caracterizaba precisamente por su sentido común ni por el control de su voz, de modo que enseguida se ponía a cantar a pleno pulmón. Según el aria que cantara, su sentimiento de felicidad era mayor. Orlando rompía con ello todas las normas, tanto las escritas como las no escritas, pero ya que trataba a su gente con mano suave, aunque firme, que intentaba no ser nunca injusto, y que además no valoraba demasiado el castigo, disfrutaba de gran respeto y nunca le reprochaban aquellos desvaríos.

El lobo de mar Orlando tenía que informarle durante el almuerzo a su amigo sobre la investigación del yate, que su gente había transportado desde la costa de Santa Croce al muelle de la Capitanía de Trieste.

Laura había dicho una vez que Orlando tenía la voz más grave que jamás había oído. Le recordaba al averno, al Hades, una de cuyas entradas, según la tradición, se encontraba en la desembocadura del río subterráneo Timavo en el mar, un par de kilómetros más allá de Duino. Donde Diómedes y los argonautas habían desembarcado en su búsqueda del vellocinio de oro y Antenor, después de ser expulsados de Troya, si Tito Livio y Virgilio decían la verdad. Laura y Proteo se habían conocido por pura casualidad muy cerca de allí. El joven y solitario policía, recién aterrizado en Trieste, solía pasear por los laberintos de arbustos mediterráneos del antiguo parque del castillo de Duino en búsqueda de nuevas perspectivas para su vida. Ya se había cruzado en tres ocasiones con una joven que como él recorría los senderos entre las encinas y que le gustaba mucho. Sus verdes y luminosos ojos, su pecho generoso y su poblada cabellera le habían llamado la atención desde el primer momento, aunque aparte de un escueto «*buongiorno*» sus labios no habían dicho nada más. Pasados unos metros él siempre se volvía para verla de nuevo, pero ella ya había desaparecido. Fue Laura la que finalmente se detuvo un buen día para decirle que era una casualidad que se encontraran siempre casi en el mismo lugar, ya que no solía cruzarse con nadie. Proteo se hizo el distraído y tímidamente le dio la razón. Entonces hizo acopio de todas sus fuerzas y le preguntó si vivía en Duino.

—Sí —contestó Laura.

—Qué bonito es este sitio, ¿verdad? —dijo Proteo.

–Es mi preferido –respondió Laura–. ¿Conoce su historia?

Proteo negó con la cabeza y Laura le contó mientras caminaban juntos la leyenda de «Cernizza», según la cual hubo un tiempo en que los ciervos, los lobos y los humanos habían convivido en paz en este lugar. Pero a Proteo no le interesaban ni los ciervos ni los lobos y le preguntó sin más si podía volver a verla.

–Seguro que volveremos a encontrarnos –dijo Laura, y prosiguió su camino.

La chica ya no se le fue de la cabeza. Durante el servicio y cuando salía de noche con los amigos no dejaba de pensar en ella. Pero sólo al cabo de cuatro semanas se la volvió a encontrar y después del paseo la invitó a tomar un café. Tras ello empezó para Proteo su *inferno* particular, tal como él lo llamaba. Hablaban por teléfono casi a diario, quedaban a menudo, aunque Laura mantenía las distancias. Ella no correspondía a sus avances. Le dijo que no se podía comprometer con nadie y se justificaba con el mucho trabajo que tenía. Pero él no pudo alejarse de ella, fue terco y sólo gracias a su perseverancia finalmente pudo convencer a Laura de que se casara con un policía, además con uno que se llamaba Proteo. Se rió cuando supo su nombre, porque también así se llamaba el pequeño animalito blanco y ciego que habitaba las corrientes subterráneas del Carso adriático. Seguro que los padres de Proteo no sabían que se trataba de un descendiente de una especie prehistórica que habitó la Tierra hacía más de ochenta millones de años.

El cabo asistente Sgubin entró en el despacho del comisario después de llamar con precaución. Estaba pálido y con aspecto agotado, como si el cansancio se le hubiera adherido igual que un velo gris sobre su piel tostada.

–Disculpe, jefe –dijo sosteniendo en la mano derecha una carpeta de color verde musgo que se había agenciado hacía un momento y que había rotulado con esmero.

–¡Ah, Sgubin! Estás más blanco que una sábana. ¿Es que no duermes? ¡Anda, tómate un café! –le invitó Laurenti señalando la silla. Sgubin se sentó. Marietta entró en ese mismo instante con una taza en la mano.

–Gracias –empezó diciendo Sgubin–. He pensado que a lo mejor querría ver la documentación y el informe de esta mañana. No es que haya mucho más de lo que usted ya ha podido apreciar a primera hora, por lo menos de momento. Los de huellas quizá encuentren algo más, y también los de la Guardia costera, en cuanto hayan registrado a fondo el barco. Además quería informarle de que he estado en casa de Kopfersberg. No ha sido ningún placer que digamos. Su mujer, compañera o lo que sea se llama Tatiana Drakic. Aún dormía cuando he llegado. Estaba de muy mal humor. Kopfersberg tenía que haber vuelto anoche, se le esperaba hacia las doce. Aunque la Drakic no parecía muy preocupada por ello. Hace dos días que se marchó y desde entonces no ha sabido nada de él, cosa que no le extraña; dice que ya volverá. Entonces le he dicho que todo dependía del estado en el que volviera. La verdad es que ha estado muy desagradable. Ha empezado a decirme que qué significaba eso, que su marido no tiene enemigos, que es un triestino

honorable y que cómo me atrevía a insinuar algo así. Claro que tampoco ha especificado a qué insinuaciones me refería. En fin, un poco rara esta mujer. Luego me ha despachado bruscamente. Por cierto, andaban por ahí algunas chicas muy jóvenes y bastante guapas. Mientras esperaba en el recibidor y hasta que la señora ha llegado en bata, pululaban por el pasillo del piso superior y, la verdad, yo diría que no son del servicio. Buena mercancía, si se me permite decirlo así. Es evidente que mi uniforme no les ha gustado nada; ni siquiera me han saludado ni me han ofrecido un café. La Drakic me ha llevado al salón, se ha sentado y me ha dejado ahí de pie. Aunque ya estamos acostumbrados a ello. Por cierto, la mujer también es muy guapa. En todo caso, ha estado muy antipática y no parecía preocupada en absoluto, por lo menos a simple vista. Pero hay algo que no encaja, jefe. Me gustaría que se pasara usted mismo por ahí y hablara con ella. No me ha dicho a qué se dedica su marido, ni dónde tiene sus oficinas, ni si viaja con frecuencia. Dice que sólo facilitará más información en cuanto haya algo más concreto. Y eso es todo.

Laurenti había escuchado con atención.

–Pero, hombre, Sgubin, ¿a quién conoces que le guste la policía? ¿Cómo es posible que a estas alturas aún te sorprenda algo así! ¿Y es italiana esa tal Drakic?

Sgubin apartó su taza de café en la mesa y negó con la cabeza.

–He anotado sus datos personales, aunque se ha enfadado mucho por ello. Después de clamar al cielo un buen rato, finalmente me ha dejado ver su pasaporte. Es joven, treinta y tres años, nacida en Dubrovnik, Croacia. No sé si es croata, serbia o lo que sea. Encontrará todos los datos en el expediente. Está empadronada en Trieste desde hace cuatro años, primero en San Giacomo, poco después en el domicilio de Kopfersberg. Como profesión consta comerciante, tiene permiso de trabajo y todos los dichosos papeles en regla. Pero, si quiere saber mi opinión, no da la impresión de que salga a trabajar todas las mañanas. Cuando he llegado eran casi las ocho y media y aún estaba durmiendo. Ha sido mi visita lo que la ha despertado. En cualquier caso he podido averiguar que Kopfersberg tiene sus oficinas en el cruce de la Via Roma con la Via Mazzini. Su empresa se llama TIMOIC srl y se dedica a la importación y exportación. Kopfersberg es el único propietario. Todo ello está también en el expediente.

–Buen trabajo, Sgubin –le alabó Laurenti dando dos secas palmadas con las manos. Es más que suficiente para tan poco tiempo. Luego le echo un vistazo. Y ahora, lo que tienes que hacer es irte a dormir. Seguramente llevas ya veinticuatro horas de servicio, ¿o me equivoco?

–Bueno, tampoco es tan grave –negó con un gesto Sgubin–. Un turno más y habré cubierto mi servicio de la semana. Después disfrutaré de cuatro días libres y podré dormir lo que haga falta y hasta darme un baño en el mar. Treinta y cinco horas tampoco suponen un infierno –se puso en pie y dio la mano a Laurenti para

despedirse. Laurenti rió. Sgubin siempre le sorprendía. Era un policía al que le gustaba su trabajo, diligente, amable y correcto; no se quejaba como muchos de sus compañeros cuando su turno no acababa a la hora. Y además Sgubin estaba muy lejos de ser intrigante ni servil, de esas personas que Laurenti no podía soportar, algo que nunca había ocultado.

Laurenti decidió pasarse él mismo por casa del austriaco, tal como había propuesto Sgubin. Tenía curiosidad por conocer a la guapa señora Drakic y a sus amigas. Además, quería saber cómo vivía su antiguo adversario Kopfersberg.

10.30 h – Via dei Porta

–¿Viktor?

–¡Sí! Ah, Tatia, ¿qué hay de nuevo? ¿Ya estás despierta?

–Algo ha pasado con Bruno. La policía acaba de estar aquí. Bruno no ha vuelto esta noche y han encontrado el *Elisa* delante de Santa Croce. Vacío. Varado frente a la costa. ¿Sabes algo?

Se hizo un silencio en la línea. Entonces dijo él:

–No. ¿Qué ha pasado? ¿Cuándo?

–¿Tú qué piensas? El policía se acaba de ir –dijo Tatiana con voz alterada.

–¿Cuándo han encontrado el *Elisa*?

–Esta noche. Según dicen, lo ha encontrado un pescador. El policía me ha hecho todo tipo de preguntas: la dirección del despacho, adónde se dirigía Bruno, si alguna vez no se había presentado cuando se le esperaba... He tenido que enseñarle mi pasaporte y facilitarle mis datos personales. Después lo he echado.

–¿Y las chicas? –preguntó él con voz preocupada.

–¿Qué pasa con las chicas?

–¿Ha preguntado por ellas?

–No. Es imposible que se haya dado cuenta de nada. Cuando él ha llegado había dos en el pasillo, nada más. Ni ha mirado sorprendido ni ha hecho preguntas.

–¿Qué rango tenía?

–De uniforme, nada especial.

–Bien, ¿pero qué le ha pasado a Bruno? ¿Seguro que no has oído nada?

–No. Es extraño, el muy idiota no ha dicho nada en dos días.

–¡Ya le conoces, Tatia! –dijo Viktor–. ¿Por qué te alteras tanto? Haré unas llamadas para saber dónde se le ha visto por última vez. Quizá se trate sólo de una coincidencia.

–Debemos pensar cómo actuar. Si no aparece pronto empezarán a hacer más preguntas. ¿Te pasarás por aquí?

–En una hora, Tatia –dijo Viktor–. Por cierto, en Viena todo ha ido bien. Hemos

conseguido el pedido. Ahora toda la ayuda a Turquía la gestionaremos nosotros. Wolferer estaba manso como un cordero.

–¿Quién?

–Wolferer. El jefe de la administración. Sólo ha refunfuñado un poco al principio. También vendrá a la fiesta. Entonces ya será nuestro. Tienes que pensar en algo especial para él.

–No te preocupes, Viktor. Y llámame cuando sepas algo de Bruno.

–Lo haré, hasta luego –dijo Drakic, y colgó.

12.55 h

Proteo Laurenti abandonó la comisaría poco antes de la una. Dejó tras de sí los oscuros pasillos del sombrío edificio con los decrepitos suelos de piedra y se enfrentó al resplandeciente sol del mediodía. El termómetro marcaba treinta y cinco grados a la sombra y el calor sofocante le cayó como un pesado golpe debido a la alta humedad del aire. A pesar de todo, Laurenti decidió no coger el coche. La mayoría de las veces que tenía que hacer gestiones en el centro lo dejaba aparcado. La eterna búsqueda de un sitio donde aparcar le hacía perder un tiempo precioso y le fastidiaba que en casi todas partes tuviera que pagar por hacerlo. Prefirió ir a pie, así estaba seguro de que llegaría puntualmente. Otros utilizaban la motocicleta, lo que era aún más rápido. Sin embargo, un vehículo más y una llave adicional le hubieran superado por completo. Ya olvidaba con bastante frecuencia dónde había dejado el coche y, si lo encontraba, muchas veces no llevaba la llave encima. Además, siempre se sulfuraba con los motoristas, sobre todo cuando en los semáforos se apiñaban en hordas a derecha e izquierda atosigándole y pidiendo paso. La ciudad estaba llena de aquellos cacharros y cada vez había más. ¡Vaya fastidio! Tampoco era raro ver cómo se apoyaban descaradamente en su propio coche. Aquello era pura anarquía, que chicos de sólo catorce años pudieran salir disparados como auténticos kamikazes entre los coches, por no hablar de los dichosos viejecitos, carcamales a lomos de una motocicleta chocheando camino de la tumba. De nada servía tampoco dejar sonar un momento la sirena del coche oficial; si ni siquiera llevaban las gafas que prescribe la ley, mucho menos iban a llevar puesto el audífono.

A Laurenti no le gustaba conducir. Desde el momento en que se ponía al volante no podía hacer otra cosa que concentrarse en el tráfico. En pocas palabras: una pérdida de tiempo. Podía pasar que el coche permaneciera varios días aparcado en la plaza que tenía reservada en el parking o Dios sabe dónde. Cuando finalmente lo encontraba estaba cubierto de una gruesa capa de polvo, que a su vez cubría otra anterior, que a su vez... Nunca había llevado el coche a lavar. Laurenti pensaba a

menudo intercambiar el coche oficial por un vehículo con chófer. Aunque esto tampoco le convencía, ya que cualquier minuto de espera se le hacía insoportable. Ya le suponía un gran esfuerzo pedirle a su secretaria que solicitara un vehículo. Por lo demás, como copiloto dejaba bastante que desear, lo que a Laura en ocasiones le ponía de los nervios.

Mientras descendía la Via della Torre por detrás de San Antonio, donde los negros venden cinturones, relojes de estilo aventurero, encendedores y gafas de sol con cristales verdes y rojos, sonó su teléfono móvil. ¿Existía la vida antes del teléfono móvil? Proteo Laurenti contestó y miró al mismo tiempo su reloj. Era la una y se encontraba a pocos pasos del Da Primo.

—¡Proteo, soy yo, Laura! —por fin había llamado—. ¿Dónde estás?

—He quedado con Ettore para comer. Escucha, he intentado dar contigo más de una vez. ¿Sabes que tu hija se ha presentado al concurso de Miss Trieste?

—¿Y por qué te pones tan nervioso? —Laura ya conocía ese tono de voz de su marido.

—Porque no quiero que mi hija enseñe las tetas y el culo a todo el mundo. ¡Por eso! —Laura ya lo sabía y no le había dicho nada—. ¿Es demasiado pedir que estas cosas las hablemos primero en familia? No hay nada de lo que los Laurenti no puedan hablar —se quejó amargamente Proteo—, incluso cuando es para desaprobar algo.

—¡Proteo, por favor, que Livia ya tiene veintiún años! ¡Que haga lo que quiera! Eres un exagerado.

—¡Ja, eso es lo que tú dices! No tengo ninguna gana de ver a mi hija las próximas semanas medio desnuda en el *Piccolo* o donde sea. Aficiones: leer y tomar el sol. ¡Y luego, hala, a mover las caderas en pleno agosto frente a los faros de todos los indeseables para que media ciudad se aproveche de ello!

—Proteo, ¿has bebido?

—¡Además, esta noche no ha dormido en casa! ¡Y tu hijo tampoco!

—¡Proteo! ¡Para el carro! —ahora por lo menos había conseguido que Laura también se pusiera de mal humor. Pena compartida, pena reducida—. Deja de decir tonterías. Hoy estás de mal humor —añadió ella—. Ya hablaremos esta noche. No hagas esperar más a Ettore.

Y cortó la comunicación antes de que él pudiera protestar.

Laurenti echó un vistazo al reloj y se dio cuenta de que ya llegaba tarde por culpa de la llamada. Sin embargo, se encontraba ya en la Via Santa Caterina da Siena, a pocos metros de Da Primo. Metió el teléfono móvil en el pantalón del bolsillo y entró. El aire acondicionado funcionaba a toda máquina, de modo que en el local había por lo menos quince grados menos que en el exterior. Miró a su alrededor y comprobó que Ettore se había retrasado. Laurenti decidió buscar una mesa al aire libre. Así, por lo menos, estaría protegido de aquel horrible aparato,

que lo único que le deparaba a uno era una buena congestión de nariz. No soportaba los aires acondicionados. En las habitaciones de los hoteles solía ponerlos fuera de servicio con su navaja si no había manera de apagarlos. Antes prefería las grandes manchas de sudor en la camisa, aunque una vez secas dejaran rebordes blancos en el tejido azul.

Solía encontrarse a menudo con Ettore en Da Primo, uno de los buenos restaurantes en los que solían comer los triestinos. Se trataba de un lugar típico de la ciudad donde los comensales eran atendidos a toda velocidad con el fin de que pudieran volver puntualmente a su trabajo.

Laurenti se sentó, pidió agua y medio litro de vino Tokai. Debido a lo céntrico de Da Primo, lo normal es que tuviera que saludar a algún conocido, estrechar alguna que otra mano e intercambiar un par de palabras cordiales, tanto como lo permitiera su estado después de haber hablado con Laura. Se sintió aliviado al ver que nadie hacía referencia a su hija Livia. Tenía la sensación de que toda la ciudad conocía ya las intenciones de su hija y que le señalaban con el dedo. En todo caso se trataba sólo de una línea en medio de un artículo muy largo, en el cual su nombre estaba entre otros noventa y cuatro. ¿Quién lo iba a leer? Claro que él lo había visto, y también el cabo, y a la primera.

Finalmente entró Ettore Orlando.

—Lo siento Proteo, ¡ya sabes cómo se complican a veces las cosas!

Se sirvió agua y vació el vaso de un trago. También en la camisa de Orlando destacaban grandes manchas de sudor. Un oso como él debía de sufrir aún más con aquellas temperaturas.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Laurenti—. En Trieste somos puntuales en nuestras citas, casi siempre llegamos al minuto y cuando el *Capitano* de la Guardia costera llega tarde es porque debe de haber pasado algo.

—Hemos tenido que amarrar de nuevo un carguero. Igual que aquella vez con el *Capitán Smirnov*. ¿Recuerdas? Esperemos que esta vez la cosa no se alargue tanto.

—¿Bajo qué bandera?

—Ucraniana.

Laurenti recordaba bien los tres barcos que estuvieron anclados entre 1995 y 1998 frente a la ciudad y que se movían cogidos a sus cadenas dependiendo de la marea o del viento. Junto al *Capitán Smirnov* había otros dos cargueros rusos: el *Katya* y el *Ingeniero Yermoskin*. Su propietario no podía pagar la factura de la reparación, por lo que los barcos fueron requisados. Primero se anclaron frente al astillero y después un cuarto de milla frente a la Riva Traiana. Los barcos estuvieron tres largos años allí anclados junto con sus tripulaciones, que no tenían dinero para volver a casa y tampoco visado para desembarcar. Cualquiera en Trieste rememoraba la imagen de aquellos colosos que se iban oxidando, tan solitarios y tristes. Cuando ya no quedó combustible y, por lo tanto, ya no funcionaban los

generadores para la electricidad y la calefacción, se hicieron recolectas en la ciudad para facilitar a los marineros lo necesario para sobrevivir en su cárcel involuntaria. Nadie se hizo cargo de ellos. Sólo en el verano de 1998 la situación dio un vuelco. Unas empresas americanas, que colaboraban estrechamente con la Marina norteamericana, compraron los barcos y los utilizaron, cuando se preparaba la guerra en Kosovo y en Macedonia, para el transporte de armas y tanques entre los EE.UU. y Grecia. Dos de ellos viajaban bajo bandera de Granada. El *Capitán Smirnov* no tuvo suerte. Se lo llevaron a Fiume para repararlo. Allí volvió a quedar retenido, ya que los americanos no pagaron las facturas y los marineros esperaban inútilmente su paga apalabrada en dólares. No pasó nada. La tripulación llevaba ya cinco años presa y el barco se oxidaba irremediablemente. En total se dejaron de pagar más de cincuenta millones de dólares a los astilleros y a muchos operarios.

—Tenemos novedades en el caso Kopfersberg —empezó diciendo Ettore—. Hemos deducido que el piloto automático fue activado a 44°32'05" latitud norte y 12°43'20" longitud este. A partir de allí el ordenador se hizo cargo del barco, que fue reduciendo paulatinamente la velocidad de diez nudos, hasta que el yate se metió en la batea mejillonera de Santa Croce después de seis horas y cuarenta y tres minutos de travesía. Apenas había cubierto 70 millas.

Laurenti le había escuchado atentamente, aunque con estos datos no podía hacerse una idea real de lo sucedido. Sin embargo, no había manera de parar al *Capitano*.

—Ya sabemos que llenó el depósito antes de marchar. En el depósito, con una capacidad de cuatro mil litros, faltaban mil seiscientos cuatro litros de diesel. Si la velocidad no es excesiva, la Ferretti no consume mucho, digamos que con cuatrocientos litros hubiera tenido de sobra. Queda por lo tanto una diferencia inexplicable de mil doscientos litros de diesel, con los que sin forzar la marcha se puede hacer un bonito viaje. Unas doscientas millas marítimas, para una rata de tierra como tú unos trescientos setenta kilómetros. Sólo hace falta que cojas un compás, lo claves allí donde se puso en marcha el piloto automático y busques dentro de este círculo. A no ser que por el camino haya repostado.

Orlando se metió dos sardinas *in savor* en la boca. Laurenti aprovechó la oportunidad para hablar.

—¿Dónde me has dicho que se puso en marcha el piloto automático?

—A cuarenta y cuatro grados, treinta y dos minutos y cinco segundos latitud norte y...

—Por favor, ¡dilo de modo que lo entienda un marinero de agua dulce! —exclamó Laurenti levantando suplicante los hombros.

—Frente al Lidi Ferraresi, Podelta, casi diez millas mar adentro, es decir, a unos dieciocho kilómetros de la costa. Por cierto, a las veintidós horas y once minutos.

—¡No me digas! —exclamó Laurenti enarcando desesperado las cejas. Orlando

comprendió que su pobre amigo, que solía desplazarse a pie, estaba desbordado con la información que le estaba facilitando y marcó con la uña del pulgar derecho todo el contorno del Adriático, la desembocadura del Po, Ferrara, Venecia y Trieste sobre el mantel blanco y señaló con el enorme índice cubierto de vello negro el punto exacto al que se refería.

—¡Aquí!

Laurenti por fin comprendió.

—¿Jurisdicción italiana?

—¡Totalmente! Las aguas internacionales empiezan a partir de doce millas desde la costa.

—Pensaba que estaba mucho más al sudeste.

—Bueno —dijo Orlando alzando las cejas ante aquella demostración de ignorancia náutica—, como ya te he dicho faltaba mucho más carburante, pero no existe un camino directo desde el sudeste hasta Trieste. Tendría que haber varado en Istria, entre Pola y Rovigno —completó así el croquis que había elaborado con el pulgar sobre el mantel añadiendo el contorno de la península de Istria.

—Entiendo —dijo Laurenti arrugando la frente como sólo él sabía—. Dices que jurisdicción italiana... ¿Registra la Guardia costera los barcos?

—Sólo cuando son de fuera o permanecen en el puerto como invitados —contestó Orlando.

—¿Y dices que el piloto automático se puso en marcha a dieciocho kilómetros de la costa? —continuó Laurenti.

Orlando afirmó con la cabeza.

—Eso significaría que el austriaco debería haberlo abandonado de alguna manera entre ese punto y Trieste.

—O que fue obligado por alguien que le acompañaba en el barco y que se fue de ahí en otro. O que cayó casualmente por la borda, perdió de vista la embarcación y se ahogó por ahí; o bien, que se lo comió un pececito. Pero hay algo más. El cabo del cabrestante de popa estaba completamente desenrollado, el *Elisa* arrastró sus ciento cincuenta pies de longitud. En su extremo alguien había hecho un nudo. Los de huellas aún trabajan en ello. Y sólo las defensas de estribor estaban puestas, las de babor no. Alguien debe de haberlo hecho, pues normalmente no se navega de esta forma. El ancla del barco se había cogido a una de las defensas. También se investiga. Y algo que debería interesarte: en algunos sitios no hay rastro de huellas dactilares. Está claro que se han borrado.

—¡Mierda! —exclamó Laurenti poco contento con esta información—. Esto huele a trabajo. Ya me puedo olvidar del verano.

—En todo caso —le confirmó Ettore Orlando—, ¡me temo que tienes trabajo!

Orlando y Laurenti siguieron hablando todavía un rato antes de separarse frente a un palacio de la época de Mussolini en el cruce de la Via Roma con la Via

Mazzini, donde se encuentra la filial del Deutsche Bank. Se escandalizaron ante la fealdad de las dos esculturas de bronce que había frente al edificio, tan diferente a los de la vecindad, muy recargados, muestra palpable de la inmensa riqueza de Trieste. Con un estilo de construcción entre vienés e italiano, algo neoclásico, bizantino y del *Jugendstil*: justamente Trieste. Los altos y pesados edificios de la época de María Teresa conformaban el barrio geométricamente, sin fisuras. En el Canal Grande atracaban hasta los años veinte buques mercantes, sobre todo de dos o tres mástiles. El mercado que se encontraba en la cercana Piazza Ponterosso debió de ser grande y estar muy bien provisto.

Según la opinión de Orlando, llamaba la atención que el Deutsche Bank hubiera elegido como sede justamente aquel edificio, como si en Trieste no hubieran estado disponibles otros sitios.

—El poder demuestra su poder —dijo y dio con la manaza contra la estatua de bronce, que respondió con un sonido metálico sordo. Dos paseantes se giraron asustados—. Comprarán el país y nos lo arrebatarán delante de nuestras narices.

En la casa de la Via Roma 7 también tenía su sede la empresa del austriaco. Desde Da Primo sólo había unos metros y Laurenti quería echar un vistazo al despacho de Kopfersberg y hablar con los empleados. Quizá podría averiguar algo que le ayudara en la búsqueda del desaparecido.

El rótulo de la empresa TIMOIC no pasaba inadvertido: una gran placa de latón grabada con anchas letras. Justo al lado, la fila de timbres. TIMOIC ocupaba dos. Debía de tratarse de unas oficinas bastante grandes, ya que los áticos de estos edificios eran inmensos. Laurenti miró hacia el ojo de la cámara de vídeo instalada en la entrada, colocada seguramente por el banco. En Trieste apenas se encontraban estas videocámaras, la poca criminalidad que había no justificaba una inversión de ese tipo. Laurenti no sabía si alguien le vigilaba a través de la cámara, así que mantuvo su identificación hacia la misma. Después de escuchar el breve zumbido que emitió el mecanismo de apertura, empujó la puerta de madera de roble reforzada con acero. Se encontraba al pie de una enorme escalera, cuyo primer tramo separado por una barandilla de piedra tenía unos cinco metros de ancho. Una alfombra roja llevaba hacia arriba. Laurenti se fijó en las paredes estucadas, cuyo artesonado estaba vetado con mármol sobre un fondo claro, por si encontraba una indicación del piso en que se encontraban las oficinas de TIMOIC. Subió el primer tramo de escaleras. Tras subir medio piso vio la puerta del ascensor. Laurenti lo llamó y esperó a que llegara silenciosamente. Pero tampoco en el ascensor se indicaba en qué piso se encontraban las oficinas. Así que Laurenti subió a pie, pasando por puertas de entrada enchapadas en madera de haya sin indicación alguna y con picaportes de latón. Finalmente en el tercer piso descubrió el ansiado rótulo. Llamó y se produjo de nuevo un zumbido. Entró y se encontró en un

recibidor enorme y desierto. «De Kopfersberg ha llegado muy lejos», pensó Laurenti. Las oficinas, el yate, la villa... Alcanzó una esquina y vio un pasillo vacío.

–*Buongiorno, permesso* –llamó y avanzó unos metros hasta que oyó una voz femenina a sus espaldas.

–*Prego!*

Laurenti se dio la vuelta y vio otro pasillo que salía del recibidor. Allí, frente a una de las puertas de los despachos, había una mujer joven de unos veinticinco años. Llevaba una blusa negra ancha, bajo la cual destacaba un sostén blanco, y una falda negra corta, muy corta. Su cabello largo y teñido de rojo le llegaba hasta los hombros y lo tenía cogido con una diadema. Su tez estaba bronceada y no era muy guapa.

–¿Qué desea? –preguntó ella.

–Quisiera ver al señor De Kopfersberg.

–En estos momentos no está aquí.

–¿Cuándo volverá?

–No lo sé. ¿Quién es usted?

–Polizia Statale –dijo Laurenti sosteniendo su identificación–. ¿Quién le representa?

–¿Pasa algo con el señor De Kopfersberg? –quiso saber la joven.

–¿No sabe usted nada? –preguntó Laurenti intentando descubrir algo en su mirada–. Su jefe, porque supongo que es su jefe, ha desaparecido.

–¿Desaparecido? –dijo abriendo los ojos.

–Bueno, hasta es posible que esté muerto.

–¡Es terrible! –exclamó la joven, que parecía realmente asustada.

–Cierto, ¡terrible! ¿Y quién es usted, si me permite preguntarlo?

–Renata Benussi. Soy la secretaria.

–¿La secretaria del señor De Kopfersberg?

–No, la secretaria de recepción.

–¿Cuándo lo vio por última vez?

–El lunes por la mañana. Antes de salir de viaje pasó un momento por la oficina.

–¿A qué hora?

–Como siempre, cerca de las nueve y media.

–¿Y adónde se dirigía?

–Viaje de negocios.

–No le pregunto por el motivo del viaje, sino a qué lugar se dirigía –o aquella chica era un poco tonta o sabía demasiado.

–No lo sé. No estoy al corriente de su agenda.

–¿Cuántas personas trabajan aquí?

–Cuatro. Contándome a mí cinco.

–¿Y cuál es la actividad de la empresa?

-Importación y exportación.
 -¿Con quién puedo hablar? ¿Quién representa al señor De Kopfersberg?
 -El doctor Drakic.
 -¿Está él por lo menos en la oficina?
 -Lo siento, no.
 -¿Drakic, ha dicho? -era la segunda vez en el día que Laurenti oía aquel nombre-. ¿No se apellida también así...?
 -Sí, sí, Tatiana. Es su hermano.
 -¿Qué Tatiana?
 -La novia del jefe.
 -Ah, claro, su novia... -Laurenti echó un vistazo al pasillo-. ¿También trabaja ella aquí?
 -¡Tatiana no trabaja! ¿Pero qué es lo que ha pasado? -el susto inicial había derivado en curiosidad-. Espero que nada grave.
 -¡No se preocupe! Sólo he dicho que tal vez esté muerto.
 Poco más podría sonsacarle a aquella criatura. Laurenti se había dado cuenta hacía rato y no lo disimuló.
 -No es como para tomárselo a broma -dijo ella santiguándose-. Voy a contárselo a mis compañeros ahora mismo.
 -No tan deprisa, *signorina* -dijo tajante Laurenti-. ¿A qué hora volverá el doctor Drakic?
 -Lo siento, pero no me lo ha comunicado.
 -Otra pregunta: me ha dicho que aquí trabajan cinco personas. ¿Para qué necesitan tanto espacio?
 -Eso mismo me pregunto yo -contestó Renata Benussi sin ambages.
 -¡Renata! -resonó una severa voz femenina. La secretaria se volvió con una clara actitud de respeto.
 -¿Sí?
 -¿De qué está usted hablando? ¿Y con quién? -preguntó una mujer muy arreglada de unos cincuenta y tantos años, aún atractiva, mientras se acercaba con paso firme hacia los dos-. Renata, por favor, vuelva a su despacho.
 -Pero es que este hombre dice que al jefe le ha pasado algo -protestó.
 -Le he dicho que vuelva a su despacho -repitió la mujer tajante, y la intimidada Renata Benussi obedeció. Este hecho despertó la curiosidad de Laurenti.
 -Buenos días, soy Eva Zurbano. Dirijo estas oficinas. ¿Y usted quién es?
 Laurenti se presentó.
 -Tatiana Drakic ya nos ha informado al respecto -explicó la *signora* Zurbano con aire displicente-. El *signor* De Kopfersberg se marchó el lunes por unos días y tenía intención de regresar ayer por la noche. Estamos preocupados. ¿Sabe usted dónde puede estar?

Laurenti negó con la cabeza.

—No, siento decirle que no. ¿Sabe adónde se dirigía?

—Quería relajarse durante unos días. Normalmente sale con su yate, el *Elisa*, sin un destino concreto —Eva Zurbano se volvió para comprobar que Renata no estaba en el pasillo. Ésta se había metido en un despacho en la parte izquierda del corredor, dejando, eso sí, la puerta abierta.

—Tengo que hacerle unas preguntas, ya que no descartamos un delito de sangre. ¿Tenía Kopfersberg algún enemigo?

—No. No, que yo sepa.

—¿Cuál es su profesión?

—¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra? —la mirada de la *signora* Zurbano se oscureció—. Importación y exportación, como ya le ha informado Renata.

—¿Qué tipo de mercancías? —quiso saber Laurenti con la intención de no ser despachado tan rápidamente. Veintidós años atrás, en el transcurso de la investigación, había llegado a comprender tan poco del negocio como ahora.

—¡De todo! Partidas de fletes, contenedores, cualquier mercancía. Máquinas, vehículos y demás.

—¿Desde dónde y hacia dónde?

La Zurbano se encogió de hombros.

—Cualquier sitio al que resulte barato transportar mercancías desde Trieste. Del sudeste al noroeste y viceversa.

—¿Qué quiere decir?

—Israel, Turquía, Grecia, los Balcanes, Francia, Bélgica, Holanda, Austria, Alemania, Suiza. ¿Pero qué tiene que ver esto con la desaparición del *signor* De Kopfersberg?

Laurenti tenía claro que Eva Zurbano no quería hablar más sobre el negocio. Ya averiguaría más cosas por su cuenta.

—¿Tiene Kopfersberg familiares?

—Vive con Tatiana Drakic en su villa de la Via del Porta. Su hijo trabaja en Viena. Spartaco de Kopfersberg. Pero por lo que yo sé no podrá encontrarlo. Bruno dejó dicho que se había ido de vacaciones.

Laurenti se fijó en el hecho de que Eva Zurbano llamaba a su jefe familiarmente por el nombre de pila y recordó el curioso nombre de su hijo.

—¿Cuánto hace que trabaja aquí?

—¡Desde hace una eternidad! El próximo doce de septiembre hará veinticinco años.

Laurenti hizo el cálculo: desde 1974, lo cual significaba que en 1977 ya debía de haberla interrogado, aunque no recordaba a Eva Zurbano, claro que tampoco ella parecía recordarlo a él.

—Dice usted que dirige la oficina. Sin embargo, su secretaria me ha dicho que un

tal señor Drakic representa a Kopfersberg. ¿Tiene alguna relación con Tatiana Drakic?

–¡Renata habla demasiado! El doctor Drakic es el apoderado, igual que yo. Pero él trabaja con nosotros sólo desde hace cuatro años. Por cierto, es el hermano de Tatiana.

–¿Dónde puedo encontrarle? ¡Me gustaría hablar con él!

–Tiene que realizar unas gestiones y siento decirle que no sé cuándo volverá.

–¿Le importaría mostrarme el despacho del *signor* De Kopfersberg?

–¡De eso ni hablar! –dijo de forma decidida la Zurbano–. ¿Con qué motivo?

–Me gusta hacerme una idea de las personas que ando buscando. Si tenemos que encontrar a Kopfersberg, será más sencillo cuanto más sepamos de él.

–¡No, no! ¡No puedo hacerlo! –dijo Eva Zurbano inalterable–. ¡No puedo dejar que entren extraños en el despacho de alguien cuando no está!

–¿Me enseñará entonces la agenda de su jefe? Quizá encontremos alguna pista sobre el lugar al que se dirigía –a pesar del intento, también este globo sonda se desinfló antes de llegar a su destino.

–¡No existe tal agenda! –Eva Zurbano permaneció impasible, mirando esta vez su reloj de muñeca.

–Unas oficinas bastante grandes para sólo cinco empleados –le soltó entonces Laurenti.

–No nos falta sitio, en eso tiene usted razón –Eva Zurbano se había dirigido a la puerta de entrada para abrirla–. Siento no poder ayudarle más –dijo–, pero me esperan para una reunión –le dio la mano y le acompañó hasta la salida.

–Hasta pronto –se despidió Laurenti poco amable.

Meditó sobre aquel recibimiento tan particular mientras descendía lentamente las escaleras. Algo no encajaba. ¿Por qué la Zurbano no se esforzaba más en facilitarle información? ¿Por qué había despachado a Renata Benussi y por qué ya esa mañana Tatiana Drakic había sido tan desconsiderada con el cabo asistente Sgubin, quien con toda seguridad se había comportado de la forma más correcta? Algo apestaba en esa empresa.

Y sobre todo, lo que menos podía creerse Laurenti era que Eva Zurbano ya estuviera relacionada con Kopfersberg cuando desapareció su mujer, Elisa; que él mismo la hubiera interrogado y que no se acordara de ello. La dama en cuestión era de lo más contundente. Laurenti esperaba que el expediente de 1977 estuviera ya sobre su mesa, de este modo podría revisar algunos puntos. Intentó recordar en qué se había equivocado hacía años, ya que nunca pudo olvidar su derrota en el caso. El de Kopfersberg era un apellido importante y la suya una historia de las que no se olvidan. Gracias a ese hombre, Laurenti aprendió mucho sobre la ciudad de Trieste, a la que había sido destinado, siempre con la secreta esperanza de que lo trasladaran de nuevo lo antes posible a otra parte del país más poblada y conocida

por él. Se sentó bajo los parasoles del Caffè Stella Polare delante de San Antonio y dejó que fluyeran los recuerdos sobre su antiguo adversario. Kopfersberg le había contado en aquella ocasión la historia de su familia. Por curiosidad Laurenti investigó todo lo que él no le había explicado. Recordaba bien la conversación. Kopfersberg, con un puro en la mano izquierda y una copa de coñac en la derecha, estaba sentado en un amplio sillón de cuero. Por su parte, Laurenti tuvo que conformarse con una incómoda silla de madera.

Kopfersberg descendía de una vieja familia austriaca que en 1839 se instaló en Trieste. Su tatarabuelo, Joseph von Kopfersberg, de la nobleza terrateniente de Estiria, fue oficial de Marina y pasó a trabajar a la sociedad accionaria Triestiner Lloyd fundada en 1836, que pronto se ocupó del transporte marítimo hacia el Levante, la India y el Lejano Oriente. Tras la inauguración en 1857 de la Südbahn, la primera línea de ferrocarril entre Viena y Trieste y del Canal de Suez en 1869, la ciudad se convirtió en un puerto marítimo internacional y un centro financiero de primer orden. «Fue la época de la explosión inicial y del crecimiento, en el que se buscaba y recompensaba el espíritu emprendedor» le había dicho Kopfersberg en tono jactancioso, como si él hubiera estado allí. La ciudad viviría en los siguientes decenios un gran crecimiento demográfico, como el resto de Europa.

En 1829 se probó en el golfo de Trieste la primera hélice de propulsión. En 1861 se construyó la primera fragata acorazada. En 1866 se hundió el buque italiano *Re d'Italia* a causa de una legendaria embestida marina y el mismo año se probó el primer torpedo, invento del inglés Robert Whitehead, que trabajaba no muy lejos, en el Stabilimento Tecnico de la ciudad de Pola. No se sabe muy bien por qué, al Ministerio de la Guerra de Viena se le olvidó prohibir al inglés que al terminar el artefacto lo vendiera a otros países. Además, el puerto de Venecia había perdido finalmente su preponderancia en el Adriático en beneficio de Trieste. «Y todo ello bajo los auspicios de unos montaraces», como hubiera preferido decir Laurenti, pero se abstuvo. Seguramente Kopfersberg no lo hubiera encontrado gracioso.

El hijo del tatarabuelo, Joseph Franz von Kopfersberg, abrió una empresa en Trieste, la Südhandel Aktiengesellschaft, en la que finalmente entró Joseph Albert von Kopfersberg, el padre de Bruno, que italianizó ligeramente el apellido de la familia tras la Primera Guerra Mundial, convirtiendo el «von» en un «de». Su mujer Camilla le llamaba Alberto. Pertenecía a una influyente familia italiana, en cuyo negocio entró Joseph Albert, después de que Südhandel AG entrara en bancarrota. Camilla hizo bautizar a su hijo con el nombre de su padre y rompió así la línea de los Joseph. Bruno fue el hijo único y tardío de su padre. Nació en Trieste el 15 de noviembre de 1943 al cumplir él cincuenta y ocho años. La ciudad había sido ocupada entretanto por los nazis y convertida en «Zona operativa de la costa adriática». El general de las SS Odilo Globocnik quemó pueblos del Carso, donde intuía que había partisanos escondidos. Sus comandos de la muerte fueron

responsables de la deportación de los últimos judíos de la ciudad a Auschwitz. También en la Risiera di San Sabba, el único campo de exterminio alemán sobre suelo italiano, llevó a cabo su sangrienta obra. El horno fue construido por los «especialistas», que ya habían hecho lo propio en Treblinka. Se dice que Globocnik evitó ser detenido en 1945 suicidándose. Aunque mucho más tarde se supo que había vivido desde 1955 en California y que murió allí en 1977.

Joseph Albert de Kopfersberg se hizo rápidamente miembro del partido de Mussolini y sacó buen provecho de ello.

Bruno de Kopfersberg pasó los primeros años de su vida en Trieste y fue enviado más tarde a un internado en Austria. Más adelante se inscribió en la Universidad de Viena, donde no llegó a terminar los estudios de Derecho. Con veinticuatro años se empleó en una de las más grandes navieras de Austria y aprendió muy rápido la labor de vender a las empresas austriacas la posibilidad de transportar sus mercancías por aguas internacionales. Ya fuera por el Danubio o por el Adriático, Bruno de Kopfersberg dispuso pronto de excelentes contactos en este negocio, que se hacía sobre todo mediante teléfono y telegramas. En 1971 se trasladó a Trieste con su mujer Elisa, en estado de gestación ya avanzado y con la que se había casado en Viena, fundó su propia empresa, TIMOIC, como agente naviero y se dedicó a la importación y exportación.

El 14 de septiembre de 1977, Bruno de Kopfersberg denunció la desaparición de su mujer a la Polizia Marittima. Habían salido con el yate y habían anclado el barco frente a la Costa dei Barbari. Elisa se había ido a nadar, empezó a gritar de pánico, se hundió y no volvió a salir. Así de sencillo. No podía precisar si había sido un tiburón, a pesar de que buscó durante largo rato. La Guardia costera prosiguió la búsqueda. Su hijo Spartaco tenía entonces seis años y estaba con dos amigas de Elisa. El caso se investigó, Bruno fue interrogado varias veces y la pequeña lancha motora, su primer barco propio, fue registrada de arriba abajo. Finalmente se suspendió el procedimiento incoado contra él.

Fue el primer caso que se le asignó exclusivamente a Laurenti y se dedicó a él en cuerpo y alma. Laurenti estaba convencido de que Bruno de Kopfersberg mentía, pero no consiguió encontrar la más mínima prueba en su contra. Contaba con infinidad de indicios. Hacía dos años que Proteo Laurenti había llegado a la ciudad. Tras finalizar sus estudios en la academia de policía de Cesena, se le destinó primero a Cremona y más tarde a Vicenza. Su expediente académico era excelente e hizo buenas migas con su antiguo superior, que apoyó su candidatura a la policía criminal.

Veintidós años más tarde, parecía que Bruno de Kopfersberg, el hombre del que tanto sospechaba, también había terminado sus días en alta mar. ¿Había sido asesinado? ¿Se juzgaría al asesino? Esta coincidencia le obsesionaba. Volvió de

nuevo al presente y salió de la terraza del café a la calle, donde había un gran contraste entre la luz del sol y las sombras que proyectaban las casas altas.

Ya eran las tres y media cuando su teléfono móvil le dejó claro que había aterrizado de nuevo en el presente. Vio en la pantalla que la llamada era de su secretaria.

—¿Qué pasa, Marietta?

—Ciao, Proteo. Se ha convocado una reunión a las seis con el *questore* por el asunto de los ilegales. Se acaba de informar sobre ello.

—¿Con quién?

—¡Iluminación de gala! —esto quería decir que se convocaba a todos los responsables de los departamentos de policía y que la importancia de la reunión era alta. Marietta y su jefe hacía años que se entendían mediante estos códigos.

—Mierda. Espero que por lo menos no se alargue hasta la eternidad.

—No creo. La mitad de ellos están de vacaciones. Así que te ahorrarás el discurso de los más parlanchines. ¿Tenías algo previsto?

—Tengo otra reunión, Marietta, ángel mío. El consejo familiar tiene lugar esta noche.

—Sé clemente, Proteo. Por cierto, el *questore* se ha interesado por Kopfersberg.

—¿El *questore*? —Laurenti estaba sorprendido. ¿A través de qué vía se había enterado ya el director de la policía de que el austriaco había desaparecido?—. ¿Por qué demonios le interesa este caso al jefe?

—También yo me he sorprendido —respondió Marietta—. Sólo quería saber qué ha pasado y si hemos adelantado algo.

—¿Eso es todo? —Laurenti estaba en buena sintonía con el superior de la policía de Trieste. Les unía la amistad, dentro de los límites que marcaba la jerarquía. El *questore* apreciaba a su director de la policía criminal por su tacto y perspicacia, pero también porque casi siempre coronaba rápidamente con éxito sus investigaciones. En cualquier caso, siempre se sentía extraño cuando el *questore* se interesaba personalmente por un caso.

—Sonaba muy normal.

—Bueno, si no ya me enteraré yo por mi cuenta. ¿Algo más?

—Nada importante. Una nueva y acostumbrada víctima por la ola de calor. Y dicen que aún habrá más —los ancianos caían como las moscas durante aquellas olas de calor. Y en Trieste vivían más ancianos que en ninguna otra parte. Solos y sin contar con la ayuda de nadie, ya que los jóvenes habían emigrado hacía muchos años a ciudades más interesantes y con más perspectivas de futuro. Cuando ya no les quedaba familia en la ciudad y tampoco amigos, a veces ocurría que estas viviendas despedían un olor desagradable y debía investigarse si se trataba de una muerte por causas naturales o de violencia. Durante las épocas de más calor éste era

por desgracia uno de los casos rutinarios. Laurenti estaba contento porque hacía años que no debía ocuparse de ellos, sino los colegas más jóvenes que acababan de empezar su carrera. Casos desconsoladores.

–Volveré sobre las cinco y media –dijo Laurenti.

–Ya me habré ido –oyó–. Me voy a nadar un rato.

–¡No te ahogues, te necesito!

Laurenti miró su reloj. Eran poco más de las cuatro. Aún le quedaba suficiente tiempo para pasarse por el *Piccolo* y ver si podía conseguir que el dinamitero voluntario en prácticas y su expedición militar en favor de la ley y el orden entraran en razón.

El edificio de la Via Guido I pertenecía a los más pequeños de los típicos pecados de construcción de aquellas épocas en las que se quería ser moderno costase lo que costase. En el tejado del tramo de oficinas se podía ver en grandes letras azules el anuncio luminoso «Il Piccolo». No era el único edificio horrible en aquella parte de la ciudad en la falda del Borgo Giuseppino, y sólo era superado en su fealdad por la piscina municipal cubierta, que pronto sería pasto de las excavadoras, y también por un estrambótico rascacielos, en cuyo piso superior resplandecía el anuncio luminoso «Lloyd Trieste Assicurazioni». Con gloriosa alevosía tapaba la vista de la dársena y del golfo. Esto es lo que une a todas las ciudades europeas: estos cuerpos extraños en los huecos de la vieja substancia, que había sido planeada y había crecido con esmero. Algún alcalde o concejal estaba siempre dispuesto a decir unas palabras bienintencionadas en la inauguración de estos monstruos: con esta gran operación empresarial se ha demostrado que esta ciudad se ha tachado injustamente de provinciana, pues vemos claramente que también aquí ha llegado el progreso. Aplauso, bendición del edificio, entrechocar de copas y al día siguiente el artículo en el diario local con una foto del constructor y del alcalde. Laurenti estaba a favor de introducir la ejecución pública aplicable a arquitectos y urbanistas para estos casos tan graves de atentado contra la estética.

Proteo Laurenti se hizo anunciar a Rossana Di Matteo y cogió el ascensor del edificio principal, donde se encontraban las grandes oficinas de la redacción y la administración. La iluminación con fluorescentes funcionaba casi siempre también de día. Pequeños escritorios con pantallas divididos por delgadas y no muy altas separaciones, cuyo color azul se peleaba con el verde grisáceo del suelo de linóleo. Los redactores hacía tiempo que ya no se fijaban en quién recorría el pasillo, tampoco cuando se trataba de un extraño. Iría a algún sitio determinado. Nadie caminaba por ahí sin motivo alguno.

Sólo los jefes de redacción disponían de despacho propio, aunque esta definición fuera exagerada. Su espacio estaba aislado del ruido de la gran superficie mediante paredes de cristal. Por lo demás, estos despachos no se diferenciaban en nada de los

puestos de trabajo de los demás. El mobiliario era igual de modesto. Sobre todas las mesas había los mismos aparatos. Por no haber, no había ni persianas, como en las películas antiguas, con las que aislarse del mundo cuando se trataba de dar con el titular decisivo.

Rossana Di Matteo dirigía entre estos tabiques la sección local del *Piccolo* desde hacía cinco años. Era, junto a las páginas de anuncios, la sección más importante del diario, para la que trabajaba la mitad de los redactores. Su ascenso no había sido recibido sin protestas ni lamentos por parte de sus colegas. Su trabajo periodístico era apreciado por todo el mundo, aunque algunos hombres de la redacción se consideraban más capacitados que ella. Rossana Di Matteo se convirtió en su primera jefa. La decisión del dueño era sin embargo irrevocable y poco después se demostró que acertada. El *Piccolo*, que no tenía competencia, pudo aumentar su tirada en unos cuantos miles de ejemplares, un verdadero milagro para un periódico local. Rossana Di Matteo había animado a la redacción a informar con más decisión sobre la política local e incluir más información sobre la lucha política que tenía lugar en la ciudad, incluso excitando en ocasiones los ánimos. Transformó radicalmente la «Crónica Negra», que informaba, aportando fotografías, sobre los aspectos más «bonitos» de la vida, desde los accidentes de tráfico hasta los delitos con violencia. Los ciudadanos debían tener acceso a más material, también aquí, en esta tranquila ciudad, que apenas influía en la estadística de criminalidad italiana. La fórmula mágica se llamaba transparencia. «Las fotografías», les recomendaba encarecidamente a los reporteros, «se pueden tomar también desde otra perspectiva. No dudéis a la hora de arrodillaros o de estiraros sobre la porquería, moveos, buscar sensaciones espectaculares. Aquello que queréis mostrar debe ser grande, dominante, por lo menos tan impresionante como para que el que lo vea necesite hablar de ello. No deben retratar, en ningún caso, lo habitual.» Se esforzaba mucho en comentar en detalle con sus colaboradores las fotografías y el artículo, explicarles qué quería y por qué. Por la mañana, era la primera que llegaba a la oficina y por las noches, la última en irse a casa. Pero también durante la época de su gran éxito profesional vivió una derrota estremecedora en su círculo más íntimo.

Su vida familiar, aparentemente feliz, terminó después de innumerables peleas con el suicidio de su marido, que se tiró, sin dejar una nota de despedida, del acantilado que hay frente al camino de Rilke junto al castillo de Duino. Nadie creyó que se tratara de un accidente. Su hija Antonella culpó a su madre del terrible final de su padre. Empezó a faltar en el colegio, donde hasta entonces había sido la mejor de la clase, perdió una quinta parte de su peso y se negó a hablar a su madre. Con quince años se iba por la noche a los bares y más de una vez la policía la llevó a casa borracha o totalmente drogada. Todos los intentos de Rossana por hablar con su hija fracasaron. Antonella no podía aceptar que su padre no sólo tenía

problemas con su madre, sino también económicos, que le tenían desesperado. Siguiendo el buen consejo de Laurenti, que siempre le había caído bien a Antonella, ambas iniciaron una terapia y después de algunos meses llegaron por lo menos al acuerdo de que Antonella volviera al colegio, aunque no en Trieste, sino en un internado en Irlanda. Desde hacía tiempo, Irlanda era, nadie sabía por qué, el gran sueño de Antonella. En su cuarto había colgados pósters con grandes paisajes verdes y húmedos frente a costas salvajes. Hacía tiempo que también había leído buena parte de la literatura de este país.

Laura y Proteo Laurenti se habían preocupado de Rossana y de su hija después de la desgracia. Ambas pasaban muchas horas con los Laurenti y prácticamente pertenecían ya a la familia.

Desde hacía algún tiempo Rossana estaba mejor y Antonella terminaría finalmente este año el bachillerato, aunque fuera con algo de retraso.

—Oh, el poder ejecutivo visita al cuarto poder del estado. ¡Qué honor! —le dijo Rossana Di Matteo yendo a su encuentro y dándole dos besos—. ¿Qué tal estás?

—Más bien diría que un insignificante policía visita a la merecedora de las simpatías del pueblo. ¡Tienes una pinta estupenda, Rossana! ¿Por qué razón está prohibida la bigamia en este país de mierda?

—¡Proteo! ¡No juegues con fuego! ¡Se lo contaré todo a Laura!

Este juego entre ambos era casi tan viejo como su amistad y se inició en el tiempo en que Laura se quedó embarazada por segunda vez. Rossana Di Matteo le había sostenido la manita a Proteo, tal como ella decía, cuando Laura huyó durante los días de más calor con su barriga y su hija al interior, más fresco que la costa. Proteo y Rossana se habían acercado en aquel entonces peligrosamente y renunciaron a ese corto flirteo gracias a su sentido común. Ese secreto les unía desde hacía diecinueve años.

—¿Por qué? No la quiero engañar. ¡Os quiero a las dos! ¿Qué hay de malo en ello?

—Demasiado tarde. Yo ya soy vieja, tú también eres viejo. Ya no pasa nada. Sólo nos queda el trabajo, querido.

—¡No exageres! No tenemos ni cincuenta años y ahora mismo no hay tanto trabajo. ¡Estamos en pleno verano, Rossana!

—¡No tienes ni idea, Proteo! Ahora mismo ha llegado un comunicado, que dice que la ayuda de la UE a los damnificados por el terremoto en Turquía se centralizará en Trieste. Aprendieron del fraude de la ayuda a Kosovo y han puesto sus esperanzas en la confianza que inspira nuestra dormida provincia. No me extraña, pues en Bari aún están almacenados los contenedores llenos al sol y medio oxidados. Y el responsable de la oficina pública en Viena ha concedido una entrevista convincente. Se llama Wolferer y por una vez parece que se trata de un funcionario decidido, que no se preocupa tanto de las directrices, sino de que todo

se lleve con verdadera efectividad. Siempre le sorprenden a una. Después está la lucha entre la región y el estado por el reparto del dinero público. No sé si lo has leído. Los conservadores se quieren vengar, porque no mandan en la ciudad. Por no hablarte de las luchas internas por nuestro futuro en el periódico... Maldita poca transparencia y caos.

Hacía un año que los anteriores dueños del *Piccolo* lo habían vendido a uno de los grandes grupos de comunicación del país, imperio que ya tenía en nómina otros periódicos regionales. Se habló mucho de los cambios más convenientes, de que todo lo que concernía a la ciudad o a la periferia debía ser transferido. Las secciones de política, economía y cultura de todos los periódicos debían centralizarse a ser posible en una sola redacción. Si no se evitaba a tiempo, ello supondría la pérdida de muchos puestos de trabajo. Todos eran o se sentían potenciales afectados, aunque aún nadie había tirado la toalla y se luchaba por la independencia.

—Esta maldita búsqueda de rentabilidad. Es para vomitar. No llegan a llenarse la boca y siguen aumentando la presión. En pocos años todos los periódicos serán iguales y la redacción no será más que un ornamento alrededor de los anuncios. Pero, claro, a vosotros los funcionarios qué más os da todo esto.

Mientras Rossana le hablaba había entrado un joven, que le dejó un manuscrito sobre la mesa sin pronunciar una palabra.

—¡Cómo que no! Piensa sólo en la discusión sobre la privatización de las cárceles y de partes de los cuerpos de seguridad. Por no hablar de la falta de presupuesto. Y medios anticuados. ¡Rossana, la delincuencia nos ha superado técnicamente en todos los aspectos! Pero ya veo, trabajas demasiado. Pásate a cenar con nosotros —propuso Proteo—. ¿Cuándo tienes una noche libre?

—Gracias, Proteo —dijo riendo Rossana—. En realidad sólo esta misma noche, pero no quiero darle más trabajo a Laura. ¿Por qué no vamos a cenar por ahí con los chicos?

No era una mala idea, pensó fugazmente Laurenti, pues en casa era de esperar que esa noche se produjeran fuertes turbulencias por el tema del concurso de Miss Trieste. Tenía puestas sus esperanzas en la influencia equilibradora de Rossana.

—Hay otra cosa de la que quería hablar contigo. Tienes en la redacción a un plumífero que se ha desbocado y que me está creando problemas. Este Leonardo Di Caprio...

—¿Quién? —preguntó Rossana sin entender a quién se refería.

—Ese jovencito, el del día del Último Juicio y las prostitutas del Borgo Teresiano —le informó Proteo.

—Ah, te refieres a Decantro —le corrigió ella—. Le acabas de ver entrar —dijo mostrándole los papeles sobre su escritorio. ¿Qué pasa con él?

—Me está dando trabajo. Nos están presionando desde todas partes. Por quince

prostitutas. ¡Quince! Tú misma publicaste el año pasado el sutil titular: *Detenidas las trece prostitutas de Trieste*. Ahora son dos más. Tu fariseo escribe artículos como si estuviéramos metidos hasta las rodillas en el fango. Nos llaman del despacho del alcalde, los fascistas, los chalados de la Liga, también los de Berlusconi, la Cámara de Comercio, y etcétera, etcétera. ¿Es que este chico no puede desfogarse de otra forma? No podemos destinar la mitad de nuestros hombres al Borgo.

Rossana estaba sorprendida.

—Pero tampoco es tan grave, Proteo.

Laurenti se incorporó.

—Sí que lo es. Me han encargado personalmente que me ocupe de que imperen la tranquilidad y el orden. Como si no tuviera nada mejor que hacer. Mira, durante un tiempo ejerceré un control estricto en el Borgo, organizaré redadas, reforzaré las patrullas y los controles. Multaré a los clientes que conducen por las calles adyacentes cerradas al tráfico donde están apostadas las chicas, etcétera. Así conseguiré que la situación se apacigüe un poco temporalmente. Al cabo de dos semanas escribiré un informe, en el que incluiré que gracias al valioso consejo del señor Decantro nos hemos tomado la situación en serio y hemos actuado con efectividad. Pero honestamente, Rossana, ambos sabemos muy bien que éstas u otras chicas poco después volverán a hacer la calle. No hay nada especialmente malo en ello. En Trieste, en lo que se refiere a prostitución, no pasa realmente nada. Los prostíbulos apenas se llenan y es mejor que tengamos el asunto controlado, pero sin intervenir. Como ahora. ¿Entiendes?

Rossana se levantó y cerró la puerta del despacho.

—A mí tampoco me gusta lo que escribe este imbécil, pero tiene algo así como bula. Está en prácticas, eso sí, con nada menos que treinta y cinco años, no tiene mucho en la mollera, pero sí un padre con mucha influencia que se preocupa por el futuro profesional de su hijo y que casualmente tiene amistad con uno de los jefes del consorcio. Seguramente con el fin de no quedar mal con él nos ha enviado a Decantro. Y aquí se siente como el gran héroe y un talento reconocido y por explotar. Su padre le llama por lo menos dos veces al día y, ya que aquí escuchamos todo, lo queramos o no, conocemos los aires que se da. No será tan sencillo como te imaginas deshacernos de él. Pero hace tiempo que pienso sobre ello y quizá se me ocurra algo.

—¿No puedes destinarlo a otro sitio?

—¿Adónde? —Rossana Di Matteo calló con escepticismo.

—Quizá deberíamos aprovecharnos de él. ¿Qué pasaría — prosiguió y miró a Rossana con una sonrisa astuta— si le encargaras que acompañara a una patrulla durante dos noches para escribir un gran reportaje sobre el tema...?

—Y como recompensa —ahora también sonrió Rossana Di Matteo— le ascendemos

de la sección de «Crónica Negra» a la sección de «Istria».

–¡Exacto! Necesita una formación completa. ¡Que se vaya a otra sección!

–Si no tiene que ser ahora mismo... –prosiguió Rossana–. Deja que me lo piense.

–Este fin de semana podría acompañar a una buena patrulla, si es que pasa algo –siguió hablando Laurenti–. Nunca has publicado algo así. Podrá verlo con sus propios ojos y además le facilitaremos un chaleco antibalas, seguro que le gustará. Y podrá viajar en el coche patrulla. Todo jovencito desea algo así.

–¿Por eso te hiciste poli, Proteo? –dijo riendo Rossana.

–¡Sólo por eso! ¿Qué pasa? –Laurenti se puso en pie después de echarle un vistazo al reloj de la pared y de repente se dio cuenta de que tenía prisa–. ¡Piénsatelo! Tengo que irme. Nos vemos esta noche. ¿Quedarás con Laura?

Había estado demasiado tiempo charlando con Rossana, no tenía el coche y aún tenía un trecho a pie hasta llegar puntualmente a la reunión con el jefe de la policía. Fue a paso rápido por el Campo Marzio en dirección al centro, pero no por la acera, sino por la calzada pegado a los coches aparcados. Con frecuencia miraba hacia atrás con la esperanza de encontrar un taxi libre. Faltaban cinco minutos para las seis y el tráfico era intenso. Sudando, prosiguió su camino apurado. En su oficina tenía siempre una camisa limpia de recambio para casos especiales. De haber podido, se habría cambiado con mucho gusto. Pero no tenía tiempo; habría llegado tarde. Debía ir directo a la Jefatura, aunque por las grandes manchas de sudor su camisa tuviera la misma pinta que la piel de una vaca austriaca. Los motoristas que se colaban entre los coches le pitaban una y otra vez. ¡Maldita gentuza! Uno de ellos llegó incluso a rozarle con el retrovisor. Pero desde la acera seguro que no podría parar ningún taxi por mucho que lo intentara.

Acababa de cruzar la Via Belpoggio cuando encontró la salvación. Un coche patrulla azul con la banda blanca de la Polizia Statale se acercaba por detrás de los demás coches. Laurenti les hizo una señal y llamó la atención con los brazos hasta que los policías le reconocieron y pararon.

–Buenas tardes, *commissario* –le saludó el copiloto a través de la ventanilla bajada–. ¿Ocurre algo?

–Hacedme el favor de llevarme hasta el *questore*. ¡Es urgente!

–¿Y dónde ha dejado el coche? –preguntó uno de los dos agentes.

–Ha salido antes que yo. Me encanta el calor en la calle –dijo Laurenti subiéndose atrás–. ¡Ahora haced un poco de ruido y demostrad que sois unos buenos polis!

El conductor lo hizo claramente de buen grado, como si hubiera estado esperando esa oportunidad, y pasó volando junto a los coches en caravana con la sirena aullando, aprovechando siempre con cuidado el espacio que dejaban los coches que venían en contradiirección. La corriente de aire secó la camisa mojada de Laurenti y poco a poco las manchas desaparecieron. Sin embargo, los rebordes

blancos eran cada vez más evidentes. Pero a pesar de la sirena y de las luces no había manera de salir del atasco. Estaban emparedados entre una furgoneta de reparto sucia a la izquierda, con las puertas abiertas y su conductor desaparecido, y un camión-hormigonera, que hacía maniobras hacia atrás para aparcar junto a una obra. El conductor del camión se lo tomaba con mucha tranquilidad.

–Esperadme aquí –dijo de repente Laurenti. Antes de que cualquiera de los dos policías pudiera decir algo, Laurenti ya se había bajado del coche. Corrió hacia la tienda de confección para hombres que había enfrente y le pidió al primer dependiente que tuvo a mano:

–¡Una camisa azul, ancho de cuello 41!

El vendedor hizo un gesto de irritación con la cabeza y se dirigió con pasos medidos hacia una estantería. Sin prisas, sacó cinco camisas y las extendió sobre el mostrador.

–¿Cómo prefiere la camisa, *signore*, de color, de rayas o lisa?

–Lisa –gruñó Laurenti, y le quitó una camisa de las manos–. ¡Ésta de aquí ya me va bien! ¿Qué precio tiene?

El vendedor le dio la vuelta con cuidado a la camisa hasta que encontró el precio. Mientras tanto apareció el dueño de la tienda.

–¿Puedo ayudarle en algo?

–¡Policía de servicio! ¡Disculpe! ¿Qué le debo?

–Esta camisa es de muy buena calidad, *signore*. Italiana, no es importada. Una buena elección –dijo el dueño cogiendo la camisa en busca del precio. Laurenti casi aplasta el cuello de la camisa cuando vio por el escaparate que el tráfico ya era fluido y los policías le buscaban con la mirada. Detrás de ellos ya empezaban a pitar.

–Sí, aquí –el dueño de la tienda se había puesto las gafas para leer, que llevaba colgadas del cuello–. Aquí está. Son 79.000 liras, por favor.

Los tres clientes y los otros vendedores les miraban con reproche y murmuraban. Una escena propia de una película.

Laurenti sacó un billete de cincuenta mil liras y tres billetes de diez mil del bolsillo de su pantalón. Los tiró sobre el mostrador y agarró la camisa.

–Está bien así –dijo, y salió corriendo hacia la entrada.

–¿Podemos hacer algo más por usted? ¿Querría probarse quizá una corbata?

–Cómprese un helado con el cambio –dijo Laurenti por encima del hombro. Se subió al coche, que salió pitando con las luces azules y la sirena a todo trapo.

Laurenti extrajo la camisa del envoltorio de celofán, sacó las agujas que pudo localizar y las tiró al suelo, se deshizo del cuello de cartón, se desabotonó a toda prisa la camisa que llevaba puesta y se la quitó. El policía que iba de copiloto le miraba con interés y el que conducía se sonreía irónico. Poco después el coche se paró frente a la Questura y Laurenti se bajó.

–Gracias, chicos –dijo Laurenti dejando la camisa usada en el asiento trasero–. ¿Os importaría dejármela en mi despacho cuando tengáis tiempo? –se metió bien la camisa nueva en el pantalón y se fue a toda prisa. Apenas saludó a la joven policía que desde una plataforma elevada vigilaba la entrada para que no se colara ningún desaprensivo. Las paredes de mármol de la recepción tenían inscritos en letras de cobre los nombres de los policías muertos en servicio durante los años treinta. El rostro de la funcionaria le recordaba siempre a una fascista que escupía a las víctimas de una de las detenciones masivas durante aquel acto arbitrario. Eso ocurrió en Trieste en 1944. Vio la fotografía una vez en un libro ilustrado sobre esos años y se le quedó grabada para siempre.

Como de costumbre, el ascensor estaba fuera de servicio. Laurenti tuvo que subir por las escaleras. Vaya vida, qué injusticia. Llegó a la antesala del despacho del *questore* sin aliento. La secretaria le saludó sonriendo y mirando su reloj de muñeca:

–¿Camisa nueva? –se veían claramente los dobleces y de un imperdible colgaba el precio. Lo cortó con las tijeras–. ¡79.000 liras! ¡No está nada mal!

–Eh –acertó a decir Laurenti confundido–. ¿Ya han empezado?

–No se preocupe, el *Colonello* también acaba de entrar.

–¿Otra vez de uniforme? –preguntó Laurenti.

–¡Faltaría más! Parece Papá Noel en persona –bromeó la secretaria del *questore*.

Laurenti puso los ojos en blanco y se despidió de ella con la mano izquierda, mientras abría la puerta del despacho del jefe con la derecha.

–Disculpen la tardanza. Buenas tardes –murmuró, y buscó una silla libre. En la nueva camisa azul habían surgido ya dos pequeñas manchas oscuras, que iban creciendo lentamente. Se inclinó un poco hacia delante con la esperanza de que buena parte de su piel no se pegara a la camisa. De repente notó un pinchazo en la espalda. «Una aguja», se le pasó por la cabeza, «sangre en la Jefatura».

–Entonces ya podemos empezar –dijo el *questore*–. Tenemos una buena noticia, aunque no les he convocado aquí por eso, pero vale la pena que la mencione: la UE ha decidido que Trieste sea la ciudad desde donde se organice la ayuda a Turquía. Con esto, nos convertimos en el puerto turco más grande tras Estambul y nuestros agentes marítimos forman claramente un buen *lobby*. La primera mercancía de ayuda se espera ya a partir de mañana. El muelle VII es suficientemente grande. Aunque el tráfico de larga distancia aumentará de forma evidente y ello tendrá sus consecuencias. La ciudad puede demostrar que está bien organizada y seguramente ganará mucho dinero a costa del sufrimiento de los demás. Sin embargo, el motivo verdadero de esta reunión es el incremento extremado de inmigrantes ilegales en nuestras fronteras del noreste. Sólo durante este mes se ha contabilizado un cincuenta por ciento más de detenciones que el año anterior por estas mismas fechas. Desde que las autoridades de Apulia han reforzado las medidas, los

traficantes buscan alternativas. No quiero ni pensar en las verdaderas cifras. Toda la frontera hasta Villach, en Austria, se ve afectada, pero sobre todo nuestra parte, desde Muggia hasta Gorizia, parece despertar gran interés. El Carso es, por muchos aspectos, ideal. Les he llamado, señores, porque debemos coordinar nuestros recursos y reforzar los controles.

A la mesa estaban sentados el coronel de los Carabinieri, el mayor de la Guardia di Finanza, el *primo dirigente* de la Guardia urbana, un mayor de la Guardia costera y el comisario Laurenti de la Polizia Statale, en representación del *vicequestore*, que en ese momento se recuperaba de la agitada vida de Trieste en una playa de la costa dálmata. El prefecto, representante de la soberanía territorial del estado, había encargado al director de la policía la coordinación de las diferentes fuerzas de seguridad, porque hasta la fecha habían trabajado descoordinadas. Los Carabinieri dependían del Ministerio de Defensa y la Polizia Statale, del Ministerio del Interior. Demasiado a menudo se hacían la competencia. Algunos soplones habían llegado incluso a cobrar por partida doble. Así que debían coordinar sus acciones bajo la dirección del director de policía. Sobre todo al principio, los Carabinieri mostraron su disconformidad, mientras que Laurenti aceptó la propuesta con satisfacción.

—Si no hacemos algo para remediar este fenómeno —prosiguió el *questore*—, ahora que empezamos a ver que nuestras fronteras están siendo aprovechadas por los traficantes con más intensidad, ¡en poco tiempo se nos habrá ido el asunto de las manos! En Kosovo, en Montenegro y en Albania miles de personas esperan ser trasladadas a Europa occidental. A ello se añade los ya conocidos transportes ilegales de kurdos, pakistaníes, rumanos y chinos. Los países de la UE, especialmente Alemania, no dejan de señalarnos a nosotros. Debemos atajar el problema desde la raíz, antes de que se vuelva ingobernable. Señores, coincido con el *primo dirigente* de la Polizia di Frontiera, que hoy no ha podido asistir por tener que atender una reunión similar en Roma, en que deben ustedes ordenar a sus hombres que refuercen notablemente los controles en todas las calles de la ciudad, si es posible que los doblen. Para ello debería haber el máximo intercambio de información entre ustedes. ¡Les ruego que cooperen mucho más que hasta ahora! ¡Olvídense de sus rencillas, no están ustedes compitiendo!

Las miradas del mayor de la Guardia di Finanza y del comisario de la policía criminal, que buscaba la aguja en la espalda con la mano izquierda, se dirigieron al mismo tiempo al oficial jefe de los Carabinieri. Todos habían entendido a qué se refería el *questore*.

—¡Exijan a sus patrullas que colaboren! —pidió el *questore* elevando el tono de voz—. Recuerden que a principios del año pudimos controlar el tráfico de la carretera de la costa. En diez días retiraron ustedes cerca de trescientos permisos de conducir. Después se hizo la calma, que aún perdura. Y ello sin incrementar la

presencia policial. Así que les recuerdo la receta: tres o cuatro patrullas, cada una de un cuerpo de policía diferente, se ponen de acuerdo para hacer controles repentinos en distancias de uno a tres kilómetros. El puesto de control no debe permanecer más de media hora en un mismo punto. Después deben desplazarlo de forma coordinada. Reforzarán el control de las furgonetas y los camiones, pero también de los coches cargados hasta los topes y llenos de pasajeros, sobre todo los de marcas y modelos ya conocidos. En coordinación con la central, cambiaremos la frecuencia de radio tan pronto como deshagan un control y antes de acordar el siguiente. La asignación de la dirección de los comandos la decidiremos por zonas, como la última vez. La zona A comprende en la ciudad la zona norte de la Piazza Garibaldi, desde la estación de trenes pasando por la Costiera y Duino, hasta la frontera de la provincia. De ella se hará cargo la Polizia Statale. La zona B comprende el sudeste del Corso Italia, al norte limita con la Via d'Annunzio hasta el hipódromo y va desde la Strada dell'Istria hasta Muggia. De ella se hará cargo la Guardia di Finanza. La zona C comprende el noreste de la ciudad y el Carso hasta la frontera del estado. De ella se harán cargo los Carabinieri. Este reglamento entra en vigor a partir de esta medianoche y durante los próximos catorce días. El lunes nos reuniremos de nuevo a las ocho de la mañana para comentar los primeros resultados. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué pasa con el mar? —indagó el mayor de la Guardia costera.

—Como hasta la fecha —contestó el *questore*—. De momento los traficantes se han limitado a la vía terrestre. No hemos registrado ninguna presencia en el mar. Para venir desde allá abajo por mar hay un buen trecho. ¡Gracias a Dios! Confiemos en que la cosa siga así.

—Y si los Carabinieri se hacen cargo de nuevo del Carso —murmuró descontento el *Colonello*— donde...

—Donde la última vez hicieron un trabajo magnífico —el *questore* había oído la objeción y reaccionó rápidamente—. Es lo más razonable —prosiguió—, ¡los Carabinieri se mueven allí mejor que nadie!

—Ya es hora de que los colegas mejoren sus conocimientos de la plaza —volvió a quejarse el *Colonello*, aunque el *questore* no hizo caso de este nuevo reparo.

—¿Alguna pregunta más? —dejó ambas manos extendidas sobre la mesa y calló por un momento. Los agentes lo tenían claro—. Los jueces de instrucción y los fiscales interinos han sido informados de la operación. Señores, contamos con el éxito de la misma. Informaremos de ella a los medios, rogándoles que le den la máxima cobertura. Eso nos ayudará. Tiene que saberse que aquí no se entra sin más. Así tendremos tranquilidad por un tiempo. ¡Mucha suerte y buenas noches!

El *questore* se puso en pie, al igual que los responsables de las diferentes fuerzas de seguridad, que abandonaron el despacho del jefe de la policía.

—Ah, Laurenti —dijo el *questore*, y cogió al comisario por el brazo—, quédese por

favor unos minutos.

Después de que el *primo dirigente* de la Guardia urbana cerrara la puerta tras de sí, el *questore* le preguntó:

–Dígame, ¿qué ha pasado esta mañana con el yate? Por cierto, bonita camisa. ¿Es nueva? –la compra de emergencia había sido sin duda un gran acierto.

–Gracias –contestó Laurenti. Le comentó que él mismo no sabía aún mucho sobre el paradero de Kopfersberg, pero que no debían descartar un delito de sangre–. ¿Pero por qué se interesa por este caso? –preguntó al *questore*.

–Ésta es una cuestión pertinente, que me ocupa desde este mediodía –le explicó el *questore*–. El presidente de la Unión Naviera me ha preguntado durante la comida si ya se sabía algo sobre el paradero de Kopfersberg. Naturalmente, yo no tenía ni idea de qué me hablaba y he tenido que pedir que me lo explicaran todo. Conoce al hombre en cuestión.

–Qué curioso –dijo sorprendido Laurenti–. Hasta este mediodía no hemos emitido ningún comunicado. Sólo una patrulla ha informado a la compañera del austriaco. Ha sido especialmente desagradable con los agentes. Es de suponer que después ha hablado con sus colaboradores de la oficina.

–Bueno, quizá le hayan informado desde la oficina –opinó el *questore*, y acompañó a Laurenti hasta la puerta.

–¿Qué es lo que ha dicho exactamente? –preguntó el comisario deteniéndose–. ¿Que le conoce o que le *conocía*? –y se quedó mirando al *questore*.

–Ha dicho –contestó éste– que le *había conocido*. Estoy seguro de ello.

–Mire –dijo Laurenti–, ni nosotros mismos sabemos qué ha pasado y la sospecha de que se trata de algo serio la tengo desde este mediodía. Tendré que hablar con el presidente de la Unión Naviera sobre sus fuentes.

–¡Por favor, Laurenti! ¿Qué es lo que le quiere preguntar? –quiso saber el *questore* frunciendo el ceño–. Quizá simplemente se ha temido lo peor. No, Laurenti, ¡no lo haga, por favor! Es usted demasiado suspicaz.

Cerca de las 19.30 Laurenti llegó finalmente a su oficina. Por fin se había podido quitar la aguja de encima en los lavabos de la Questura tras la conversación con el jefe. Le esperaban en casa y ya llegaba tarde. Sin embargo, quería resumir el día rápidamente con varias palabras clave, así empezaría el siguiente más fácilmente. Además, ya presentía el desacuerdo en el consejo familiar que iba a celebrarse aquella noche, lo cual no le hacía ninguna gracia. Estaba cansado. No por nada estaba en pie desde las tres y media de la madrugada, apenas había dormido la noche anterior y el calor sofocante hacía el resto. En las últimas semanas nunca había salido más tarde de las seis de la oficina. La ciudad estaba tranquila.

Laurenti cogió el teléfono y marcó el número de Via Díaz. Tuvo que esperar un

buen rato y cuando estaba a punto de colgar le contestó su hijo. Proteo oyó al fondo voces femeninas de buen humor.

–¿Marco? ¿Cómo estás?

–Todo perfecto, papá. ¡Te esperamos!

–Marco, ¡pásame con tu madre!

Proteo oyó cómo Marco dejaba el auricular en la mesa y llamaba a gritos a su madre. Poco después ella contestó.

–Rossana ya está aquí –dijo Laura alegre–. ¡Estamos tomando un aperitivo y te esperamos!

–He estado hasta ahora con el *questore*, se me hace tarde. Estoy completamente sudado y quiero ir a nadar un poco. ¿Adónde queréis ir a cenar?

–Hemos reservado una mesa en el restaurante de Franco. En Al Faro a las ocho y media –le dijo Laura. No parecía muy contenta por las noticias–. ¿Por qué no vienes simplemente a casa, te duchas y nos vamos todos juntos?

–Porque hasta ahora no ha sido el día de la alegría –le respondió Proteo–. Yo iré más tarde.

Oyó cómo la voz de su mujer se ensombrecía con nubes de tormenta.

–¡No seas tonto! Ven ahora mismo y refréscate. Y no nos hagas esperar más.

–No, un chapuzón en el agua es sólo una pequeña alegría, pero por lo menos lo es. Y seguramente la única durante este maldito día, en el que está claro que todos tienen un único objetivo: darme cuantos más palos mejor. En una hora estoy allí –y colgó el auricular.

Laurenti sabía que su mujer, como siempre, tenía razón. Pero necesitaba por lo menos media hora para relajarse, refrescarse y reencontrar su tranquilidad perdida. Además, no se le iba de la cabeza lo que le había dicho el *questore* antes de despedirse. Laurenti necesita perspectiva. Dijo la palabra en voz alta y alargando las vocales, mientras iba al armario y sacaba la pequeña cartera donde guardaba siempre una prenda de recambio. Debería pensar en llevar de una vez camisas blancas. Cerró primero la puerta del armario y después la de su despacho con violencia, lo que le provocó la risa. Después bajó silbando las escaleras en dirección a su coche. Desde que había abandonado el edificio a media mañana, su bolsa con la toalla seguía en el coche. Laurenti condujo hacia las afueras de la ciudad, el mismo trayecto que había hecho por la mañana. Quería volver al lugar donde había aparecido el yate. Allí podría darse un baño y pensar con toda tranquilidad. A esas horas no habría ni un alma por ahí.

Pero Laurenti se confundió. Bajó las escaleras de la Strada Costiera cantando una canción popular triestina picante. Su hijo la había cantado meses atrás una noche mientras cenaba toda la familia, en contra de la vehemente protesta de Laura y la suya propia, que había sido más bien tibia. La pegadiza letra no se le iba de la cabeza. Buscando el camino entre las rocas se encontró de repente frente a una

pareja de jóvenes, que le miraban sorprendidos. Laurenti calló de golpe. Sabía que no cantaba muy bien y además estaba ese estribillo, en el que los que participaban se implicaban de todas las formas posibles. Tuvo que pasar junto a ambos, que ahora miraban de nuevo hacia el mar. Por el gesto de las manos dedujo que hablaban de los bidones dispersos por el agua del criadero de mejillones destrozado. No entendió la lengua en que hablaban. Parecía un idioma eslavo, pero cuando él saludó educadamente con un «*buonasera*», le devolvieron el saludo en italiano. Proteo siguió andando un trecho, dejó la bolsa, se desvistió cubriéndose con la toalla y se metió en el agua, que debía de estar a unos más que agradables veinticuatro grados de temperatura. Se alejó nadando con largas brazadas. Por fin se podía relajar. Al volver después de un cuarto de hora, la playa estaba vacía. También los dos extranjeros se habían marchado.

Laurenti se estiró sobre las piedras, se puso la bolsa debajo de la cabeza y cerró los ojos.

En la lejanía oyó graznar a un par de gaviotas camino del mar abierto, donde los primeros pesqueros habían extendido sus redes y encendido sus faros, que más tarde, cuando estuviera oscuro, debían atraer a los peces. El agua salada se fue secando en la piel de Laurenti. Inspiró profundamente el aire perfumado de la vegetación y del mar. Recordó de repente las noches en las que Laura y él habían ido a nadar a menudo una vez anochecido, a las playas solitarias, donde nadie les molestaba y donde muchas veces habían hecho el amor durante toda la noche. Simplemente no podían separarse el uno del otro. Lo hacían con especial predilección en el agua caliente. Hacía ya tiempo de eso. Laura seguía siendo la mujer que él deseaba. Le habría gustado estar ahora con ella a solas en ese lugar, haber mirado cómo se desvestía. La hubiera abrazado y besado guiando sus manos sobre su cuerpo, hasta que ella se hubiera desembarazado de él para irse corriendo entre risas hacia el agua. Y él la habría perseguido hasta alcanzarla para luego seguir nadando un trecho y llegar a unas rocas que asomaban en medio del agua. Allí se habrían besado y abrazado apasionadamente. Cómo añoraba aquellos momentos.

Cuando se despertó, hacía rato que había oscurecido. Necesitó unos minutos para recordar dónde se encontraba. Tenía la boca seca y áspera como el papel de lija. ¡Sed! Miró la hora; eran las diez menos veinte. ¡Mierda! Se había quedado dormido. La familia, la cena, la gran bronca. Buscó en su bolsa el teléfono móvil, pero no lo encontró. Lo había olvidado en el coche. Se vistió rápidamente y empezó a subir. Maldecía. El ambiente en casa de los Laurenti sería terrible. Pero había podido dormir una hora y media tranquilamente. Y había tenido sueños maravillosos.

Justo a las 22.20 aparcó el coche finalmente frente a la Trattoria al Faro. Llevaba el teléfono móvil desconectado. Prefería explicar su tardanza personalmente. Mientras iba por el estrecho camino que llevaba a la *trattoria*, con una amplia vista

sobre la ciudad y el golfo de Trieste, se le acercó Franco, el dueño, que algunos días cojeaba ligeramente. Al saludar a Laurenti hizo un gesto con la mano izquierda como si se abanicara. Los signos no eran favorables.

–¡Te esperan con impaciencia! No sé si sobrevivirás a esta velada sin vigilancia policial –dijo Franco repitiendo el gesto con la mano–. Seguramente te cortarán en trozos y te darán de comer a los peces. ¡Ten valor y afronta el juicio con dignidad!

–¡Quimeras, Franco! Son falsas, inclementes y veleidosas. No te fíes de su sonrisa, te traerá la ruina. Esparce mis cenizas en el mar y celebra una gran fiesta en mi honor y a su costa. Que corra el champán hasta que nadie pueda más. Y acuérdate siempre con amistad.

Rossana le saludó, Laura se dio la vuelta y su rostro se ensombreció. Había dos sillas libres en la mesa. Alguien había cenado ya dejando las servilletas usadas y los vasos vacíos. Franco le dio un golpe en el hombro y Laurenti se enfrentó a su destino.

–¡Perdonadme, por favor! –cogió a su mujer por los hombros. Ella le ofreció fríamente la mejilla y no se dignó mirarle. Rossana le saludó cordialmente.

–Simplemente me he quedado dormido, no tengo ninguna otra excusa que alegar. ¿Dónde están los chicos?

–¡Estaban hasta las narices! –exclamó Laura de mal humor mirando hacia el mar–. No querían seguir esperando a su padre, que después de convocar esta reunión, además con refuerzos, resulta que es demasiado cobarde para hacer acto de presencia. Y encima sin avisar. No es necesario que te diga lo decepcionada que está Livia por lo mal que la tratas.

–Perdona, Laura –repitió Proteo–, ¡pero no me echés en cara que soy un cobarde! Sabes que no es verdad. Nunca te he dado motivos para reprocharme algo así. Además, no sé por qué va a estar enfadada Livia. ¿Qué les costaba haberme esperado? Pero si son ellos los que andan todo el día arriba y abajo sin parar. Te aseguro que si ya no recuerdan qué aspecto tiene su padre, no es por mi culpa. ¡Es como si ya no vivieran en casa! ¡Por favor!

El camarero acudió fugazmente a la mesa en su ayuda.

–Castigadle, pero perdonadle la vida –dijo–. Le he apartado una lubina, que tiene que comerse y pagar antes de que lo matéis. ¿Quieres un entrante, Proteo? –el camarero cantó la lista de entrantes y de primeros platos. Proteo pidió.

–Proteo, para soltarlo de una vez –se inmiscuyó Rossana– y fastidiarte del todo: los presentes esta noche han decidido por unanimidad que Livia se presente a la elección de Miss Trieste. Hasta tu propio hijo ha votado a favor.

Rossana sonrió satisfecha.

–¿Desde cuándo la educación tiene que ver con la democracia? Aquí lo que importa es la autoridad. ¡Nada más, Rossana! –exclamó Proteo sirviéndose otro vaso de vino.

–Livia es mayor de edad –dijo Laura mirándole por primera vez a los ojos–. Ya no se trata de educación. Ahora recoges lo que has sembrado.

–¿Yo? –exclamó sorprendido Proteo–. ¡Esto es demasiado! Que yo recuerde, esta jovencita tiene una madre, que es la que realmente le ha indicado el camino que debía seguir. ¡Pero si en esta casa mandan las mujeres! Aquí los hombres no pintamos nada.

–¡Deja de decir tonterías! Yo estoy muy orgullosa de haber criado una hija guapa e inteligente. De ti seguro que no tiene estas cualidades –ése fue un golpe bajo y Proteo recordó de repente lo que había dicho Marietta aquella mañana: Livia era tan guapa, que uno dudaba si era realmente su hija.

–¡Pues dime ya quién fue! ¡Laura! ¿Con quién me engañaste? ¿Qué engendro he criado? ¿Quién fue el cerdo?

–¡Ahora ya desvaría! –dijo Laura a Rossana, que se reía a carcajadas–. ¡Desaparece, Laurenti, y déjanos a las mujeres en paz! –Laura hizo un gesto despectivo con la mano–. Vete a nadar y habla con los peces.

–¿Por qué no fundas un «Partido de las madres de hijas tiranizadas», Laura? ¡Estoy seguro que tendrías mucho éxito!

–¡Más bien fundaría una «Unión de protección contra los hombres», idiota! Una para almas tiernas y otros sensibleros –dijo Laura–. Vosotros los hombres estáis tarados. ¡Primero organizáis concursos de este tipo y después os quejáis de que vuestras hijas participen en ellos!

–Sabe Dios que yo no he inventado esta mierda –protestó Proteo.

–Livia sabrá protegerse –dijo Rossana–. ¡Y además os tiene a vosotros! No seáis más papistas que el Papa de Roma. No tienes ninguna razón para estar descontento.

Laura prosiguió:

–¡Este machito del sur aún está convencido de que las mujeres guapas no tienen nada más que ofrecer que su cara bonita! Mira a Rossana, mírame a mí, a una de ellas incluso la cortejaste por este motivo, más tarde la sedujiste, te casaste con ella y la dejaste embarazada. En tres ocasiones. Y si en su momento yo no hubiera tomado las medidas oportunas, hoy tendrías más hijas que también se presentarían al concurso de Miss Trieste.

Proteo miró fugazmente a Rossana, que tenía la mirada perdida en la lejanía.

–O hijos –corrigió Proteo.

–Por mí, que sean hijos, da lo mismo –cedió Laura.

Franco trajo los *spaghetti*.

–La última comida del reo –dijo.

Proteo empezó a comer. A pesar de la pelea tenía buen apetito.

–Si pienso –dijo Laura a Rossana– de lo que se queja este hombre de aquí, la

verdad es que me entran ganas de llorar. Tiene a su lado a dos excepcionales ejemplares del sexo femenino...

—...aunque ya no recuerden que en el pasado tenían menos arrugas que ahora... — añadió Rossana.

—...que sólo tendrían que chasquear el dedo meñique para que todos los hombres del local cayeran rendidos a sus pies.

—Y no sólo éstos —completó la frase Rossana.

—No, no sólo éstos —le dio la razón Laura.

—Bueno; por mí, como si os vais con todos —dijo él con la boca llena—; presentaos al concurso de Miss Trieste. ¡El concurso de las mujeres rabiosas!

—Realmente es una muy buena idea —dijo Rossana reprimiendo la risa. Laura apuntó, sin embargo, que no estaba bien competir con su propia hija.

En algún momento llegó el segundo plato de Proteo y más adelante el postre, y en el intervalo mucho vino. Y cuando los demás comensales ya habían abandonado el local, el bueno de Franco llegó como siempre con su botella de vodka helado. Las luces de la ciudad resplandecían a sus pies, el aire era agradablemente fresco y en el golfo se veían los pesqueros iluminados y tres cargueros anclados. Tampoco el cielo nocturno se quedaba atrás con sus luces. Y llegado el momento se fueron.

Esa noche todos durmieron bien. Las nubes de humo sobre el volcán familiar se habían disipado, la erupción había quedado en nada y el ambiente era feliz. Todos habían bebido suficiente. Los ventiladores del patio de luces no supusieron ninguna molestia esa noche.

Trieste, 18 de julio de 1999, 1.10 h barrio de San Giacomo

La Via Ponzanino no es una de las calles más bonitas de la ciudad, como tampoco el barrio de San Giacomo en el que se encuentra. Fue y sigue siendo un barrio obrero, con casas sencillas, pero altas, de finales del siglo XIX. Italo Svevo las llama en *La conciencia de Zeno*, «casas de la especulación». «Tenía aspecto modesto, pero, aún así, mejor que el de las casas que se hacen hoy con las mismas intenciones. La escalera ocupaba poco espacio, por lo que era muy alta.»

En el barrio apenas se veía gente por la noche. La mayoría de los bares cerraba mucho antes de medianoche. Los autobuses, que llevaban a la periferia o venían de allí, enlazaban con Campo San Giacomo pasando por la Via dell'Istria. A estas horas su frecuencia era mínima. El último autobús paraba a la una de la madrugada frente a la iglesia de San Giacomo.

La joven que se bajó del autobús junto con otros siete viajeros era guapa, aunque iba vestida y maquillada de forma tan llamativa que se antojaba vulgar. Los largos cabellos rubios, que le caían mucho más allá de los hombros, los llevaba sin recoger. La falda, muy corta y de destellos plateados, hacía que sus piernas parecieran mucho más largas de lo que en realidad eran. El profundo escote de su camiseta atraía seguramente la mirada de cualquier hombre. Sus pechos se movían a cada paso que daba y los muros de las casas devolvían el retumbar de sus tacones.

Cruzó la Via dell'Istria, cogió la Via del Pozzo y giró cuando ésta desembocaba en la desierta y oscura Via Ponzanino. Frente al número 46 buscó la llave en su pequeño bolso de mano de color negro brillante. Iba a abrir cuando alguien puso por detrás la mano sobre su hombro. La joven quedó paralizada del susto.

–Buenas noches, Olga –la mano le apretaba tanto el hombro que no se atrevía a darse la vuelta. Notó algo especial. Entonces sintió el frío del metal en el escote. Miró hacia abajo y vio que la mano que sujetaba la pistola estaba enfundada en un guante de goma. La pistola llevaba silenciador. No reconoció la voz, aunque le era conocida. Intentó recordarla, pero el pánico se lo impidió, como si interpusiera una niebla en su memoria.

–¡Pon las manos en la espalda y permanece en absoluto silencio! –el hombre hablaba en voz muy baja y decidida. Ni se le ocurrió pedir auxilio.

Olga colocó primero la mano derecha, la que sujetaba la llave, a su espalda y después la izquierda, que aún sostenía el bolso de mano. Notó como le ataba las manos por las muñecas con un tubo de goma, tan fuerte que le dolió intensamente. Resopló claramente de dolor, pero justo en el momento en el que quiso decir algo, el desconocido le tapó la boca con cinta adhesiva. El hombre la empujó violentamente fuera de la acera, abrió la puerta trasera de un Mercedes negro y la metió en el coche. Le ordenó que se estirara en el suelo y la obligó de malos modos. Ella aterrizó sin aire sobre el vientre y notó el polvo y la suciedad de la

calle de la alfombrilla del coche en su rostro. El desconocido cerró la puerta, se subió al coche después de dar la vuelta y lo puso en marcha. Olga no podía enderezarse, pues a causa de la velocidad en las curvas iba de un lado para otro. Aún llevaba cogidos tanto las llaves como el bolso. Intentó imaginarse qué trayecto seguía el coche, cuántas veces giraba y en qué dirección iba. El Mercedes había descendido veloz la Via dell'Istria, justo después del Hospital Infantil había girado a la derecha hacia la estrecha Via Giangiorgio Trissino, después bajó por la pequeña y empinada calle en segunda a gran velocidad y dio la vuelta a la rotonda del Piazzale dell'Autostrada. Olga fue volqueada violentamente cuando el coche cogió la Via Carnaro. Hacía tiempo que había perdido la orientación, aunque por el tráfico supo que atravesaban uno de los túneles. Esperaba que fuera la Galleria di Montebello, que llevaba a la ciudad. Pero en lugar de ir reduciendo la marcha, el coche siguió a toda velocidad hacia las afueras de la ciudad hasta Cattinara, donde se encontraba la salida hacia la autopista, y cogió una carretera empinada que llevaba al este de la ciudad, desde el nivel del mar hasta los cuatrocientos metros de altitud del Carso y desde allí hacia Eslovenia o Venecia. Las curvas que el coche tomaba a toda velocidad confirmaron sus sospechas. Conocía esta carretera; antes la llevaban a menudo por este camino a Ferneti para dejarla junto a los camioneros en el área de servicio antes de la frontera. Ahora sí que estaba realmente intranquila. Ahora que el viaje era más sosegado, el miedo había encontrado el hueco necesario y le había entrado pánico. Hacía dos años que no hacía la calle, aunque seguía en los mismos ambientes. Se ocupaba de las chicas recién llegadas y las introducía en su oficio. No tenía mucha compasión de ellas. En ocasiones consolaba a la más joven, porque no podía asumir su destino y no soportaba la violencia a la que se le sometía; aún no. Le iba mucho mejor que antes y eso no quería jugárselo. Vivía con su hermano, que había llegado el año pasado. Ahora que le necesitaba no estaba. En realidad ya era demasiado vieja para ser «raptada» por una banda de la competencia. Tenía veintiocho años y casi había alcanzado su «fecha de caducidad», tal como decían los proxenetas. Por ella no arriesgarían nada. Por las chicas jóvenes, de las que podían esperar aún muchos más ingresos que con ella, sí que lo harían. Era parte del negocio. Olga pensó si había sido secuestrada para ser violada. Ello le daría fuerzas, mientras no se tratara de un sádico. ¿O es que la había raptado un perverso, un Jack el Destripador de Trieste? Aunque, de no ser ella su primera víctima, ya habría oído de él, habría estado enseguida en boca de todo el mundo. ¿De quién era la voz? Olga le dio vueltas en la cabeza hasta que consiguió descubrir a quién pertenecía. Aumentó su miedo, el pulso se le aceleró y empezó a sudar por todos los poros de la piel. Después le invadió de nuevo una ola de tranquilidad, ya que se sentía segura. ¿Qué le podían hacer? El diario y las fotos estaban en su posesión, eran su seguro de vida y el de su familia. No podían arriesgarse a que hiciera público su contenido. Lo había guardado todo

en una caja de cartón que, previamente bien sellada, había dejado a su vecina, una vieja e inofensiva *signora* de la que nadie sospecharía. Si a su hermano y a ella les pasaba algo, ella tenía órdenes de entregar la caja a la policía. Se lo había rogado encarecidamente a la vieja señora. ¡A nadie más, fuera quien fuese! La vieja *signora* Bianchi, que tenía en mucha estima a Olga, se lo prometió. A veces Olga le contaba a la *signora* en su cocina y frente a un plato de *spaghetti* la historia de su familia, de la vida en la pequeña ciudad ucraniana ubicada en el rincón que conforman Polonia, Eslovaquia, Hungría y Rumanía. Le hablaba de la pequeña ciudad en la que había casas no muy diferentes a las de Trieste, sólo que más pequeñas. Desde esa ciudad había viajado en tren a Hungría, a Budapest, desde donde pasó a Occidente. Quería haber ido a Alemania, pero desde Hungría fue llevada a Croacia y desde allí a Italia. La violaron, la pegaron y la volvieron a violar. Tenía dieciocho años. Fueron muchos hombres los que la violaron hasta que llegó un momento en que cedió en su resistencia. La amenazaron con hacerles lo mismo a su madre y a sus hermanas, con matar a su hermano y a su padre si no hacía lo que le decían y si se le cruzaba el pensamiento de huir. Olga decía que ella, a pesar de todo, había tenido suerte, que después de una odisea por Europa que duró dos años aterrizó en Trieste, donde pudo conservar su «puesto», en lugar de ser llevada cada dos o tres meses a una ciudad diferente. En todo caso, ya no iría a Alemania.

La suerte de Olga llegaba a su fin. El Mercedes se había desviado de la autovía y ahora circulaba por pequeños y oscuros caminos vecinales. Seguramente ya no se encontraban muy lejos de la frontera eslovena. Olga se dio cuenta de que el coche iba por una carretera sin asfaltar, ya que daba unos violentos bandazos. Tras recorrer cincuenta metros, el coche se paró, se apagaron las luces y el motor. El conductor descendió y abrió la puerta trasera.

—¡Baja! —le ordenó con voz baja pero clara.

Olga intentó enderezarse, pero con las manos atadas a la espalda no tenía dónde apoyarse. Oyó como quitaba el seguro de la pistola.

—He dicho que bajas.

Olga reunió todas las fuerzas posibles y se deslizó con las rodillas por encima de la caja de cambios, dándose un golpe en la cabeza con el marco de la puerta al salir. Miró directamente el cañón de la pistola. Siguió deslizándose y cayó sobre las piedras del camino sin asfaltar. Aún mantenía agarradas las llaves y el bolso. No quería soltarlos, era lo único que le quedaba.

—¡Más rápido! ¡Levántate! —el hombre estaba detrás de ella, veía sus zapatos y la pernera de su pantalón. Apenas pudo ponerse en pie.

—¡Andando! —le dijo empujándola de malos modos. Ella tropezó y perdió el zapato derecho. Las piedras afiladas se le clavaban en las plantas de los pies. La empujó de nuevo. Unos metros más adelante, el hombre le ordenó ir hacia la derecha. Vio un hueco entre los arbustos y se metió allí. Las zarzas le arañaron la

piel de las pantorrillas. Las lágrimas que le corrían por las mejillas se mezclaron con el maquillaje. Olga no se dio cuenta de que estaba llorando.

–¡Párate!

Le quitó el bolso de un tirón y le torció la otra mano para cogerle las llaves. Notó como le cogía por el tubo que le ataba las manos y después sintió el filo de un cuchillo. De pronto las manos quedaron libres. Apenas pudo llevarlas hacia delante. La sangre corrió de nuevo por sus venas y se le calentaron las manos.

Oyó como algo caía junto a ella al suelo. Era una bolsa de plástico.

–¡Desnúdate! ¡Y pon la ropa en la bolsa!

Aún se encontraba de espaldas al hombre. No se movió. Estaba paralizada.

–¿No me has oído? ¡Desnúdate! –no debían identificarla por su ropa. La tierra estaba tan seca, que ni él ni su coche dejaron huellas. Si eliminaba la ropa, tampoco podrían encontrar huellas en el coche. Cuantas menos cosas se encontraran de Olga, ya lo sabía él por experiencia, más tardarían las autoridades en identificarla y más tiempo pasaría hasta que llegaran a él los fisgones. En todo caso, no podrían probar nada si actuaba con precaución.

Notó el cañón de la pistola en la nuca. Dejó resbalar la falda desde las caderas hasta el suelo. La recogió y la puso en la bolsa, tal como le había ordenado el hombre. Después volvió a enderezarse lentamente. Quería darse la vuelta, pero sintió la pistola en los hombros.

–¡Vamos! ¡Date prisa!

Olga se quitó el zapato izquierdo y se agachó lentamente para cogerlo y ponerlo en la bolsa. Cuando se enderezó, notó de repente el filo del cuchillo en su espalda. Permaneció medio agachada. El filo atravesó el tejido y lo cortó a su espalda. La parte superior cayó desde los hombros hasta los codos. Después sintió cómo el cuchillo cortaba su braguita a la izquierda de la cadera. Disfrutaba de forma sádica viendo cómo ella sufría. Se sentía con derecho a ello, pues Olga se había convertido en un peligro.

–¡Te he dicho que te desnudes!

Olga se quitó los jirones y los dejó en el suelo. Ahora estaba completamente desnuda. Hacía tiempo que había perdido toda vergüenza ante las miradas de los hombres sobre su cuerpo desnudo. La había reprimido. Tenía que reprimirla, de otro modo no se hubiera podido vender. Pero ahora, en la oscuridad, frente al hombre con el que se había acostado a menudo gratis, porque era una de sus obligaciones, sintió de repente vergüenza y se tapó con ambas manos y brazos. Ahora no había nada que ocultar, estaba completamente desnuda, hasta el fondo de su alma.

–¡Arrodíllate! –dijo la voz fría a su espalda. Olga percibió de pronto su vejiga. Ya no podía aguantar la orina. Le corrió por el muslo. Aún estaba de pie. Le pareció una eternidad, como la secuencia ralentizada de una película. Fue como uno de

esos inútiles intentos de huida en las pesadillas que la atormentaban cuando no había bebido lo suficiente para caer en un sueño profundo.

De nuevo notó el cañón de la pistola en la espalda. Se arrodilló lentamente. Sabía que éste sería su último movimiento. No podía gritar. Tampoco hubiera podido si la cinta adhesiva no cubriera su boca. Ya no lloraba.

–¡Pon las cosas en la bolsa y dámela!

Olga obedeció. Ya no ofrecía resistencia alguna. Contra nada. Con el brazo izquierdo alargó la bolsa hacia atrás y notó cómo se la cogía de la mano. Miró hacia la profundidad negra azulada de la noche.

–¡Es tu última oportunidad! –dijo el hombre, y sabía que mentía–. ¿Dónde está el material? –el hombre le despegó violentamente la cinta de la boca.

Olga calló. Empezaba a tener frío. Tenía toda la piel del cuerpo erizada. Sabía que la mataría en cualquier caso, aunque le dijera dónde estaban. Los dientes le castañateaban. Se dejó caer simplemente hacia delante y se quedó quieta sobre las duras piedras y entre los arbustos. Oyó cómo el hombre se alejaba. Fueron quizá cinco pasos. Después volvió a escuchar su voz.

–¡Qué lástima! ¡Un cuerpo como el tuyo no se encuentra tan fácilmente!

Después ya no oyó nada más. Ni siquiera el primero de los tres disparos que acabaron con su vida.

Trieste, 18 de julio de 1999

Proteo Laurenti había dormido bien y estaba de muy buen humor cuando entró en su despacho a las ocho y media y rogó a Marietta que convocara al responsable de las patrullas. Mientras representara al *questore* en funciones, aquél estaba bajo sus órdenes. Además le pidió que hiciera fotocopias de las directrices que el *questore* había repartido el día anterior.

Claudio Fossa era un hombre paciente y tranquilo. Hacía tiempo que había alcanzado el cenit de su carrera y ya veía cómo en un año y medio le iba a llegar el momento de su jubilación. Como responsable de las patrullas, dirigía a su equipo con la habitual firmeza que esperaban de él sus superiores y con la benevolencia necesaria para contar siempre con sus hombres. Jamás perdía los estribos, ni siquiera en las situaciones más comprometidas, aunque no abundaran mucho en Trieste. Lo había demostrado ya la semana anterior, coincidiendo con la visita a la ciudad del primer ministro para inaugurar la exposición «Cristiani d'Oriente», cuando en una de las calles adyacentes un camión se quedó parado cuesta arriba y sin gasolina, provocando colas de dos kilómetros en la Viale Miramare. Justo en el trayecto previsto para la comitiva del jefe de gobierno y para el que no existía alternativa alguna. Fossa lo tenía todo controlado. Se subió a una moto, se dirigió a la Stazione Marittima y allí confiscó enseguida y sin perder el tiempo en discusiones la mejor grúa que encontró. Fossa se subió junto al chófer, un griego que no entendía ni una palabra de italiano, y le ordenó que siguiera al coche patrulla que acababa de llegar. Atravesaron toda la ciudad en dirección contraria hasta alcanzar el camión varado. Colocaron una cadena para remolcarlo y en poco tiempo, aunando esfuerzos, lograron despejar la calle. Fossa puso en la mano del griego cincuenta mil liras de su propio bolsillo. Unos minutos antes de que llegara el jefe de gobierno ya estaba todo solucionado. Este tipo de acciones, sobre las que luego se hablaba durante mucho tiempo, sólo las ejecutaba Fossa. Sólo él tenía la sangre fría necesaria para llevarlas a cabo, y por ello se había ganado la consideración de sus hombres. También Laurenti respetaba al responsable de las patrullas y trabajaba a gusto con él, aunque su relación personal no fuera muy estrecha.

–*Permesso?* –dijo Fossa pasando por la puerta–. ¡*Ciao*, Proteo!

Tendió la mano a Laurenti.

–Ahora mismo traigo el café –dijo Marietta desde la antesala.

–Gracias por venir, Claudio. Tenemos que hablar de un montón de cosas. Pero primero quiero saber cómo te va todo.

–¿Qué te puedo decir? Un hombre en su mejor edad y a punto de jubilarse tiene poco de que quejarse. Tú sí puedes estar orgulloso, Proteo. ¡Tienes una hija preciosa!

Poco podía imaginarse Fossa lo que acababa de provocar con ese comentario y se asustó al ver que el rostro de su interlocutor se contraía.

–Eh, ¿he dicho algo inconveniente? Lo único que digo es que es muy guapa. Con un poco de suerte ganará el concurso. Hasta es posible que llegue a ser Miss Italia. No te puedes quejar.

–Ya veo que ha corrido la voz –contestó Laurenti sombrío.

–¡Pues claro! ¡Pero si todo el mundo lo sabe! –dijo Fossa hurgando aún más en la herida sin saberlo–. No se habla de otra cosa. Los jóvenes *poliziotti* andan como locos y dicen que es una pena que una chica como ésta tenga un padre policía, que seguramente la vigila como el dragón a la princesa.

–No le gusta que se lo digan –dijo Marietta dejando el café sobre la mesa–. Proteo tiene celos.

–Bueno, dejémoslo estar –contestó Laurenti tenso–. Tenemos trabajo. Marietta, tráeme por favor las órdenes del jefe –poco después empezó a informarle sobre la reunión con el jefe de la policía y sobre lo que Fossa tenía que hacer. Laurenti exigía que se le comunicara diariamente cualquier incidencia del servicio, sobre todo si había problemas de colaboración con los Carabinieri o con la Guardia di Finanza. Fossa le tranquilizó y opinó que debían prestar mucha más atención a que las patrullas no se pasaran de la raya. Cuando en primavera realizaron esos controles tan severos en la carretera de la costa, la simpatía de la población por la policía descendió hasta mínimos. Las patrullas disfrutaban demasiado con esas pequeñas demostraciones de poder.

–¿Qué tal la noche en el Borgo Teresiano? –le preguntó Laurenti abordando el segundo punto.

–Tranquila. Tres colombianas ilegales. Ya hemos solicitado su expatriación. Nada más. Sólo algunas multas para los clientes más fogosos. En dos o tres días tendrá su efecto. Pero este fin de semana pueden volver a presentarse problemas. El *Piccolo* ha recibido la información esta misma mañana y la edición de hoy incluye el comunicado de ayer. Seguramente ya lo has leído –dijo Fossa señalando el periódico que había sobre la mesa.

–¡Aún no he tenido tiempo! –contestó Laurenti. Su ejemplar del periódico del día reposaba en su mesa doblado tal cual se lo había dado el quiosquero–. ¿Cuántas chicas había?

–Trece. A dos de ellas las detuvimos ayer. Mañana seguro que nos encontramos otra vez con las quince de siempre, además de las nuevas que lleguen. Ya lo sabes, es inevitable.

–Sin embargo, hay que hacer lo posible por evitarlo durante un tiempo. Tenemos diez días para despejar la zona. Si no, vendrán tiempos duros –Laurenti miró a Fossa a los ojos con semblante duro.

–Claudio, refuerza aún más los controles, envía a dos hombres con cámaras y

flash. Hay que fotografiar a los clientes. Eso les dolerá un poquito. Además, quiero que mañana el *Piccolo* publique dos fotografías de los coches en los que sea bien visible la matrícula. ¡Matrículas de la ciudad!

–¡Eso va contra el reglamento, Proteo! –dijo Fossa levantando la mano–. Ni hablar.

–Por un día nos saltaremos la norma, Claudio, no es tan grave. Ya verás como esos señores no se quejan. Cuando, y eso esperamos, sus esposas les pregunten qué es lo que hacían en la zona de las prostitutas, tendrán otros problemas que atender. Eso intimida. El rostro, la matrícula, la tía al lado. ¡Haced buenas fotografías!

–Bueno, pero bajo tu responsabilidad.

–Sí, sí. ¡Está bien! –dijo Laurenti haciendo un gesto despectivo con la mano–. ¡Yo me hago responsable!

–En todo caso el asunto tiene dos caras, comisario. Desde que actuamos con más dureza cada vez aparecen más de estos anuncios por palabras en el *Piccolo* –cogió el periódico de Laurenti y lo abrió–. Aquí, por ejemplo: «Me gustan los taparrabos y alguien que me los enseñe. Teléfono...». O éste: «¡Descubre el placer de un buen masaje! Si tienes ganas de probarlo, llámame. Teléfono...». «Dueña de una lechería busca mozo bien dispuesto. Teléfono...» Y etcétera. La cosa está adoptando nuevos perfiles. Esto antes no pasaba. Es una fuente de problemas. Cada vez son más los que exigen que se legalicen nuevamente los burdeles en el país.

–Sí, Claudio, yo también lo he oído. Pero ahora nos toca enseñar los dientes una temporada. Ah, y algo más.

Laurenti empezó a hablarle de su plan para enviar a Decantro con una patrulla, tal como había comentado con Rossana Di Matteo. Debía tratarse de una buena patrulla, agentes de confianza. Así el periodista principiante alabaría en su artículo la labor de la policía. A Fossa no le gustaba el asunto, aunque no podía negarse ante su superior y prometió mirar los turnos de servicio de los siguientes días.

–¡Y disculpa mi comentario sobre Livia! No sabía que no te gustaba nada la idea de que tu hija se presente al concurso –dijo Fossa–. Yo en tu lugar estaría orgulloso de ella, si se me permite decirlo.

–No, no te lo permito –contestó Laurenti, y se dio la vuelta.

Si iba andando hasta la Via dei Porta podría llegar antes de las diez. Laurenti decidió que esto no era exigirle demasiado a una mujer que seguramente no había podido dormir mucho preocupada por la desaparición de su compañero. Tenía mala conciencia por no haber ido el día anterior, aunque, a decir verdad, ya lo había hecho el cabo asistente Sgubin. Así que habían cumplido con su obligación. Antes Laurenti quería echarle un vistazo al expediente sobre la desaparición de Elisa de Kopfersberg hacía ya veintidós años. Lo había recibido la noche anterior,

pero por mucho que volviera a recordar todos los hechos no encontraba una explicación plausible al caso.

Rogó a Marietta que hablara con los colegas de la Guardia di Finanza, que se informara sobre la empresa del austriaco y que buscara en el ordenador central cualquier información sobre su persona y las de su entorno. Dicho esto, salió de nuevo al sol abrasador. A esas horas la luz creaba todavía sombras profundas que sólo se atenuaban hacia el mediodía.

Empezó a sudar tras haber ascendido por la Via Rossetti, que apestaba por las espesas nubes de los gases emitidos por el tubo de escape de los coches, y llegó hasta el parque Engelmann, después de lo cual dirigió sus pasos hacia la Via dei Porta. Ésta era aún más empinada y Laurenti se enfadó consigo mismo por no haber cogido el coche. Aunque tampoco le hubiera sido nada fácil aparcar en una calle tan estrecha sin bloquearla. Se le ocurrió que éste era el mejor argumento del mundo para oponerse a los planes de su mujer, a la que habían ofrecido con grandes aspavientos una casa en esa misma calle. Al diablo con el administrador de fincas.

Pasó por delante de la Villa Ada y tuvo que subirse a la acera. Un Mercedes negro con los cristales ahumados para evitar miradas curiosas venía en su dirección a una velocidad excesiva dada la estrechez de la calle.

–*Stronzo!* –le insultó Laurenti.

Cincuenta metros más adelante encontró por fin el número que buscaba, un gran portal de acero con columnas de piedra a los lados, sostenidas cada una por un enorme león alado. «Totalmente fuera de lugar», pensó Proteo; «qué tendrá que ver Trieste con Venecia». En el centro del pórtico había una cámara de seguridad. Laurenti se sorprendió de nuevo, ya que en ese barrio no se producían robos desde hacía años. Encontró el timbre en la columna de la izquierda. Llamó dos veces, como solía hacer. Tras unos momentos empezó a explicarle a la voz femenina que contestaba por el portero automático quién era y que deseaba hablar con la *signora* Drakic. Pasó un buen rato hasta que oyó un zumbido y la puerta de entrada se abrió con una ligera vibración. Laurenti se encontró ante un camino ancho y adoquinado, con unos grandes maceteros de piedra con adelfas de un vivo color rosado bordeándolo en fila hasta la casa. El jardín estaba bien cuidado. Más abajo, unos aspersores regaban todo el terreno. Laurenti no había esperado encontrarse un jardín tan enorme y lujoso tras los altos muros que rodeaban el terreno. Tampoco una villa tan señorial como aquella hacia la que ahora se dirigía. Calculaba que debía de haberse construido en los años veinte. En la planta baja debía de haberse alojado en su tiempo el servicio. Por todo el jardín había diseminadas esculturas de piedra, sobre todo reproducciones de la figura de Venus en todas las poses imaginables. En la parte izquierda de la villa, hacia la que se dirigía lentamente, se elevaba sobre los tres pisos del edificio una pequeña torre. La

vista sobre la ciudad y el puerto debía de ser única. En todo caso, Laurenti no se imaginaba viviendo allí.

Una joven apareció en la puerta y le pidió con un marcado acento eslavo que le siguiera. Primero entraron en un recibidor, del que partía una amplia escalera. Automáticamente miró hacia arriba y vio cómo se volvían rápidos los rostros curiosos de dos chicas, que observaban desde una de las barandillas del piso superior. Atravesaron dos grandes salones pisando un parquet envejecido pero de gran calidad en medio de alfombras, paredes tapizadas, cuadros y pesados cortinajes. Las persianas estaban bajadas, por lo que todo permanecía en penumbra. Las puertas, que daban a un pasillo, estaban medio abiertas. Laurenti oyó voces femeninas en una lengua extraña para él y vio pasar raudas a dos chicas por la puerta. Como en un internado, pensó. La joven se detuvo frente a una cristalera, que llevaba de nuevo al jardín, y le indicó que podía seguir. La *signora* le esperaba en la piscina. Olía a una mezcla de césped recién cortado y agua clorada. Laurenti se vio cegado al principio por el deslumbrante sol, pero después reconoció en la cabecera de una tumbona de madera de cedro una melena rubia. Debía de tratarse de Tatiana Drakic.

Lo que no esperaba era ser recibido por una mujer completamente desnuda que ni siquiera se molestó en cruzar las piernas en cuanto le vio acercarse. Laurenti carraspeó. Desde luego era atractiva y tuvo que rendirse ante tal evidencia al ver cómo por fin ella se levantaba y, sin ninguna prisa, cogía un pañuelo de seda de color verde turquesa para ponérselo encima de forma descuidada.

—Puede usted echarle un vistazo a todo tranquilamente —le dijo la señora, pero en ese momento observó que el visitante desviaba la mirada confundido en dirección a un ánfora romana, esperando a que ella le ofreciera un aspecto algo más presentable—. Todo es auténtico —la mujer estaba ahora frente a él, con el pañuelo atado sobre los pechos, y le tendió la mano—: ¿Qué puedo hacer por usted?

Laurenti se presentó.

—Dirijo las investigaciones. ¿Ha tenido ya noticias del *signor* De Kopfersberg?

—No —respondió Tatiana Drakic—, estamos muy preocupados.

—¿Sabe adónde se dirigía?

—No lo sé. Por cierto, Bruno sólo dijo que quería estar ayer de vuelta —su acento era marcado, pero hablaba bien el italiano.

—¿Cuál es su relación con él?

—Hace tres años que vivimos juntos.

—¿Y cuando se va de viaje no le dice adónde va? —preguntó Laurenti fingiendo sorpresa.

—No, no siempre. Ya se lo he explicado a su colega. Hagan de una vez algo para encontrarlo —no es que la mujer se esforzara mucho por ser amable. Su dureza e indiferencia irritaban al comisario.

–¿Se fue solo?

–Sí.

–¿Lo hacía a menudo?

–Pocas veces.

–¿Se habían peleado?

–¡No! –le espetó bastante furiosa.

–¿Por qué no le acompañó?

–No me encontraba bien –tampoco es que fuese muy parlanchina.

–¿Le llamó estando de viaje? –preguntó Laurenti imperturbable.

–No.

–¿No le sorprendió que no le llamara?

–No. ¿Por qué había de hacerlo?

–Bueno, no sé, ¿no me ha dicho que viven juntos?

–Sí.

–Y por lo visto a usted le da bastante igual lo que le pase a su compañero, si me permite expresarlo así.

–Yo no he dicho eso. Cualquiera de los dos puede irse unos días de viaje sin que tengamos que oír siempre el uno del otro.

–Tiene usted razón. Tenemos fundadas sospechas de que se trata de un delito de sangre. Al parecer, abandonó el yate en alta mar –Laurenti le explicó con toda tranquilidad cómo había funcionado el piloto automático–. ¿Era..., eh, es su compañero un buen nadador?

La mujer reaccionó encogiendo los hombros y le miró sorprendida.

–Normal, diría yo. ¿Por qué lo pregunta?

–El Adriático es un mar muy cálido y con un alto contenido en sal. Un buen nadador puede aguantar mucho tiempo en esta época del año. Pero, dígame –añadió Laurenti para aprovechar la pequeña irritación que le había causado a la mujer–, en esta casa vive mucha gente. Me gustaría hablar con los demás. Quizá ellos puedan añadir algo que les haya llamado la atención.

La *signora* Drakic reaccionó con una rapidez delatora que no pasó inadvertida a Laurenti.

–El personal no sabe nada. No le podrá decir nada. Preferiría que se dedicara a buscar a Bruno en lugar de acribillarme a preguntas a las que no puedo contestar.

Entonces se dio cuenta de que ya había visto a esa mujer. La noche anterior, en la Costiera, cuando fue a nadar.

–Se trata de la historia de la aguja y el pajar, *signora* –dijo Laurenti intentando atraerla de nuevo hacia su red–. Si no sabemos dónde buscar, nos será prácticamente imposible encontrarlo. Esperaba que usted colaborara con nosotros, pero no parece ser el caso. Yo pensaba que usted haría todo lo posible para ayudar

a encontrar a su compañero, que como presumo, debe de ser el hombre al que usted ama. En cambio, parece que quiere deshacerse de mí cuanto antes.

La mujer permaneció callada un buen rato. Laurenti tampoco dijo nada.

–Tiene usted razón –prosiguió lentamente, casi de mala gana–. Bruno suele partir a veces con el yate durante un par de días cuando se siente agotado. El mar, tal como él dice, le transmite la sensación de amplitud y tranquilidad. Decía que pronto tendría mucho trabajo. Quería tomar fuerzas. No olvide que tiene cincuenta y ocho años. ¿Hasta dónde puede llegar con el yate desde Trieste? Hacia el sur no es que haya muchas posibilidades. Bruno es un hombre muy tratable, ¿quién querría hacerle daño?

A Laurenti le intrigaba qué más le iba a contar. Ahora sí le había facilitado información que él no había solicitado, pero aún no sabía cómo valorarla.

–Según me consta tiene un hijo...

–Spartaco. Vive en Viena.

–¿Ha hablado con él?

–No le he localizado. Está de vacaciones. No sé dónde está. El lunes tiene que volver.

–¿Cuál es la relación entre padre e hijo?

–La normal –contestó ella, volviendo poco a poco a su anterior antipatía–. Una relación normal entre padre e hijo.

–¿Y cuál es su relación con él?

–¿Qué tiene que...? –dijo Drakic conteniéndose de nuevo–. No soy su madre, ¿sabe? Tenemos casi la misma edad. No nos queremos, pero nos respetamos.

–¿Qué sabe usted de la muerte de Elisa?

–Nada. Pero, oiga, comisario –dijo ella todavía controlándose–, realmente no sé qué tiene que ver todo esto con la desaparición de Bruno.

–¿Me puede mostrar su despacho? ¿Todas sus habitaciones? –preguntó Laurenti esperando una respuesta negativa, y naturalmente acertó.

–¡No! –respondió Tatiana Drakic con la mirada perdida en el jardín.

–¿Por qué no?

–Quisiera entrar yo antes y procurar ordenarlo todo un poco.

Laurenti no podía imaginarse que en una villa tan cuidada como aquella hubiera un gran desorden, precisamente en las dependencias del dueño.

–¿Por qué no va usted y mira si puedo entrar? Sólo una pequeña observación en su agenda podría ayudarnos. En ocasiones un tercero puede ver más, *signora* Drakic.

Tatiana Drakic se puso en pie de repente y le rogó que esperara un momento junto a la piscina.

Tuvo que esperar unos diez minutos. Laurenti no dejaba de mirar el reloj. Examinó la fachada de la casa. Le pareció vislumbrar de nuevo un rostro que le

observaba desde una de las ventanas del segundo piso del ala este, que ya estaba en sombra. ¿Uno o quizá dos? ¿Quiénes eran todas esas chicas en la casa, que no tenía precisamente el aspecto de un burdel? Oyó la voz de una mujer, que impartía órdenes. Entonces volvió Tatiana Drakic.

–Si hace el favor de seguirme.

Ella pasó primero. Las formas de su cuerpo se vislumbraban bajo el pañuelo de seda color turquesa. A decir verdad, estaba más interesado en la casa e intentó fijarse todo lo posible en el salón por el que pasaron. Era una habitación decorada con un estilo totalmente burgués, que reflejaba un alto estatus, pero que no dejaba entrever nada más. En la villa reinaba un completo silencio. Atravesaron un largo pasillo. El suelo alfombrado amortiguaba sus pasos. Después subieron una segunda escalera, que Laurenti no conocía. El pasillo del primer piso era idéntico al de la planta baja. La segunda puerta a la izquierda estaba acolchada por dentro y conducía al despacho del austriaco. La ventana miraba al norte y desde allí no se disfrutaba de las vistas sobre la ciudad como había imaginado Laurenti. En casas como esa se esperan vistas espectaculares. Los edificios ya son imponentes por sí solos, por lo que el visitante piensa que desde cada una de sus ventanas debe de disfrutarse de una vista única. La habitación tenía unos siete metros por cinco y el techo se encontraba a unos buenos cuatro metros de altura. No había alfombras sobre el impecable parquet. Un pesado escritorio, como los que podían encontrarse en los despachos de los jefes de las grandes empresas de Trieste a mediados del siglo XIX, estaba situado junto a la ventana. Tras él, había un pesado sillón de cuero que desentonaba algo en el conjunto. En otra esquina se podía ver un viejo tresillo inglés de cuero, dos butacas, un sofá y una pequeña mesa de madera, en cuyo centro reposaba un cenicero de cristal azul y rojo de Murano. Las paredes que daban al pasillo estaban forradas a ambos lados de la puerta con altas estanterías que, a pesar de todo, no contenían apenas ningún libro. De la pared de enfrente del escritorio colgaba un grabado sobre acero de Istria.

Tal como Laurenti había sospechado, la habitación estaba escrupulosamente ordenada y además se veía que este orden no era reciente. No había ni una sola hoja de papel sobre el escritorio. Junto a un portafolios de cuero y un bote con lápices y bolígrafos había únicamente un moderno teléfono. Bajo el escritorio había dos cables desenchufados, por lo que uno podía deducir que allí iba un ordenador portátil. Laurenti se dirigió hacia el escritorio, quizá demasiado deprisa, pues oyó la voz gélida de Tatiana Drakic:

–Como usted mismo puede ver, no hay nada aquí que le pueda interesar.

Seguramente se dio cuenta de que le habría encantado abrir los cajones del escritorio y registrarlos. Por el tono de su voz advirtió que no le iba a conceder ese placer.

–¿Tiene usted la dirección y el número de teléfono del hijo? –preguntó Laurenti

de repente. Esperaba que ella tuviera que abrir uno de los cajones con el fin de coger una hoja de papel y escribir los datos.

–Wiedener Hauptstrasse 14, Viena, teléfono 479825342.

Laurenti se quedó perplejo. Tatiana se sabía de memoria la dirección del hijo, del que acababa de decir tan sólo hacía un momento que no le unía una relación especialmente estrecha. Y parecía que hablaba alemán, dedujo Laurenti, pues pronunció la dirección de forma fluida y sin atropellarse.

–Lo siento, no tengo con qué escribir.

A pesar de todo, Laurenti no cejaba en su empeño de echar un vistazo a los cajones. Pero no había nada que hacer.

–Se la escribiré abajo –dijo Tatiana agarrando el pomo de la puerta. Laurenti obedeció. Atravesó de nuevo el largo pasillo, bajó las escaleras y se detuvo frente a una mesita para el teléfono. Escribió la dirección con letra clara en una hoja, la arrancó del bloc y se la entregó a Laurenti.

–Ahora le ruego que me disculpe –dijo–, pero tengo cosas que hacer.

Laurenti se preguntó qué asunto le ocupaba, pero vio que no tenía sentido hacer más preguntas. Se despidió de Tatiana Drakic sin estrecharle la mano. Antes de irse se volvió una vez más.

–El cabo asistente Sgubin le pidió ayer una foto del *signor* De Kopfersberg. La necesitamos para dar parte de su desaparición.

–Ya le dije al señor Sgubin que no tenemos ninguna. Bruno detesta que le hagan fotos.

–¿Qué hacía usted ayer por la noche en la Costiera?

–Ah sí, ahora caigo –dijo Tatiana Drakic–. Era usted. Nada usted bien, pero canta bastante mal. Estaba con mi hermano viendo la zona donde se había encontrado el yate.

El portal de metal se abrió de nuevo automáticamente y poco después Laurenti ya descendía por la Via dei Porta de vuelta al despacho. Era una de la visitas más extrañas que había realizado en toda su carrera de policía. La mujer le había recibido provocadoramente desnuda en la piscina y no le había facilitado ninguna información que le pudiera servir de ayuda. En todo caso, había salido de la villa con un montón de observaciones interesantes. La fotografía debían conseguirla del registro. No aportaría mucho. En ese momento Laurenti recordó por qué siempre le gustaba ir andando. Le daba tiempo a analizar lo sucedido sin que nada le distrajera. Pasó por el Caffè San Marco y decidió entrar a tomar algo. Quería darle vueltas a lo de las chicas; era evidente que residían en la casa y que no querían ser vistas.

11.20 h

–Viktor –dijo con voz alterada–, ha venido otra vez la policía. Un tal *commissario* Laurenti. El muy cabrón me ha hecho demasiadas preguntas y me temo que sospecha algo de las chicas.

–¿Por qué?

–Porque ha preguntado por ellas.

–¿Y qué le has dicho?

–Que pertenecían al servicio.

–Bien hecho. ¿Qué más quería?

–Ha preguntado por Spartaco. Le he dado su dirección. Pero no es fácil desembarazarse de ese hombre.

–Tremani, el hombre de Lecce, llegará mañana. Se alojará en el Duchi d'Aosta. Tenemos mucho de que hablar. Realmente estoy preocupado por Bruno. He sabido que se ha visto con Bogdanovic. Antes de su partida. Pero llegaron a un acuerdo. Creo que por esa parte no hay peligro alguno. Le creo. ¿Pero qué demonios habrá pasado?

–No dejo de hacerme la misma pregunta. No confío en Bruno. Jamás he confiado en él –Tatiana estaba nerviosa.

–¡Nunca me lo habías dicho, Tatia! Hace tres años que te acuestas con él y ahora sales con esto. ¿Por qué?

–Viktor, eso es diferente y tú lo sabes muy bien. Pero le creo capaz de traicionarnos a nuestras espaldas.

–No creo que se atreva. Pero no te preocupes. Sabe que le pagarían con la misma moneda. Y lo otro podemos lograrlo sin su ayuda. La cosa ya funciona muy bien. Sólo nos estorba la búsqueda. Precisamente ahora. ¿Quizá deberíamos ocuparnos del poli?

–¡Con éste no puedes actuar así, Viktor! Tenemos que hacerlo de otra forma.

–Imaginemos que Bruno anda metido en algún problema. Hasta que no vuelva o se le encuentre todo seguirá igual. Pero tampoco esto cambiará mucho la situación. Pondremos a Spartaco al mando.

–Temen que se haya caído por la borda mar adentro.

–Entonces tardarán en encontrarle. Tatia, no te olvides de nuestro objetivo. Si llegamos a un acuerdo con Tremani, entonces habremos dado un paso muy importante. Nada puede salir mal. Y dentro de tres días llegarán los invitados.

–Tampoco Spartaco da señales de vida. He intentado más de una vez contactar con él por teléfono.

–Tranquila, Tatia. Pronto sabremos qué está ocurriendo. Aunque a Bruno le haya pasado algo, no debemos preocuparnos. No nos hemos movido de Trieste. Sácate de encima a ese tipo.

13.05 h

En el despacho, Laurenti encontró muchas notas sobre su escritorio. Debía llamar sin perder tiempo a Ettore Orlando. También le habían llamado desde la Guardia di Finanza. Y su hijo Marco había intentado varias veces hablar con él. ¿Dónde diablos había dejado el teléfono móvil? De hecho, estaba en el coche desde la noche anterior.

Marco estaba en casa. Al primer timbrado descolgó el auricular. Parecía que hubiera estado todo el tiempo junto al teléfono esperando la llamada de su padre.

—Papá, me han robado la Vespa —soltó sin más al auricular con voz alterada—. ¿Qué hago?

—¿Dónde?

—No estoy seguro, la dejé aparcada en el Viale.

—¿Cuándo? —dijo papá Laurenti frunciendo preocupado la frente.

—Tarde. Después de la una de la madrugada.

—¿Tienes los papeles?

—Sí.

—Cógelos, ve a la Guardia urbana y habla con el agente de servicio. Haz la denuncia facilitando todos los datos exactos. Haces una fotocopia del resguardo de la denuncia y te vas a la aseguradora. Allí pregunta por Piero Molina, que tiene toda la documentación. Explícale lo que ha pasado y entrégale el formulario que te habrán dado en la Questura. Y pregúntale cuánto tardará la aseguradora en pagar.

Al otro lado de la línea reinaba el silencio. Marco no dijo nada.

—¿Marco? Marco, ¿estás ahí?

—Sí, papá —dijo susurrando.

—Marco, ¿qué pasa?

—Es que hay un pequeño problema. Olvidé pagar el seguro.

—¿Estás de broma! —gritó Laurenti asustado—. ¿Cuánto hace que ha vencido?

—Hace seis semanas —dijo Marco con un hilo de voz.

—Dime que no es verdad. ¡El hijo del comisario Laurenti circula como un loco por la ciudad desde hace casi dos meses sin seguro! ¿Por qué no lo pagaste?

—Me olvidé. Tenía muchas otras cosas entre manos, papá.

—¿Muchas otras cosas? —preguntó Laurenti enfadado—. Estás de vacaciones, Marco. Vas a la playa casi a diario, luego te vas a la ciudad con tus amigos y llegas, si es que llegas, muy tarde a casa.

—Sí, ya lo sé, pero, demonios, esta vez me olvidé. ¿Qué puedo hacer ahora?

—Vas a hacer lo que te he dicho. Y si la aseguradora no paga, entonces a partir de ahora irás a pie. No pienso comprarte otra moto.

—Me la regaló la abuela.

—Sí, ya lo sé. Pero tampoco podrás enredar a la abuela por segunda vez. ¡Pásame

por favor con tu madre!

–Ha salido.

–¿Adónde?

–Iba a verse con Massotti. Algo de la Via dei Porta.

–Marco, sal ahora mismo y haz lo que te he dicho. Hablaremos luego. Quién sabe, a lo mejor hasta es posible que te dignes a cenar en casa esta noche.

–Papá, ¿has leído ya el *Mercatino* de hoy?

–¡No! ¿Por qué?

–Hay una entrevista con Livia. Y fotografías. Bastante buenas.

–Marco, ¿qué es lo que votaste ayer por la noche?

–¿Votar? –dijo sorprendido Marco.

–Sí. Durante la cena. Mamá me ha dicho que habíais decidido por unanimidad.

–Ah, eso. Es que justamente en ese momento yo estaba en el servicio. Da lo mismo.

–¿Y qué publica el *Mercatino*?

–Cómpralo. Tienes que leerlo tú mismo.

La familia, pensó Laurenti, es algo bonito. A veces.

Después marcó el número de Ettore Orlando.

–¡Tengo dos noticias para ti, Proteo! –el *Capitano* disponía finalmente de los extensos resultados de la investigación sobre la mesa. Incluía la respuesta de las autoridades de los puertos adriáticos a la pregunta de si desde el lunes pasado se había registrado una Ferretti 57 en algún puerto italiano. Además, el servicio de identificación había concluido su trabajo.

–Kopfersberg estuvo en Rimini –le informó Orlando–. El martes por la tarde arribó, aunque ancló fuera de la jurisdicción. Informó debidamente de ello y el miércoles se marchó poco antes de las siete de la tarde.

–¿Rimini? –Laurenti estaba sorprendido–. ¿Qué busca alguien con ese barco en Rimini? Pensaba que la gente de dinero evitaba ese agujero.

–Escucha lo que tengo que decirte. En el piloto automático y en la unidad de mando del pescante se borraron las huellas dactilares. Por lo demás, está todo en orden. No es ningún milagro en un barco de estas dimensiones. Hemos localizado las huellas de dieciocho personas. Pero las huellas han sido borradas en dos sitios. Nuestra sospecha de que recibió una visita en alta mar gana enteros –Orlando hizo una pequeña pausa.

–Recordarás –prosiguió– que cuando se encontró el yate se había soltado el cabo del cabrestante. Se trata de un fino cable de acero, de ciento cincuenta pies de largo, con una resistencia de dos toneladas. En su extremo había un nudo. Los especialistas lo han examinado centímetro por centímetro. En los últimos dos metros se han encontrado algunas partículas de piel que aún hay que investigar.

–¿Cuándo dispondremos de los resultados?

– Primero necesitan material para comparar. Están en ello.

–¿Dónde?

–En casa de Kopfersberg.

–Bueno, mucha suerte. He estado allí esta mañana temprano. Ha sido una experiencia peculiar. Pero ya te lo contaré en otra ocasión.

–Hay algo aún mejor. En el bichero, que se había enganchado a una de las defensas, hemos encontrado restos de sangre. De diferentes grupos. Así que podrás deducir sin temor a equivocarte que en el barco tuvo lugar una pelea. Uno se quedó a bordo, el otro saltó por la borda.

–Bueno, bueno, hace unos dos mil años pasó algo parecido. ¿Qué pasa con el cabo? Me refiero a las huellas que se encontraron allí.

–Es como si alguien hubiera sido arrastrado. Algo así como en el salvaje oeste con el héroe solitario arrastrado por el caballo. Sólo que esta vez surcando las aguas.

–¿Puede uno salir a flote?

–Si no estás herido y eres muy fuerte cabe una posibilidad. Pero ¿un hombre de la edad de Kopfersberg?

–¿Cuánto tiempo puede uno sobrevivir llegado el caso? Me refiero siendo arrastrado por el barco. ¿Puede uno respirar o se ahoga?

–¿Qué puedo decirte? Es como verse arrastrado igual que un trozo de madera. La inercia debe de sacarte en parte a flote. A lo mejor se puede respirar, si es que no te han cogido de los pies. Nunca lo he probado. ¡Gracias a Dios!

–Así que uno puede sobrevivir a eso.

–¿Hasta Trieste? Son cuatro horas y media de viaje. Mmm. Sí, creo que uno puede sobrevivir con estas temperaturas.

–Entonces quizá tendríamos que buscar por aquí.

–Sinceramente, no lo creo. Para mi gusto, es demasiado improbable. Al contrario, quien lo haya planeado no debe de ser amigo de las casualidades.

Laurenti estaba desorientado. Por la cabeza le pasaban todas las posibilidades.

–Suponiendo que asaltaran al austriaco en su yate, que después de luchar lo ataran al cabo y lo lanzaran por la borda y que haya sobrevivido, entonces quizá se esconda por aquí. Quizá por miedo a sus perseguidores. Quizá, Ettore, ésta es la razón por la que en su casa se andan con tanto misterio. Quizá estaba allí cuando yo he ido a hablar con Tatiana Drakic y me estaba observando escondido.

–¡Según mi opinión, esto lo han hecho unos profesionales! Varios o uno solo. Pero no aficionados. Todo se ha planeado muy bien –Orlando estaba convencido de su teoría.

–No lo sé, en el negocio del *import-export*, sobre todo con los Balcanes, todo es posible –le contradijo Laurenti.

—Por eso mismo creo que es obra de un profesional. ¡Tanto da que sea albanés, ruso o de la Cosa Nostra, se trata en todo caso de un asesino profesional!

—¿Pero entonces, por qué no le pegaron sin más un tiro, como suelen hacer directamente en la calle? ¿Por qué tanto esfuerzo? Eso es lo que no me entra en la cabeza, ¿entiendes?

—Si es que hizo negocios en Rimini, ¿con quién?

—Está claro que con los rusos.

—Y si no tuvo problemas con ellos, sino con otros, digamos que del otro bando, ¿quién le protegió en Rimini?

—También los rusos.

—Así que con ellos no tuvo ningún problema, Proteo. En caso contrario, no hubiera salido de allí vivo. Cuando los rusos protegen a alguien es imposible que nadie se atreva a hacer nada. Ya sabes cómo se las gastan. Imagínate a cinco tipos de la altura de Schwarzenegger dando vueltas a tu alrededor, porque no quieren que pase algo en el sitio más inapropiado. Es demasiado peligroso. Así que sólo quedaba perseguirlo en el mar. Sabían que iba solo en el yate y querían terminar con el asunto antes de que volviera a Trieste.

—Quizá tengas razón, Ettore. Lo que argumentas es plausible. Pero algo no encaja. ¿Qué pasó en tan breve tiempo para que tuvieran que cargárselo en alta mar?

—Información, documentos, mercancías. Drogas, por ejemplo, que le quitaron en alta mar. Algo así. Antes de que él pudiera seguir traficando.

—Ettore, ¿lo habéis inspeccionado todo? ¿Hasta el último rincón?

—¿Qué te crees que hemos hecho? ¿Qué quieres encontrar si no hay nada que encontrar?

—¡Qué sé yo! Sólo pregunto. ¡Perdóname! Espero que el servicio de identificación termine cuanto antes y que los informes estén pronto sobre mi mesa. Sobre todo el del forense.

—Ya no tardarán mucho, Proteo. En esta época del año no es que tengan mucho trabajo.

¿Mafia, asesinos a sueldo, albaneses? Según habían podido determinar, seguramente no se trataba de los rusos. Laurenti colgó el auricular desalentado. Sabía que podía confiar en Orlando, que no había razón para no dar crédito a sus palabras. Orlando tenía suficiente experiencia y era concienzudo como el que más. Le fastidió el hecho de tener que repasar toda la película de nuevo sabiendo que, con toda probabilidad, ya podía olvidarse de encontrar al desaparecido con vida. Está claro, se dijo: hacer según qué negocios en algunas regiones del sudeste de Europa puede resultar peligroso. Sobre todo con los albaneses, que no son precisamente de mucho fiar. Hasta la Cosa Nostra andaba por todas partes y estaba

dispuesta a defender su cuota de mercado a cualquier precio. En el caso de que Kopfersberg hubiese sufrido algún contratiempo con cualquiera de ellos, lo más probable es que ya no pudiese resolver el caso. Sencillamente porque no habría pistas que seguir. Los casos sin resolver le ponían furioso. Pero aún más ira le causaba que precisamente su antiguo oponente le hubiera fastidiado el verano.

Para colmo de males, un agente le trajo un fax de la Guardia di Finanza. Lo miró por encima refunfuñando y lo lanzó enfurecido sobre el escritorio. De poco le servía aquel papel, igual que la conversación con Ettore. Más bien al contrario, era otro jodido indicio de que estaba completamente equivocado.

TIMOIC, Trasporti Internazionali e Medioriente – International Containers srl

Fecha de fundación: 14 de septiembre de 1971

Sede social: Via Roma 7, 34100 Trieste

Capital social: 500.000.000 liras

Propietario: Bruno de Kopfersberg

Gerente: Bruno de Kopfersberg

Apoderados: Eva Zurbano, Dr. Viktor Drakic

Actividad: Expediciones y agencia naviera

Observaciones: demanda a petición de la dirección de la policía federal de Viena, sección policía fiscal, del 10 de abril de 1998 por revisión de la contabilidad. Firmada por el juez de instrucción de la capital, el Dr. Kellerer. Se concedió. TIMOIC tiene abiertas tres cuentas en la Banca Nordeste, con sede en Trieste, dos cuentas en la Cassa Generale di Padova y una cuenta en el Banco Austria de Viena. Además, mantiene cuentas en territorios *off-shore*: en el Double Bar Bank de la isla de Man y en el Banco CWC-SECUR de Chiasso, en Suiza. TIMOIC está relacionada a través de su propietario con la siguiente empresa:

ATW Austrian Transports Worldwide GmbH, Viena/Austria

Fecha de fundación: 14 de septiembre de 1971

Sede social: Wiedener Hauptstrasse 14/c, 1010 Viena/ Austria

Capital social: 750.000 ATS

Propietario: Bruno de Kopfersberg, Trieste

Gerentes: Bruno de Kopfersberg, Dr. Spartaco de Kopfersberg

Actividad: Comercio, expediciones y agencia naviera

Observaciones: ATW estuvo involucrada en el caso de corrupción de la asociación de interés público austriaca Curailfe por malversación de fondos. Los ingresos se realizaron en la cuenta de TIMOIC en el Banco Austria de Viena.

Se le impuso una multa de 1.350.000 chelines austriacos.

Laurenti llamó a sus colegas de la Guardia di Finanza para averiguar de qué iba el asunto concretamente. El *maggiore* no quiso mostrar sus cartas y empezó a irse por las ramas. Después de un rato de enigmática verborrea, Laurenti comprendió que el negocio consistía en facilitar lanchas motoras rápidas y de mucho dinero. Era extraño que Kopfersberg últimamente sólo fuera un beneficiado más y que recibiera dinero por ambas partes, tanto de los productores como de los compradores. Estaba claro que se trataba de dinero procedente de negocios sucios.

Eran embarcaciones que se utilizaban preferentemente en el estrecho entre Albania o Montenegro y Apulia, con el fin de mantener alimentado el caudaloso flujo de tabaco de contrabando.

Habían investigado la filial de TIMOIC, pues estaban convencidos de que gracias a esta disparatada organización comercial se blanqueaban grandes sumas de dinero.

Tras el tercer registro de la sede comercial vendieron la filial. A Malta. Se sospechó que el clan Tremani de Lecce era propietario de esta empresa. No se pudo probar nada. El asunto se archivó.

—Por cierto —añadió el *maggiore* de la Guardia di Finanza—, TIMOIC se ha hecho con la gestión de la ayuda a Turquía. Como navieros, se ocupan de conseguir para las autoridades europeas la capacidad de carga de fletes, además de la gestión portuaria. Todo ello supone mucho dinero.

—Y un par de muertos —añadió Laurenti sarcástico.

Se encontró con la publicación mensual de anuncios el *Mercatino* abierta sobre el escritorio de Marietta. Como ella aún estaba comiendo, se llevó a su despacho la revista, una de esas publicaciones en las que se puede encontrar desde servicio doméstico hasta una lancha de segunda mano. Al ver las ocho páginas en las que se presentaba su hija a la ciudad, Laurenti empezó a sudar con un sentimiento cercano a la desesperación. Aquí y allí, Livia aparecía posando en un ligero vestido de verano o en un ridículo bikini ribeteado de rosa y blanco. Y más fotografías estúpidas que sólo un fotógrafo de tercera podía encontrar atractivas: Livia estirada sobre el asiento de una Vespa, Livia frente al teatro Verdi con un ridículo bolsito púrpura en la mano, Livia en la playa leyendo una edición de bolsillo de *Madame Bovary* y con las gafas de sol en el cabello. Algo realmente estúpido. ¡Vaya horterada! Por más que lo intentaba, seguía sin comprenderlo. Pero no sólo eran las fotografías lo que sulfuró a Laurenti. Como guinda había un artículo horrible y una entrevista estúpida. Todo ello impreso en un papel barato con un toque gris amarillento, en el que se ahogaban los colores.

—Esto es porno, porno suave —gruñó Laurenti furioso mientras leía el grotesco retrato de su hija.

LIVIA LAURENTI

Dulce y romántica, tierna y sensible (quizá por eso le encanta la literatura contemporánea), una delicada Géminis con ascendente Cáncer. Livia declara ser una persona sencilla que no necesita mucho en la vida. Tiene veinte años y está cursando el tercer trimestre de Humanidades. Su hobby es naturalmente la literatura. Le interesan todas las lenguas extranjeras. Habla inglés, alemán y español. Y además de ello ama el mar y los animales. Livia trabaja a tiempo parcial en una galería como chica para todo. También le gustaría servir copas en un bar, pero sus padres no lo ven con buenos ojos. (Su padre es policía.) «Las personas despiertan mi curiosidad», dice, «y dónde mejor que en un bar para

encontrarlas. Aunque mi trabajo en la galería también me gusta, pero ahí hay que cuidar mucho las formas. Preparar combinados es más sencillo que vender arte». Livia quisiera ser escritora o periodista. «Me gusta la idea de poder ganarme la vida en cualquier parte del mundo. ¡Para mí es importante ser libre!»

–Más bien es poco corriente que una chica como tú, tierna y sensible, se presente al concurso de belleza Miss Trieste 1999.

–Sí, es verdad, ¡lo cual sólo quiere decir que soy la excepción que confirma la regla! Pero, bromas aparte, me gustaría saber qué se siente cuando todas las miradas están posadas en ti. Simplemente lo veo como una nueva experiencia, pásámelo muy bien y tener la posibilidad de ampliar mi horizonte como persona.

–¿Y que harías si ganaras?

–Bueno, ganar no es lo más importante, aunque me alegraría mucho. Si ganara el premio muchas cosas cambiarían. Toda mi agenda. Quizá también tendría ofertas del mundo de la moda o del cine. Ya veremos. Está claro que también participaría en la elección de Miss Friuli VeneciaGiulia y después quizá incluso en la de Miss Italia. Pero siempre elegiré a conciencia.

–¿Y cómo afectaría a tus estudios si ganaras?

–En primer lugar me mudaría, a Berlín o a Nueva York, y allí terminaría mis estudios. Pero sin prisas.

–¿Qué significa la familia para ti?

–Es algo muy importante. Quiero mucho a mis hermanos y a mis padres. Aunque hay que luchar mucho para que entiendan que una es adulta. En el futuro me gustaría tener hijos y un perro. Y una casa a orillas del mar.

–¿Y qué tal con el amor?

–¡El amor es maravilloso! ¡Y muy importante! Y si a uno lo quieren de verdad, ya no se necesita mucho más en la vida, ¿no es verdad? Regalaría inmediatamente mi corazón a aquella persona que me conquistara como debe ser.

–¿Tienes novio?

–Tuve uno, pero rompimos. Me echaba en cara que leía demasiado, ¡pero cómo voy a renunciar a eso! Aunque era dulce y no le reprocho nada.

–Si pudieras, ¿qué es lo que cambiarías de tu carácter?

–Mi madre siempre dice que soy una combinación muy generosa entre «demasiado buena» y «demasiado tozuda». Quizá me iría mejor si consiguiera preocuparme menos por la opinión de los demás. Ser más independiente.

–¿Y qué es especialmente importante en tu vida?

–Lo tengo muy claro: los libros, el amor, los amigos, el mar y el sol.

–*Dio mio* –soltó el martirizado padre–, ¡espero que no gane! –y se secó la sudorosa frente con el pañuelo.

13.55 h

Marietta volvió finalmente de comer y se encontró al jefe, con los pies sobre la mesa, precisamente cuando cerraba el *Mercatino*. Una calamidad. La ropa de Marietta estaba impregnada del olor del local donde había comido con los compañeros, una mezcla de frito y humo de tabaco.

–Antes de que me los pidas te traigo ya los antecedentes penales de los hermanos Drakic. No hay mucho, aunque lo que hay no es muy bonito –dijo dejando ambas hojas sobre el escritorio–. Hace cuatro años ambos fueron condenados a prisión

condicional. Fomento de la prostitución. Curiosamente en la sentencia no se habla de proxenetismo. No es usual.

Laurenti se miró ambas copias de antecedentes penales y las volvió a dejar sobre la mesa.

Olisqueó el ambiente.

–¡Vaya perfume llevas, Marietta! ¿Has estado en la peluquería? –preguntó mirándola detenidamente.

–¿Estás loco o qué? –dijo Marietta arrugando la frente y dando un paso hacia atrás.

–Perdona, es verdad, has comido fuera. ¿Qué porquería había hoy para comer? ¿Fritura mixta? Porque no huele a otra cosa –añadió husmeando a su alrededor como un sabueso.

–Tu jefe es el hombre más encantador de todo Trieste, Marietta –se dijo a sí misma en voz alta mientras le lanzaba una mirada asesina–. Siempre sabe hacer cumplidos de lo más especial, Marietta. Sí, ¡tu jefe es realmente un hombre muy simpático! ¡Aunque a veces, Proteo, la verdad es que dan ganas de darte una torta! ¡A nadie le extrañaría!

–Marietta, reconoce por lo menos que éste no es tu perfume habitual. Dime, ¿qué tal estaba la fritura mixta?

–¡Que no era fritura mixta, Laurenti! Además, cuando una va a comer con sus compañeros se enteran un poco de las cosas. Algo que tú deberías hacer más a menudo.

Marietta no era injusta al señalarle que llevaba un tiempo mostrándose muy poco sociable. Laurenti pasaba por fases. Las últimas semanas había dedicado la hora de la comida a leer y tomar café en el San Marco. Y todo porque Laura le había cogido más de una vez por la cadera para pellizcarle la barriga prominente con los dedos y preguntarle después: «¿Ya comes bien?». Es cierto que Laurenti había estado en mejor forma. No es que estuviera gordo, pero sí lo bastante grueso como para saltarse una comida al día y perder los cuatro kilos de sobrepeso.

–A ver, dime, ¿de qué te has enterado, Marietta? –le preguntó desganado.

–¿No sabes lo que ha pasado en el muelle VII?

Laurenti la miró ausente y finalmente negó con la cabeza.

–Han abierto un contenedor del *FarEast*. Ya sabes, aquellos rojos con las grandes letras blancas. Había pasado ya por toda la línea automática de carga y sólo faltaba que lo introdujeran en un camión, cuando alguien ha oído ruidos. Treinta y dos kurdos. Sólo hombres. Tres muertos. Los demás están internados en la clínica de Cattinara. Un día más y se hubieran muerto deshidratados. El contenedor ha viajado durante once días. Algunos han reconocido que pagaron seis mil marcos alemanes por cabeza y que querían llegar hasta Alemania.

–Es terrible, Marietta. Estos pobres diablos tienen toda mi simpatía. Aunque

seamos de las fuerzas del orden, les comprendo perfectamente. Ahora los atenderemos hasta que puedan valerse por sí mismos y después serán expulsados. Y encima han entregado todo el dinero que tenían a unos delincuentes, a los que les importa una mierda lo que sea de ellos.

—Por eso mismo han empezado a registrar otros contenedores del *FarEast*. Y uno aún les mantiene ocupados. Venía de Madras con millones de pequeñas arañas rojas. Del contenido ya no hay ni rastro. Los bomberos y los de desinsectación no han podido acabar con las arañas empleando las primeras medidas. Ahora están aplicando productos químicos. Imagínate. Nauseabundo.

—Eres un poco estrecha de miras, Marietta. Quién sabe todo lo que entra por el puerto franco... Recuerda el contenedor lleno de droga con destino a Viena. Una tonelada y media de cocaína. ¡250 millones de dólares! La primera vez que la cooperación internacional funcionó tan bien. Pero el tráfico de seres humanos es realmente muy grave. El *questore* ordenó ayer por la noche que actuáramos con más firmeza.

Desde que los eslovenos presionaban para entrar en la UE, el *questore* había informado de que todos los esfuerzos iban encaminados a servir de barrera con los países pertenecientes al Tratado de Schengen. El último fin de semana habían detenido a más de cien inmigrantes ilegales en Koper. Refugiados de Turquía, Pakistán, Bangladesh, Rumanía, Kosovo y Serbia. Un primer grupo se localizó al amanecer en un bosque cercano a la localidad fronteriza croato-eslovena de Jelsane. Los habitantes de la localidad los vieron y avisaron a la policía. Poco más tarde una patrulla de la policía detuvo a veinticinco pakistaníes y rumanos, que ya llevaban veinte días de viaje. Dos semanas antes aún estaban en Novi Sad, en Serbia. Escondidos en un tren de mercancías llegaron a Zagreb. Allí tres traficantes los llevaron en dos furgonetas desde la capital croata hasta Fiume. Después los pasaron a Eslovenia por no se sabe dónde y se escondieron en un bosque, donde otros dos sujetos los recogieron con un camión que debía llevarlos a Udine. Cada uno de los refugiados debía pagar de nuevo sólo por la última etapa del viaje dos mil quinientos marcos alemanes. Otro grupo de treinta y un hombres de Bangladesh, también jóvenes de entre trece y diecinueve años, había sido interceptado por la policía el pasado sábado por la mañana en Vrtojba, pocos kilómetros antes de la frontera italo-eslovena en Gorizia. Los refugiados, agotados después de tan largo viaje, contaron que unos intermediarios los transportaron desde Budapest a Ljubljana. Después todo el grupo fue expedido en una sola furgoneta. Ya habían pagado tres mil marcos a los traficantes, que en el último momento pudieron huir antes de ser detenidos. El domingo al mediodía fueron once rumanos los que se interceptaron en Postumia. Sus tres guías, que también fueron detenidos, explicaron que los refugiados habían sido recogidos una semana atrás en Bucarest para trasladarlos como mano de obra ilegal para la construcción y la agricultura a

Palmanova y Pordenone. Mientras tanto, los traficantes ofrecieron a sus «clientes» un nuevo paquete, que incluía intentar un nuevo viaje si el primero fracasaba.

Los alemanes eran quienes más estaban presionando para que los demás países reforzasen los controles en sus fronteras y eso implicaba que a los italianos los mirasen con malos ojos, sobre todo desde que habían empezado a llegar los primeros barcos con refugiados albaneses. Unas imágenes que nadie olvidaría.

—¡Pero cómo quieren que vigilemos casi ocho mil kilómetros de costa! —exclamó Laurenti dando un golpe con la mano en la mesa—. ¡Es simplemente imposible! Pero los afectados son siempre los más débiles. Y debemos combatir la inmigración ilegal. Aunque todos quieran proseguir viaje hacia el norte.

—A propósito del norte, Proteo —dijo Marietta—, ¿alguna novedad con Kopfersberg?

Laurenti le contó su visita a la villa y la sospecha que le había comunicado Orlando.

—Como siempre, tendremos que rebuscar entre los escombros y recomponer los hechos piedra a piedra. Hazme un favor —prosiguió—: pide una solicitud de búsqueda internacional a nuestros colegas de Viena. Alguien debería interrogar a su hijo, el Dr. Spartaco de Kopfersberg. Qué nombre tan feo, por cierto. Hay que averiguar si ha oído algo de su padre y dónde estaba cuando sucedieron los hechos; en fin, ya sabes, el rollo de costumbre. Quizá encuentres a alguien en Viena con el que puedas hablar. Y si no es así, pásame la llamada. Ah, y algo más: quiero hablar de una vez por todas con Viktor Drakic. Llámale y que me venga a ver.

—*Permesso* —dijo Claudio Fossa golpeando suavemente la jamba de la puerta. Entró sin esperar respuesta y se sentó frente al escritorio de Laurenti.

—Ya he elaborado el plan de turnos para colocar a tu periodista. Irá con Vicentino y Greco. Son de confianza. Ya conoces a Vicentino. Y Greco es uno de los nuevos, inteligente y ambicioso.

—¡Cada día se aprende algo nuevo! —Greco no le había causado la mañana anterior muy buena impresión. Aunque quizá era injusto con él y el pobre pies planos simplemente estaba muerto de sueño.

—He repasado con ellos cada detalle de la ruta y les he sugerido que hagan cuantos más controles mejor. Se ocuparán de la zona hasta Miramare y en dirección a Opicina. Entre tanto también deberán volver a la ciudad regularmente, al Borgo Teresiano, más tarde en dirección a Muggia y a la zona de los polígonos industriales. Cuando cierren las discotecas deberán hacer la ronda cerca del Machiavelli. El servicio acabará a las seis. El hombre acabará con sueño.

—Gracias, Claudio —dijo Laurenti satisfecho, aunque hubiera deseado que Fossa hubiese elegido a otros dos agentes, alguien que él conociera mejor. ¿Pero que

podía ir mal? Más tarde llamaría a Rossana Di Matteo, para que informara a Decantro, el intrépido voluntario.

–Que se presente a las seis de la tarde al responsable de los turnos. Primero se le alimentará bien con estadísticas, lo cual llevará unas dos horas. Luego nos acompañará a Coroneo, donde podrá presenciar un pase de película para los presos preventivos. Finalmente se iniciará la ronda con la llamada a los efectivos y una arenga a las patrullas. Yo mismo la daré. Hace diez años que no hacemos nada parecido. A ver si sirve de algo. Aunque quizá sí que le saquemos provecho. Y tu amigo se quedará impresionado.

–Suenas bien, pero te recuerdo que no es mi amigo. ¿Cómo van los controles? –Laurenti siempre esperaba con interés los informes de las patrullas. Siempre estaban cerca de los hechos, experimentaban en sus propias carnes lo que pasaba en la ciudad.

–¿A cuáles te refieres? En el Borgo todo marcha como esperábamos. Han llegado chicas nuevas. Las cámaras ya están preparadas y pronto tendrás tu fotografía. Y en el frente de los inmigrantes ilegales no hemos hecho avances dignos de mención. ¿Y cómo lo llevas tú?

–Nebuloso, brumoso, como la vista de hoy sobre el golfo, Claudio. Nada más que sospechas. Pero quería preguntarte algo: ¿habéis recibido en los últimos meses alguna noticia de que en Via dei Porta pase algo raro? Me refiero al caserón por encima de Villa Ada.

–Ah, sí. Sí, claro. A veces se quejan los vecinos porque bloquean la calle con sus grandes cochazos. En verano se quejan por los ruidos. Celebran fiestas en el jardín con invitados ricos. Nada especial.

–Me interesa, Claudio. ¿Podrías decirme cuándo se produjeron estas denuncias? Quizá nos ayude en la investigación.

–Si tú lo dices –le dijo Fossa mirándolo con suspicacia, como quien que se siente controlado sin esperarlo.

–¿Algo más? –le preguntó Laurenti.

Fossa carraspeó.

–¿Has oído lo que han descubierto los Carabinieri?

Laurenti negó con la cabeza.

–En el Carso. Cerca del club de golf, en dirección a Bassovizza. Un jugador de golf que buscaba su pelota entre los arbustos ha encontrado el cuerpo desnudo de una mujer joven. Sin identificar. No hay abuso sexual. Tiene la pinta de una ejecución. La dispararon por la espalda. Tres impactos. Una parabellum. El forense está confeccionando un retrato de ella para que la identifiquemos. La llevaremos esta noche de excursión.

–Así que estáis condenados a ayudar a los Carabinieri. Esperemos que consigáis

resultados pronto. ¿Me puedes hacer una copia del expediente? Me gusta estar informado.

–¡No entiendo qué tienes en contra de los Carabinieri! Yo me llevo bien con ellos. No son gente simpática, pero tampoco nosotros lo somos. Un policía es un policía. Para la mayoría no somos más que una mierda.

Claudio Fossa se despidió después del rato que dedicaron a repasar cuántos asesinatos se habían producido durante los últimos años en Trieste y lo contentos que estaban, pues se podían contar con los dedos de ambas manos. Y en los últimos cincuenta años sólo ocho casos habían quedado sin cerrar.

–En esta ciudad sólo huele mal en el puerto franco, donde no se nos ha perdido nada. Ahí sí huele mal –éas fueron las últimas palabras de Fossa al abandonar el despacho.

17.30 h

Laurenti ya no pudo hacer mucho más a esas horas de la tarde. Había reunido un pilón de información. Viktor Drakic había prometido acudir a la cita y ya se retrasaba demasiado. Por si fuera poco, tenía a un arrogante Decantro al teléfono, protestando por tener que participar en aquella pantomima, y preguntando qué sentido tenía acompañar a una patrulla mientras los ciudadanos de a pie dormían en sus casas. Seguro que estaba relacionado con la visita a su jefa. Laurenti le escuchó, no hizo comentario alguno y le preguntó si eso era todo lo que tenía que decirle. Él no podía intervenir en las decisiones del periódico. Colgó el auricular sin despedirse y movió la cabeza con gesto de incredulidad. ¡Cómo se las daba aquel joven! ¡Qué ínfulas!

Laurenti llamó al Instituto Anatómico Forense, donde encontró al viejo doctor Galvano, que ya ejercía esa función cuando Proteo fue trasladado a Trieste con veintitrés años. Galvano acababa de manifestar su intención de dejar el cargo para, tal como decía él, dedicarse a las actividades para el tiempo libre que ofrecía la ciudad. Le contó que, después de las muchas objeciones con las que se habían encontrado en la villa del austriaco, habían conseguido suficiente material para la investigación. «Un cepillo de pelo repleto de sabrosas partículas», dijo en voz alta relamiéndose, «nos ha ayudado mucho. Las partículas de piel halladas en el cabo del barco son sin lugar a dudas de Bruno de Kopfersberg. Tienes toda la documentación sobre la mesa, Laurenti».

–¡Siento decirle que no es así, *dottore*!

–Que sí, hombre; mira un poco mejor, Laurenti. Aunque quizá tengas razón y aún no te la hayan llevado. Hoy en día ya no sabe uno, los mismos caminos de

antes son cada vez más largos. Creo que a esto lo llaman racionalización. ¡Buen fin de semana!

Laurenti no tuvo más remedio que echarse a reír. Galvano siempre había sido un tipo raro, pero en los últimos años su comportamiento era francamente extraño. Era increíble que aún no se hubiese jubilado, pensó Laurenti, aunque seguramente lo echarían en falta. Laurenti no sabía que Galvano estaba jubilado desde hacía años y que el interesado simplemente lo ignoraba. El primer día después de la fiesta de su jubilación se presentó en la oficina como todos los días y no hizo el menor caso a las preguntas que le hicieron. Los cadáveres de Trieste le pertenecían y no había más que hablar.

El estómago de Laurenti se quejó. Le preguntó a Marietta si guardaba algo comestible en su escritorio, un bocadillo de jamón o un trozo de queso. Cualquier cosa menos chocolate. Tuvo que conformarse con otra taza de café. Justo cuando había terminado de beberse a pequeños sorbos, mientras depositaba la taza sobre la mesa, entró Viktor Drakic.

Era un hombre de constitución fuerte que vestía con elegancia, traje azul oscuro y camisa blanca, reloj suizo de oro en la muñeca izquierda y manos anchas. El corte del traje era casi perfecto, estaba hecho a medida, aunque cuando movía los brazos la tela se tensaba en sus hombros.

—¿Por qué me ha hecho venir, comisario? —hablaba un buen italiano, en el que apenas se apreciaba el acento eslavo. Su actitud denotaba mucha arrogancia y agresividad.

—Bruno de Kopfersberg. ¿Ha tenido noticias de él?

—Por desgracia no —Drakic movió lentamente la cabeza—. Estamos preocupados.

—Si no me equivoco, usted y yo nos vimos anoche.

Drakic pareció sorprenderse y tensó las mejillas con una mirada de desconfianza.

—¿No estaba usted con su hermana en la Costiera?

—Ah, sí, ahora recuerdo. Usted es el nadador solitario.

—Un viejo prejuicio criminal dice que el culpable siempre vuelve al lugar del crimen. En este caso se trata más bien del investigador.

—Estábamos mirando dónde había aparecido el *Elisa* —contestó Drakic.

—Usted es apoderado de la empresa y seguramente uno de sus colaboradores más estrechos...

—El más estrecho. Disculpe que le corrija —dijo Drakic apoyándose en el respaldo de la silla con tranquilidad.

—¿Hay algo que yo no sepa y quiera usted decirme? —le preguntó Laurenti lentamente.

—Por desgracia no. Como ya le he dicho, estamos muy preocupados. ¿Qué es lo que quiere saber?

–¿Tenía..., disculpe, tiene el *signor* De Kopfersberg enemigos?

–¡Por supuesto que no! ¿Por qué razón iba a tenerlos?

–No creo que el mundo del *import-export* esté ajeno a ciertos peligros. Especialmente cuando se trata con países del este...

–¡Prejuicios! –exclamó bruscamente Drakic interrumpiendo las palabras de Laurenti y haciendo un gesto condescendiente con la mano—. Que vengamos de los Balcanes no significa que seamos unos bárbaros, comisario –añadió levantando la barbilla y lanzando una mirada centelleante y provocativa a Laurenti—. Kopfersberg es un hombre de negocios honrado con muy buenos contactos, sin los cuales un negocio no puede prosperar.

–¿Envidiosos? –preguntó Laurenti haciendo caso omiso a la provocación.

–Siempre los hay.

–¿Dónde estaba usted antes de ayer por la noche?

–En casa. ¿Por qué? –respondió enarcando las cejas.

–Usted dirige TIMOIC cuando Kopfersberg está de viaje, ¿verdad?

–¡Sí!

–¿Solo?

–Sí, yo solo.

–También Eva Zurbano es apoderada.

–Se trata de un viejo asunto. Hace tiempo que Kopfersberg quiere quitársela de encima, pero por otra parte no quiere perjudicar a la *signora* Zurbano. Ella no pinta nada.

–¿Qué pensó cuando se enteró de que había desaparecido?

–Pensé en los negocios. Tengo que seguir con el trabajo hasta que vuelva –Drakic se inclinó y giró las palmas de sus manos hacia fuera—. ¡Ahora mismo tenemos mucho trabajo! Apenas tengo tiempo para descansar.

–¡Pues no lo parece! Supongo que se trata de la ayuda humanitaria con destino a Turquía.

–Sí –le confirmó Drakic—. Miles de personas que necesitan ayuda inmediatamente. ¡Hay que actuar rápido!

Por la frialdad del tono, Laurenti supo que aquella expresión de sus sentimientos era falsa.

–¿No teme que Kopfersberg se haya topado con algún problema? –le preguntó Laurenti.

–Para serle sincero, al principio sí. Pero después no me lo pude ni plantear. ¡Y ni ahora me lo planteo!

–¿Por qué la empresa dispone de unas oficinas tan grandes?

–Porque necesitamos el espacio. En ocasiones contratamos gente temporalmente. Ahora mismo es el caso. Necesitamos ayuda para el asunto de Turquía, solos no podríamos. Kopfersberg compró las oficinas hace tiempo con el fin de desgravar

impuestos. Trieste, y de ello supongo que usted se ha dado cuenta, está en pleno crecimiento, como muchas ciudades fronterizas con el antiguo bloque del este. De momento no mucho, pero espere y verá. Apuesto por esta ciudad. Kopfersberg también. Ganará quien esté en el momento y en el lugar apropiados.

Laurenti no lo veía ni mucho menos igual. Estaba claro que se construía y se restauraba un poco en todas partes, pero desde su punto de vista los conservadores triestinos estaban en contra de cualquier cambio que pudiera romper con su cómodo ritmo de vida. Las prostitutas del Borgo Teresiano parecían ser la única conexión con el presente. Pero, al fin y al cabo, no quería hablar sobre ello con Drakic.

—Su hermana no me facilitó mucha información durante mi visita. Me disgustó que no se preocupara por el asunto.

—¿Que no se preocupara? Se equivoca. Quizá es que somos más comedidos al expresar nuestros sentimientos. Si hubiera pasado usted por las guerras y asesinatos que hemos vivido nosotros sabría de qué hablo.

Laurenti no confiaba en su interlocutor. De nuevo detectaba aquella sospechosa discrepancia entre el contenido y el tono.

—¿Así que se consume de lo preocupada que está? Pero no nos ayuda en nada. Para una mujer que se preocupa tanto por su marido, me pareció poco afectada.

—Se lo parecerá a usted —dijo Drakic encogiendo los hombros con indiferencia.

—¿Y todas las chicas que pululan por el chalet?

—Pregúntele a Tatiana. No lo sé. Tienen su propia vida.

—Me dijo que se trataba del servicio.

—Pues será eso. Como le he dicho, no lo sé.

—¿Adónde se dirigía Kopfersberg?

—No me lo dijo. Quería descansar durante dos o tres días, antes de enfrentarse a los nervios por los contenedores. Para ello siempre sale con el yate. Se relaja muy bien en el mar. Le espera un periodo de mucho trabajo —Drakic seguía tranquilo y centrado.

—¡Estuvo en Rimini! —le lanzó Laurenti mirándolo fijamente.

—¿En Rimini? —preguntó Drakic sorprendido.

—¿Tienen ustedes relaciones comerciales con Rimini?

—No. Y no sé si ya había estado allí en otras ocasiones. Aunque el Adriático tampoco es tan grande. También puede uno acercarse hasta Rimini y disfrutar de la vida nocturna. ¿Por qué no? Mientras no lo sepa su propia mujer.

—Tiene usted razón. ¿Por qué no! ¿Se gana mucho dinero con la gestión de los transportes internacionales? —a Laurenti le gustaba cambiar cada dos por tres de tema, con el fin de hilar en algún momento todos los cabos sueltos y detectar contradicciones, si es que las había. Pero Drakic era un hueso duro de roer.

—Los números salen. Aunque es para un buen fin. Uno no hace los cálculos de

costumbre, aunque se tiene que ir con mucho cuidado, ya que no todos piensan igual. En este mundo todos somos un poco egoístas. Quien ve dónde hay dinero quiere quedárselo.

–Su empresa también tiene oficinas en Viena.

–Muchas empresas tienen filiales en otros países.

–La ATW no es ninguna filial.

–Tiene sus propios estatutos. Bruno de Kopfersberg es el propietario, Spartaco el gerente. Yo no.

–¿Pero usted conoce a Spartaco?

–¡Claro que sí! Es el hijo de mi jefe. Y un compañero.

–Tanto ATW como TIMOIC estuvieron inmersas en un caso de corrupción. ¿Puede estar relacionada la desaparición de Kopfersberg con ello? –se atrevió a preguntar Laurenti.

–Mire usted, en ocasiones no es suficiente con el rendimiento que uno aporta y hace falta añadir un plus de atención, si lo puedo expresar así –Drakic intentaba explicarle el mundo de los negocios como a un escolar–. Todos hacen, lo cual no es delito, regalos a las autoridades extranjeras. Al contrario que en el propio país. Si no lo hace uno mismo, lo hará otro por él.

–¿Así de fácil? –a Laurenti le repugnaba la frialdad con la que Drakic explicaba estas maquinaciones. Aunque sabía que eran verdad. Uno podía sobornar sin problemas a los funcionarios extranjeros sin que nadie le pidiera cuentas por ello en su propio país. Ningún país del mundo había prohibido esas actividades y formaba parte de las costumbres del mundo de los negocios el transferir sobornos a cuentas privadas con el fin de conseguir un pedido sabroso. Y no sólo en el Tercer Mundo. Tampoco en ello hacía Europa diferencias. En la misma Alemania o en Austria el alcance de la corrupción no es menor que en Italia. Concretamente, los alemanes bloquearon por la fortaleza de sus exportaciones durante mucho tiempo un acuerdo internacional que penaba el soborno transfronterizo–. ¿Y por qué pagó la multa?

–Mire usted, uno quiere seguir en el negocio. *Mi paghi, te assolvo*. Si usted acepta la multa, queda limpio. Nosotros hubiéramos preferido haber conseguido los pedidos exclusivamente por nuestros méritos –de nuevo le llamó la atención el tono de voz.

–¿Puede estar relacionada la desaparición de Kopfersberg con esto?

Viktor Drakic sacudió decidido la cabeza.

–No. Ya nos hemos ensuciado las manos. Y por eso hemos perdido algunos encargos. Así que no puede guardar relación con ello. La Guardia di Finanza ya revisó no hace mucho nuestra contabilidad y certificó que estaba todo en orden. Quizá deba usted informarse allí al respecto.

–Así lo haré –Laurenti se puso en pie y se acercó a Drakic dando la vuelta a su

escritorio—. Póngase inmediatamente en contacto con nosotros en cuanto sepa algo del *signor* de Kopfersberg.

También Drakic se puso en pie y le tendió la mano.

—¡Naturalmente!

—Antes de que se vaya, señor Drakic —dijo Laurenti estrechándosela—. Usted también tuvo una vez algo que hacer en Rimini, si no me equivoco. Y su hermana.

—Ah, bueno. Se refiere a eso. Entonces también sabrá que fue hace mucho tiempo. Realmente no se nos hizo justicia. Éramos inocentes y lo seguimos siendo. Pero como extranjeros, especialmente cuando uno viene del este, uno siempre está bajo sospecha.

—En todo caso, no debe uno darle vueltas a las cosas del pasado —le dijo Laurenti sonriendo y soltándole la mano—. Buenas noches.

Una vez Laurenti se hubo lavado las manos después de ese encuentro, sintió un hambre atroz. No había tenido tiempo para comer y hasta la cena aún quedaba demasiado. Decidió comerse un bocadillo en un bar. Además le había prometido a Laura asistir por la noche a la inauguración de una exposición en la galería «Artecontemporánea». Los amigos, para los que su hija Livia trabajaba compaginando esta actividad con los estudios, habían abierto una galería de arte contemporáneo no muy lejos de su casa. Ésta se convirtió pronto en una de las galerías más innovadoras de Italia. No todo lo que exponían le gustaba a Laurenti. Algunas cosas, sobre todo de fotografía, le parecían tonterías modernillas. Por ejemplo, la fotografía de aquel macedonio en la que se veía cómo le daba un beso con lengua a su perro. Hay gente para todo. Pero Marco y Cristina, los dueños de la galería, le caían muy bien; las inauguraciones solían ser muy bonitas y muchas veces terminaban con una fiesta en su casa en la Via San Spiridione. En esas ocasiones, Laurenti debía olvidarse básicamente de su profesión. Esos artistas le parecían muchas veces una raza especialmente excéntrica.

Y al día siguiente su madre llegaba desde Salerno. En tren, pues aún no se fiaba de los aviones y prefería reservar compartimentos enteros con sus estrechos asientos en la Ferrovie Statale. El domingo querían viajar a San Daniele, el pueblo natal de Laura en el Friuli, para celebrar los ochenta años de la madre de ella con una gran fiesta. Todos los hermanos de Laura que vivían en el extranjero vendrían con los suyos. Se contaba con unos quinientos invitados. Era una familia respetada e influyente, y no sólo porque fabricara el mejor jamón de la región. Laurenti asistiría de buen grado. Mantenía buenas relaciones con casi toda la familia política y con algunos de los muchos hermanos de Laura incluso se llevaba extraordinariamente bien. Además, los chicos también acudirían. Hacía semanas que le habían prometido a su madre que ese día no adquirirían ningún compromiso. Así podría hablar tranquilamente con Livia y por fin podría ver a

Patrizia Isabella. La recogería en Grado. Su hija preferida participaba durante sus vacaciones en los trabajos de rescate del *Julia Felix*, un mercante romano de mediados del siglo II. En invierno de 1986, un pescador había recogido con su red unas cuantas ánforas, lo que comunicó a los arqueólogos marinos de Marano Lagunare. Tras largas investigaciones se supo que se trataba de un descubrimiento colosal: un mercante romano en perfecto estado con toda su carga. Incluso se había encontrado intacto el contenido de algunas ánforas. Diez años más tarde se consiguieron los medios para organizar la excavación submarina. Estaba claro que Patrizia Isabella participaría a cualquier precio. Hacía tiempo que la arqueología era su afición principal y a pesar de sus diecinueve años ya era toda una especialista. A partir del próximo otoño pensaba estudiar arqueología y filosofía clásica en Nápoles. Y Laurenti, que estaba muy ligado a ella, hacía cinco semanas que no la veía.

18.20 h

Laurenti hizo una parada poco habitual según sus costumbres de camino a casa. Como a la mayoría de los triestinos, no le gustaba nada el Caffè degli Specchi de la Piazza dell'Unità d'Italia. En su día había sido un maravilloso viejo café, visitado en su época por Italo Svevo y James Joyce. La Piazza constituía el peaje de la ciudad, la vista sobre el golfo era maravillosa e incluso en invierno uno podía sentarse fuera, resguardado del viento, y ver las maniobras de los grandes transbordadores de la línea Anek. En un momento dado, el café se renovó desastrosamente, como la mayoría de los cafés de la ciudad, y hoy en día no era mejor que uno de los impresentables locales de los años setenta. Palomas a la búsqueda de bolsas de patatas fritas o de cacahuets agobiaban con sus aterrizajes sucesivos a los clientes sentados en la Piazza y se hacía muy complicado expulsarlas. El servicio era lento y descuidado y los precios demasiado altos. Pero el café estaba situado en el mejor emplazamiento de la ciudad, por lo que se había convertido en el punto de encuentro y salida de los turistas y de las triestinas de más de cincuenta años, que podían hablar a sus anchas con desconocidos.

Laurenti vio a Eva Zurbano, la arreglada apoderada de TIMOIC que tan poca información le había facilitado el día anterior, sentada en el café. Estaba sola en una de las mesas junto a la cristalera, cerca de la entrada y a la sombra de la marquesina. Frente a ella tenía una bandejita de acero inoxidable, con un vaso de *prosecco* y sendas tapas de aceitunas y cacahuets. Junto a todo ello una cajetilla de cigarrillos y un encendedor.

Ya había visto a Laurenti antes de que él la reconociera. Le hizo un gesto y ella le

devolvió el saludo. Le pasó un pensamiento por la cabeza: podía ser su oportunidad. Quizá frente a un aperitivo fuera más habladora. Se encaminó hacia su mesa y, al llegar junto a ella, le dijo de manera muy educada:

–*Buonasera, signora!* A esta hora del día en la plaza siempre se disfruta de la luz más bonita, ¿no es verdad?

–*Buonasera!* Sí, me encanta este sitio a esta hora. El sol ya no deslumbra tanto.

–Buena idea lo del aperitivo. ¿Me permite que la acompañe un momento?

En realidad, aunque ella no hubiera querido, él se habría sentado igualmente. Hacía rato que había agarrado una silla de lona por el respaldo para separarla de la mesa.

–¡Por favor, encantada! –Eva Zurbano era realmente una mujer atractiva, pensó Laurenti. No había nada exagerado en ella. Clase a raudales y también el toque necesario de atractivo erótico. Eva Zurbano sabía cómo utilizar su figura.

Era más fácil que a uno le atendieran los camareros cerca de la entrada que en las mesas de la terraza en la Piazza. Laurenti pidió un Sprizz Bianco Bitter.

–El *signor* De Kopfersberg estuvo en Rimini. ¿Ya se lo había dicho? –empezó a decir Laurenti. Eva Zurbano negó con la cabeza–. ¿Viajaba frecuentemente a allí?

–No lo creo. En todo caso, no sería por negocios –no parecía estar mintiendo.

–Estoy preocupado –prosiguió Laurenti–. Preocupado porque me temo que el *signor* De Kopfersberg ha sido asesinado –Laurenti alzó la vista hacia el mar y evitó así mirar directamente a la Zurbano. No quería que pareciera un interrogatorio oficial. Pero tampoco podía abandonar su papel de policía. Así que hizo como si le contara lo que le ocupaba.

–Yo también –respondió la Zurbano para su sorpresa. No dejó que ella lo notara. Debía parecer impasible y relajado.

–A bordo del *Elisa* tuvo lugar una pelea. Los informes de huellas dactilares y los resultados de las investigaciones de los forenses son unánimes –seguía mirando en dirección al mar.

Ella miró a Laurenti sorprendida, pero él no reaccionó.

–¿Está seguro? –preguntó ella intranquila.

–Casi seguro –hizo una pausa–. Digamos que en un noventa y nueve por ciento.

–¿Le han encontrado?

–No. Pero suponemos que lo pasó bastante mal. Seguramente no tuvo una muerte plácida –no mencionó la otra teoría que manejaba, que el austriaco había sobrevivido y se escondía en el chalet. Quería ver la reacción de Eva Zurbano.

Ella ya no se apoyaba en el respaldo de la silla. Se había erguido y miraba fijamente a Laurenti. Tenía el pulgar y el índice de la mano derecha blancos por la presión que ejercía con ambos. Los nudillos habían adoptado el mismo color. Las venas del dorso se apreciaban perfectamente. Laurenti seguía mirando hacia el mar.

A ella la controlaba por el rabillo del ojo. Pero no le llegaron sus reacciones. Comprendió que Eva Zurbano estaba realmente preocupada.

–Seguramente tenían la intención de hacerle sufrir un rato. Presumimos que el *signor* De Kopfersberg estuvo luchando por su vida durante una hora larga. Seguramente fue herido de gravedad y atado al cable de remolque del barco; luego lo lanzaron al mar mientras el barco volvía a casa con el piloto automático.

El rostro bronceado de Eva Zurbano había palidecido considerablemente.

–Partimos de la base –siguió fantaseando Laurenti– de que el asesino tenía la intención de que el *signor* De Kopfersberg fuera encontrado muerto en Trieste, su ciudad natal, arrastrado por su propio yate. Quizá después de haberse desangrado lentamente...

Las uñas de Eva Zurbano se clavaron violentamente en la palma de la mano. Laurenti seguía mirando impasible hacia el mar. Hizo una pausa y bebió de su vaso. La Zurbano intentó sacar con dedos temblorosos un cigarrillo de la cajetilla. Hasta ahora no había fumado. Laurenti cogió el encendedor y le dio fuego. Eva Zurbano aspiró por dos veces rápidamente el humo. En ese momento Laurenti la miró a los ojos.

–Suponemos –prosiguió endureciendo el tono– que por el camino el *signor* De Kopfersberg habrá sido devorado por los peces. Por desgracia, en estos casos siempre ocurre lo mismo.

Eva Zurbano se pasó el dedo índice de la mano izquierda por la mejilla izquierda, desde el ángulo superior de la boca hasta el ángulo externo del ojo. Sin embargo, no lloraba. Laurenti había vuelto a apoyarse en la silla y miraba de nuevo hacia el mar. Seguía manteniendo un tono de voz tranquilo, regularmente monótono, aunque sus sentidos estaban más que despiertos. Estaba completamente lúcido, implicado en la situación al cien por cien. Era en esos momentos cuando mejor se encontraba y siempre se preguntaba por qué no era capaz de tener siempre tal claridad y capacidad de concentración. Calló y esperó. También Eva Zurbano calló durante un largo rato.

–Siempre he temido que pasara algo así –dijo entonces con voz baja, y volvió a callar.

–¿El qué? –le pregunto el comisario sin alterarse.

–Esto.

–¿Y por qué?

–A veces uno presiente la desgracia cerca.

–Conozco al señor De Kopfersberg desde hace tiempo –dijo entonces Laurenti, y Eva Zurbano lo miró sorprendida.

–¡No lo sabía! –su sorpresa parecía sincera.

–Estuve a cargo de la investigación cuando su mujer desapareció –dijo Laurenti–. Lo recuerdo todo perfectamente, pero no la recuerdo a usted. Me dijo ayer que

hacía ya veinticinco años que trabajaba en TIMOIC. Pensaba que entonces había hablado con todo el mundo.

–No conmigo –respondió la Zurbano–. Tras la muerte de Elisa me ocupé de Spartaco, el hijo.

–A él también lo recuerdo, aún era muy pequeño. Por cierto, ¿cómo era la relación entre padre e hijo?

–Hasta hace un año, muy buena.

–¿Y qué pasó hace un año? –preguntó Laurenti mirando de nuevo hacia el mar.

–Spartaco llegó un día a Trieste y durante varios días tuvo unos enfrentamientos tan fuertes con su padre que fue imposible no enterarse de ello. También se peleó conmigo y me echó en cara el hecho de haber provocado, al ser la amante de su padre, la muerte de su madre. Me acusó de cómplice y no quiso escuchar que se trató de un accidente. Bruno me dijo que Spartaco estaba convencido desde hacía poco de que había asesinado a Elisa.

–¿Y usted? ¿También está convencida de que se trató de un accidente? –preguntó Laurenti sin mirarla.

–Sí, estoy convencida –la voz de Eva Zurbano era firme–. Sé que él no la asesinó.

–A usted le gustaba mucho, ¿verdad? ¡Muchísimo!

–Sí –Eva Zurbano se pasó de nuevo el dedo corazón de la mano izquierda por la mejilla, se colocó bien un mechón de su cabello negro por encima de la oreja y volvió a carraspear–. Le quería mucho. Pero, como ya le he dicho, de ello hace ya tiempo. Estuvimos juntos más de veinte años.

–¿Cuándo se produjo la separación?

–Hace poco más de tres años. Bruno se hizo con una nueva –visiblemente nerviosa, la Zurbano había cogido su bolso, metió la cajetilla de cigarrillos y el mechero dentro, sacó un billete de diez mil liras del monedero y lo colocó bajo la bandejita con las bebidas.

–¿Tatiana Drakic?

–Sí.

–¿Y su hermano?

–El llegó algo más tarde a la empresa.

–¿Con qué frecuencia viene Spartaco a Trieste?

–Una o dos veces al mes. Dependiendo de los temas que haya que comentar –Eva Zurbano miró su reloj. Se puso en pie y se alisó la falda con la mano derecha–. Debo irme. Discúlpeme.

Laurenti no la entretuvo más. Simplemente dijo:

–*Buonasera, signora!*

Eva Zurbano se alejó y desapareció tras la Casa Stratti de la Piazza della Borsa. Laurenti había entrevisto en su monedero la fotografía de un hombre al que conocía. Benedetto Rallo era el director de la Banca Nordeste y consejero de

algunos gremios de asociaciones y empresas de la ciudad. Estaba claro que Eva Zurbano mantenía una relación estrecha con este hombre. Aunque era la información que había conseguido con la conversación lo que más ocupaba a Laurenti. Dejó pasar algunas escenas frente a sí y se bebió el aperitivo tranquilamente. Después deslizó también un billete bajo la bandejita y se fue.

Borgo Teresiano

Laurenti se escabulló de la fiesta durante media hora antes de medianoche. Tenía la sensación de que un poco de aire fresco le iba a sentar bien. Había bebido demasiado y muy deprisa, y el vino blanco que se servía era peleón. Quizá también había influido el calor en aquella ligera indisposición, ya que normalmente aguantaba muy bien la bebida. Por si fuera poco, una regordeta de sesenta años con el pelo teñido, la cara quemada por el sol y un escote descomunal no había parado de hablarle en toda la noche, por lo que se vio obligado a huir con todas las de la ley. Se fue a Via Trento, al Borgo Teresiano. Fue a parar al lugar donde sus agentes habían reforzado los controles nocturnos: la milla del pecado, como le gustaba llamarla al periodista Decantro. Laurenti quería ver él mismo qué era lo que pasaba. La mayoría de las prostitutas, controladas últimamente por la policía, venían de Colombia y de Nigeria. Aunque él no había localizado más de siete. La mayoría de las veces hacían la calle en parejas cerca de los cruces, donde los clientes podían parar el coche. No había mucho movimiento. Las chicas, que prácticamente no llevaban nada encima, se le dirigieron en dos ocasiones. Rechazó la oferta riendo y prosiguió su camino. De repente oyó su nombre.

–Comisario Laurenti –era una voz grave de mujer.

Se giró y vio al otro lado del cruce a una mujer, que efectivamente conocía. Se dirigió hacia ella.

–Hace mucho que no nos vemos, Lilli. ¿Sigues en el negocio?

Lilli se llamaba en realidad Annamaria Berluzzi, era algo mayor que él, pasados los cincuenta, y estaba muy maquillada. Un cinturón ancho le sujetaba la barriga sobre el vestido blanco y transparente, bajo el que no llevaba prácticamente nada. Era de Trieste y ya hacía la calle cuando él empezó a trabajar.

–¡A ti te lo dejo por la mitad! –Lilli elevó sus pechos ya no tan firmes con ambas manos.

–Déjalo estar, Lilli –dijo Laurenti riendo–, ya sabes cómo están las cosas.

–Qué pena, comisario –Lilli dejó caer el suntuoso tesoro–. Pero una como yo no la encontrarás fácilmente. Calidad italiana de primera.

–¿Cómo va todo? ¡Tienes mucha competencia!

–¡A quién se lo dices! Y la policía persigue también a nuestros clientes. Vaya

mierda. ¿No puedes batir en retirada a tu gente? En lugar de abrirse de piernas una tiene que pasarse una eternidad esperando de pie.

—¿Tenemos que hacerlo, Lilli! Nos presionan mucho. ¿Conoces a las demás?

—Casi nada, por eso hago la calle aquí; allá la competencia es demasiado fuerte. Vienen y se van, pero no se quedan mucho tiempo. Días o semanas. No existe sentido de la tradición. Apenas se queda alguna de ellas. Para qué. En cualquier otro sitio les irá mejor.

—¿Has visto algo sospechoso?

—No soy una soplona, Laurenti. ¿Lo has olvidado? Aunque no hay nada que contar. Se ha vuelto todo muy difícil. Las jóvenes extranjeras me roban la clientela. El comercio al por menor se hunde, ahora se lleva la gran superficie.

—¿No has ahorrado lo suficiente para disfrutar de una buena jubilación? Ya es hora de que cierres la barraca, Lilli.

Lilli había tenido un chulo hasta que cumplió los treinta. Un maleante de poca monta, que a veces robaba donde podía. Vivía con Lilli, hasta que un día fue a parar a la cárcel y ya no lo vio más. Desde entonces el dinero que ganaba era para ella.

—¡Me parece que desvarías! Aún disfruto de un buen cartel, sólo que estas jóvenes trabajan duro. Pero ¿qué se puede hacer? Por cierto, tenemos compañía — Lilli señaló sobre su hombro.

Cuatro coches patrulla habían bloqueado los cruces y otro vehículo de apoyo, la oficina móvil de atestados, había aparcado en una de las calles.

—Lilli, yo me largo —dijo Laurenti—, ¡y será mejor que tú también lo hagas!

—No pasa nada, a mí ya me dejan tranquila. Como sabes, tengo todos los papeles en regla.

Laurenti le golpeó amistosamente el hombro y desapareció.

Si no se equivocaba, entre los agentes atisbó a Vicentino, Greco y Decantro. No quería que el periodista le viera allí. Diez minutos después estaba de nuevo en la fiesta. Ninguno de los muchos invitados se había dado cuenta de que había desaparecido durante media hora. Tampoco Laura. Si hubiera cometido un asesinato, todos los presentes habrían testificado a su favor.

Trieste, 19 de julio de 1999

De nuevo el *Piccolo* alertaba en primera plana del peligro de tiburones. Laurenti se compró el diario a las ocho de la mañana en el kiosco, se preparó café y una gran jarra de zumo de naranja. El sábado se encargaba él del desayuno. Estaba sentado solo frente a la gran mesa de la cocina y leía el periódico.

Un tiburón azul había sido avistado por dos veces en sitios diferentes. Se presumía que debía de tratarse de un gran ejemplar de más de cuatro metros de largo, algo inusual tratándose de esta especie. La Guardia costera tendría entonces mucho trabajo, ya que a lo largo de los cuarenta kilómetros que conformaban el golfo de Trieste los primeros bañistas intentaban ya desde primeras horas de la mañana hacerse con los mejores sitios. Con los mejores sitios para aparcar y con los mejores sitios para bañarse. Los viejos ocupaban Barcola nada más comenzar el día, aunque la mayoría de los pensionistas sólo se quedaba hasta el mediodía, siguiendo así la señal que les enviaban sus estómagos. Entonces se producía en la playa un cambio de turno. Llegaban los más jóvenes, que dormían mejor y más, para lo que tenían una buena razón. Para quien iba con el coche en lugar de la moto, ésta era la única hora del día en la que podía aparcar en un sitio cercano a la playa. Con este tiempo, siendo fin de semana y con una temperatura del agua de veinticinco grados, más de cien mil personas ocupaban toda la zona de baño. ¡Y ahora encima alarma de tiburones! Sería difícil mantener a la gente alejada del mar, ya que el calor sofocante la empujaba hacia el agua. ¿Sería suficiente con que patrullaran tres unidades de la Guardia costera? Se esperaba lo peor, ya que, a diferencia del pasado, ahora los *animalisti* ponían el grito en el cielo con cada intento serio de cazar al animal. Y a diferencia de Sudáfrica, Hawai o frente a otras costas, donde había una presencia considerable de tiburones, en Trieste no contaban con el equipo de aparatos de ultrasonidos submarinos para ahuyentarlos. Se detectaban en muy pocas ocasiones como para realizar tal inversión. La última vez que se habían avistado fue en 1996. También hubo una alarma importante en 1992, y la de 1987 fue realmente terrible, cuando al parecer se agolparon treinta bestias en el golfo. Por último, en 1977 se afirmó que Elisa de Kopfersberg, la mujer del conocido naviero, había sido víctima de este peligroso animal. Y eso no era exactamente la verdad. Laurenti se enfadó cuando vio la noticia. Las investigaciones que se realizaron entonces no llevaron a ningún resultado. De Elisa de Kopfersberg no se encontró el menor rastro.

Laurenti recordaba con precisión aquella época. Aún veía al austriaco frente a él, al pequeño hijo, de unos seis años, lloroso, acompañado de una guapa mujer, que tal como suponía desde la noche anterior, debía de ser Eva Zurbano. Y recordó cómo pasados quince meses dieron carpetazo al caso y se relegó al archivo, después de que un juez declarara muerta a la desaparecida. Una escueta anotación, un sello

y una firma, así fue como se cerró el caso. Y recordaba perfectamente cómo De Kopfersberg admitió sin pestañear que su mujer tenía un seguro de vida de 400 millones de liras, extremadamente alto para la época. En caso de accidente, los beneficiarios recibían el doble. La aseguradora Generali pagó. Además, De Kopfersberg heredó todos sus bienes. Se sabía que con su propia empresa tenía poco éxito y que financieramente dependía de su mujer. Laurenti echó en esa época el anzuelo, pero el austriaco no picó. El juez de instrucción no hizo caso a los argumentos de Laurenti y el fiscal no puso objeción alguna. Bruno de Kopfersberg abandonó la sala del juzgado como un recién y flamante viudo rico. Laurenti no recordaba que estuviera muy afligido.

Laura le arrancó de sus pensamientos. Entró en la cocina vistiendo una bata ligera y blanca, con el cabello húmedo y oliendo a cremas y champú. Besó rápidamente a su marido, que intentó atraerla hacia sí, y se sirvió café.

—Esta noche ha sido otra vez terrible —se lamentó. Los ventiladores habían estado funcionando hasta las cuatro de la madrugada; Laura había bebido en la fiesta mucho menos que Proteo, que durmió profundamente, sufriendo mucho más que él. Al estruendo de los ventiladores se sumaron sus leves ronquidos, inevitables cuando había bebido.

—Ayer estuve en la Via dei Porta —le explicó Laura después del primer sorbo de café—. La casita es muy bonita y también el jardín. Realmente ideal, a excepción de la vista. Cuando ya vives allá arriba, lo que quieres es tener una buena vista sobre la ciudad y el mar. Aunque dos números más abajo hay un viejo caserón con un torreón. Demasiado caro. Seguiré buscando.

—Yo también estuve en la Via dei Porta —le contó Proteo—. Y también estuve mirando una casa. ¿Adivina cuál?

—Ni idea. Pero no sabes cómo me alegra que tú también estés buscando algo —Laura estaba gratamente sorprendida.

—¡Estuve mirando la casa con la torre!

—Pero es demasiado grande para nosotros...

Laurenti le contó su visita y le habló sobre la extraña *signora* Drakic.

—Ahora sé de lo que hablas. Tu viejo trauma: Kopfersberg. Qué pena, pensaba que... —Laura se encogió de hombros defraudada. Después prosiguió—: Por cierto, tu Kopfersberg nos ha estado comprando en los últimos tiempos bastante. Mucho y caro. Aunque no siempre de buen gusto. Es inconcebible que haya tanta gente con dinero suficiente para comprar cosas bonitas y que sólo compren porquería.

La casa de subastas AsteTrieste cada vez disfrutaba de más éxito en los últimos tiempos. La reciente ola de herencias hacía que muchas piezas de viejas y ricas casas burguesas se pusieran en circulación. Muebles, objetos de decoración, bibliotecas enteras y muchos cuadros. De ello se aprovechaba Laura en su departamento. Y de ello también se aprovechaba la familia Laurenti, ya que en ocasiones

preseleccionaba algunos cuadros y libros, negociaba con el propietario un precio ajustado y los compraba ella misma.

Entonces apareció Marco en la cocina, aún dormido y con el cabello buscando todas las direcciones. Murmuró un breve «*ciao*» y se sirvió un gran vaso de zumo.

–¿Qué ha pasado con la moto? –le preguntó Laurenti.

Marco le miró brevemente:

–Ya la tengo –contestó con sequedad y sin dar más explicaciones.

–¿Dónde estaba?

–Justo donde la había dejado.

–¿Y cómo es que antes no la encontrabas?

–Porque olvidé dónde la había dejado.

–¿Cómo se puede olvidar algo así? –quiso saber Laurenti, cuando ni él mismo sabía nunca dónde había dejado el coche.

–Le puede pasar a cualquiera –Marco miró intensamente su taza de café.

–¿Y dónde estuviste antes?

–En una fiesta –Marco no miró a su padre a los ojos.

–¿Dónde?

–En casa de Sandra –le respondió Marco.

–¿Qué Sandra? ¿Es simpática? –Laurenti oía el nombre por primera vez.

–¡No es lo que piensas, papá! –las orejas de Marco enrojecieron.

–¿Ahora dime cómo puede olvidar uno dónde ha dejado la carraca?

–Yo conozco a alguien a quien también le pasa –Laura sonrió burlonamente.

Comprendió que debía cambiar de tema, si no quería que ella le devolviera la pelota con innumerables anécdotas. La que más le gustaba era la de aquella mañana en que se puso a buscar el coche inmerso en sus pensamientos llegando a pasar hasta tres veces por delante del mismo, y olvidando incluso que lo estaba buscando.

–¿Habías bebido? –Laurenti levantó la mano izquierda de la mesa y cogió a su hijo por el mentón para que le mirara a los ojos.

–Sólo un poco –Marcó enrojeció.

–Entonces ya lo entiendo. ¿Sólo un poco borracho? ¡Ja, quién te cree! Gracias a Dios que no encontraste la Vespa. ¿Ya has pagado el seguro?

–Ahora mismo voy a Correos con la moto y lo pago – Marco se sacó de encima la mano de su padre.

Laurenti puntualizó.

–¡Irás a Correos, pero andando, no en moto! Y la Vespa la utilizarás a partir del próximo martes. Antes no habrá llegado el dinero a la aseguradora y tú no estarás cubierto.

–Tu padre tiene razón –intervino Laura–. ¡Imagínate que te hubieran pillado sin los papeles o que hubiera pasado algo! Dame ahora mismo las llaves. Te las

devolveré el martes en cuanto la aseguradora nos haya confirmado que ha recibido el pago. ¿Entendido?

Marco sabía que toda resistencia era inútil cuando su madre se ponía del lado de su padre. Ya no había margen de negociación. Por lo menos no ahora.

–Siempre hay que estar encima de ti –dijo su padre–. Todos te quieren, eres un buen chico, pero estás irremediablemente mimado. ¡Un chico con dos hermanas mayores! Más de uno podría pensar que te bautizamos Marco por aquel famoso pingüino que en los años setenta salía a pasear desde el acuario de la mano de su cuidador por la Piazza Unità. Era el preferido de todos y disfrutaba de su éxito, pero su cuidador no podía dejarle ni un minuto solo, si no ocurrían miles de...

–Ya vale, papá –le interrumpió Marco alzando la mano–. Esta historia ya me la conozco de memoria. Ya es un poco antigua, ¿no?

–Las buenas historias no se gastan, ¿no es verdad, Laura? Pueden resultar incómodas cuando...

–Por cierto, papá. Yo me sé otra –sus ojos se iluminaron audazmente–. Papá, ¿verdad que, si no me equivoco, te llamas Proteo Laurenti? ¿No es cierto? ¿Sí o no? Casi igual que los pequeños animalitos blancos, los *Proteus Anguinus Laurenti*. ¿O no?

Laurenti afirmó atormentado. Hacía tiempo que no le tomaban el pelo con aquella historia.

–Sí, ¿y qué?

–Pues que he oído una historia buenísima que se cuenta a los pequeños en Eslovenia durante las largas y frías noches de invierno.

–Marco, es verano y me parece que no la quiero oír –le interrumpió su padre.

Pero ya era demasiado tarde. Laura rió irónicamente por el aprieto en el que se había metido.

–¡Vamos, Marco, cuéntala ya! –le pidió ella, y se sirvió más café.

–Bueno, érase una vez un animalillo marino unguiforme, blanco y ciego que vivía en un río subterráneo cerca de un manantial. Naturalmente esto ocurrió en el Carso. Los habitantes del pueblo más cercano lo evitaban. Sin embargo, un jovencito no le tenía miedo y se convirtió en su mejor amigo. Jugaban y nadaban juntos en la profunda y oscura gruta.

»Tras muchos, muchos años llegó una banda de ladrones, amenazando con quemar y arrasarlo todo el pueblo. El joven, que entretanto ya se había hecho adulto, corrió instintivamente hacia la cueva y volvió con un dragón que vomitaba fuego por la boca y resoplaba con unos ojos al rojo vivo, que ahuyentó a los malvados.

»El pequeño animalito blanco se había convertido con el paso del tiempo en un dragón. Pero no se había olvidado del niño. Y desde entonces el monstruo fue respetado por los habitantes del pueblo y ningún bandido se atrevió nunca más a ir al pueblo con intenciones aviesas.

Marco bebió con gusto un trago de zumo.

–¿Y? ¿Ya has terminado? –le preguntó Laurenti molesto–. ¿Qué tiene que ver la historia con la moto?

–Bueno, es muy sencillo. Si te llamas así, por lo menos deberías echarme menos la bronca, pienso yo, y en lugar de ello protegerme un poco más –le respondió Marco.

Pero antes de que a Laurenti se le ocurriera una respuesta lo bastante buena como para devolverle la autoridad familiar sonó el teléfono. Debía ir a Montebello, un caso de asesinato. ¿Qué demonios estaba pasando en Trieste? Los asesinos y los tiburones se habían puesto de acuerdo para amargarle el día. Adiós paz sabatina.

Antes de irse tenía que aclarar algo. Su madre llegaba en tren a las doce y tres minutos y alguien tenía que recogerla en la estación. Había viajado toda la noche y además no de un modo muy confortable, ya que había perdido el tren nocturno directo desde Nápoles, en el que había reservado un compartimento para ella sola. Marco estaba dispuesto a recoger a la abuela si su padre no había vuelto a esa hora. Lo cierto es que se ofreció encantado. Laurenti se extrañó ante la sospechosa predisposición de su hijo, que ya no le guardaba rencor y que así esperaba conseguir la llave de la moto antes de lo pactado. Un chico de su edad y en verano no era nada sin ella.

Sin embargo, por alguna extraña razón, no había manera de que Laurenti pudiera salir de casa. El teléfono volvió a sonar. Esta vez tuvo que hablar con un hombre al que siempre procuraba evitar. Sencillamente no lo aguantaba.

–Le paso con el doctor Cardotta –le informó una voz femenina–. ¡Dice que es muy urgente! –después la línea permaneció muda en ese lapso de tiempo que los que se creen muy importantes miden con pasmosa exactitud. El silencio negro duró por lo menos dos minutos. Laurenti juzgó intolerable y de muy mala educación aquella espera, especialmente un sábado por la mañana. Además debía ir a Montebello. Y colgó. Al cabo de un segundo, el teléfono volvió a sonar y la voz femenina le dijo con un tono de desaprobación que volvía a intentarlo y que, por favor, se quedara a la espera. Tuvo que esperar de nuevo un largo rato, aunque esta vez menos que en el primer intento.

Cuando por fin se puso Cardotta, le oyó en actitud arrogante, como si le hubiese llamado Laurenti, y no al revés, y aquel insignificante policía se atreviera a malgastar el valioso tiempo del político.

–¿Sí?

–Laurenti –dijo Proteo arisco.

–Comisario, ¿han encontrado ya al *signor* De Kopfersberg?

–No, *dottore* –Laurenti ignoraba que existiera una conexión entre ambos.

–¿Por qué no? Hace ya bastante que se le ha dado por desaparecido... Comisario

–Cardotta hizo una pausa antes de pronunciar la última palabra. Ya no estaba de

moda dirigirse a alguien por su cargo, a no ser que fuera como muestra de respeto o para recordarle al interlocutor cuál era su deber.

Laurenti estaba sorprendido y notó cómo le desaparecía el buen humor, aunque se contuvo.

—¡Aún no lo hemos encontrado!

—¿Y por qué no se ha hecho nada? —preguntó Cardotta. O bien aquel tono de voz se aprendía en las escuelas de dirección de empresa o estas personas lo habían sufrido en carne propia en el transcurso de su ascenso profesional, para después apropiarse de él a medida que se acercaban al poder.

—¿Quién dice que no se ha hecho nada? —repuso Laurenti devolviéndole la pregunta—. Lo encontraremos. ¡Todos acaban saliendo a la superficie!

—¡Quiero saber exactamente qué es lo que están haciendo al respecto!

Pero ¿quién se creía que era Cardotta? No era quién para ordenarle nada al comisario.

—El mar es grande y profundo —le respondió Laurenti en tono patético, y a continuación hizo una pequeña pausa, antes de añadir «*dottore*»—. Hacemos lo que podemos.

—¡El *signor* De Kopfersberg es un ciudadano muy respetado e importante para esta ciudad, comisario! Especialmente ahora que Trieste se encarga de la ayuda humanitaria destinada a Turquía. Tiene que encontrarlo cuanto antes. Confiamos en usted.

El diputado había cambiado el tono de voz. La estrategia de Laurenti había resultado. «Siempre hay que moverse», solía aconsejar a los nuevos agentes que entraban en servicio; «no provocar nunca una guerra de trincheras y no abandonar jamás el objetivo fijado. Siempre hay que meterse en situaciones de las que pueda uno salir. Éste es el abecedario de todo. Además del sentido común, nunca perder la simpatía». Recordó sus palabras en ese mismo momento y se sintió mucho más suelto. Por el momento ganaba el combate.

—Por supuesto, *dottore* —respondió Laurenti con afectación—. Le mantendremos informado.

—*Arrivederci*, comisario —dijo Cardotta con voz oscura y colgando antes de que Laurenti pudiera devolverle el saludo.

Laurenti estaba convencido de que Cardotta volvería a hablar sobre el caso con el director de la policía en la próxima cena. «Dígame, *questore*», diría quizá, «este Laurenti tiene una buena reputación, ¿pero realmente considera usted que es tan bueno? Quiero decir, ¿no está algo sobrevalorado?».

Pero ahora había algo más importante: ¿por qué había llamado Cardotta el sábado por la mañana? ¿Era amigo del austriaco? Que éste fuera, tal como había dicho Cardotta, «un ciudadano muy respetado de nuestra ciudad» era la primera

noticia que tenía Laurenti. Por lo menos ahora ya sabía que Kopfersberg tenía amigos influyentes.

10.20 h

Desde la Via Díaz hasta Montebello hay un buen trecho. Y empinado. La motocicleta de su hijo se desgañitaba remontando las tortuosas callejuelas. Ante aquellas prisas, fruto de la llamada de Cardotta, había optado por coger las llaves de la Vespa. Se preguntó dónde diablos había dejado el coche. Tal vez de nuevo frente a la comisaría. En cualquier caso, la cuestión es que a la moto apenas le quedaba gasolina.

La Via del Castelliere empezaba en un declive escarpado sin edificar, y más arriba comenzaban a aparecer casas de dos plantas desperdigadas con grandes terrenos a su alrededor. Cuando Laurenti pasó por fin por el túnel bajo las columnas de hormigón de la Nuova Sopraelevata, vio desde lejos el coche patrulla y los otros vehículos. Dejó la Vespa junto a la acera, cogió carrerilla y trepó por el talud que había a la izquierda de la calle, tras el cual la pendiente ya no era tan pronunciada. Hacía un calor bárbaro allá arriba y, por su apego al sol, sospechó que el lugar debía de estar infestado de bichos venenosos. Laurenti se sentía prácticamente descalzo con sus zapatos bajos, pero se tranquilizó al ver el estruendo que producía semejante concentración de policías, por lo que seguramente hacía un buen rato que las serpientes se habían buscado un sitio más alejado y tranquilo.

Los agentes uniformados le saludaron al verle llegar. Los demás simplemente soltaron un discreto *buongiorno*. También estaba Sgubin, al que estrechó la mano.

—¡Hombre, Sgubin! Pensaba que hoy librabas.

—Eso creía yo también, pero ha habido una baja de última hora por enfermedad y alguien muy simpático ha vuelto a pensar en el valiente Sgubin. Está allí, detrás de los matorrales —Laurenti ya había visto la cinta de color blanco y rojo y los cartelitos con los números que delimitaban el lugar del crimen. Antes de seguir se dio la vuelta. No había ni cincuenta metros hasta la carretera, aunque de noche apenas estaba transitada.

—Gracias, Sgubin. ¿Se sabe algo? —se adelantó y el cabo asistente le siguió.

—Nada hasta el momento. Le advierto que tiene una pinta terrible. Falta la mitad del cráneo. Aún tiene la Beretta en la mano. Parece un suicidio —dijo Sgubin con voz serena.

—¿Alguna documentación?

—Ninguna. Nada que le pueda identificar.

—¿Quién lo ha encontrado ?

–Ese viejo con el perro –Sgubin señaló a un hombre bajito y calvo de unos setenta años, al que le acompañaba un pastor alemán con una espesa pelambrera sarnosa de color amarillo y marrón y que también tenía sus años sobre la espalda. El hombre vio que hablaban de él y saludó con la cabeza a ambos policías desde lejos.

–Como cada mañana, ha salido a pasear con el perro – prosiguió Sgubin–. Lo ha encontrado el animal.

Ya habían llegado a los matorrales. El cadáver estaba cubierto con la habitual funda negra de plástico. El contorno estaba marcado con polvo de tiza blanco en la hierba seca y sin cortar. Había policías peinando la zona superior de la pendiente armados con palos para protegerse de las venenosas víboras. Laurenti se agachó y levantó la funda. Vio un rostro cuya parte derecha era irreconocible. Se apreciaba claramente dónde el perro se había recreado en la parte de cerebro que sobresalía. La otra mitad estaba intacta, con el ojo abierto. Se trataba de un joven de unos veinticinco años. El ojo. Laurenti se estremeció como atravesado por un rayo.

–¡A éste lo conozco! –los policías le miraron sorprendidos. Miró de nuevo un momento al muerto, dejó caer el extremo de la funda y se dio la vuelta.

–Lo conozco –repitió–. Hace poco tuvimos que vérnoslas con él. Fue interrogado como testigo en el incidente de la carga de aquel camión en Ausonia. Ya no me acuerdo cómo se llama, un ruso, me parece. Encontraremos el nombre y la dirección en la oficina. ¿Cuándo tendré el informe? –se había dirigido al agente de huellas dactilares.

–El lunes al mediodía –respondió éste ingenuamente.

–¿Cómo? ¿Y por qué no esta misma noche?

El agente no respondió. Ya conocía la impaciencia de Laurenti de otras muchas veces, cuando consideraba que el trabajo no se hacía con la rapidez necesaria. Y siempre había tenido que ceder. Laurenti no tenía paciencia para esperar una objeción. Es algo que había aprendido con el tiempo.

–¿Vecinos? –Laurenti se dirigía de nuevo a Sgubin.

–Ya los hemos interrogado a todos. Nada. Absolutamente nada.

–Voy al despacho y busco los datos –dijo Laurenti–. Sgubin, me gustaría hablar contigo. ¿Me acompañas hasta abajo?

Sgubin le siguió.

–¿De verdad crees que se trata de un suicidio? –le preguntó Laurenti.

–Tiene toda la pinta. ¿Por qué? ¿En qué está pensando?

–En que tiene que parecerlo, Sgubin. Pero no lo creo –habían llegado al borde de los arbustos. Laurenti descendió el primero y al llegar abajo se descalzó para limpiarse la suciedad–. Nunca he visto que alguien elija un sitio como éste para quitarse la vida. No tiene sentido. Los suicidas siempre quieren que se les encuentre.

Sgubin afirmó con la cabeza.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí? ¿Habéis encontrado algún automóvil?

Sgubin hizo un gesto negativo.

—No. Ya hemos comprobado los coches de los alrededores. Pertenecen todos a los vecinos.

—¿Tú crees que cogió un taxi para llegar hasta aquí? ¿La última noche? ¿O que le pidió a alguien que le trajera y se suicidó a continuación?

—¿Y si resulta que vive aquí mismo?

—Entonces se habría descerrajado la tapa de los sesos en casa. ¿Por qué tenía que salir afuera? En todo caso no vive aquí arriba, Sgubin. De eso estoy seguro.

—Entonces ¿se trata de un asesinato? —preguntó Sgubin mirándole con perplejidad.

—Ya que me lo preguntas, creo que sí. Ahora revisaré los expedientes. Después hablamos, cuando sepamos quién es. Pero tengo un favor que pedirte. Aún te quedan unas horas de servicio. Alguien tiene que interrogar a los vecinos de Via dei Porta para averiguar qué es lo que ha pasado últimamente en la villa. Tu jefe, Fossa, me hizo alguna alusión. Así que no le digas nada. Quiero que alguien me lo cuente todo de nuevo. La verdad es que este asunto no me deja tranquilo, pero no sé decir por qué.

Sgubin le dijo que, a más tardar, en una hora se pondría en ello. Laurenti se subió de nuevo a la motocicleta roja de su hijo y volvió a la ciudad. No podía ir a recoger a su madre sin saber quién era el muerto. Tenía bastante prisa y esperaba que le llegara la gasolina.

A las once Laurenti ya estaba en la oficina buscando el expediente donde constaba la identidad del muerto de Montebello en el archivador del despacho de Marietta. Andaba un poco perdido en el despacho de su secretaria y necesitó un buen rato hasta encontrar lo que buscaba.

El hombre se llamaba Leonid Jartov y vivía desde hacía nueve meses en el número 46 de la Via Ponzanino. Nació en Ucrania, permiso de residencia en orden. Trabajaba como estibador. A principios de junio tuvo lugar una pelea en la terminal Ausonia, allí donde embarcaban los camiones con destino a Turquía, con el resultado de un muerto. Jartov fue interrogado como testigo, aunque permaneció tan insondable como los demás.

Laurenti se anotó los datos y devolvió la carpeta al archivador de los casos más recientes.

Después llamó al *Piccolo*, pidió que le pusiesen al habla con Rossana Di Matteo y le preguntó si ya tenía el reportaje de Decantro.

—Decantro acaba de llegar y parece que tiene material con el que trabajar. Me ha dicho que apenas ha dormido, que ha estado de ronda hasta las seis de la mañana.

Está escribiendo muy diligente en el ordenador. Esta noche volverá con la patrulla. Parece que el asunto le divierte.

Laurenti estaba demasiado intrigado, así que buscó el número de Vicentino y le llamó.

Vicentino le respondió con voz cansada

–*Pronto!*

–Disculpa que te robe el sueño. Pero me gustaría saber qué tal ha ido con el periodista.

–Ha sido una noche tranquila, jefe; nada especial. Al principio nos ha acribillado a preguntas, quería saber un montón de cosas, sobre la colaboración con los demás, sobre el número de detenciones y principalmente sobre las putas. En ese punto se ha mostrado muy curioso, preguntando tarifas y prácticas. En el Borgo estaba completamente despierto, pero hacia las cuatro, cuando continuamos la ronda normal, se ha quedado dormido en el asiento trasero. Después se ha enfadado porque no le hemos despertado. «El sueño es sagrado y yo creo en Dios», le ha dicho Greco. Estaba un poco mosca.

–¿Nada más? –preguntó Laurenti.

–Sí, hay algo más. Los Carabinieri estaban haciendo un montón de controles durante la noche. Muchos, muchos más que nosotros. Decantro me ha preguntado por qué no hacíamos más.

–¿Y qué le has dicho?

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

–Que no teníamos órdenes –dijo Vicentino.

–¿Esta noche os vuelve a acompañar?

–Sí.

–¡Entonces procurad que tenga una mejor impresión de vosotros! Esforzaos más que nunca. Debe escribir una elegía sobre vosotros y todo el cuerpo de policía. ¿Me has entendido, Vicentino?

Antes de que éste pudiera decir que sí, Laurenti oyó un largo bostezo en la línea.

–Bueno, ¡duerme bien! ¡Descansa!

–¡Gracias, comisario! –Vicentino necesitaba dormir. El servicio nocturno es agotador y no era muy simpático por parte de Laurenti haberle despertado.

Entonces le llamó Ettore Orlando. Laurenti se sorprendió; después de la alarma de tiburón en el golfo y la amenaza que suponía para los bañistas, creía que la Guardia costera debía de estar más que ocupada.

–Es un consuelo saber que no soy el único que trabaja un sábado –empezó diciendo Orlando–. Sólo quería decirte que ya sabemos dónde estuvo Kopfersberg antes de llegar a Rimini.

–¡Suéltalo ya!

—En Zara. Los croatas han respondido rápido, justo después de los eslovenos, que no lo tenían registrado. No creo que ni Montenegro ni Albania nos digan algo. Allí siempre tiene que presionar el Ministerio de Exteriores para que respondan. Tampoco me extraña, ya que como se sabe la mitad de los mafiosos reside ahí y tienen bien controladas a las autoridades. Se dice que el ministro de Exteriores de Montenegro es uno de los que controlan el contrabando de tabaco. Pero tu candidato fue visto en Zara y tengo algo más que estoy seguro te interesará: hay registradas dos entradas con este nombre impronunciable, los dos llegaron con sus barcos y amarraron uno al lado del otro. Tu Kopfersberg se fue sin embargo un día antes que el otro. El otro se llama Spartaco de Kopfersberg y tiene una Corbelli. Ya sabrás que ese cacharro es de lo mejorcito.

—Poco a poco, Ettore, poco a poco —le imploró Laurenti—. ¿Qué diablos es una Corbelli?

—Una lancha motora. O mejor dicho: la reina de las lanchas motoras. Se utiliza sobre todo para el contrabando de tabaco entre el puerto de Bar, en Montenegro, y Apulia. No hay embarcación más rápida que ésa. No tiene competencia. Su constructor ha sido campeón del mundo de *off-shore* y hace poco se le detuvo camino de Milán con una bonita lista de direcciones y 450.000 dólares en la maleta. Se le relaciona con la mafia. Sus barcos alcanzan los sesenta nudos.

—Así que el hijo también estuvo allí. Se vio con él. Interesante. Nosotros, o mejor dicho, nuestros colegas de Viena, le buscan por su relación con su padre. Quizá ahora adelantemos algo en la investigación, Ettore. Si te parece bien me pasaré después por ahí y recogeré el comunicado de los croatas.

No había conseguido llegar a tiempo para recoger a su madre en la estación. Laurenti se dirigió con Sgubin, que no había necesitado mucho tiempo para interrogar a los vecinos de Via dei Porta, y con otro agente a Via Ponzanino. Querían registrar las pertenencias del muerto de Montebello. Los de huellas ya habían recibido órdenes de dirigirse hacia allí, pero tendría que esperar tanto a los resultados que prefería tener una primera impresión por adelantado.

Durante el trayecto, Sgubin contó que había recibido de uno de los vecinos una lista de los días en los que se había quejado a la policía infructuosamente. La próxima vez llamaría directamente al *questore*. Además, facilitó a Sgubin una lista de las marcas de coches y matrículas. Era considerable: las más frecuentes eran BMW y Mercedes, también aparecía varias veces un Jaguar. Las matrículas italianas no eran mayoría. Austriacas, alemanas, eslovenas, croatas y yugoslavas, una de Bosnia-Herzegovina y dos albanesas. ¡No les daba vergüenza viajar en esas carrozas de lujo! Era imposible que el dinero que costaban aquellos coches se pudiera ganar con un trabajo honrado. No podrían investigar las matrículas balcánicas, duraría una eternidad, y además era poco probable, según su

experiencia, que coincidieran el nombre, la dirección o la empresa. Todo era un camelo. Rogó a Sgubin que más tarde revisara los libros de entrada de los grandes hoteles y que cotejara la lista. En algún sitio tenía que dormir toda aquella gente. No iban a alojarse todos en la villa.

–Seguramente bastará con que mires con lupa en el Savoya Palace y en el Duchi d'Aosta.

Cuando llegaron a la Via Ponzanino, Sgubin aparcó en uno de los portones de entrada. La calle era estrecha y estaba repleta de coches. Subieron la tortuosa escalera del edificio, que parecía no haberse renovado desde su misma construcción. Sgubin llamó a la puerta del tercer piso, donde estaba escrito el apellido de Jartov. La puerta cedió sin más y los policías supieron a primera vista que no eran los primeros en visitar el apartamento. Era evidente que sus predecesores no habían ido con intenciones pacíficas, ya que habían dejado tras de sí un verdadero caos. Sobre los pocos muebles ya no quedaba nada encima, todo estaba esparcido por el suelo, troceado o destrozado. Los cojines y colchones también estaban despanzurrados. Pero Laurenti descubrió dos cosas que le llamaron la atención. Había dos habitaciones y dos camas. El piso estaba habitado por dos personas, concretamente por un hombre y una mujer, lo que podía apreciarse por los objetos. Cogió uno de éstos con la punta de los dedos y lo introdujo en una bolsa de plástico. Era una fotografía en blanco y negro de una familia de seis miembros vestida con sencillez y de un país extranjero. El resto se lo dejó a los «espolvoreadores», tal como llamaba Laurenti a los de huellas dactilares. Quiso interrogar con Sgubin a los vecinos del inmueble; semejante destrozo no debía de haber pasado inadvertido.

Cerca de las tres abandonaron el inmueble sin haber averiguado nada, sólo que el día anterior, hacia la medianoche, en el piso se habían oído gritos y golpes. Allí vivían los hermanos Jartov, de los que apenas se sabía nada. A los extranjeros sólo los conocía la *signora* Bianchi.

La vecina, una pequeña señora de cabello blanco y por lo menos ochenta años, bajita y medrosa, no quiso soltar la cadena de seguridad de la puerta de su casa. Sólo dijo que no había visto ni oído nada. Laurenti quería hablar de nuevo con la *signora* Bianchi una vez la policía hubiera acabado con su trabajo en la vivienda y hubiera vuelto la tranquilidad al inmueble. Forzarla ahora no iba a servir de nada. Laurenti conocía de sobra a los viejos triestinos para saber que el follón que armaban en esos momentos sus colegas no generaba ninguna confianza en ella. Pasaría de nuevo a verla por la noche o el domingo por la mañana. Laurenti se apresuró a volver a casa después de recibir en el teléfono móvil las inquisitivas llamadas de su mujer, de su hijo y de su madre. El bueno de Sgubin le dejó en la Via Díaz.

13.00 h – Visita de altos vuelos

Contra Vincenzo Tremani no había orden de detención alguna. Siempre sabía salir indemne, siempre evitaba las condenas, y eso que cada dos por tres la prensa nacional sospechaba que era un hombre de gran influencia. Pero ni el GICO, las fuerzas especiales de la policía financiera contra la criminalidad organizada, ni el DIA, cazadores de mafiosos según el modelo del FBI, habían logrado reunir las pruebas para detenerlo, pese a que llevaban pisándole los talones desde hacía tiempo. Vincenzo Tremani seguía estando inmaculado.

Se hacía la manicura y nunca hablaba en voz alta. Sus ojos azules luminosos contrastaban por su mirada penetrante con la tez oscura que rodeaba su boca y mejillas, debido a su barba poblada, así como con su cabello negro brillante con la raya perfectamente trazada en el lado derecho.

Tremani tenía cuarenta y dos años y venía de una familia respetada. Gracias a su vieja fortuna, la familia era considerada una de las más influyentes en la ciudad barroca de Lecce. En esta localidad de cien mil habitantes al sur de Apulia no se decidía nada sin contar con la autorización de Tullio Tremani, su padre. Vincenzo Tremani, el hijo mayor, era considerado el sucesor de su padre dentro de la dinastía. No habían ahorrado en su educación. Cursó Derecho en su ciudad natal de Lecce y Económicas en Milán. Tremani había concluido ambas carreras con éxito y después adquirió experiencia profesional en una gran asesoría económica internacional de Milán. Estaba especializado en navieras y comercio. Cuando alguien de su familia estaba a punto de cerrar un gran negocio, consultaba primero a Vincenzo. Pero también otras personas acudían a él en busca de consejo. Ya que viajaba con frecuencia, había fijado un día a la semana para recibir a los ciudadanos de Lecce. Ese día pertenecía al pueblo y si era posible intentaba no faltar nunca a la cita. Su familia estaba a disposición de los ciudadanos y los ciudadanos al servicio de la familia. La lealtad era mutua. Todo el mundo sabía que el Dr. Vincenzo Tremani nunca tomaba notas, nunca escribía cartas y que utilizaba el teléfono en contadas ocasiones. Tremani estaba convencido de que todo podía solucionarse mediante una conversación privada. Y ahora mismo habían acordado cuáles serían los buques contenedores que enviarían a Trieste, desde qué puerto y con qué capacidad. Todo se dirigía desde Lecce. Hacía tiempo que no se necesitaba un puerto propio para ello. Qué más daba que la embarcación estuviera anclada en Bari, en Marsella, en Haifa o en Alejandría. Era más eficaz tener un buen contacto con las fuentes. Y eso estaba ya pactado con el pequeño comerciante de Trieste. Sin él no hubiera podido hacerse un pedido de tanta envergadura como aquel. Hacía tiempo que lo tenían todo atado. Y si presentaba alguna dificultad, su vida ya no valdría nada.

Tremani aterrizó con su avión particular cerca de la una del mediodía en el

aeropuerto triestino de Ronchi dei Legionari, allí donde D'Annunzio reunió a sus voluntarios para marchar sobre el Fiume y no lejos de las fosas comunes de las doce batallas de Isonzo durante la Primera Guerra Mundial. Tremani siempre iba acompañado de un hombre: Pasquale Esposito. Treinta y dos años de edad, grande y entrenado, de menor estatura que un guardaespaldas normal, piloto, chófer y secretario. También era originario de Lecce y gracias a la ayuda financiera de Don Tullio pudo estudiar en la Escuela de Comercio. Esposito provenía de una familia humilde, pero como había reconocido Don Tullio, era inteligente. El clan Tremani apoyaba a muchos ciudadanos pobres, que a cambio debían lealtad a la familia.

Esposito dirigió el avión hacia la zona de estacionamiento de los aparatos privados a la izquierda del edificio del aeropuerto. Esperó a que el ruido de las turbinas se apagara por completo, abrió la puerta de la cabina y bajó la escalera hidráulica. Había alquilado una limusina sin chófer, que ya estaba esperando. Tremani ya había bajado con un maletín en la mano izquierda mientras Esposito cerraba la máquina y llevaba al coche dos maletas y una bolsa de viaje. De esta manera no tenían que esperar, el vuelo desde Lecce era corto, y aunque también podrían haber viajado a Trieste en una lancha rápida, lo que les hubiera llevado medio día, Tremani eligió el avión.

En el hotel Duchi d'Aosta siempre tenía reservada una suite a nombre de Romano Rossi. Hacía tiempo que solía alojarse en este hotel. Tenían trabajo para tres días en Trieste. Este emplazamiento era el adecuado para los negocios del noreste. Era más sencillo que los clientes de Hungría, Eslovenia, Croacia y Austria se desplazaran hasta Trieste que a Lecce, y además en esta tranquila ciudad uno estaba libre de interferencias.

Esposito había preparado las citas y se sabía la agenda de memoria. También él tenía buena memoria, en eso los dos se parecían.

—Pasquale —le dijo Tremani a Esposito, una vez que éste puso en marcha el portátil en la suite e intentaba conectarse a Internet—, quiero que Rallo nos informe de cómo están las cuentas de Kopfersberg en la Banca Nordeste. Hace tiempo que nos está dando por el culo. Rallo tiene que facilitarnos esa información. ¿Tenemos algo contra él que podamos utilizar?

—De momento nada concreto donde no estemos implicados nosotros —respondió Esposito sin dejar de mirar la pantalla. El altavoz del portátil emitió los ruidos de conexión y el aparato accedió a la red. Pasquale miró los mensajes que habían entrado—. Por lo demás, no tenemos nada.

—¿Y qué hay de su amiguita? —preguntó Tremani.

—¿La vieja Zurbano? —Esposito cerró el portátil—. ¿Por qué no, si no quiere cooperar?

—Queda con Rallo. Esta misma tarde. Irás solo. Habla con él. Quiero saber hasta qué punto nos ha engañado Kopfersberg.

16.15 h

—¿Damos un paseo, mamá? —preguntó Laurenti a su madre después de lanzarse con un hambre de lobo sobre los restos de la comida que habían apartado para él y de tomarse un café. Se acordó que tenía que recoger en Capitanía el informe de las autoridades croatas que Ettore Orlando había preparado para él.

—¿Adónde me quieres arrastrar con este calor asfixiante? —en Salerno su madre nunca salía de casa después del mediodía, en todo caso no antes de las seis de la tarde. Por otra parte, hasta donde recordaba su hijo, a las seis de la mañana ya estaba dando guerra.

—Nada, un pequeño paseo por la Riva. Tengo que recoger algo y a la vuelta podemos tomarnos un aperitivo en la Piazza. De paso te enseñaré la Capitanía y así podrás ver el Porto Vecchio. Normalmente uno no se adentra hasta allí.

—Tú seguro que sí —su madre siempre había estado orgullosa de que hubiera hecho carrera y que para él, según su opinión, la ley no fuera igual que para el resto de los mortales. Pero sobre todo estaba orgullosa de su familia, de sus nietos, lo que le explicó largo y tendido durante el paseo. Frente a la Stazione Marittima, desde donde hacía una hora que había partido el *Sophokles Venezelos* hacia Corfú, cruzaron la calle y caminaron a lo largo del muelle, muy tranquilo durante las horas de calor. El mar estaba apacible y la vista era clara. Laurenti se desabotonó un poco más la camisa, aunque a pesar de ello no dejaba de sudar. Se preguntó cómo lograba su madre tener siempre aquel aspecto tan fresco y lozano, a pesar de los vestidos oscuros que siempre llevaba desde que diez años atrás hubiese muerto su padre.

—¡Mira qué vista tenemos hoy! Allá atrás está el castillo de Duino, allá sobre las rocas. Se dice que Dante estuvo allí exiliado y que fue donde Rilke escribió sus *Elegías*. A la izquierda, junto a la torre blanca del Palacio de Miramare. Y al fondo de todo se ven las islas de la laguna de Grado, mamá. Allá está Patrizia Isabella —Laurenti señaló con el brazo hacia el mar y hacia las islitas, que parecían mecerse sobre las luminosas franjas de luz, como si cabalgaran sobre las espaldas de una fata morgana.

—¡En casa también veo el mar, Proteo! ¿Y quién demonios es ese Rilke? ¿Cuándo vendrá Patrizia?

—Mañana, mamá. La recogeremos en Grado, antes de ir a San Daniele. Y Rilke era un poeta austriaco.

—¿Tan importante como Dante? —quiso saber moviendo la cabeza—. Sólo conozco a Goethe. Por cierto, ¿tiene Livia que presentarse al concurso de Miss Trieste? —su madre se detuvo y le cogió del brazo—. Me refiero a que no pertenece a ese mundo, ¿no?

—Quizá tú puedas decir algo, mamá —contestó Laurenti encogiéndose de

hombros—. A mí no me hacen caso.

—Sí, sí —dijo su madre—, ya sé que los Laurenti son todos unos cabezotas. Pero tú tuviste que casarte además con una mujer aún más cabezota. Ya hablaré con ella.

—Inténtalo, quizá tengas más suerte que yo.

Acababan de cruzar el puente sobre el Canal Grande cuando Laurenti vio un grupo de unas treinta personas frente a Capitanía llevando pancartas y pañuelos blancos atados a palos.

—¡El hombre es el tiburón! ¡Proteged a los animales! —se leía en las pancartas. El lema era repetido por el coro, como si los manifestantes ya supieran que no eran muy convincentes.

Alejados de ellos había tres guardias urbanos apoyados sobre su coche y mirando aburridos el espectáculo. Uno saludó relajadamente con la mano izquierda al ver a Laurenti. El agente de la entrada accionó la apertura eléctrica al reconocer al comisario y le saludó. En la oficina fueron recibidos de forma exaltada por la grave voz de Orlando. Se inclinó ante la anciana señora y le dio dos besos. Pronto ambos estaban enfrascados hablando sobre las novedades de Salerno.

—¿Y qué pasa con ese pez? —logró decir Laurenti en un momento determinado.

—Como habéis podido ver, tiene muchos amigos. Protestan contra su caza. ¡Mirad este panfleto! «La prestigiosa fundación suiza a favor del tiburón afirma: cada año se cazan cerca de 700.000 toneladas de tiburón. Un tiburón pesa como promedio entre diez y veinte kilos. ¡Lo que quiere decir que se matan cien millones de tiburones al año, doscientos setenta mil al día, once mil cuatrocientos por hora o tres tiburones por segundo!» En fin, no sabía que Suiza tuviera mar. ¡Están como cabras!

Laurenti se dirigió a la ventana y miró hacia la dársena de la Capitanía y el puerto viejo. Vio la Ferretti 57 del austriaco.

—Me gustaría mirar con calma ese barco —dijo.

—Pues vamos. Te lo enseñaré —Orlando se había puesto en pie y Laurenti convenció a su madre para que los acompañara, y así pudiera echar un vistazo a la trastienda.

—¿Cuánto cuesta un yate como éste? —le preguntó a Orlando.

—Unos dos mil millones de liras. Por decir algo, cada caballo de fuerza del motor cuesta un millón. Pero ir en ella cuesta por hora aún más. Tiene un depósito con capacidad para cuatro mil litros, setecientos litros de agua...

La madre de Laurenti lo miró sorprendida.

—¿Para tanto combustible?

—Bueno, es normalita. Las hay más grandes aún. ¿Por qué?

—Cuando los chicos aún vivían en casa nunca necesitábamos más de cuatro mil litros de fuel-oil al año para la calefacción. ¿Para cuánto tiempo?

—Si quisiera ir desde aquí hasta Apulia a una velocidad moderadamente alta, y si

desde allí cogiera la vía que pasa por Messina en Calabria y después hasta vuestra casa, entonces debería repostar. Es decir, máximo para dos días.

–¡No lo entiendo! –exclamó ella negando con la cabeza.

–Bueno, es muy sencillo. Desde el momento en que alguien está seguro de poder permitirse un barco como éste, se lo compra y punto –Orlando les enseñó el barco por dentro, como si fuera el orgulloso propietario.

–¡Mirad! Dos baños, cuatro camarotes, un salón, cocina con tres neveras, aire acondicionado y, claro está, los superlativos técnicos: radar, navegador por satélite, telecomunicaciones, ordenador, etc. Y además un monstruo como éste puede ir solo. Estos barcos disponen de mecanismos de maniobra. Éste incluso se puede dirigir por control remoto desde el muelle, igual que con la televisión uno cambia de un canal a otro con el mando. Demasiadas comodidades para mi gusto...

Orlando ya no dejó de hablar. Estaban en el salón del yate cubierto con una espesa alfombra de color crema y un pesado conjunto de cojines. Laurenti los dejó solos y volvió arriba. Quería ver la cubierta, donde debía de encontrarse el austriaco cuando recibió la visita.

¿Cómo debe ser cuando uno está sobre la cubierta y llega otro barco? Estaba a una altura considerable. Laurenti se sentó en el sofá de cuero blanco detrás de la rueda del timón. El austriaco, así se lo imaginaba, disponía desde allí de un campo de visión más que considerable, quizá no de noche, pero en todo caso sí durante el crepúsculo. ¿Cómo iba nadie a sorprenderlo? Además, Orlando le había dicho que las defensas estaban puestas. ¿En qué lado? Laurenti miró por encima de la borda, aún estaban colgadas. Fue por la borda y cruzó la pasarela que unía el barco con el muelle. Se sentó sobre la pasarela y dejó colgando las piernas. Se quedó contemplando el casco del barco y la disposición de la cubierta. El yate debía de tener probablemente una altura de unos cinco metros. ¿Cómo podía subir alguien estando en alta mar? ¿Por la escalerilla? Pero si estaba a popa, ¿por qué entonces las defensas? La escalerilla también estaba a popa. ¿Con la grúa? Difícil. A no ser que el segundo barco fuera de la misma altura y sólo hiciera falta dar un paso o un pequeño salto para pasar de una cubierta a otra. La Ferretti se mecía tranquilamente en el amarre del muelle de Capitanía y se reflejaba en el agua. La mirada de Laurenti seguía clavada en el casco del barco. De repente dio un salto.

–¡Ettore! ¡Ettore!

Orlando apareció en cubierta con un vaso de whisky en la mano. De hecho, el jefe la Guardia costera y la madre del comisario de la policía criminal se estaban tomando una copita a cuenta del desaparecido.

–¿Qué pasa?

–¿Has leído en el informe de investigación algo relacionado con restos de pintura de otro barco?

–No que yo sepa –le respondió Orlando.

–Entonces ven aquí y dime qué es esto –Laurenti señaló con el dedo una de las defensas–. Allí, ¡detrás de esa defensa! Ahí hay una mancha de color rojo azulado del tamaño de un billete de mil liras. Claro que no lo podíais ver, tal como habéis amarrado este trasto.

Orlando se dirigió al otro lado de la cubierta y aflojó el cabo, después volvió y desplazó lentamente la Ferretti con todas sus fuerzas. Ahora lo podían ver claramente: una pequeña huella de pintura, igual que cuando un coche aparca de manera brusca.

–¡Buen trabajo, Proteo! –exclamó Orlando dándole un golpe en el hombro–. Siempre fuiste un lince –luego miró el rastro un buen rato y calló. Laurenti se estaba impacientando, aunque se abstuvo de decir algo. Fue su madre la que rompió el silencio.

–¿Cuánto tiempo pensáis quedaros observando esta ridícula mancha de pintura? ¡Hasta una vieja como yo puede ver que otro barco lo ha abordado!

–Y eso mismo es lo que yo no creo –respondió Orlando finalmente–. Creo que no nos servirá de mucho.

–¿Por qué no? –preguntó Laurenti levantando las cejas.

–Porque el yate tenía puestas las defensas. Esto quiere decir lisa y llanamente que el austriaco accedió a que el otro barco se pusiera a su vera. Y cuando las defensas están entre dos embarcaciones, éstas no se tocan. Para eso se inventaron estos trastos, ratas de tierra. Pero lo estudiaremos con más atención –lanzó un silbido con los dedos en la boca y llamó la atención de un agente, que miraba por la ventana abierta del primer piso–. Hay trabajo para los espolvoreadores. Llámalos. Hemos pasado algo por alto. Ya veréis cómo se entusiasman ante la idea de volver al trabajo un sábado por la tarde.

17.40 h

Laurenti y su madre fueron desde la Capitanía a tomarse el prometido aperitivo a la Piazza dell’Unità d’Italia. Casi todas las mesas de la terraza del Caffè degli Specchi estaban ocupadas. Llevó un buen rato hasta que el camarero les tomara nota y finalmente les sirviera las bebidas. Durante la larga espera, Laurenti vio a Eva Zurbano unas mesas más adelante, dándole la espalda y mirando cada dos por tres la hora. Parecía que tenía una cita importante. El reloj de la torre del ayuntamiento apenas había dado las seis cuando apareció un joven bien parecido, le dio la mano y se sentó. Tenía el cabello negro, iba muy bien arreglado y hacía gala de unos ademanes muy seguros. Y estaba claro que no era triestino. Tal como gesticulaba sólo podía ser del sur del país. Laurenti había visto antes cómo cruzaba la plaza. Tenía que haber llegado del hotel que había en el otro lado. Un cuarto de

hora después se volvió a levantar, sin haber consumido nada, y se fue por el mismo camino por donde había llegado.

–Mamá, ¿ves a ese hombre de allí? –le preguntó Laurenti.

–¿El siciliano al que no le has quitado el ojo en lugar de mirar a tu madre cuando te está hablando? –la venerable señora sabía desde hacía rato dónde estaban los pensamientos de su hijo.

–No sé si es siciliano, pero por favor –le dijo Laurenti–, quiero pedirte una cosa. Creo que se dirige al hotel. Ve tras él y averigua cómo se llama y en qué habitación se aloja.

–¿Y cómo crees que voy a conseguirlo?

–¡Ya se te ocurrirá algo, mamá! Siempre acabas enterándote de todo lo que te propones –le respondió Laurenti. Sin embargo, la dama en cuestión ya había puesto en pie sus setenta y ocho años y se había alejado antes de que pudiera terminar la frase. Con un movimiento despectivo de la mano le dio a entender que podía arreglárselas sin sus comentarios.

Eva Zurbano también acababa de levantarse. Laurenti se agachó para que no le reconociera. Después de un rato se volvió a enderezar. Bebió un trago de su vaso y miró hacia la plaza. Aún no se habían deshecho los cubitos de hielo de su bebida cuando vio a su madre volviendo a la mesa con un folleto del hotel en la mano.

–Se llama Romano Rossi. El portero le ha saludado muy solícito. No tiene habitación. Vive en la suite de novecientas mil liras la noche. Se queda hasta el miércoles.

Laurenti miró sorprendido a su madre.

–¿Cómo has podido enterarte de todo eso?

–Fácil, muy fácil, muchacho –se enderezó toda orgullosa y le acarició cariñosamente la mano–. Sólo he preguntado si tenían cuatro habitaciones libres a partir de esta noche o bien dos suites. El conserje ha mirado en su libro, el que tiene colocado sobre el mostrador. En la columna de «Grandes suites» estaba escrito muy claro el nombre de Romano Rossi. Eso es todo. Después he preguntado los precios, y además y me han dado un folleto del hotel.

–Seguro que hubieras hecho carrera como detective, mamá –le dijo Laurenti ya con el teléfono móvil en la mano–. Laurenti al habla. ¿Sgubin, eres tú?

–¡Sí! –el infatigable cabo no había conseguido aún irse a su hora–. Ahora mismo me iba a casa.

–¿Me puedes hacer un pequeño favor? Mira en el ordenador si tenemos a algún Romano Rossi –Laurenti le facilitó una descripción y esperó–. Qué pena... –murmuró cuando Sgubin le informó de que el ordenador no había encontrado nada–. Realmente es una pena.

18.20 h

Le rogó a su madre que volviera sola a casa. Los trescientos metros de camino los podría cubrir sin problemas. Esperaba estar de nuevo en casa para la cena, claro que con muy mala conciencia. Pero esa noche quería visitar a la *signora* Bianchi, la vecina del muerto Jartov de la Via Ponzanino. Tanto su coche como la Vespa de su hijo estaban frente a su oficina, a no más de un cuarto de hora andando. Laurenti rebuscó en el bolsillo del pantalón y encontró la llave de la motocicleta. Más tarde podrían coger el coche de Laura. Además, en San Giacomo uno se ahorra la infructuosa búsqueda de un sitio para aparcar.

De uno de los pisos de la escalera de la Via Ponzanino 46, donde ya había estado ese día, llegaba el estruendo de la televisión. Subió hasta el tercer piso y llamó a la puerta frente a la vivienda sellada de los Jartov. Después de un rato oyó unos pasos comedidos tras la puerta y un largo «¿Síiiii?».

–Comisario Laurenti, *signora*. De la Polizia Statale. Ya hemos hablado esta mañana, aunque querría hacerle una pregunta más.

La puerta se entreabrió y Laurenti vio puesta la cadena de seguridad, que nadie habría podido reventar ni empujando la puerta con violencia. Por detrás apareció la cabeza blanca de la viejecita.

–Pero ya le he dicho que no le puedo ayudar, joven –dijo–, además no lleva usted uniforme. ¿Cómo sé que es usted de la policía?

–Mire, mi identificación –la mantuvo alzada en el resquicio de la puerta y la *signora* la miró detenidamente. Luego empezó a mover la cabeza de un lado a otro.

–No me dice nada. Usted puede ser cualquiera –le espetó entornando aún más la puerta.

–*Signora*, se lo ruego. Si quisiera hacerle algo malo llevaría una pistola en la mano.

–¡Tampoco los que vinieron por la noche la llevaban! –ya parecía arrepentirse por lo que acababa de decir.

–¿Así que los vio? ¿Puede describirlos?

–No vi nada.

–De verdad, *signora*, necesitamos su ayuda. Créame, por favor. Quiero hacerle una proposición. Coja usted esta identificación y llame al número 113. Pregunte si es válida y si yo soy el que digo ser.

–¿Y quién me pagará la llamada?

–Yo mismo –Laurenti extrajo de su bolsillo un billete de mil liras y se lo acercó a través de la puerta entreabierta. No lo cogió.

–Espere –volvió a cerrar la puerta. Laurenti se dio cuenta de que tanto los vecinos del segundo como los del cuarto piso estaban escuchando la conversación.

Cuando empezó a subir tres de los crujientes escalones hacia el cuarto piso, una puerta se cerró. Mucha curiosidad y poca ayuda, como siempre.

Pasó un buen rato hasta que volvió a oír los pasos de la *signora* Bianchi por el pasillo de su casa. Justo después quitó la cadena de seguridad y se abrió la puerta.

—Entre usted, por favor.

Entró. La *signora* Bianchi cerró la puerta y volvió a pasar la cadena de seguridad. Se encontraba en un estrecho pasillo con las paredes empapeladas con un papel de flores que ya amarilleaba y el suelo forrado de linóleo marrón. En el pasillo había tres puertas, dos de ellas abiertas, que llevaban a una pequeña cocina y a un comedor respectivamente. Junto a la ventana de la cocina había una jaula con dos canarios de un color amarillo muy intenso que no paraban de parlotear. Sobre el fogón hervía agua en un cazo. En otro fuego se hacía la salsa.

—¡Estoy interrumpiendo la cena, *signora*! Lo siento de veras —se excusó Laurenti rogando al cielo que no le invitara a cenar.

—Aún no está preparada —respondió la anciana dirigiéndose a la cocina—. ¿Tiene usted hambre?

—No, no, gracias. Mi madre está de visita. Esta noche cenaremos fuera.

—¿Y qué hace en estos momentos su madre, mientras está usted aquí? ¿Está completamente sola? —apagó el fuego.

—No, está con mi mujer y con mis hijos. Y no me quedará mucho rato.

—Sí, yo una vez también tuve familia —la *signora* Bianchi había salido al comedor, donde sobre un televisor enorme y muy viejo había colocadas en fila cuatro fotografías pasadas de moda—. Dos hijas y un marido, naturalmente...

Antes de que comenzara a contarle la historia de su familia, para lo cual los ancianos solitarios siempre necesitan su tiempo, Laurenti empezó a hablar.

—Se dice que enfrente vivían dos personas. Hermanos. Sólo conocemos a Leonid Jartov. ¿Quién es su hermana? Supongo que se trata de su hermana.

—Una chica muy simpática y que desde hace dos días no duerme en casa. Nunca había pasado hasta ahora.

—¿Cómo se llama? Cuénteme.

—Olga. Después de esto tan horrible que ha ocurrido, espero que no le haya pasado nada a ella. Estaba sola en la vida hasta que llegó su hermano. Como yo. Pero cada día dormía en casa.

—*Signora*, ¿me la puede usted describir?

Pasó un buen rato hasta que Laurenti se pudo hacer una idea de Olga. La pequeña *signora* Bianchi le había obligado a tomar asiento en un sillón gastado, mientras ella se dejaba caer sobre un sofá igual de viejo. Sacó una botella llena de polvo y le sirvió una *grappa* en un vaso igual de mugriento. Entonces le explicó que a menudo invitaba a Olga a un plato de *spaghetti* y que ésta, en ocasiones, le hacía la compra, especialmente las cosas más pesadas. La *signora* Bianchi se levantó

y se dirigió hacia el televisor, de donde cogió una de las fotografías que estaban alineadas.

—Ésta es Olga, que Dios la proteja —le pasó el sencillo marco por encima de la mesa.

Laurenti reconoció enseguida a la mujer de la fotografía.

—¿Me la puedo quedar?

Después de ver el sorprendido rostro de la viejecita le prometió devolvérsela lo antes posible. Quiso ponerse en pie, pero la *signora* Bianchi le dijo de repente con voz decidida:

—Espere un momento —la mujer salió y Laurenti oyó como abría la tercera puerta, que seguramente llevaba a su dormitorio. Rápidamente cogió el vaso y devolvió la *grappa* a la botella. Volvió con una caja de cartón marrón, que llevaba con ambas manos—. Olga me dijo que debía entregarla a la policía si a ella le pasaba algo. Por su cara he visto que es el momento. Pobre Olga —se lamentó, y se quedó mirándole un rato antes de entregarle la caja.

—¿Y qué es esto? —preguntó Laurenti.

—No lo sé. Olga sólo me dijo que lo vigilara bien.

—¿Tiene usted una bolsa de plástico?

Laurenti la siguió hasta la cocina. De uno de los cajones sacó una bolsa de supermercado metida a presión y cuidadosamente doblada. Laurenti metió la caja.

—¿No quiere usted mirar lo que hay dentro? —preguntó la viejecita confundida.

—Primero debemos investigarlo. Pero ya se lo diremos. Tan pronto como lo sepamos —le dio la mano—. Muchas gracias, *signora*, lo siento pero me tengo que ir. Mi madre me espera. Aunque creo que nos ha ayudado usted mucho.

Volvió con la moto a la Via del Coroneo saltándose los semáforos en rojo. Estaba alterado y tenía prisa. Se había olvidado la identificación sobre la mesa del comedor, junto al vaso y la botella de *grappa* polvorientos.

Pasadas las nueve de la noche, Proteo Laurenti llegó finalmente a la cena. Laura había ido con Livia, Marco y su suegra a Tre Merli. Era el único restaurante de Trieste ubicado junto al mar. Los otros estaban separados de éste por los paseos marítimos. El Tre Merli era un filón de oro con vistas a las románticas puestas de sol por detrás del Palacio de Miramare. El camarero les había preguntado al hacer la reserva si querían cenar «de verdad» o comerse sólo una pizza. Cuando Laura quiso saber cuál era la diferencia, éste dijo: «En realidad no echamos a nadie si sólo se come una pizza». Lo cual suponía que de ello dependía la ubicación de la mesa, y naturalmente ellos querían cenar junto al mar.

Proteo había avisado ya por teléfono de que iba a llegar tarde. Pidió que Livia fuera a cenar con ellos. La necesitaba urgentemente, pues tenía que ayudarle. Tenía un grueso sobre con un montón de fotocopias en alemán. Livia debía traducirlas.

El original y los demás documentos los había dejado en la caja fuerte de la oficina, después de que los «espolvoreadores» de huellas dactilares hubiesen hecho su trabajo a regañadientes. Ya estaban mosqueados por tener que haber ido de nuevo al barco del austriaco.

Parenzo, Croacia, 20 de julio de 1999, 20.00 h

Parenzo tiene su origen en una colonia romana de la costa oeste de Istria y fue siempre una ciudad belicosa que padeció mucho a lo largo de su historia. Cuando Federico I confirmó a principios del año 1180 los bienes del patriarca de Aquilea a Ulrich II, Parenzo estaba entre ellas. Aunque los condes de Görz siempre reclamaron estos territorios, por lo que las ciudades de Istria siempre pusieron a disposición de los barcos venecianos sus puertos. Esta ciudad sufrió bastante bajo el acoso de los venecianos. Después arrasaron con ella los genoveses. En 1601 la peste acabó con una tercera parte de la población. Hasta 1883 en Parenzo sólo se hablaba italiano, que después de la Segunda Guerra Mundial se convirtió en *lingua non grata*.

Viktor Drakic no sabía nada de ello. Condujo una hora desde Trieste, atravesó la pequeña franja de costa eslovena y cruzó la frontera croata. Los coches con matrícula italiana apenas eran controlados. Llevó la maleta a su lado durante todo el viaje. Tenía la Beretta 100 oculta en la guantera.

Viktor Drakic conocía esta pequeña ciudad. Siempre estaba repleta de turistas alemanes y austriacos, que aprovechaban el buen tipo de cambio para visitar las tiendas de objetos de oro, que se apiñaban una al lado otra en el centro histórico. Y Viktor Drakic sabía que las afueras de esta ciudad costera estaban poco pobladas y que la costa llana pero rocosa estaba protegida por innumerables islotes. También sabía que esta parte de la península de Istria había sido hasta bien entrados los años ochenta el punto de partida para los contrabandistas, que se movían de noche con sus lanchas a motor entre las islas y llevaban cigarrillos a Italia, fabricados en las muchas fábricas de Yugoslavia que trabajaban para las gigantescas tabacaleras americanas.

Drakic aparcó su Mercedes negro en el puerto, quitó el seguro de la Beretta y se la colocó a la espalda. Cogió la maleta y accedió por la entrada sur del muro de la ciudad. Tras pocos metros giró y se metió en un pequeño callejón adyacente del concurrido centro. Aquí estaba todo tranquilo. Después de unos cien metros llamó a la puerta de una vieja casa de piedra. Un gigante bien entrenado, tan alto como Drakic y con una cicatriz en el rostro, le abrió la puerta, comprobó su identidad y le cacheó superficialmente. Drakic estaba contento de que no encontrara la Beretta. Aunque tampoco tendría ninguna oportunidad de utilizarla en aquella vivienda sin ser eliminado antes, se sentía más seguro con ella. Subió una escalera de madera que crujía y entró en el salón de la casa. En el centro de la habitación, encima de una pesada mesa de madera, colgaba una lámpara que daba una luz clara, aunque los rostros de los hombres sentados a la mesa estaban en la penumbra. Sólo se hicieron visibles cuando se acercó a la mesa. Drakic cogió la silla libre y se sentó. Saludó en croata en voz baja. Las voces contestaron de forma poco amistosa y

dura. Se conocían desde hacía unos años, aunque la relación se limitaba al desarrollo rápido y frío de los negocios.

–¿Está todo preparado? –preguntó depositando la maleta sobre la mesa.

La persona que tenía enfrente afirmó con la cabeza y se limitó a hacer una señal con un dedo de la mano derecha, que ni siquiera se molestó en levantar de la mesa. El hombre a su izquierda lanzó unas cuantas fotografías sobre la mesa junto a Drakic, que las cogió y ojeó.

–¿Ocho? ¡Habíamos pactado diez!

–Las vías de tránsito se han vuelto difíciles. Las fronteras se vigilan cada vez más. ¡La inversión es mayor! –el hombre hablaba con frases cortas.

–Ése es vuestro riesgo. ¡Diez! –exclamó Drakic sin querer ceder tan fácilmente.

–Los eslovenos ya no están en el juego. ¡Ocho!

–No se puede subir el precio sin más. ¡Primero tenemos que estar todos de acuerdo!

–¡Calla! ¡Se queda en ocho!

–Entonces tendremos que pensárnoslo –Drakic empujó las fotografías lejos de sí. Alguien las cogió con indiferencia.

–No seas estúpido. No recibirás más. Ni por asomo. Además las necesitas ahora. ¡Ocho! –le devolvieron las fotografías de forma poco amable.

–¡Nueve por el precio de diez!

–¡Nueve!

Se pusieron tres fotografías adicionales sobre la mesa. Drakic las miró tranquilamente.

–¿Cuándo?

–Según lo acordado. Mañana por la noche, a las dos y media. Como la última vez.

Drakic asintió con la cabeza y empujó la maleta sobre la mesa. El hombre de las fotografías la llevó hacia sí y abrió los seguros. Después abrió la maleta y contó los billetes de dólar. Durante unos minutos reinó un silencio absoluto. Sólo se oía la respiración de los hombres y el crujido de los billetes. Nadie hablaba. Finalmente el ayudante asintió con la cabeza. El hombre que se encontraba enfrente de él metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una cajetilla de Marlboro. La abrió y le ofreció uno a Drakic, que aceptó. Se oyó cómo se abría un encendedor de oro y Drakic encendió el cigarrillo. También su oponente fumaba ahora, pero no los otros. Alguien sacó una botella sin etiquetar de la parte trasera de la habitación y la puso sobre la mesa. Se llenaron dos vasitos. Drakic y el otro brindaron y bebieron de un trago. Drakic cogió las fotografías, se levantó y murmuró unas palabras de despedida. Le respondieron de forma tan poco amistosa como al llegar. Se abrió la puerta y se cerró detrás de él. Drakic bajó las escaleras de

madera y el gigante de la entrada abrió la puerta. Al abandonar la casa, torció a la izquierda y se fue con paso rápido hacia la calle perpendicular ya iluminada.

Cuando subió al Mercedes se dio cuenta que debajo de la chaqueta llevaba la camisa empapada. Una vez en la carretera nacional devolvió la Beretta a la guantera. Antes de medianoche Drakic estaba de vuelta en Trieste.

Trieste, 20 de julio de 1999

«11 de septiembre de 1977: Tengo miedo. Cada vez se comporta peor. Voy a esconder este diario. En el cajón secreto de mi escritorio. Algún día alguien lo encontrará y pensará en mí. No puedo más.»

Éstas fueron las últimas palabras que había escrito Elisa de Kopfersberg veintidós años atrás en su diario. Proteo Laurenti apenas había dormido aquella noche. Tampoco Livia, su hija. Se había sentado frente al ordenador en su habitación y había empezado a traducir la copia del diario de Elisa de Kopfersberg del alemán al italiano. No entrañó dificultades para ella. Elisa de Kopfersberg tenía una letra clara y legible y utilizaba frases cortas. Livia apenas tuvo que utilizar el diccionario que tenía junto al ordenador sobre su escritorio. Ya tenía más de la mitad del diario traducido cuando entró su padre. Se sentó sobre su cama y leyó las páginas impresas. En un momento dado se puso en pie, se colocó a su lado y puso la mano sobre su hombro.

–Gracias, Livia. Déjalo ya. Está muy bien lo que has hecho hasta ahora.

Livia se alegró ante la alabanza. Finalmente volvía a haber un puente de comunicación entre ellos.

–Qué pena que no seas traductora jurada. Me has ayudado mucho –dijo Proteo–. Para un juez esto tiene que estar jurado. Deberías hacer el examen. Esta vez te pagaré por el trabajo. Piensa en algo bonito.

–Papá, no te enfades conmigo –dijo Livia cogiéndole de la mano–. Sólo quiero que vayas a la elección de Miss Trieste. Me haría muy feliz. Yo terminaré con esto, tú vete a dormir. Dejaré las hojas impresas sobre la mesa de la cocina.

Proteo se bebió en la cocina otro vasito de *grappa* y entró silenciosamente en el dormitorio para no despertar a Laura.

El domingo por la mañana estaba a primera hora en la oficina. Era el gran día en San Daniele, donde no podía faltar. Pero no podía irse sin hacer un repaso de todos los hechos y comentarlos con otra persona. Despertó al pobre Sgubin y le dijo que le necesitaba lo antes posible. Sgubin maldijo; hacía ya tres días que debía haber librado como compensación por el turno de noche. Pero su sentido de la responsabilidad era más fuerte. Poco después de las ocho estaba en la comisaría, sin afeitarse y con grandes ojeras. Laurenti le entregó las últimas páginas de la traducción del diario de Elisa de Kopfersberg para que las leyera. Sgubin se le quedó mirando sin comprender.

–Sgubin, éste fue el primer caso del que me ocupé yo solo una vez me trasladaron a Trieste. No tuve oportunidad alguna. No pude demostrar nada. Y después de veintidós años aparece un documento que en su momento me hubiera

hecho un gran servicio. Estoy convencido de que el austriaco no se hubiera librado de ésa. Ahora parece ser que le han pasado factura a él. Dime lo que opinas al respecto.

–Muy simple: alguien ha hecho lo que esperaba esa mujer. Sólo me pregunto por qué la asesinó. ¿O es que se suicidó?

–Ya ha pasado mucho tiempo para que se trate de una venganza, ¿no crees? Mira, hay algo más.

Le pasó las fotografías que estaban junto con el diario en el paquete que le había entregado la vieja *signora* Bianchi.

Sgubin puso los ojos como platos y fue ojeando las fotografías muy lentamente. Algunas chicas aparecían más de una vez, los hombres eran siempre diferentes. Todos estaban desnudos y en posturas más que evidentes.

–¿Material pornográfico? –Sgubin miró al comisario interrogativamente.

–No lo creo –dijo Laurenti negando con la cabeza–. ¡No con estos hombres! Son simples sementales de oficina.

–Entonces chantaje –Sgubin dejó las fotografías sobre la mesa, una junto a la otra, y respiró hondo–. Con esto se puede ganar mucho dinero.

–Yo diría que algunas fueron tomadas en la villa. Pero mira éstas otras, Sgubin –Laurenti señaló con el dedo–; ésta de aquí, no lo creo. Al fondo se puede ver un minibar. Nadie tiene un minibar en casa. Es un hotel.

–Y aquí se puede apreciar que había dos mujeres, una fotografiaba –dijo Sgubin señalando una pierna desnuda, que por la perspectiva de la cámara se veía borrosa al borde de la fotografía y que no pertenecía a los fotografiados–. Algo más –añadió entonces–. Ésta es la muerta del campo de golf –mostró una fotografía a Laurenti–. Estoy segurísimo. Todos hemos recibido su retrato. Preguntamos en el Borgo por ella, pero las chicas no la conocen, ya que no llevan aquí mucho tiempo.

–¡Mierda! –exclamó Laurenti saltando de la silla–. Me había olvidado completamente. Revolví en su maletín y sacó la fotografía que se había llevado de casa de la vieja Bianchi. Durante todo el tiempo sólo había pensado en Elisa y su primer caso. Lanzó la fotografía sobre la mesa.

–¡Sí, es ella! ¿De dónde la ha sacado, comisario? ¡Por fin la tenemos! –Sgubin se había quedado sorprendido ante aquel truco de magia de Laurenti. Éste le explicó su segunda visita a Via Ponzanino.

–Debemos repasar el registro –dijo Sgubin poniéndose en pie–. No entiendo cómo pudo haberlo olvidado, jefe –Sgubin movió la cabeza de un lado a otro. Descolgó el teléfono de la mesa de su jefe y marcó un número. Poco después había hecho unos apuntes en una hoja y colgó.

Laurenti estaba desconcertado y furioso consigo mismo. Se trataba de hecho de la rutina más sencilla, de la cual no se había ocupado, porque finalmente había

entrevisto la oportunidad de resarcirse de su derrota de entonces frente a Kopfersberg.

—Olga Jartov, inscrita desde el 24 de mayo de 1996. Nacida el 15 de septiembre de 1970 en Volovets, Ucrania. Con domicilio en Via Ponzanino 46. Debe de ser la hermana de nuestro cadáver de la Via del Castelliere.

Laurenti descolgó el auricular y se informó sobre las entradas en el registro de penales. Esperaron. Después de diez minutos, una agente de aspecto soñoliento trajo la impresión del ordenador. Sin antecedentes, pero con la observación de que Olga Jartov estaba registrada como prostituta en el Borgo Teresiano hasta abril de 1997.

—Es curioso —dijo Sgubin—. Es seguramente la única puta extranjera que ha quedado.

—¿Y cómo se hizo con el diario y las fotografías? —Laurenti daba vueltas intranquilo.

—Los robó. ¡Y precisamente de Kopfersberg!

Sgubin tenía sin duda razón. El diario, las fotografías, la villa.

—Vamos —dijo Laurenti—. Vamos para allá.

Tatiana Drakic los recibió más amistosamente que la última vez. Laurenti y Sgubin fueron conducidos a un pequeño salón por una chica con delantal blanco que les esperaba en la puerta. La Drakic apareció poco después. Llevaba puesto un vestido de lino sin mangas de color rojo vinoso y les ofreció la mano a modo de saludo. Después rogó a ambos policías que se sentaran e incluso sirvió ella misma tres tazas de café. Una simpatía inesperada. Seguro que su hermano ya le había informado de la queja formulada por Laurenti.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó la Drakic.

—No en lo que se refiere al señor De Kopfersberg, *signora*. ¿Ha tenido usted noticias?

—No, por desgracia no.

—¿Y de su hijo?

—¡Tampoco!

—Nuestros colegas de Viena tampoco han podido dar con él hasta ahora —dijo Laurenti. Cuando vio la mirada interrogativa de Tatiana Drakic añadió tranquilizándola—: En estos casos siempre se interroga a todos los familiares. Los austriacos nos han ayudado.

Bebió un sorbo de café.

—Quería preguntarle otra cosa, *signora*. ¿Sabe usted algo de un diario que llevaba Elisa de Kopfersberg?

Extrajo el diario de tapas de cuero rojo de su maletín y lo puso sobre la mesa.

Tatiana Drakic lanzó una mirada furtiva al volumen y lo cogió entre sus manos.

–No, nunca lo había visto.

Después Laurenti sacó la fotografía de Olga Jartov de su cartera, que había conseguido en la Via Ponzanino, y la puso junto al diario.

–¿Conoce usted a esta mujer?

Tatiana Drakic se tomó su tiempo.

–Lo siento, no la conozco.

–¿Está usted segura? ¿Estuvo quizá en alguna ocasión aquí en compañía de uno de sus invitados?

–No, no lo creo. Aunque cuando uno organiza una gran fiesta, siempre se le puede pasar por alto alguien. Pero yo diría que no.

–Eso es todo, *signora* Drakic. No sé por qué estaba convencido de que reconocería a esta mujer. Pero no la queremos molestar más –Laurenti se había puesto en pie y Sgubin, que había callado durante todo ese tiempo y que sólo había observado con atención el salón, bebió rápidamente el último sorbo de café. La despedida fue cordial. Tanto Tatiana Drakic como Laurenti tuvieron la precaución durante todo el encuentro de no poner en peligro el entendimiento alcanzado.

–Fue en esa villa –dijo Sgubin una vez estaban sentados de nuevo en el coche. Puso el coche en marcha, pero no se movió–. ¡Esta mujer no me gusta, jefe! ¿Por qué miente?

–Aún no sabemos si miente, Sgubin. Aunque, entre nosotros, estoy convencido de ello. Tanto recelo de la policía no es normal.

Sgubin se puso en marcha. Estaban callados. Cuando entraron en la Via Carducci, de cuatro carriles, Laurenti se sobresaltó de repente y cogió a Sgubin del brazo con tanta fuerza que éste perdió el control del volante, el coche dio un brusco giro y se quedó parado después de que Sgubin frenara de golpe.

–¿Qué es lo que pasa ahora? –preguntó Sgubin malhumorado y con la frente fruncida.

–¡No pasa nada! ¿Sabes qué? Debemos encontrar a alguien que conociera a Olga. Del mismo medio. Si lleva tanto tiempo en Trieste habrá gente que la conozca. ¿Te acuerdas aún de Lilli?

Sgubin rió.

–¡Pues claro! ¿Quién no conoce a Lilli?

–¡Aún está en activo! Quizá sepa algo. Necesitamos su dirección.

–¡Via Tigor 15! –Sgubin ya se había puesto en camino–. Es quizá un poco temprano –dijo él–, pero seguro que sabrá soportarlo.

–Dime, Sgubin, ¿cómo es que te sabes la dirección de memoria? ¿No serás cliente suyo? –miró a Sgubin, cuyas orejas se pusieron rojas como si fuera un niño pequeño.

–¡Por Dios, no! Llevamos tantos años interrogando a Lilli y tantas veces, que la

mitad de la tropa podría encontrar el camino a su casa con los ojos cerrados.

Condujeron a lo largo del paseo marítimo, giraron enseguida a la altura de las salas de exposición de AsteTrieste en la parte vieja de la ciudad, pasando por las estrechas calles de la Città Vecchia para llegar finalmente a la Via Tigor. A esas horas no había mucho tráfico.

Sgubin dejó aparcado el coche frente a la entrada y llamó al interfono. Volvió a llamar dos veces. Finalmente oyeron por el interfono la voz de Lilli.

–*Ma chi è, cazzo!*

–¡Sólo la policía, querida Lilli! Los señores Sgubin y Laurenti.

–¡Pasaros más tarde por aquí! –y Lilli colgó.

Sgubin volvió a llamar sin soltar el botón.

–*Vai a farti fottere!* –dijo groseramente a través del interfono.

–¡¡¡Lilli!!!

–¿Qué queréis, mierda? Aún no me he levantado –dijo tosiendo con fuerza en el interfono.

–No me puedo imaginar que te molestemos a esta hora, Lilli. ¡Que te hayas lavado o no, no nos interesa! Así que ábrenos, si no despertaremos al vecindario. No estaremos mucho rato.

Finalmente accionó el mecanismo de entrada y ambos policías subieron hasta el cuarto piso. La puerta de la casa de Lilli estaba entornada. Recorrieron un largo pasillo con el suelo de ajado parquet que crujía a cada uno de sus pasos.

–Lilli –la llamó Sgubin.

–La última puerta a la izquierda –oyeron cómo decía Lilli, y siguieron su voz hasta el dormitorio, cuyas cortinas estaban corridas. Sólo se colaba un estrecho rayo de luz a través de una rendija. Lilli estaba en la cama, mal desmaquillada, y se había colocado la delgada sábana a la altura de los sobacos. Su ropa estaba esparcida salvajemente por todo el suelo.

–Sgubin, ve a la cocina y hazme un café. Y bien fuerte –rebuznó Lilli añadiendo una sarta de groseras blasfemias. Laurenti acercó la única silla disponible a la cama. Desde la cocina se oía cómo Sgubin se peleaba con la vajilla.

–Lilli, no te vayas a pensar que te voy a fregar los platos –le dijo Sgubin–. ¿Dónde está el maldito café?

–¡En alguna parte! Seguramente allí donde siempre está. Abre los ojos –gritó Lilli de mal humor. Entonces miró de repente a Laurenti de peor humor–. Y tú no me hagas preguntas hasta que ese débil mental no me haya servido el café. Y no me mires con esa cara de pena. ¡No es la primera vez que ves una puta sin maquillar!

–*Sublata lucerna nullum discrimen inter feminas!* –dijo Laurenti levantando el dedo de la mano izquierda.

–¿Pero qué mierda estás diciendo? –exclamó Lilli arrugando la frente.

–Cuando se apaga la luz todas las mujeres son iguales. Lo dijo Casanova cuando

estuvo aquí en Trieste. No soy de la misma opinión, ¡pero no deja de ser un especialista, Lilli!

—¡Lámeme el culo! Y te voy a decir algo más: en el futuro os podéis ahorrar este tipo de presiones. Si me suelto no dejo títere con cabeza. Y lo haré sin pestañear.

Después de un corto silencio, durante el cual cerró los ojos, volvió a refunfuñar:

—Al grano. ¿Qué queréis?

Laurenti le enseñó la fotografía.

—¿La conoces?

—¡Quién no la conoce!

—¡Habla de una vez!

—Hace unos años tuvo mucho éxito. No es de extrañar con esas tetas. Las mías también fueron así.

—¿Y?

—Pues que hoy ya no son así.

—¿Quién es? ¿Qué sabes de ella?

—Se llama Olga.

—La conocías bien.

—No especialmente.

Sgubin llegó finalmente con una gran taza de café y se la dio a Lilli, que se incorporó sobre la cama, dejando caer la sábana que le cubría la parte superior del cuerpo. Ni se inmutó.

—Ya era hora, pies planos, te has tomado tu tiempo, ¿eh? —tomó un sorbo tras otro. Finalmente mejoró su humor—. Si todo en ti es tan flojo como el café que preparas, ya puedes tirarte por la ventana.

—Lilli —le preguntó Laurenti de nuevo—, ¿qué pasó con ella?

—La chica encontró bastante rápido un trabajo. En una casa con dinero. Después ya la vi poco —se dio cuenta de la mirada de Sgubin y volvió a subir la sábana un poco—. No me mires así, sabes muy bien cómo son mis tetas.

—¿Dónde? —Laurenti se esforzaba por mantener a Lilli ocupada en el tema.

—¿Dónde qué?

—Ese puesto de trabajo.

—En la Via dei Porta. Un gran chalet. A veces se buscaban un par de chicas del Borgo, aunque las menos. Siempre tenían las suyas.

—¿Donde el austriaco?

—¡Sí, donde el austriaco!

—¿Has estado alguna vez allí?

—Hace mucho tiempo. Necesitan mercancía fresca, sin arrugas. No les interesa la experiencia.

—¿Y qué pasaba allí?

—Para sus invitados disponían de un par de chicas. Hombres importantes. Pero es

lo de siempre, demasiado poder sólo calienta la cabeza.

–Lilli, echa un vistazo a estas fotografías –Laurenti las sacó de la cartera y se las enseñó.

Lilli dejó la taza junto a la cama y ojeó las fotos.

–Oh! *Cazzo!* –exclamó–. Con esto se puede ganar un montón de pasta.

–¿A qué te refieres?

–¿Tú crees que esos hombres aparecen en estas fotos por voluntad propia?
¡Estúpido! ¿Dónde las habéis encontrado?

–¿Reconoces a alguien?

Lilli echó un nuevo vistazo a las fotografías y se las devolvió a Laurenti. –
Aparece Olga y algunas de las otras estuvieron un tiempo en el Borgo. Pero no mucho.

–¿Y los hombres?

–Nunca me fijo en los hombres. No sirve de nada. Por cierto, ¿cuándo me váis a dejar en paz?

Ambos policías comprendieron que se había acabado la hora de visita de Lilli.

–Creo que tú también apareces en una de las fotos, comisario.

Se quedó mirándola vacilante.

–¿Yo? ¡Estás de broma!

–Bueno, quizá no –dijo Lilli–. ¡Y cerrad bien la puerta de entrada al salir!

Aún le quedaba una hora antes de cambiarse para ir en coche con su madre y Marco a Grado, donde les esperaba Patrizia Isabella, y después a San Daniele. Laura y Livia se habían ido a primera hora. Compró la edición del domingo del *Piccolo* en la esquina y fue a la comisaría, vacía a esas horas.

Hojeó el periódico ante su escritorio con el fin de desconectar un poco, pero no lo consiguió. En una conversación que incluía el *Piccolo*, el director del Centro de Investigación de Biología Marina del World Wildlife Fund y un pescador de altura, reputado experto en tiburones, polemizaban sobre el peligro del tiburón.

«La presencia de un tiburón en nuestras aguas», argumentaba el director del WWF, «constituye una buena prueba de su calidad, porque es un indicador de agua limpia. Además, el peligro que conlleva es reducido. No existen antecedentes realmente peligrosos, también porque en aguas calientes como las nuestras el tiburón tiene mucha menos voracidad. Aconsejo a los bañistas que no se alejen demasiado de la costa, aunque pueden seguir bañándose tranquilamente. Esto no es un relato de Hemingway ni estamos en Hollywood, estamos en Trieste».

La opinión del pescador de altura, campeón mundial de pesca con caña y profundo conocedor de los tiburones, tal como indicaba el *Piccolo*, era totalmente la contraria.

«Es absolutamente necesario ser precavido, ya que los tiburones persiguen a

menudo a los atunes, que suponen un delicioso bocado para ellos, y durante estas fechas muchos atunes circulan por la parte norte del Adriático. No sería por tanto nada descabellado que un tiburón blanco merodeara a pocos metros de la costa. Son peces que pueden permanecer tranquilos durante semanas, pero que durante los siguientes quince días tienen la necesidad imperiosa de comer. Ello les lleva a la caza de cualquier presa y son insaciables. También en pleno verano nuestras aguas tienen suficiente oxígeno para facilitar la presencia de tiburones.»

Así que del tiburón azul se había pasado a un tiburón blanco. «El *Piccolo* necesita material para los próximos días y semanas», pensó Laurenti. Bostezó, puso los pies sobre el escritorio y echó una pequeña cabezadita, de la que se despertó diez minutos después. De pronto se sentía fresco y descansado. El periódico seguía sobre su regazo.

Parenzo/Trieste, 21 de julio de 1999, pasada la medianoche

Se les había dicho que los recogerían cerca de las diez y media. El grupo de treinta y cinco personas, en su mayoría hombres de entre veinte y treinta años, estaba encerrado en Lovrec. Nadie hablaba, nadie llevaba equipaje. Tenían sus pertenencias atadas a la cintura o escondidas bajo la ropa, sus documentos y quizá unos cuantos dólares. La mayor parte del dinero lo habían dado esa misma mañana. Habían trabajado años para ganarlo e incluso habían tenido que vender casi todos sus bienes allá donde vivían para reunir los cinco mil dólares. Pero les quedaba la esperanza.

Muchos de ellos llevaban en camino desde hacía semanas y nadie sabía dónde se encontraban. Los primeros habían llegado a este lugar concreto del bosque hacía tres días. Les habían dejado agua y algunos alimentos. Dormían al aire libre. Uno tenía fiebre alta, otros dos habían sido mordidos por garrapatas. El grupo fue aumentando con el transcurso de los días. Cada poco tiempo llegaba alguien nuevo al claro. Se habían oído hasta cinco lenguas diferentes, pero esa noche todos esperaban silenciosos el próximo paso. Se les había dicho que aquella era la última etapa y que debían pagar de nuevo mucho dinero. Si todo iba bien, las fatigas y los miedos de las últimas semanas no habrían sido en balde.

En un momento dado vieron que se apagaban las luces de los dos camiones que llegaron desde la carretera al camino del bosque y sólo oyeron el ruido de los motores diesel. Se les acercaron cinco hombres. Uno de ellos, que daba órdenes en voz alta, parecía ser el jefe. Casi nadie entendía la lengua que hablaban, aunque sí los gestos. Les apremiaron para que fueran hacia los camiones. Llenaron la superficie de carga con dificultades. Tras ellos cerraron las puertas traseras sin ventanas. Para evitar caer, debido a las sacudidas que daba el camión, se sujetaron unos a otros, aunque apenas había sitio para ello. El viaje no duró mucho. Las puertas se abrieron de golpe apenas los vehículos se detuvieron. Los cinco hombres no dejaban de darles prisa y les indicaron un pequeño camino que se internaba desde la carretera en una zona de arbustos. A su izquierda vieron una superficie de agua negra. Ese día había luna nueva y estaba completamente oscuro. Con dificultades siguieron unos tras otros el camino, cuyo suelo cedía resbaladizo a cada paso. Pasados diez minutos vieron cerca del agua el resplandor intermitente de unos cigarrillos.

El Limski Zaljev es un brazo de mar que entra al sur de Parenzo en la península de Istria unos quince kilómetros en forma de fiordo. En su mayor parte, sólo es navegable con barcos de poco calado. En su inicio, los campos, praderas y arbustos llegaban hasta la misma orilla y no muy lejos de ésta sólo se encontraba una casa de campo. Cerca de Limski Zaljev el suelo era cenagoso. Un pequeño sendero,

utilizado durante siglos, llevaba desde la E 751 hasta Rtic Kric, la punta de tierra frente a Vrsar.

Dos lanchas neumáticas motorizadas abandonaron el pequeño puerto de Parenzo con la puesta del sol y poco después buscaban el camino entre los criaderos de mejillones del canal. Amarraron en un viejo embarcadero entre los arbustos enfrente del caserío de Sveti Mihovil. En cada una de las lanchas había dos hombres vestidos de negro, de hombros anchos y grandes y el cabello rapado, por lo que se les veía perfectamente los tendones y músculos del cuello. En la oscuridad apenas se distinguían sus rostros y sólo se apreciaban las brasas de sus cigarrillos. En la lancha, cada uno de ellos disponía de un chaleco forrado de color azul oscuro, ya que a pesar del tiempo caluroso, por la velocidad que alcanzaban, siempre hacía fresco a bordo. Las lanchas estaban pintadas de color azul oscuro y sus identificaciones cubiertas con lámina negra, que podía quitarse sin dificultad. Dos motores fuera borda de más de seiscientos caballos hacían que estas lanchas planas y manejables alcanzaran una velocidad de cuarenta y dos nudos. La rueda del timón se encontraba unos dos metros por delante de popa, los otros ocho metros hasta la proa dejaban libres tres metros a lo largo y a lo ancho. Éstos permitían que en cada una hubiera sitio para veinte personas apretadas, que debían agarrarse a los cabos tensados de punta a punta para no caer por la borda cuando la lancha surcaba a toda velocidad las olas.

Nueve mujeres jóvenes, ninguna por encima de los veinte años, cuyas figuras suscitaron murmullos enardecidos y palabras groseras en los cuatro hombres de los botes neumáticos, fueron conducidas poco después de las once de la noche al embarcadero. Cada una de ellas llevaba un bolso y una pequeña bolsa de viaje. Se les había ordenado vestirse de color oscuro. Llevaban el cabello teñido de rubio tapado con pañuelos. Únicamente habían descuidado el calzado. Quien llevaba tacones altos debía descalzarse. Los hombres les habían ordenado con insistencia que se sentaran en el suelo de una de ambas lanchas. Al ayudarlas, ellas se molestaron. Pero las chicas no prestaban atención y cuchicheaban entre sí en diferentes lenguas eslavas. Cuando una de ellas quiso fumar, uno de los hombres se lo impidió. Él mismo estaba fumando; sin embargo, a ellas se lo habían prohibido. Debían esperar en silencio.

Un hombre que se había bajado de la lancha hizo entender al grupo que debían aguardar. Después desapareció en la oscuridad, aunque oyeron una conversación agitada. Cuando el hombre volvió, llamó a sus compinches. Habló en voz baja señalando las lanchas y los treinta y cinco ilegales. Dos hombres sacaron armas automáticas rusas que llevaban escondidas bajo las chaquetas. Entonces se dio la orden de que el grupo continuara hacia las lanchas. Al pasar junto al cabecilla se les

apremió de forma enérgica a que se dieran prisa. Éste escogió a cuatro y les ordenó que se quedaran junto a él. Dejó marchar al enfermo, que tenía fiebre, sudaba profusamente y apenas se podía sostener sobre las piernas. Les iba a dar problemas innecesarios si no se deshacían de él pronto. Tras pasar los últimos, los cuatro que habían apartado también quisieron subirse a las lanchas. El cabecilla dio una orden breve y tajante y los dos hombres armados se interpusieron en su camino. Les dijeron que ellos viajarían más tarde, al día siguiente o al otro, pero no lo entendieron. En todo caso, comprendían que no podían seguir, que las pistolas les bloqueaban el camino. El cabecilla les ordenó que volvieran. Obedecieron. Cada uno de ellos ya había pasado por esta experiencia en su viaje. Habían tenido que esperar días enteros hasta que por fin se encontraba una nueva vía de paso. No habían avanzado mucho cuando oyeron el zumbido de los motores fuera borda. Uno de ellos se quedó parado un momento, vaciló, pero prosiguió su camino.

El tiempo era propicio. Un manto de oscuridad cubría el golfo y los pesqueros, que atraían los bancos de caballas y sardinas hacia las redes con sus faros débiles, faenaban a bastante distancia. Los motores diesel de los barcos emitían un zumbido monótono. Tras las tempestades y tormentas, con un tiempo favorable, los pescadores faenaban a menudo frente a la costa y la luz de las lámparas halógenas se reflejaba en el agua a gran distancia, hasta las paredes rocosas que terminaban abruptamente en el mar. Realizar un desembarco sin ser visto era entonces misión imposible. La costa del golfo de Trieste se aprovechaba una y otra vez para el contrabando. Las autoridades italianas habían puesto toda su atención en la conexión entre Albania y Apulia, un trayecto que se podía cubrir con lanchas rápidas en un máximo de dos horas y que era utilizado sobre todo por la mafia para el contrabando de tabaco y de personas. Hacía poco que se empleaba la vía marítima hacia el norte. Las autoridades apenas contaban con ella. El trayecto les parecía demasiado apartado, no era una conexión balcánica típica y el golfo de Trieste estaba además controlado por una red impermeable de radares. Las lanchas neumáticas de color azul oscuro necesitaban una sola hora para hacer el recorrido de ida y vuelta. Los radares no las detectaban. Se colocaron a poco menos de una milla frente a la costa croata y avanzaron paralelamente a ella sin faros, sólo con los instrumentos de navegación, evitando así el peligro de toparse con otros barcos. Rumbo nornoroeste, pasando por Parenzo, Cittanova d'Istria y Umago hasta Punta Salvore, era un trayecto durante el cual no tenían mucho que temer. Una vez llegaban a la frontera eslovena, cuando debían cambiar el rumbo hacia el noreste, debían estar alerta. En el último tercio del trayecto navegaban muchos barcos privados, aunque debían prestar especial atención a las rutas de los grandes barcos, que se dirigían a los puertos de Capodistria y Trieste. Muchos cargueros estaban anclados entre ambos puntos. Además, las autoridades de Eslovenia e Italia

trabajaban estrechamente para controlar el tráfico marítimo en esta parte del mar. Aunque existía una gran ventaja: el Faro della Vittoria de Trieste es el más débil de todo el norte del Adriático. A una distancia de treinta y dos millas aún se podía reconocer. Sólo debían mantener el rumbo dos millas y media hacia el oeste del faro para llegar hasta la Costa dei Barbari. Ambas lanchas de color azul oscuro buscaron el camino a través del criadero de mejillones bajo las paredes de rocas que terminaban perpendiculares en el acantilado y no muy lejos del punto donde se había encontrado el yate del austriaco. En primer lugar bajaron las nueve chicas y empezaron a ascender la pequeña senda hasta la costa. Se esforzaban a pesar de sus zapatos de tacón, aunque podían ayudarse con una cuerda que habían tendido. Allí arriba, en el párking, les esperaban dos limusinas negras de la marca Mercedes. Los otros treinta y un ilegales debían ser recogidos en la Strada Costiera por dos furgonetas, que los llevarían a una finca situada entre Palmanova y San Giorgio.

Ambas lanchas neumáticas se hicieron a la mar poco antes de las dos, en dirección al sur, de vuelta al lugar desde el que habían zarpado. El regreso sin carga fue naturalmente mucho más rápido. Los cuatro hombres estaban de buen humor. En poco tiempo habían ganado un buen montón de dinero.

Cerca de las 2:30 ambos coches entraban en el chalet de la Via dei Porta. Las chicas tenían preparadas habitaciones con rejas en las ventanas en el piso intermedio. Una vez dentro, fueron encerradas. Al día siguiente se ocuparían de ellas. Había mucho que hacer: debían vestirlas, decirles lo que tenían que hacer, etc. Hasta entonces había sido tarea de Olga Jartov. Ahora era Tatiana Drakic quien debía ocuparse de esta tarea personalmente hasta que encontraran a una sustituta. Y las chicas necesitaban nuevos pasaportes y papeles en regla con el permiso de residencia correspondiente. Ello conllevaría dos días.

Trieste, 21 de julio de 1999

La reunión con el *questore* se había convocado el lunes a las ocho de la mañana. Los Laurenti pasaron la noche en la casa de campo de la madre de Laura en San Daniele. Proteo tuvo que levantarse a las seis de la mañana, a pesar de que la fiesta empezó pronto y terminó tarde. La venerable dama era tan querida por todos que para la comida se esperaban cerca de quinientos invitados, muchos de los cuales habían viajado desde muy lejos para poder asistir.

El banquete se preparó en la zona de gravilla frente a la casa. Normalmente aquella zona estaba ocupada por los camiones de reparto, las carretillas elevadoras y los coches. Los camiones pasaban por delante de la finca en dirección a la fábrica, situada no muy lejos, donde la familia producía sus jamones curados al aire, que se vendían en todo el mundo con la marca San Daniele. La gravilla del sitio era como la de un parque de un castillo y los parasoles proporcionaban sombra a los invitados, que habían tomado asiento frente a tres largas mesas, dispuestas perpendicularmente a una cuarta mesa, donde se situaban los invitados de honor.

El dueño del Cacciatore fue el encargado de preparar el ágape y desde el día anterior ocupaba ya la cocina y algunas habitaciones adyacentes de la casa principal. Como aperitivo se sirvió un Pinot espumoso de Cormòns. Los Chardonnay y los Cabernet-Franc eran de Chile, de la bodega del tercer hijo de la vieja señora, el hermano menor de Laura. Los vinos dulces y los digestivos procedían de Collio.

Laura había viajado temprano a San Daniele junto con Livia para ayudar a su madre, que ya estaba muy nerviosa. Pero cuando empezaron a llegar los invitados, Sofia Tauris, en contra de lo que hubieran esperado sus hijos, se sentó en el sofá rojo burdeos a la sombra de una vieja magnolia siempre verde y cuyas ramas aún estaban repletas de las últimas flores. La vieja señora era todo energía y llevaba cincuenta y seis años ocupándose día a día de su negocio. Tuvo una palabra amable para cada uno de los visitantes y recibió radiante los cumplidos y las felicitaciones. Los regalos se fueron colocando sobre una mesa, que pronto se quedó pequeña. Los primeros invitados llegaron sobre las doce del mediodía, pero sólo a partir de las dos se empezó a disfrutar del banquete. El gran discurso de cumpleaños corrió a cargo del hijo mayor, director de la empresa. Recordó que los padres de Sofia Tauris habían sido sencillos labradores y que fue la testaruda hija de la casa de campo la que hizo florecer el negocio. El menú del banquete no incluía jamón. Tras los entremeses y una marinada de pescado, el obispo procedió a las felicitaciones y al mismo tiempo bendijo a la homenajead, a los invitados y el banquete. Tras el primer plato, *tagliatelle* con trufas estivales, se produjo la égloga del presidente de la Unión de Fabricantes de Jamón, que al contrario que la del representante espiritual, parecía no acabar nunca y puso nerviosos a los cocineros. Como plato

principal se sirvió una pintada de un sabor exquisito. Después llegó el turno del alcalde. Antes del postre, cerca de las cuatro, los comensales ya habían bebido gran cantidad de vasos de vino y algunos de ellos no dejaban de brindar por la homenajead. Pero como éstos no parecían terminar nunca y eran cada vez más cómicos, la vieja señora tuvo que ponerse en pie y rogar moviendo ambas manos que se hiciera el silencio. Con voz firme agradeció a sus muchos invitados su amistad, simpatía y buena disposición, y finalmente brindó por ellos. Cerca de las cinco fue concluyendo poco a poco el banquete. Los niños se habían retirado hacía rato formando grupos, dejando solos a los adultos. Los últimos invitados se fueron sobre las ocho de la noche, cuando allá en la montaña empezaba a refrescar. El jefe de cocina había preparado una pequeña cena, recogido el banquete y colocado la cubertería y la cristalería en una furgoneta.

Sofia Tauris, de ochenta años de edad, había sido siempre una mujer de armas tomar y, aunque estuviera cansada, no quería aparentarlo. Hacía muchos años que no reunía a todos sus hijos y nietos. Era su gran día de fiesta. Sólo cerca de las dos de la madrugada se hizo finalmente el silencio.

San Daniele se encuentra a más de ochenta kilómetros de Trieste y, a pesar de la autopista, uno debe contar con al menos una hora de viaje. Proteo Laurenti apenas había dormido y a menudo sus bostezos le impedían ver durante unos segundos la carretera. Hizo un repaso del día anterior. Tuvo una alegría enorme al poder ver finalmente de nuevo a su hija preferida, Patrizia Isabella. Durante un corto paseo juntos ella le habló entusiasmada de los arqueólogos submarinistas y de las piezas encontradas en el mercante romano. Le había embelesado especialmente una pequeña estatua de bronce de Minerva. Laurenti estaba convencido de que su hija se convertiría un día en una famosa arqueóloga.

Cuando finalmente salió de la autopista y cogió la carretera de la costa, se empezó a agobiar con el trabajo pendiente. Pasó por la Costa dei Barbari, por la Trattoria Costiera, donde se había encontrado el yate, y después por el Viale Miramare para entrar en la ciudad. Los primeros jubilados ya habían colocado de nuevo sus tumbonas a lo largo de la playa.

Llegó puntual a la reunión con el director de la policía. Se trataba del primer encuentro tras el refuerzo de los controles por la entrada de inmigrantes ilegales. Laurenti no sabía por qué razón el *questore* y sus colegas le saludaron de forma tan contenida, casi hosca. Lo atribuyó a lo temprano de la hora y pensó que no sólo él necesitaba más horas de sueño para apreciar toda la belleza del mundo.

—Señores —dijo el *questore*, sosteniendo en la mano la última edición del *Piccolo*—, no sé muy bien por dónde empezar. Hasta hace una hora estaba de muy buen humor, pero se me ha ido de un plumazo por dos motivos: primero porque nuestras costas ya no son seguras y, segundo —dijo sosteniendo con la mano

izquierda el *Piccolo* en alto— porque hoy nuestra Polizia Statale aparece descrita en la prensa como un auténtico hatajo de idiotas. No sé si ya han leído el artículo. Pero de ello hablaré más adelante. Ahora, vamos al motivo principal de esta reunión: los inmigrantes ilegales. ¡Por favor, teniente coronel!

El oficial de los Carabinieri se había presentado de nuevo con su uniforme completo, que normalmente sólo utilizaba para actos oficiales y en invierno, cuando el grueso tejido le ahorra tener que llevar abrigo y le confería un aspecto especialmente fornido. Con este calor era realmente una locura. Levantó su cráneo cuadrado y adelantó la mandíbula.

—Esta madrugada, cerca de las dos horas y dieciocho minutos —empezó diciendo—, hemos detenido a treinta y un inmigrantes ilegales en la Costa dei Barbari. Cinco afganos, cinco bangladeshis, seis rumanos, ocho kurdos, tres rusos, dos pakistaníes y dos iraquíes. Los kurdos y los iraquíes ya han solicitado asilo político. Por los interrogatorios hemos sabido que los trajeron aquí en dos lanchas neumáticas. Estuvieron una media hora viajando. Según los cálculos de nuestros colegas de la Marina, partieron desde un punto entre Pirano y Rovigno. Por alguna razón, los que debían recogerlos no aparecieron o lo hicieron demasiado tarde. Una de nuestras patrullas los descubrió cuando iban por la SS 14 en dirección a Sistiana.

—Gracias, teniente coronel. Nos encontramos ante una situación muy seria —dijo el *questore*—. Los traficantes buscan nuevas rutas. Debemos partir de la base de que no es ni será la última vez. Recuerdo las viejas rutas de los contrabandistas de tabaco. Hasta finales de los años ochenta utilizaron diferentes partes de la costa, muy difíciles de vigilar, desde Muggia hasta la laguna de Grado. Siempre evitaron ir por la Costiera. ¿Cómo marchan los controles de la Guardia costera?

—Si utilizan el mismo tipo de barco que en Apulia, es decir, lanchas neumáticas rápidas —analizó el mayor de la Guardia costera, uno de los oficiales superiores de Ettore Orlando—, entonces no son localizables con la red de radares. La pasada noche estaba completamente oscuro, por lo que aumentan las posibilidades de pasar sin ser visto, incluso doblando el número de los barcos patrulla. Además, ninguno de nuestros barcos es tan rápido como estas balas. Hay una diferencia de unos diez nudos, es decir, como si fuera un Lancia compitiendo con un Porsche.

—Mayor, debe reforzar las patrullas —insistió el *questore*.

—Así lo he dispuesto. De noche patrullan todos los barcos disponibles. Cuando anochece sumergimos cabos bien hondos, para que se enreden las hélices de las lanchas. Pero nuestros hombres están pasando por un momento difícil: de día el tiburón, del cual ni siquiera sabemos si es azul o blanco, y por la noche la costa. Hemos decretado la fase amarilla.

Ello suponía alarma preventiva: vacaciones anuladas y sin días libres para cumplir los turnos. Sus hombres no debían de estar muy entusiasmados.

–¿Qué ha aportado el refuerzo de los controles en las calles? –el *questore* pidió los informes.

No había aumentado el número de detenciones. Sin embargo, ordenó que se siguiera en la misma línea y que se reforzaran especialmente los turnos nocturnos en la costa.

–Para volver a dejarlo de nuevo muy claro –dijo el *questore* seriamente–, el Ministerio del Interior ha informado de que cincuenta mil refugiados de las repúblicas asiáticas de la antigua Unión Soviética están esperando a ser transportados en dirección a Occidente. Algunos llegarán aquí. Tampoco en Montenegro y en Albania pinta mejor. Miles de gitanos huyen de los kosovares albaneses que han vuelto a sus casas.

–Quizá deberíamos –propuso el teniente coronel de los Carabinieri– dejar de informar a los medios. Así podremos localizar, si es posible, a los traficantes en las próximas noches. Hasta ahora sólo hemos perseguido a los inmigrantes. Como siempre, abogo por atajar la fuga allí donde se produce.

–Muy al contrario –dijo el *questore* levantando la mano en forma de advertencia–. Usted mismo ha oído que las lanchas son demasiado rápidas y manejables. Los números de Apulia lo dejan claro: en los últimos doce meses los colegas han incautado allí 187 lanchas motoras rápidas, cada una de ellas por un valor de cientos de millones de liras. Eso significa que cada dos días se incauta una lancha. La mafia no se inmuta por ello, pues en el negocio del contrabando de tabaco no supone más que un dos por ciento de pérdidas. No, debemos pedir a los medios que colaboren. A las once hemos convocado una rueda de prensa sobre este tema. Debe saberse en todas partes que aquí nos arreglamos solos –dejó reposar su mano sobre la mesa y cogió enérgicamente el *Piccolo*. Lo sostenía casi amenazadoramente–. Ya que hablamos de los medios: el segundo asunto que me ha estropeado esta mañana el buen humor –se dirigió a Laurenti–. Comisario –empezó– ¡pensaba que era usted un hombre felizmente casado y con una reputación intachable! –Laurenti no tenía ni idea de adónde quería ir a parar. Sólo vio que el oficial de los Carabinieri no podía controlar las facciones de su rostro. Una maliciosa sonrisa se asomó a sus labios. Los dos colegas de la Guardia costera y de la Guardia di Finanza miraban intensamente al vacío. El *questore* había abierto la primera página de la sección local y se la mostró a Laurenti. Se quedó estupefacto del susto. No podía creer lo que veían sus ojos. Le quitó el periódico de las manos al director de la policía.

¡*La policía se desentiende!* El titular ocupaba todo el ancho de la página con un cuerpo de letra ancho y grande. El subtítulo tampoco tenía desperdicio: *Controles laxos y una tropa indisciplinada. Un comisario bajo sospecha.* Y debajo una fotografía del Borgo Teresiano tomada sin aviso la noche que se escapó durante media hora de la fiesta de los galeristas. El comisario había sido pillado *in franganti*

en una conversación amistosa con Lilli. La foto mostraba a Lilli cogiéndose los pechos desnudos con ambas manos. A eso se refería la vieja prostituta triestina con sus palabras del día anterior. El pie de foto decía: *Viernes, 23.30 h: El jefe de la policía criminal, el comisario Proteo Laurenti, también se divierte una vez terminado el trabajo.* Naturalmente, el artículo lo firmaba Luigi Decantro.

Laurenti se había puesto completamente rojo y se había quedado sin voz. Hervía de rabia e intentó serenarse.

–Maldita cochina. No me lo puedo creer –balbució–. Disculpe, aún no había leído la prensa –tenía la frente perlada de sudor–. ¿Cómo ha podido ocurrir esto? – y por dentro se preguntó cómo lo había permitido Rossana Di Matteo.

–Eso mismo, comisario –dijo el *questore*–, le pregunto yo –cogió de nuevo el periódico y leyó algunos párrafos.

Un periodista del Piccolo tuvo la oportunidad de acompañar durante dos noches a una patrulla. Anteriormente había denunciado en numerosos artículos la penosa situación del Borgo Teresiano y la dejadez de la policía frente a la expansión de la prostitución. El resultado de esta investigación es más que desilusionante, casi podría describirse como deprimente. Proseguía describiendo con profusión de detalles los horarios y las rutas de la patrulla a la que había acompañado. Estaba claro que se iba acercando al punto álgido de la historia de forma dramática. *Mientras que ambos policías, que a pesar de la presencia del periodista, al que habían tomado por tonto con largas explicaciones sobre gastadas estadísticas para cumplir el expediente, estaban ocupados en trabajar lo menos posible, los Carabinieri se dedicaban a cazar delincuentes, inmigrantes ilegales y perseguir el vicio. Los poliziotti tampoco se quedaron cortos en expresiones inequívocas sobre los Carabinieri.* El oficial de los Carabinieri se reía cada vez con más recochineo, estaba saliendo bien parado. Por el contrario, a Laurenti le salía espuma por la boca. El *questore* siguió leyendo: *Tampoco la redada en el Borgo sirvió para nada. Cuatro coches patrulla cortaron las calles y la comisaría móvil se trasladó a la zona. Pero había muy pocas prostitutas presentes, aunque fuera un viernes por la noche, es decir, el comienzo del fin de semana, un hecho relativamente extraño. Hasta entonces, durante esos días se había registrado mucho movimiento. Casualmente, el comisario Laurenti fue pillado cuando «interrogaba» a una de las damas de la calle (ver fotografía). Laurenti ha sido encargado oficialmente de terminar a corto plazo con la prostitución en Trieste. Apremia, sin embargo, la cuestión de si su presencia esa noche evitó que las prostitutas acudieran y de esa forma frustró el éxito de la redada. El comisario está casado, tiene un hijo y dos hijas, una de las cuales se presenta al concurso de Miss Trieste.*

El *questore* lanzó el periódico sobre la mesa.

–Me temo, Laurenti, que deberá estar usted presente en la rueda de prensa que

hemos convocado para después. Le harán muchas preguntas. Pero explíquenos qué demonios le llevó hasta allí.

Laurenti informó atropelladamente sobre los éxitos a raíz de un mayor control en el Borgo, razón por la cual allí había una menor presencia de prostitutas. Explicó el acuerdo al que había llegado con el *Piccolo*, que tenía el objetivo de tranquilizar a los ciudadanos mediante un informe sobre la intensidad de la labor policial. En cualquier caso, todo había salido al revés.

Expuso que había preparado cuidadosamente la operación con Fossa, el responsable de las patrullas, que alabó la total confianza que ponía en esos dos policías, Vicentino y Greco. Después mencionó las quejas de los vecinos de la Via dei Porta, que habían sido recibidas por la policía, pero nunca se había hecho nada al respecto. Laurenti habló rápidamente e insinuó una oscura relación entre el comportamiento de Fossa y el informe del periódico. Proteo Laurenti habló de traición.

Se decidió no hablar de Fossa fuera del círculo de personas reunidas con el *questore* y al mismo tiempo se valoraron las posibilidades de abrir una investigación sin alterar el curso de las ya iniciadas por el caso Kopfersberg, siempre y cuando existiera realmente una conexión con Fossa. El *questore* propuso vigilarlo muy de cerca a partir de ese momento. Si las sospechas se confirmaban, se tomarían las medidas oficiales oportunas.

—Todos ustedes saben, señores —dijo para concluir la reunión—, qué difícil es retirar de circulación una sospecha que se hace pública, por mucho que después se demuestre que es infundada.

Laurenti sabía lo que decía. Le habían disparado a matar. No tenía mucho tiempo para prepararse de cara a la rueda de prensa. Temía cometer alguna imprudencia. Pasaría verdadera vergüenza.

—¿Y el asunto con su hija, el concurso de Miss Trieste? —preguntó el *questore* cuando ya se habían puesto en pie hacía un rato.

—Es la única información verdadera de todo el artículo —concedió Laurenti.

El coronel de los Carabinieri continuaba sonriendo irónicamente. Los otros dos le deseaban suerte.

—Intente impedirlo —le dijo el *questore*.

Laurenti saludó a Marietta de mal humor y con un gesto le indicó que no le siguiera a su despacho. Quería informarse del asunto de primera mano. El periódico estaba abierto sobre su mesa. Laurenti cerró la puerta tras de sí. En primer lugar debía llamar a Laura. Al igual que los demás invitados a la fiesta del viernes, su mujer no se había enterado de su corta ausencia. El tiempo suficiente, sin embargo, para tener que sacarse la amenazante sospecha de encima. Laura aún

estaba en San Daniele desayunando. Lanzó varios improperios en voz alta y le escuchó atentamente.

–Todo esto pasará, Proteo –dijo para finalizar–. Serán días duros para ti, pero todo el mundo sabe quién eres. No es tan fácil arruinar tu reputación. Me gustaría saber por qué Rossana lo ha permitido. Tiene que arreglarlo. Ahora mismo la llamo.

–Llámalas más tarde –le rogó Proteo–. Primero quiero hacerle saber mi opinión al respecto.

Buscó el número de teléfono del *Piccolo* y pidió que le pusieran con Rossana Di Matteo. Marietta le oyó a través de la puerta cerrada. No gritaba, pero estaba fuera de sí.

Rossana se disculpó diciendo que ayer se había tomado un día libre y que se fue a Istria para descansar en la playa. Todo el asunto le resultaba lamentable y le prometió hacer todo lo que estuviera a su alcance para ayudar a limpiar su imagen.

–¿Qué amigos son esos que cuando hacen falta no se implican? –le dijo ofendido por teléfono.

–De verdad que lo siento, Proteo. Te lo digo otra vez: ¡Lo siento!

–¡Voy hacer de este capullo el hazmerreír de todo el país, Rossana! Suerte tiene este cerdo de tener un padre que le protege –dijo Proteo–. Podría asesinarle –colgó con rabia el teléfono y llamó a Marietta.

–¡Quiero que te hagas con el plan de patrullas de Fossa sin que se entere! Y ni una palabra a nadie. Es una orden. ¡Y ahora no quiero que nadie me moleste y, sobre todo, no quiero muestras de compasión ni solidaridad!

Via dei Porta

Tatiana Drakic había hecho despertar a las chicas ya a las siete de la mañana. Ella misma hacía tiempo que no se despertaba tan pronto. Su hermano Viktor llegó sobre las nueve. Para entonces todas debieron estar vestidas, peinadas y maquilladas. Tatiana Drakic habló de forma persuasiva con cada una de ellas, les hizo complimentar los cuestionarios, con nombre y apellidos, también de los padres, hermanos, la fecha de nacimiento, dónde vivían, qué estudios habían concluido y qué profesión tenían. Una vez realizado este trámite, las volvió a llamar una a una y repasó todos los datos con ellas. Por el cuestionario podía saber rápidamente si alguna había mentido. Si ése era el caso, llamaba a Viktor y éste las amenazaba. No les podía pegar, pues tanto el rostro como el cuerpo debían estar inmaculados para poder hacer a continuación las fotografías y para los siguientes días. Ya se había atizado suficientemente a las chicas durante las últimas semanas. Si

se les levantaba la voz, ellas daban un respingo. Aunque la promesa de un permiso de residencia válido les hacía resistir.

Tatiana Drakic registró cada detalle del comportamiento de las chicas. Controlaba sus gestos y su mímica, su forma de hablar y las habilidades que mostraban. En su casa estaban empleadas tres de sus antecesoras, cuatro con Olga. Estaban especialmente cualificadas para este privilegio. Una moldava dirigía la cocina y una ucraniana estaba empleada como peluquera. Todas se habían vuelto dóciles. En parte utilizando la violencia, en parte amenazándolas con que sus familiares pagarían por su desobediencia. Temían que estas amenazas no fueran infundadas. Una vez cruzada la frontera, habían sido maltratadas hasta llegar al punto en que su resistencia se rompió. Tatiana Drakic intentó ver si alguna de ellas era indicada para una tarea de más «nivel». Para éstas pedirían un precio más elevado e incluso alguna de ellas tendría la oportunidad de sustituir a Olga si se le enseñaba correctamente.

La peluquera tenía mucho trabajo esa mañana. En dos horas las chicas debían mostrar un rostro plausible para las fotografías del pasaporte. Debían tener un aspecto lo más «italiano» posible y debían estar bien maquilladas. Les hicieron ponerse bisutería, que después de la sesión fotográfica tuvieron que devolver.

A Viktor Drakic le divertía este trabajo. En una de las habitaciones se había montado un sencillo estudio fotográfico. En el techo había colocado un lienzo extensible de color amarillo, negro o azul, que podía utilizarse como fondo. Tenía a su disposición focos y dos cámaras, una polaroid sencilla para fotografías de pasaporte y una cámara réflex de espejo automática. Después de tomar las fotografías para los pasaportes necesitaba otras fotos de las chicas que, evidentemente, debían mostrar más que los simples rostros. Debían posar de tal manera que atrajeran a los clientes. Era la única forma de poder venderlas con ganancia.

Al mediodía se encontraría con su contacto del departamento de Extranjería y le pasaría toda la documentación: pasaportes, datos personales y fotografías. Al día siguiente recibiría los nuevos documentos, necesarios para proseguir la venta a sus colegas de Rimini. Bruno de Kopfersberg lo había organizado todo a la perfección. Con estos documentos doblaba la inversión inicial. Los clientes pagaban al contado y en dólares. En temporada alta, los rusos sacaban provecho de la inversión rápidamente. Las chicas no veían ni un céntimo de lo que pagaban los clientes. La noche siguiente, Viktor Drakic daría a la persona que le había facilitado la documentación un sobre con diez millones de liras. Todos quedaban contentos y el riesgo era mínimo. A partir del martes ya no podía pasar nada. Hasta entonces, las chicas estarían bajo llave. Aunque ese tiempo no sería perdido, ya que antes de proseguir con su venta las necesitaban en el chalet. Y había que prepararlas para ello.

10.12 h

Marietta le pasó una llamada a pesar de su exigencia de no ser molestado. Era Ettore Orlando. Después de comunicarle su apoyo por lo sucedido disparó las novedades:

–Han encontrado a Kopfersberg.

–¿Qué? –Laurenti estaba sorprendido.

–Lo han sacado del agua a la altura de Chioggia. Se trata sin duda del cadáver de Kopfersberg. Estuvo como máximo dos horas cogido del gancho hasta que le arrancó las manos.

–¿Qué dices? ¿Que le arrancó qué?

–Las manos, he dicho las manos. De alguna manera consiguió agarrarse a algo. El piloto automático mantiene la velocidad elegida, pero cuando algo la frena las máquinas aumentan la velocidad. Está claro que algo se las arrancaría. Hay que tener en cuenta que son las extremidades más débiles, tratándose de un ser humano, claro. Aunque tampoco es que tuviera muy buena pinta, acababan de pasarme las fotografías. Le gustó a algún pececito y se cebó en él. Si bien no es ésta la causa de la muerte. Tenía agua en los pulmones.

–Así que se ahogó. ¿Y cómo lo han identificado? –Laurenti quería estar completamente seguro de que no se habían equivocado—. Apenas habrá huellas dactilares, ¿no?

–¡Estás sordo, Proteo! Siempre es difícil cuando se saca a alguien del agua, pero ¿te has mirado alguna vez los dedos después de pasarte un cuarto de hora en la bañera? Sus manos, o lo que quedó de ellas, seguramente podrán recuperarse algún día del fondo del mar junto con alguna bomba de la OTAN. El hombre llevaba sus papeles en los pantalones. Por eso las últimas pruebas han sido rápidas. No han tenido que buscar mucho.

–¿Nos lo suministrarán? –preguntó Laurenti en la jerga que se utilizaba para acordar la entrega del cadáver.

–¿Dónde quieres que te lo entreguen?

–Preferiblemente en la Via dei Porta –dijo Laurenti.

–Llegará en los próximos días a la sala de fiestas de Galvano. ¿Te alegra esta noticia?

–Para serte sincero, sí y no. Quedan demasiadas preguntas por responder. Lo único que sabemos con seguridad es el hecho de que está muerto. Nada más.

11 h – Sala de reuniones de la *Questura*

Durante el poco tiempo que le quedaba, Laurenti se preparó lo mejor que pudo.

Llevaba el informe de los controles de los últimos días en la mano. Cada día habían detenido en el Borgo a algunas de las prostitutas que no tenían los papeles en regla, para ser expulsadas inmediatamente. Jamás llegaría a entender por qué las fulanas y sus chulos se arriesgaban de aquella forma, sabiendo que acabarían siendo expulsadas del país mediante un procedimiento rápido. De alguna manera les debía de salir a cuenta. Se divirtió cuando intentó hacer una estadística: de quince prostitutas controladas se detuvieron cuatro, es decir, un 26,7 por ciento. Por otra parte, habían pasado de haber 13 a 15 prostitutas, lo que suponía un aumento del 15 por ciento. La estadística era una ciencia del diablo. No le ayudaba en nada.

En la sala de reuniones de la prefectura ya estaban montadas las cámaras de la RAI y de Tele Quattro. Sobre la mesa había dos micrófonos de la radio. Además había seis periodistas en la sala, dos de ellos del *Piccolo*. Uno era Decantro. Se atrevió a dar la cara. Era todo lo que los medios de aquel rincón del país podían ofrecer.

A la izquierda del *questore* se sentó el teniente coronel, que con una sonrisa presumida informó cómo los Carabinieri habían detenido con completo éxito a los inmigrantes ilegales. Contento con eso, se ahorró burlarse de la Polizia Statale. A su derecha estaba sentado Laurenti, que secretamente confiaba en que no se mencionara su asunto. Pero los periodistas estaban mucho más interesados en ello que en las lanchas neumáticas de color azul oscuro, sobre las que informarían, naturalmente, en la medida en que lo consideraran oportuno.

—¿Qué postura adopta el *questore* ante los reproches que se publican hoy en el *Piccolo*? —le preguntó el corresponsal de la agencia nacional de noticias.

—No existe ninguna razón para dudar de la integridad del comisario —empezó diciendo el director de la policía—. El comisario Laurenti es un reputado policía, que ha hecho grandes méritos. Su trabajo como policía está fuera de toda duda. He hablado con los dos agentes que acompañaron a Decantro. Niegan todos los reproches. En la noche del viernes al sábado controlaron a cuarenta y cuatro personas, retiraron dos permisos de conducir, según sus indicaciones la grúa retiró seis automóviles. Intervinieron en tres ocasiones por denuncia de ruidos. En el Borgo Teresiano pusieron once multas y allí comprobaron más de veinte coches. Además detuvieron a un borracho violento, resolvieron una pelea en un bar y pidieron la documentación a un ciudadano que hacía sus necesidades en plena calle. En un turno de diez horas ello supone como media una acción cada ocho minutos y medio. Así que no se puede hablar de indisciplina. En la noche del sábado al domingo... —la enumeración que siguió era parecida a la anterior. La estrategia del *questore* era claramente entretener a los periodistas. Éstos no estaban contentos con ello y mostraron su impaciencia con repetidos carraspeos y después con un

murmullo que no podía pasarse por alto. Finalmente el *questore* dejó que formularan sus preguntas.

—¿Es verdad que el comisario tiene relaciones con los ambientes de prostitución?

Laurenti no tenía ganas de seguir esperando. Desde hacía rato se movía intranquilo en la silla.

—¡Sí! —hizo una pausa teatral. Todas las miradas se fijaron en él—. Sí, tengo relaciones con los ambientes de prostitución, aquéllas que suele tener un policía. Tenemos contactos y soplones, ya que en determinadas investigaciones no haríamos nada sin ellos.

—¿Y qué es lo que le preguntó exactamente el viernes por la noche a la fulana? —el periodista mantenía en alto la página del diario con la fotografía. Algunos de ellos rieron.

—Le pregunté si aún seguía en el negocio. Conocemos a esta mujer desde hace más de veinticinco años. A su edad es víctima de la competencia. El domingo por la mañana estuve de nuevo en su casa, por si alguien me vio. Dicho sea de paso fui acompañado por un agente, no sea que surjan de nuevo malentendidos, *signori*. Se trataba de la misma investigación —Laurenti miró al público expectante.

Después explicó que las prostitutas no permanecían en la ciudad por mucho tiempo, ya que la mayoría sólo disponía de un permiso de residencia de tres meses, de medio año si habían cursado la petición en alguna administración como «artista». Nunca más tiempo. Las chicas debían viajar, pero para no tener que levantar el vuelo sus proxenetas casi siempre disponían de otros pasaportes para ellas, que utilizaban cuando se habían cumplido los permisos de residencia. O las enviaban a otro país, donde el procedimiento era idéntico.

—También —prosiguió— supone una aportación decisiva a la seguridad de los ciudadanos que la policía controle a estas chicas. ¿Por qué piensan ustedes que la misma Alleanza Nazionale pide la reinstauración de la «Legge Merlin», lo que no significa otra cosa que permitir la apertura de los burdeles en todo el país?

Y de hecho los neofascistas habían puesto sobre la mesa en las últimas semanas una y otra vez esta exigencia.

—Señoras y señores, las prostitutas no suponen un peligro. Hoy en día son las víctimas. Chicas jóvenes de Rusia, Rumanía, Albania, África y Sudamérica. Secuestradas o vendidas por la propia familia por un par de miles de marcos alemanes o de dólares. Con la promesa de trabajo como asistenta en una casa o de un permiso de residencia entran ilegalmente en el país. Son amenazadas, violadas, torturadas y pegadas hasta que ya no ofrecen resistencia. Son transportadas de ciudad en ciudad y no llegan ni a saber dónde se encuentran. No, señoras y señores, es mejor que sepamos dónde se encuentran, para así poder protegerlas mejor —oyó alguna exclamación— y poder llegar así hasta sus chulos, las bandas que operan entre bambalinas, las que realmente ponen en peligro la seguridad pública.

–Si le entiendo correctamente, está tomando usted partido por la prostitución –dijo la reportera de una radio privada.

–¡*Signora*, no estoy a favor de la prostitución cuando se trata de mujeres que son forzadas a ejercerla en contra de su voluntad! Y estoy a favor de la seguridad pública. No se consigue nada tapando un problema, como exige el *signor* Decantro, en lugar de solucionarlo –lanzó una severa mirada al joven, y éste la evitó.

–¿Y entonces qué hizo realmente en el Borgo? –insistió la periodista.

–Dejé que esta señora, con la que se me fotografió, me hiciera una descripción de la situación.

En la sala estallaron las carcajadas.

–¡Por lo menos conoce usted ahora bastante bien sus partes superiores!

Nunca había podido soportar a esta periodista vanidosa con sus gafas angulosas.

–Nos preguntamos cómo se pudo llegar a escribir un artículo de este tipo. Algo habrá de verdad en él –dijo ella.

Laurenti estaba a punto de estallar. Que un miserable inútil como Decantro pudiera obligarle a comparecer aquí clamaba venganza.

–Pregunte usted al honrado *signor* Decantro, que es el que ha escrito estos disparates –respondió Laurenti señalando hacia él–. Se encuentra entre nosotros.

Naturalmente Decantro no se hizo esperar.

–Sólo he escrito sobre lo que he visto con mis propios ojos –dijo poniéndose en pie–. ¡Ninguno de ustedes hubiera llegado a otra conclusión! Los ciudadanos de bien tienen derecho a disfrutar de una ciudad decente y segura. Si en una redada en el Borgo no se detiene a nadie, aunque en cada esquina haya apostada una prostituta extranjera, es que algo no funciona. Entonces uno se pregunta con todo derecho qué hace justamente un comisario un viernes por la noche pescado *in fraganti* en una situación tan comprometedora.

Las cámaras estaban enfocando a Decantro, que disfrutaba de su gran momento.

–Justamente nosotros, los periodistas –explicó de forma patética–, tenemos una responsabilidad especial. Si no hubiera escrito en el *Piccolo* desde hace algún tiempo sobre la penosa situación en el Borgo, no habría pasado absolutamente nada, y la miseria se habría expandido hasta hacerse absolutamente ingobernable. ¡Ésta es la obligación de los medios! –su egotismo moralino puso a los asistentes muy nerviosos.

–¿Se suspenderá del servicio al comisario hasta que se aclaren estas acusaciones? –preguntó el corresponsal de ANSA.

–No existe ningún cargo contra él –contestó el *questore*–. Sólo hay acusaciones sin fundamento alguno.

–¿Sin fundamento? –Decantro intentó intervenir de nuevo–. Yo sé lo que vi.

Laurenti estaba dispuesto a descuartizarlo.

–*Signor* Decantro –dijo muy tranquilo–, ¿desde cuándo es usted periodista?

—¿Qué tiene que ver con esto? Trabajo en esta profesión desde hace tiempo.

—Yo soy policía desde hace veintisiete años y desde hace veinticuatro ejerzo en Trieste. En todo este tiempo no hemos tenido nunca, con el asunto que usted ha convertido en su gran tema, ningún problema serio. Que el viernes por la noche no se presentaran en el Borgo por propia iniciativa está relacionado con el hecho de que el jueves por la noche detuvimos a algunas. Por lo demás, podemos afirmar que en Trieste vamos a contracorriente en comparación con el resto del país. En Italia se ha registrado como media, en comparación con el año pasado, un crecimiento del treinta por ciento de los actos delictivos. En Trieste estamos un diecisiete por ciento por debajo de la cifra registrada el pasado año.

—El viernes ya me hincharon a base de estadísticas. Yo sólo creo en lo que veo con mis propios ojos.

—El *Piccolo* publicó esta estadística hace una semana, *signor* Decantro. Podría haberla usted leído, si es que sabe usted leer. ¿Es verdad que está usted en prácticas en el periódico? ¿Y sabía usted que fui yo quien le envié con la patrulla?

—No debo sentirme ofendido por ello —dijo resoplando el joven.

—Señores, seamos objetivos —intervino el *questore*, antes de que Laurenti le pusiera la puntilla, lo que no hubiera despertado las simpatías de nadie—. Quisiera tranquilizar a todos los presentes, no hay motivo alguno para preocuparse. Consideremos como algo positivo que las esperanzas del *signor* Decantro fueron defraudadas. Gracias a la magnífica colaboración de todas las fuerzas del orden —en ese momento miró tanto al coronel como a Laurenti— la ciudad permanece tranquila y así será también en el futuro...

La rueda de prensa finalizó poco después y los tres policías abandonaron la sala. También los periodistas la abandonaron rápidamente. El oficial de los Carabinieri se quedó con el *questore*. Laurenti pensó de camino a su despacho que, con toda seguridad, éste hablaría sobre él a sus espaldas. Quería reflexionar sobre Fossa.

—Vaya asco de farsa provinciana —exclamó y se largó encogiendo los hombros y frunciendo la frente.

El teléfono móvil le arrancó de sus pensamientos. Una vez más era Ettore Orlando.

—Tengo otra noticia para ti —dijo—. Ha aparecido el joven Kopfersberg.

—¿Y cómo te has enterado?

—Porque ha tenido que registrarse cuando ha llegado con su lancha motora. Pensaba que podría interesarte.

—¡Mucho! ¡Muchas gracias! ¿Cuándo ha llegado?

—Ahora mismo. Ni siquiera ha atracado. Está en el muelle Sartorio.

Laurenti aún tenía las llaves de la motocicleta de su hijo en la bolsa. Se dio la vuelta bruscamente. Lo mejor era hablar enseguida con Spartaco de Kopfersberg.

Unos minutos más tarde giró en la *Pescheria* hacia la zona de aparcamiento y serpenteó por el adoquinado de grandes piedras repleto de baches entre los numerosos coches aparcados en dirección al embarcadero. Allí dejó la moto y prosiguió a pie. A esa hora había mucho movimiento en el puerto. El lunes la mayoría de los comercios cerraba y sus dueños aprovechaban el buen tiempo. Muchos atracaderos estaban vacíos, los más madrugadores hacía tiempo que se habían ido. Quien disponía aquí de un amarre era un privilegiado. Naturalmente que era caro tener amarrada la barca en medio de la ciudad, sobre todo porque era difícil encontrar un sitio, y quien lo conseguía ya no lo soltaba, aunque transitoriamente no dispusiera de una embarcación. Laurenti le preguntó al capitán del puerto del club náutico dónde se encontraban los amarres para los yates motorizados que estaban de visita. Le respondió con una mirada condescendiente. Se notaba que no tenía buena opinión de los barcos motorizados.

Laurenti no había visto nunca una embarcación como aquella. La Corbelli era enormemente larga y muy estrecha. No estaba hecha para viajes de asueto cómodos, sino más bien para fanáticos de la velocidad experimentados. A popa ondeaba una bandera que no conocía.

Un hombre de unos treinta años, de cabello rubio oscuro y piel morena, con unas cejas llamativamente claras, sacó el equipaje a cubierta y lo lanzó al muelle con la mano derecha. Laurenti se sentó en un bolardo y le observó desde cierta distancia. El hombre no tenía ninguna prisa y desapareció más de una vez bajo la cubierta. Finalmente cerró la escotilla y bloqueó la rueda del timón. Después saltó al embarcadero, donde amarró el barco por la proa, y se dirigió al muelle. Se colgó una cartera de cuero negro con una larga correa del hombro izquierdo, se colocó un maletín bajo el brazo izquierdo y con la mano derecha cogió una maleta con aspecto de ser bastante pesada. Fue en dirección a la salida. Laurenti se levantó cuando éste se acercaba y buscó su identificación. No la encontró en su cartera, donde siempre solía estar. Spartaco de Kopfersberg le miró con curiosidad. Se dio cuenta de que iba a ser interpelado por aquel hombre. A Laurenti no le quedó tiempo para pensar dónde había dejado su identificación. Ya la encontraría.

Pero en ese mismo momento le pasó otra cosa por la cabeza. El joven Kopfersberg no le conocía, así que ¿porqué iba a identificarse ahora para interrogarlo? Seguramente conseguiría los mismos pobres resultados que hasta ahora. Ya lo haría más adelante. ¿Por qué no simplemente se dedicaba a observarle? La mano izquierda del joven estaba vendada, lo que podía ayudar a Laurenti en sus propósitos.

—Buenos días —dijo saludando amistosamente a Spartaco—. ¿Me permite preguntarle qué tipo de barco es ése? Nunca había visto uno igual.

—Es una Corbelli —contestó el joven, aunque no hizo ademán de detenerse.

–Oh, está usted herido. ¿Me permite que le ayude? Déme usted la maleta –ya la tenía en la mano antes de que al otro ni siquiera se le hubiera ocurrido rechazar la oferta.

–Le puedo ayudar hasta la calle –prosiguió Laurenti–. El barco debe de ser muy rápido, ¿verdad?

–Gracias –dijo Spartaco cogiendo el maletín con la mano derecha–. Uno de los más rápidos, sí.

–¿Y de dónde viene usted, si me permite que se lo pregunte? No conozco esa bandera.

–El barco está matriculado en Yugoslavia –contestó Spartaco. Pero Laurenti sabía que la bandera yugoslava era diferente.

–¿Y qué velocidad alcanza? –Laurenti se dio cuenta de que no podía hacerle preguntas de corte personal si quería seguir hablando con él.

–Cerca de unos setenta nudos –contestó el joven Kopfersberg–. Dependiendo del viento y del tiempo.

–¿Ciento treinta kilómetros? ¿Sobre el agua? ¡Sensacional! ¿Y desde Yugoslavia? ¿Cuánto tarda hasta allí?

Spartaco echó un vistazo al reloj.

–Algo más de seis horas. Si uno tiene nervios de acero y una buena condición. Le sacude a uno bien los huesos. Aunque hoy el tiempo era bueno, apenas había oleaje.

Habían alcanzado casi la entrada de la zona portuaria y conversaban como dos deportistas orgullosos de los récords alcanzados.

–Fascinante. Me encantaría llevarla algún día –Laurenti siguió mostrándose interesado–. ¿Y no tiene uno que repostar a medio camino?

–No se preocupe, el depósito es suficientemente grande. Para un trayecto así es más que suficiente.

Laurenti dejó la maleta en el suelo una vez llegaron al aparcamiento y se despidió.

–Yo voy en esa dirección –dijo señalando con la cabeza la *Pescheria*–. Seguramente vendrá a recogerle alguien, ¿no?

–Sí, estará a punto de llegar.

–*Buongiorno* y feliz estancia en Trieste.

–Muchas gracias por la ayuda. *Buongiorno, signore* – Spartaco de Kopfersberg sonreía, aunque Laurenti ya se había dado la vuelta y proseguía su camino. No había que desechar la posibilidad de que la persona o personas que le recogieran pudieran reconocerle. Se escondió tras una furgoneta y observó a Spartaco, que no le había causado mala impresión.

No pasó mucho tiempo hasta que llegó un Mercedes negro con los cristales ahumados. Además del conductor se bajaron del coche Viktor Drakic y Romano

Rossi. Saludaron al hijo del austriaco. El conductor puso el equipaje en el maletero y se marcharon. Laurenti puso en marcha la motocicleta. Con este vehículo era imposible que les perdiera la pista por la ciudad. Incluso guardando las distancias podía avanzar fácilmente entre los coches. Siempre que le alcanzara la gasolina. Mirando el indicador se dio cuenta preocupado que no se había movido desde el sábado y que seguramente estaba estropeado.

El Mercedes giró hacia la Piazza Venezia y después se dirigió hasta el Corso Italia, donde se detuvo frente a la sede de la Banca Nordeste. El chófer permaneció en el coche, los demás se bajaron y entraron en el banco.

El coche esperó en la parada de autobuses. No había dónde aparcar, al igual que en todas las calles del centro de la ciudad.

Laurenti no tenía ganas de esperar. Llamó con el teléfono móvil a una patrulla de paisano y les encargó la labor de seguirlos. Entonces volvió a la oficina.

Problemas de tráfico

La guardia urbana no daba abasto. El tráfico rodado de la ciudad había aumentado en los últimos dos años de forma extrema. Finalmente también había aumentado el turismo. Los hoteles hablaban de récord de reservas.

También había aumentado el tráfico pesado. Las líneas Anek, la compañía de transbordadores que conectaba con Grecia, había puesto en servicio un nuevo barco, que tenía tres veces más capacidad para camiones que el viejo *Sophokles Venezelos*, que por cierto seguía prestando su servicio. Este coloso entre los transbordadores sobrepasaba las casas neoclásicas de seis pisos de altura de la Stazione Marittima en bastantes metros. Pero también la conexión con Turquía, que tras el terremoto prácticamente se había roto, volvía a funcionar a toda marcha. Incluso más intensamente que antes, ya que la EAUI, la Agencia Europea para Intervenciones Rápidas, con sede en Viena, había decidido que la ayuda humanitaria destinada la zona afectada por el terremoto pasara por Trieste en detrimento de Apulia. Los medios no habían dejado de informar sobre cómo los contenedores para Kosovo estaban varados desde hacía meses a pleno sol en el puerto de Bari y cómo su contenido se estropeaba y nadie se hacía responsable. También habían comunicado que la ayuda era saqueada y repartida en Albania, Kosovo o Montenegro, sin que nunca llegara a sus verdaderos destinatarios. Este tipo de noticias hacía peligrar las acciones de ayuda humanitaria entre la población y reforzaba el prejuicio del derroche a escala europea. Y Trieste se aprovechaba del hecho de que ahora este tráfico pasara por la ciudad. Por una vez, Trieste sería protagonista de todos los medios. Las líneas marítimas y las empresas de contenedores habían entregado sus ofertas y también las navieras habían ofrecido a

la EAUI sus servicios como proveedores generales. Las autoridades se servían siempre de estos intermediarios para las ayudas en muchas partes del mundo, ya que ellas mismas no disponían del *knowhow* necesario y tampoco tenían la voluntad de adquirirlo. El pedido le fue concedido a la pequeña empresa triestina TIMOIC, que evidentemente disponía de mejores contactos con las autoridades que las demás por su sociedad afiliada ATW en Viena. Las grandes agencias y empresas de expediciones no se enteraron de esta decisión tomada por la EAUI. En los telediarios esta decisión a favor de Trieste fue unánimemente bien recibida, aunque en las entrevistas se expresó la esperanza de que esta ayuda no se repartiera de nuevo a espaldas de los damnificados.

El problema con el tráfico empezaba ya al norte de los Alpes. En junio tuvo lugar el horrible accidente en el túnel de Tauern y de esa forma se cortó una de las conexiones principales con Italia. El Ministerio de Transportes prohibió que los camiones circularan por las autopistas hasta nuevo aviso. Los conductores protestaron durante semanas con caravanas kilométricas en las principales vías. El tramo de Brenner se había convertido en un infierno, el de Gotthard no era mucho mejor y además, a causa del accidente de un camión, la conexión al oeste a través del túnel del Montblanc también se vio afectada. Quien ese año se atreviera a viajar a Italia con su propio coche para pasar las vacaciones se había ganado por méritos propios una medalla de estaño con la imagen de San Antonio.

También la autopista, que rodeaba Trieste por el Carso, y que al este descendía en pendiente hasta el nivel del mar, de modo que los camiones sólo podían ir a marcha lenta, ya no daba de sí. Debían coger la Sopraelevata de cuatro carriles, que pasaba por los astilleros, ir hasta Campo Marzio, pasar junto a los edificios grises y alargados de hormigón del mercado central de pescado y verduras, y girar hacia la Riva Traiana por detrás de la vieja estación de ferrocarriles, llegando así a los muelles de carga de Ausonia, donde esos monstruos aparcaban a una distancia de medio metro uno junto al otro hasta que empezaba la descarga. En los muelles VI y VII se encontraban los cargueros. Se cargaba las veinticuatro horas del día.

12.40 h

Sgubin ya le esperaba en su despacho. Estaba enfrascado en la lectura del periódico, que le había estropeado el día a Laurenti.

—Vaya marranada —dijo—. Me gustaría saber quién está detrás de todo esto. Es imposible que lo haya organizado él solo, me refiero al idiota de ese periodista en prácticas. Alguien quiere sacarle de la circulación, jefe.

Laurenti se había hecho el firme propósito de no pensar hasta entonces en el asunto.

–¿Tú qué piensas? –quiso saber Laurenti. Sentía curiosidad por conocer la opinión del cabo asistente–. Y deja ya de llamarme de usted. Hace tiempo que nos conocemos.

–Gracias, jefe– contestó Sgubin algo confundido–. Por lo que sé, en estos momentos tienes tres problemas: el Borgo, el austriaco y los Jartov.

–Sólo Leonid Jartov, Olga pertenece a los Carabinieri.

–Yo también creo que alguien ha ido por ti –intervino Marietta entrando en el despacho desde la antesala y sentándose con ellos.

Laurenti ya estaba en disposición de soportar las muestras de solidaridad. Puede que hasta le fueran bien.

–¿Existe quizá alguna relación? –Sgubin dibujó dos círculos en un trozo de papel.

–Esto es el Borgo, ésta es la villa del austriaco. ¿Qué más tenemos?

–Sgubin, ¿de verdad te vas a poner a dibujar ahora?

–¡Siempre tengo que visualizarlo todo! Es sólo un intento. ¿Qué más tenemos?

–Olga y Leonid –dijo Laurenti a regañadientes.

Sgubin dibujó un nuevo círculo, dentro del cual había dibujados otros dos. Parecía la ecografía de los embriones de unos gemelos en el vientre de su madre.

–Olga había hecho la calle en el Borgo –recordó Laurenti– y Lilli me dijo el viernes que estaba empleada en la villa.

–Eso es lo que nos contó durante nuestra visita el domingo por la mañana –Sgubin hizo un nuevo trazo.

–No te olvides de Elisa, la mujer del austriaco –dijo Laurenti–. Haz otro círculo en la parte superior.

–¿Algo más? –preguntó Sgubin mirando con ojos interrogantes tanto a Laurenti como a Marietta.

–El diario y las fotografías.

Sgubin dibujó torpemente un libro debajo del círculo de Elisa. Las fotografías las incluyó en un rectángulo junto a la villa.

–La llamada –dijo Marietta–. ¿No te dijo el *questore* que le había llamado el presidente de la Unión Naviera para informarse el segundo día tras la desaparición de Kopfersberg?

Laurenti reflexionó durante un momento, asintió con la cabeza y dijo vacilante:

–Y Cardotta llamó a primera hora de la mañana del sábado. El diputado de Forza Italia.

–No nos lo habías dicho hasta ahora –dijeron Marietta y Sgubin al unísono. Sgubin dibujó otros círculos en la hoja.

–¿Y qué quería?

–Presionaba por el caso Kopfersberg. Que era una persona importante para la ciudad por la ayuda a Turquía, que gestiona TIMOIC.

–¿Crees realmente que existe una relación? –preguntó Marietta.

–¡Y yo qué sé! –exclamó Laurenti torciendo la boca hacia abajo–. La verdad es que suena extraño. Sgubin, escribe junto a la villa sus nombres y traza un nuevo círculo para la empresa que englobe a Eva Zurbano y Viktor Drakic.

Sgubin fue a buscar una nueva hoja y pasó a limpio los esbozos para hacerlos más legibles en el centro de la página en blanco. Después arrugó la otra y la lanzó describiendo un amplio arco en dirección a la papelería. Falló el lanzamiento por muy poco.

–Ah, y no hay que olvidarse de Decantro –dijo Sgubin completando la hoja.

–Y... –empezó a decir Laurenti vacilando, hasta que se puso en pie y cerró la puerta de su despacho–. Lo que voy a decir ahora debe quedar estrictamente entre nosotros. Sgubin, no debe salir ni una palabra de aquí. No es algo bonito y quizá esté equivocado: y... ¡Fossa!

Sgubin se había encogido de hombros y le miraba con la boca abierta.

–¿Fossa? –dijo pronunciando el nombre alargando las vocales muy lentamente.

–Sí, es posible que Fossa esté relacionado con la villa de la Via dei Porta. ¡Es posible! Como ya he dicho, no dispongo de nada en concreto a lo que acogerme y además tengo muy claro que resulta muy aventurado sospechar de un agente como Fossa. Está a punto de jubilarse, desde hace no sé cuántos años dirige las patrullas; todos le respetan, hasta casi la veneración, diría yo, pero hay algo que no me cuadra: siempre que él ha estado a cargo de los turnos la policía nunca ha intervenido cuando han llegado quejas de los vecinos de la Via dei Porta. Se ha tomado nota de la denuncia, pero no se ha enviado a nadie. Además, me prometió que Decantro iría acompañado de dos agentes de completa confianza. Me recomendó encarecidamente a Vicentino y a Greco.

–¿A esos dos? –a Sgubin se le torció el rostro–. ¡Pero si son unos *pezzi di merda*! ¿Por qué lo hizo? ¿Y por qué no me dijiste nada? Podría haberme ocupado yo mismo de Decantro.

–Sgubin, no puedes estar en todos los sitios a la vez –dijo Marietta.

Sgubin dibujó titubeando en la hoja y con un leve trazo una pequeña letra «F» muy bien conseguida. Después unió los círculos y movió la cabeza de un lado a otro.

–Simplemente, no me lo puedo imaginar. ¡Fossa! Miró perplejo a su alrededor.

–Yo tampoco, Sgubin –dijo Laurenti–, ¡pero explícame por qué me ha echado a perder el asunto con Decantro! Ahora mismo no puedo descartar ninguna posibilidad. Y, maldita sea, que esto no salga de aquí. De verdad, ¡juradme que no saldrá una palabra de vuestra boca!

Marietta alzó la mano y Sgubin asintió con la cabeza. Callaron un momento. Laurenti observó de nuevo la hoja.

–Está también Romano Rossi –dijo escribiendo el nombre en un espacio que

quedaba libre entre los círculos destinados a la villa y a la empresa.

–¿Quién? –preguntaron Marietta y Sgubin al unísono.

–¡Romano Rossi! ¡Ya os lo he contado!

–¿Quién es ese Rossi? –quiso saber Marietta.

–Mi madre identificó a Rossi el viernes por la noche. Se aloja en el Duchi d'Aosta y algo me dice que no es su verdadero nombre. Sgubin, pensaba que ya te había preguntado por él. Se reunió con Eva Zurbano. Y hace un rato ha ido a recoger al joven Kopfersberg al puerto. Yo mismo estaba allí.

Sgubin lanzó el lápiz sobre la mesa. Quería objetar algo, pero Marietta fue más rápida.

–No es que tenga nada contra tu madre –dijo Marietta–, pero ¿de verdad te parece bien andar así por la vida? Si te hubieras dignado a decir algo, hace tiempo que ya sabríamos quién es ese Rossi. ¡A ver si hablamos un poco más!

–¡Está bien! –reconoció Laurenti alzando la mano–. Últimamente se han amontonado los acontecimientos. Demasiados para tan pocos días. La verdad es que se me han escapado bastantes cosas.

–Ahora mismo me pongo a buscar quién es ese Romano Rossi. Aunque, como ya te he dicho, podría haberlo hecho el mismo sábado. Ahora sabríamos más. Voy a ver qué nos dice el ordenador sobre él, si es que está fichado.

–En el ordenador no hay nada. Sgubin ya lo ha mirado –dijo Laurenti. Sabía que ella tenía razón con el reproche–. Comprended que no quiera estropearos vuestro tiempo libre por cualquier tontería.

–Pues a mí me llamó un tal Proteo. El sábado por la noche, por cierto. Lo había olvidado.

–Lo que me faltaba, dos calcificados –le interrumpió Marietta de mal humor, aunque Sgubin prosiguió inalterable.

–Tenía tras de mí ocho días de servicio completo y horas extras. Fue justo antes de irme el sábado... ¡Así que no te cebes conmigo! ¿Pero adónde se dirigían Rossi y el joven Kopfersberg? –preguntó Sgubin–. ¿Pudo, quiero decir, pudiste seguirles la pista?

–Les seguí hasta la Banca Nordeste en el Corso Italia. Los tres entraron allí.

Sgubin cogió de nuevo el lápiz y dibujó un círculo para Rossi cerca del de la empresa y por encima del círculo de la villa.

–¿Qué quieres decir con tres? ¿Quién más? –Marietta no entendía nada.

–Drakic, Rossi y Kopfersberg.

–¿Drakic? De él tampoco habías hablado –dijo Sgubin–. ¿Quién de los dos?

–Viktor Drakic.

Sgubin dibujó un nuevo círculo para el banco en la hoja.

–¿Pero quién es Rossi? Tenemos a la Zurbano. Y aquí al joven Kopfersberg, a Drakic y además la Banca Nordeste –Sgubin apretó en este punto tan fuertemente

con el lápiz, que hizo un pequeño agujero en el papel y la mina dejó una pequeña mancha oscura en la superficie de la mesa.

—No debe ser antipático este tal Rossi. Lo único que tiene en contra es que siempre le acompaña un guardaespaldas, que se ve que entiende de su oficio. Por lo demás, parece un empresario. Por eso mismo puede que realmente se trate de alguien muy importante. No hay tantos hombres de negocios que vayan acompañados de gorilas. No entiendo muy bien que en el asunto de la ayuda a Turquía esté involucrado un pez tan gordo. Y si no es así, ¿de qué se trata realmente?

—Añade, por favor, «Turquía» —dijo Marietta.

—¿Nos olvidamos de algo? —preguntó Laurenti.

—Sí, jefe. Las muchas chicas de la villa. ¿O también forman parte de la ayuda humanitaria para Turquía?

Laurenti asintió con la cabeza.

—¡Vamos, añade otro círculo más!

Sgubin dibujó un nuevo círculo entre la villa y el Borgo y unió los tres con un trazo.

—¡Un dibujo interesante! —exclamó Sgubin manteniendo la hoja en alto—. ¿No os parece? ¡Una obra de arte!

De repente todo estaba relacionado, incluso Decantro y los dos prominentes personajes que le habían llamado. La ayuda para Turquía estaba en el aire, así como la relación con el viejo caso «Elisa» de veintidós años atrás, que oficialmente seguía archivado como resuelto, pero que ahora volvía a salir a la luz por el diario que le había dejado Olga a su vecina junto con las fotografías. ¿Pero por qué Olga estaba en posesión de aquel material? Tampoco podían incluir a Fossa sin más. Y sobre Rossi sabían demasiado poco. Marietta se ocuparía de él.

Sgubin, que a partir del martes se reincorporaba al servicio, decidió en contra de las objeciones formales de Laurenti, darse de baja por enfermedad. Era la única forma de que Fossa no se diera cuenta de que participaba en las investigaciones. Se ocuparía de nuevo del tema de la villa. Laurenti quería hablar pronto con Spartaco de Kopfersberg sobre el asesinato de su padre. También seguían su curso las investigaciones del caso Jartov. Y aún seguía siendo una incógnita quién le había tendido una trampa a Laurenti.

Proteo estaba agotado, aunque sólo fuera mediodía. De no haber comido nada, se le había hecho un agujero en el estómago, aunque no tenía apetito. Decidió irse a casa y echarse una media hora. La impresión de la mañana había sido grande. Como siempre que se encontraba en una situación de tensión, tenía mucha sed y

no paraba de beber agua. También se sentía así cuando abandonaba la consulta del dentista. Sabía que bastaba media hora de sueño para sentirse mejor.

Se enfrentó al sofocante calor del exterior. Hasta el aire parecía haberse largado a otra parte. Miró hacia arriba y vio una estrecha bruma blanca que se había superpuesto al azul del cielo. La humedad ambiental debía de rondar el ochenta por ciento y la temperatura exterior unos treinta y cinco grados como mínimo. Pese al calor, decidió no utilizar el coche. Puso en marcha el dispositivo de arranque de la motocicleta, que enseguida respondió como siempre, aunque después de un par de brincos y de un apagado estertor se negó a ponerse en marcha. Según el indicador, el depósito estaba lleno en su cuarta parte. Laurenti blasfemó en voz alta. Si algo iba mal, entonces todo iba mal. Los días que empiezan siendo un desastre acaban siendo un desastre. Laurenti empujó la motocicleta. Podía dejarla ir pendiente abajo sin motor, aunque fuera en contradirección y en una vía de un solo sentido. Poco antes de la librería Einaudi había una gasolinera, que esperaba estuviera abierta. Los coches que le venían en contra le pitaban. Le daba igual. Poco después, una patrulla le cortó el paso. Ya veía la gasolinera. «Sólo me faltaba eso», maldijo, pero los agentes le saludaron en cuanto reconocieron al comisario y le dejaron pasar.

El depósito tenía una capacidad de seis litros, lo que suponía doce mil ochocientas liras. Sin embargo, cuando Laurenti fue a sacar la cartera del bolsillo no la encontró. La frente se le perló de sudor. En su camisa azul se formaron grandes manchas oscuras. Se acordó que había dejado la cartera encima de su escritorio, con el fin de que le sirviera de recordatorio de que se tenía que ocupar de su identificación perdida. Estaba como un adolescente frente al empleado de la gasolinera diciéndole que se había olvidado el dinero y que por la tarde volvería y le pagaría. ¡Se lo prometía!

–Y esperaré hasta que me muera –le lloró el empleado–. La motocicleta se queda aquí o llamo a la policía. Déme usted las llaves.

–Yo soy la policía –le gritó Laurenti.

–¿Ah sí? Enséñeme usted la identificación.

–¡*Porcaputtana*, ya se lo he dicho, está con el dinero! – Laurenti buscó en el manillar el botón de contacto–. Tenga usted confianza, amigo mío, ¡no puede ir uno por ahí incriminando a los demás como si nada!

–¡Esto es demasiado! –el empleado de la gasolinera se puso furioso. Se agarró fuertemente a la Vespa cuando Proteo intentaba ponerla en marcha. Laurenti estaba blanco de ira, levantó el brazo derecho y le amenazó con darle un puñetazo. Pero el empleado no soltaba la moto. Se miraron rabiosos.

–¡Pero si es usted el que aparece en el diario! –apareció un segundo empleado, mayor que el anterior–. ¡Espera un momento! –se metió en la caseta y volvió con el *Piccolo* en la mano, señalando la fotografía.

Laurenti había tocado fondo. Estaba allí con la motocicleta de su hijo y de repente se acordó de que hacía tres días que viajaba sin los papeles del seguro en regla. ¡Cómo podía haberlo olvidado! Por un momento ya no vio a los otros dos, después sus voces se fueron haciendo cada vez más claras. Los dos le habían dado la espalda, miraban el periódico y comentaban la noticia. Laurenti pensó por un momento en largarse sin más.

—Déjale ir. Está con el agua al cuello —dijo el mayor de ellos—. ¿Cuándo nos traerá el dinero?

—Tan pronto como pueda —respondió Laurenti. Puso la moto en marcha, que renqueó hasta que expulsó el aire del carburador, y se marchó sin despedirse. Ahora debía conducir con mucho cuidado, no podía pasarle nada. Y sin embargo condujo cien metros en contradi dirección por una calle de un solo sentido.

A Proteo le despertaron las voces de Laura, de los niños y de su madre, que ya habían vuelto de San Daniele. En cuanto llegó a casa se duchó y se tumbó con la bata puesta en el sofá del comedor. Para dormirse echó un vistazo al periódico, un somnífero infalible.

Mientras dormía soñó profusamente. En su sueño aparecía Tatiana Drakic, los Kopfersberg, padre e hijo, Lilli, su madre y el repelente muerto de Montebello, con el cráneo reventado por el tiro y el cerebro despanzurrado, en el cual se había cebado el perro. Y una y otra vez la villa, Tatiana en la piscina y un montón de chicas guapas, rubias y desnudas de rasgos eslavos. Aún tenía el periódico encima, pues aunque se había dormido no lo había soltado por completo. ¿Cuánto tiempo había dormido? Tenía sed y se sentía agotado. Lentamente se incorporó, se tapó la cara con las manos, se frotó los ojos, soltó un enorme bostezo y se levantó. De repente se abrió la puerta del comedor.

—¿Papá?

Su hijo Marco estaba sorprendido de encontrar a su padre en casa.

—*Ciao*, Marco —Proteo se alegró. Su familia estaba de nuevo en casa—. Ya habéis vuelto.

—Sí y no —dijo Marco—; cojo el bañador y ahora mismo voy a darme un chapuzón. ¿Dónde están las llaves de la motocicleta?

—¿Ya has pagado?

—Esta misma mañana, en la estafeta de Correos de San Daniele. La abuela me dio el dinero.

—¡Vaya suerte la tuya!

Laurenti saludó a los demás con un gesto y le rogó a Livia que le hiciera un café. Después se fue al baño, se metió de nuevo en la ducha un buen rato y por fin volvió en sí.

Ahora se sentía mejor; su familia estaba de nuevo en casa y podía hablar con

Laura tranquilamente. Había dormido una hora y media, mucho más de lo que hubiera querido. Eran las cuatro de la tarde.

Restaurante del hotel Duchi d'Aosta

Los agentes de paisano que habían esperado durante dos horas frente al banco la salida de los tres visitantes continuaron su seguimiento. El coche los llevó al hotel Duchi d'Aosta, donde iban a comer. También estaba presente Benedetto Rallo, el director de la Banca Nordeste. Aquel tal Rallo cuya fotografía Laurenti había visto por casualidad en la cartera de Eva Zurbano y que era un estrecho confidente del viejo Kopfersberg.

Ambos agentes se quedaron vigilando muertos de hambre a la sombra del antiguo edificio del Triestiner Lloyd fumando un cigarrillo tras otro. Muchos triestinos se preguntaban quién había concedido el permiso al hotel para construir en la Piazza Unità aquel asqueroso pabellón pegado al restaurante. Resultaba un cuerpo extraño en la Piazza y estropeaba la clara concepción geométrica de la misma, tal como se había diseñado en el siglo XIX. Entre los viejos edificios que se derribaron entonces para el proyecto de la nueva plaza estaba el Locanda Grande, donde presuntamente el 8 de junio de 1768 fue asesinado Johann Joachim Winckelmann a su vuelta de Roma. Un caso de asesinato que entonces pareció resolverse, pero que hoy en día presenta sus lagunas. De aquella época quedó la fastuosa fuente de los cuatro continentes conocidos por aquel entonces. Ambos agentes se acercaban una y otra vez a ella y se refrescaban los brazos en el agua. También Laurenti pasó por allí de camino a la oficina.

El almuerzo se alargó bastante. Spartaco de Kopfersberg, Viktor Drakic, Benedetto Rallo, Vincenzo Tremani y su sombra, Pasquale Esposito, permanecían sentados en el pabellón climatizado y estaban tomando el café. Laurenti supo por los agentes que no había casi nada que informar. Cruzó la plaza con su asfalto hirviendo bajo el sol.

Lo que no sabía es que Spartaco de Kopfersberg le reconoció a través de la ventana.

—Es él —le dijo a Viktor Drakic señalando con la mano a Laurenti—, es el hombre que me ha ayudado esta mañana con el equipaje.

Drakic miró a Spartaco sorprendido.

—¿Has estado hablando hoy mismo con un poli?

—¿Policía? —Spartaco estaba sorprendido.

—Sí —dijo Drakic—. Ese tipo dirige la investigación del caso de tu padre. ¿No lo sabías?

—No tenía ni idea —respondió Spartaco—. Sólo me ha preguntado por el barco.

Creía que era alguien que estaba dando una vuelta.

–Entonces ya sabe que estás en la ciudad –Drakic dio vueltas a su anillo con dos dedos de la mano izquierda–. Pronto te interrogará. Me pregunto por qué no se ha dado a conocer enseguida.

–Quizá ha sido una casualidad, ¿no?

–¡Nunca! Simples trucos de la policía –dijo Tremani interviniendo con una voz cortante en la conversación. Los demás callaron al momento–. Estoy seguro de que no esperará mucho. No tienen prisa, pero tampoco paciencia. Y sobre todo no tienen nada concreto entre manos. Mantente tranquilo, Spartaco. Y amable. No será la última vez en tu carrera que te interroguen. ¿Qué puede pasar?

–Los negocios prosiguen –afirmó Spartaco decidido–. Mi padre también lo hubiera querido así.

–Y eso que el asunto es misterioso –dijo Benedetto Rallo–. Su padre siempre se había sentido seguro. Se podía confiar en él. ¿Quién podía estar interesado en asesinarlo?

–Tremani, ¿sabes tú algo al respecto? –Spartaco se le quedó mirando sin moverse.

–¡Sois vosotros los que tenéis la respuesta a esa pregunta! –Vincenzo Tremani era inalterable. Miró a Drakic inquisitivamente, pero éste encogió los hombros.

–¿Por qué me miras a mí? Yo no sé nada. Los rusos no han sido. Ya he hablado con nuestros amigos de Rimini. No tenían queja alguna. Muy al contrario. A mí también me gustaría saber quién intenta alterar el curso de nuestros negocios –respondió Drakic–. También de nuestros amigos de Lecce me gustaría recibir una negativa rotunda.

–Nunca nos molestó –dijo fríamente Tremani–. ¿Quién se beneficia de su muerte, eh Drakic? ¿Ya has reflexionado sobre eso? ¡Tú y Spartaco!

–¿Nosotros? –preguntó Drakic.

Tremani miró a través de la ventana.

–No te hagas el tonto, Viktor. ¿Qué pasa con Eva? –preguntó. Estaba claro que Tremani era el hombre con más autoridad entre ellos–. ¿Has hablado ya con ella?

–Sí –respondió Drakic fastidiado–. Eva también dice que no sabe nada.

–¿Le has interrogado como deber ser? ¿Sigue siendo su compañera? –quiso saber Tremani.

Benedetto Rallo se rascó nervioso la mano derecha.

–La he pasado por el chino –contestó Viktor Drakic. Miró a Tremani fríamente. Rallo carraspeó y se removió inquieto en su asiento. Hacía unos días que no veía a su amante y no estaba al corriente.

–Quizá sí debería abandonar pronto la empresa –contestó Tremani.

–También se lo he dicho –contestó Drakic–. Me parece que lo ha entendido.

–¡Eso lo decido yo! –dijo fríamente Spartaco–. Yo dirijo ahora la empresa. ¡Nada se hace sin mi consentimiento! ¿Está claro? ¿También para ti, Viktor?

Durante un momento reinó un silencio desconcertante.

–Este tema de la sucesión lo solucionaremos cuando se hayan ido nuestros invitados. Hasta entonces cada uno resolverá sus asuntos, tal como estaba planeado. Spartaco se hará cargo mientras tanto de los asuntos de su padre. Y sobre el futuro hablaremos más tarde –la voz de Vincenzo Tremani fue, por una vez, nada suave, más bien áspera, fuerte y amenazadora. Sólo que el volumen seguía siendo el de siempre.

–¡Y nada de disparates! El negocio es provechoso para todos. La carga es cada vez mayor. Ya tenemos controladas las vías de expedición, los proveedores y los expedidores pagan tal como está convenido. Ahora también hay demanda de contenedores vivienda. Ya no hay nada más que se pueda ofrecer para la ayuda humanitaria. Y algo más... –Tremani permaneció un instante callado. Nadie se atrevió a decir nada. Spartaco de Kopfersberg miraba serio, Drakic hizo un nudo con los dos extremos de la servilleta, que cerró lentamente y de un tirón. La frente de Rallo estaba perlada de sudor, a pesar del aire acondicionado–. Quien nos quiere engañar sólo lo hace una vez. ¡Tenedlo en cuenta! ¡Tu padre lo intentó, Spartaco! Pero soy generoso. En tu favor doy por hecho que no sabías nada. ¡Y tú tampoco, Drakic!

–No entiendo... –repuso Spartaco, pero Tremani le interrumpió.

–Sólo te diré que tu padre desvió dinero –señaló al director del banco. Rallo afirmó con la cabeza.

–Tenía que decirlo –dijo intentando defenderse frente a Spartaco. Se volvió, carraspeó por dos veces y prosiguió–. Os lo advierto –dijo entonces–, ¡dejad a Eva en paz! ¡Si no está ella, yo tampoco!

–Esto sí que es interesante –exclamó Viktor Drakic mirándolo cínicamente–. ¡Las emociones fuera, Rallo! Bancos los hay a patadas. ¡No olvides nunca el negocio! –miró a Tremani y esperó su conformidad.

–¡No se hará nada sin mí! –Spartaco de Kopfersberg golpeó la mesa con la mano–. ¡Eso vale para todos! ¡También para nuestros amigos de Lecce! –y bajando la voz añadió–: ¡Sólo lo diré una vez!

Tremani sonrió.

–No os alteréis. Pensad en mañana. ¡Y no hagáis tonterías!

Desplazó la silla de la mesa y se puso en pie. También Pasquale Esposito se levantó.

–Hasta pronto –dijo Tremani.

16.25 h

Al menos en un punto tenía razón Vincenzo Tremani al describir a los policías,

sobre todo en lo que se refería a Proteo Laurenti: era impaciente. Era impaciente hasta la exasperación y en eso no había cambiado un ápice. Tanto en su profesión como en su vida privada. Lo era con los demás y lo era consigo mismo. Cuando conoció a Laura, ésta huyó muchas veces de él por su impaciencia. A pesar de la atracción que le producía aquel hombre tan especial, que no respondía a la imagen convencional que se tiene de un policía, ya sólo por su afición a la pintura y la literatura, dudó bastante antes de aceptar su propuesta de matrimonio. Laurenti salía con la que sería su mujer hacía más de un año, le enviaba flores, la llevaba a comer, le regalaba libros y la colmaba con tantas atenciones, que ella acabó convencida de una cosa: si se entregaba a aquel hombre, éste, como un niño obstinado, nunca la abandonaría. Laura lo mantuvo a distancia y, por ello, Proteo sufrió tanto, que cada vez que le rechazaba se encerraba en sí mismo, se enfrascaba en sus libros e incluso a sus más estrechos amigos les chocaba su actitud.

Pero nunca pudo sacarse de la cabeza a Laura. Y en algún momento ganó la partida. La ganó a ella y casi se perdió a sí mismo en el intento.

Lo único que no podía controlar era su impaciencia. A última hora de la tarde, de camino a la oficina, tuvo esa conocida sensación de inquietud al pasar frente a la *Questura*, donde prestaba su servicio el jefe de las patrullas móviles. Tenía una cuenta pendiente con Fossa. Laurenti estaba convencido de que le había puesto dificultades. Había confiado ciegamente en él y a cambio ahora era el hazmerreír de la ciudad.

Aunque hubieran acordado con el director de la policía mantener el asunto en silencio, Laurenti se encaminó hacia la *Questura* enfurecido. Ya no podía reprimir más su rabia. Atravesó la entrada a grandes zancadas con la vista fija y llena de furia. La agente uniformada, con el cabello graso y la mirada fría, que vigilaba desde su atalaya que no entrara ningún indeseable en la prefectura de policía, le miró perpleja.

Fossa ya se había extrañado durante todo el día de no tener noticias del comisario y de no haber recibido ninguna llamada furiosa de su secretaria. Nunca había soportado a aquella fiel víbora de Marietta.

Laurenti abrió de golpe la puerta de las oficinas de la central de patrullas y entró en la gran sala de control. Pasó junto a los agentes, que se ocupaban de los mandos electrónicos con las innumerables lamparitas y botones para controlar el tráfico a distancia con cascos y micrófonos. Al final de esa sala se encontraba el despacho de Fossa. Ya había visto a Laurenti a través de la gran cristalera y se había puesto en pie. Fossa llevaba la camisa de uniforme de manga corta con hombreras. Por la camisa azul de Laurenti ya se habían extendido de nuevo las obligadas manchas de sudor. Se quedaron uno frente al otro como gallitos de pelea.

—¿Qué intenciones tenías, Fossa? —Laurenti movía la mano derecha arriba y abajo con el pulgar y el índice pegados.

—¿Por qué te pones así? —le respondió Fossa—. ¿Qué quieres que hagan mis hombres cuando se te ha visto con las putas?

—¡No hablo de eso! —Laurenti había subido el tono de voz y los agentes del exterior aguzaron el oído—. Tenías órdenes de elegir a unos agentes de toda confianza. En lugar de eso, vas y escoges a los más grandes idiotas que podías encontrar. ¿Por qué, Fossa, por qué? ¡Dime! ¿Por qué lo has hecho?

—¡No me considero culpable de nada! Vicentino y Greco son absolutamente de fiar. En todo caso, los medios informan de lo que les da la gana. ¡Y además yo mismo te aconsejé desechar esa idea tan idiota de enviar a un chupatintas con la patrulla!

Fossa se quería sentar, pero Laurenti le cogió de los hombros y lo atrajo de nuevo hacia sí. Fossa quiso deshacerse de los brazos de Laurenti. Sus cabezas estaban separadas sólo por unos cuantos centímetros.

—¡Fossa! Has actuado desobedeciendo mis órdenes. Voy a abrir un expediente disciplinario contra ti.

—¡Haz lo que quieras, Laurenti! ¡Me importa una mierda! En menos de año y medio habré abandonado el cuerpo. Una investigación no cambiará las cosas. Y además nadie va a ascenderme ya. Hace tiempo que lo tengo claro. ¡Haz lo que te de la gana!

—¡Exijo un informe por escrito, Fossa! ¡Lo quiero mañana a las ocho! ¡Y de paso me traes el historial de Vicentino y Greco! Tendrás ocasión de asombrarte —Laurenti no dejaba de golpearle con el dedo índice en el pecho, aunque Fossa le sacaba una cabeza y era dos veces más ancho—. ¡Es una orden! ¿Me has entendido? ¡No arriesgues demasiado, Fossa! ¡Te saldría mal la jugada!

Los agentes de la sala se habían puesto en pie y estaban apelotonados formando un semicírculo al otro lado del vidrio. Hacía tiempo que no ocurría algo así.

Fossa sabía que no podía pasarse de la raya.

—¡A sus órdenes! —dijo, golpeó los talones, saludó y se quedó un rato en postura marcial. Su rostro insinuaba una ligera sonrisa—. Lo he oído. ¡Ahora tengo trabajo!

—Mañana a las ocho —dijo áspero Laurenti—. ¡Y sé puntual! —entonces se dio la vuelta y salió en tromba del despacho. La puerta, que aún permanecía abierta, la cerró con tal violencia que la gran cristalera tembló. Tres hombres se hicieron a un lado y le dejaron pasar.

—¡A trabajar! —Laurenti tenía un aspecto temible. Sabía que Fossa gozaba de mucho prestigio entre su gente y lo que pensaban de él todos los policías de la sala. Todos. Además habían oído cómo el comisario se había metido con dos de ellos y que por su culpa estaban en el punto de mira. Obedecieron a regañadientes al ver que Laurenti no abandonaba el despacho, sino que estaba esperando a que todos volvieran a sus puestos.

—Para que quede claro —dijo Laurenti en voz alta—: a quien no merezca la

confianza se le leerá la cartilla. ¡Siempre y hasta el final!

Fossa había vuelto a abrir la puerta e hizo dos gestos tranquilizadores con la mano a espaldas de Laurenti, tras lo cual los agentes se sentaron en sus puestos y se pusieron los cascos. Laurenti dejó la puerta abierta. Sabía que después de marcharse maldecirían en su contra, pero al menos no antes de que uno de ellos se hubiera levantado para cerrar la puerta.

Aún hervía de rabia cuando llegó a la calle. En algún momento notó que la gente que se le cruzaba en el camino le miraba irritada por las malas vibraciones que transmitía. Se detuvo un momento. A pesar que hacía veinte años que no fumaba, esta vez le apetecía un cigarrillo. Prosiguió su camino y pidió un café en el bar más próximo. Y de repente se echó a reír.

En todo caso, le había aguado la fiesta a Fossa. Tanto si le gustaba como si no, tenía que sentarse a escribir el informe. No había alternativa. Si no lo hacía, entonces sí que podía tener problemas. Y eso era algo que Fossa iba a evitar por todos los medios. Laurenti presintió que había hecho bien montándole aquella escena al jefe de las patrullas móviles, aunque hubieran acordado otra cosa con el director de la policía. Laurenti no había dicho nada de las otras sospechas y por lo tanto Fossa debía sentirse seguro. Eso era importante si querían enterarse de lo que se cocía tras las bambalinas.

Trieste, 22 de julio de 1999

Al día siguiente, cuando Laurenti llegó a su oficina a las ocho menos cuarto el informe de Fossa ya estaba sobre su escritorio. Lo hojeó desganado y sobrevoló las dos páginas y media donde se explicaba detalladamente la ronda con Decantro, en la que, evidentemente, no se había producido nada anormal. El informe se cerraba con la observación de que los compañeros Vicentino y Greco eran unos agentes muy responsables, en cuyo trabajo uno podía confiar a ciegas. Después Laurenti hojeó ambas fichas de servicios, en las que no constaba ninguna falta. Fossa sabía cómo proteger a su gente.

A las ocho llegó al despacho Marietta cantando alegremente, puso la máquina de café en marcha y soltó un comedido «Buenos días, Proteo» a través de la puerta entornada. Poco después también llegó el pálido Sgubin. Los tres se sentaron en la mesa de reuniones para comentar los resultados de las investigaciones. Sgubin abrió el periódico y enseñó a Laurenti una fotografía del tiburón que había tomado un aficionado para el concurso anual de fotografía que se celebraba en la ciudad. Una vez hecha la foto y ya en casa, gracias al *Piccolo* el aficionado en cuestión se dio cuenta frente al ordenador del sensacional descubrimiento. La foto se había tomado cerca de la Lanterna, donde estaban amarrados los cargueros turcos. En el borde izquierdo y derecho destacaban las enormes proas de dos mercantes. Entre ambos quedaba muy poco espacio. En el fondo se apreciaba la figura blanca del Palacio de Miramare. Y en la parte inferior de la fotografía se veía un tiburón de considerables dimensiones surcando las olas. *Un candidato al primer premio*, cerraba el texto. Laurenti le devolvió el periódico a Sgubin después de haberlo hojeado por encima. Por una vez no escribían nada sobre él.

La segunda noticia sensacional la aportó Marietta.

—Ayer estuve comiendo con mi ex marido. En Due Triestini, cerca de tu casa, en la esquina con Via Díaz, la vieja *trattoria*. ¿Y sabes a quién vi? ¡A la *signora* Fossa! Espero que no me viera. Estaba tomando algo con un hombre que se parecía mucho a Viktor Drakic, tal como lo conozco yo por las fotografías.

Laurenti se había quedado de piedra mientras Sgubin lanzaba al aire un larguísimo silbido.

—¿La vieja Fossa con Drakic? —preguntó Laurenti empezando a tamborilear con el lápiz en la mesa—. ¿Y qué hacían? Dudo mucho que estén liados.

—Cosas más raras he visto —sentenció Marietta—. El caso es que estaban juntos. La Fossa llevaba un tiempo esperando. El llegó por la entrada trasera, la de Via Cadorna. No estoy del todo segura, pero creo que la Fossa le entregó algo. En todo caso sacó un mapa del bolso y lo extendió sobre la mesa. No pude ver qué es lo que estaban comentando. Tras diez minutos, Drakic, si es que se trataba de él, se

levantó y se fue. La Fossa volvió a guardar algo en el bolso, esperó un rato, pagó y también se fue, pero salió por la Via Díaz.

—¿Y entonces? —preguntó Sgubin—. ¿Adónde fue?

—Ni idea. No podía seguirla. Mi ex ya se había quejado por la poca atención que le prestaba.

—¡La Fossa! —Laurenti se puso en pie y se rascó la nuca—. ¿Sigue trabajando en la Prefectura?

—Diría que sí, pero lo comprobaré.

Marietta se dirigió a su despacho y volvió con el directorio de cargos de la Prefectura.

—Elvira Fossa —anunció triunfante—, subdirectora de Extranjería. ¡Aquí!

Ninguno de ellos soportaba a Elvira Fossa. Era concejala por Alianza Nacional y hacía tiempo que se ocupaba de Derecho y Seguridad en ese partido, y además hacía campaña en contra del bilingüismo, prohibido desde tiempos de Mussolini. Utilizó los informes de Decantro sobre la supuesta depravación de la ciudad de Trieste para cargar contra los extranjeros y hablar de «extranjerización». Tenía poco más de cincuenta años, llevaba casada treinta y no tenía hijos. Su padre ya había sido miembro del partido de Mussolini. Era el responsable de la italianización en Trieste de todo lo que no fuera italiano. Bajo sus órdenes todo se rebautizó: el apellido Ptac'ek se convirtió en Pace, Giuppanovich en Giuppani, Goldschmidt en Orefice. Sólo los Von Kopfersberg, que justo después de la Segunda Guerra Mundial se cambiaron a De Kopfersberg, durante breve tiempo pasaron a llamarse De Coppero, aunque ya en otoño de 1943 volvieron a rebautizarse De Kopfersberg durante la ocupación nazi en el denominado «litoral adriático». ¿Pero por qué dejaron el «de»?

El padre de Elvira Fossa murió a principios de los años ochenta. Cientos de personas lo despidieron. Su inclinación política quedaba clara por las esquelas. Durante la postguerra no fue investigado, nunca se cuestionó el papel que había desempeñado durante la ocupación alemana y el caso pronto fue archivado. Durante el entierro, en lugar de la homilía del sacerdote, su hija declamó un incendiario discurso a favor de la nación que parecía más una arenga militar. Para Laurenti era un misterio qué tratos podía tener con el eslavo Viktor Drakic. Se trataba sin duda de algo diferente.

—¿Por qué demonios se encontró Elvira Fossa con Drakic? —Laurenti miró a sus dos colegas pensativo—. ¿Qué es lo que intercambiaron, si es que intercambiaron algo? Marietta, ve a ver a Drakic y asegúrate de que era él. Invéntate cualquier cosa. Ve y pregunta si me dejé allí la identificación. Desde el sábado que no la encuentro. Y ya que vas, pásate por favor por la gasolinera y págales lo que les debo. No llevaba dinero encima. Pero espera a que terminemos de hablar. Sgubin, ¿cuál es tu nombre de pila?

–Antonio –dijo Sgubin carraspeando incómodo. Siempre había sido para todos simplemente Sgubin y ahora el comisario preguntaba por su nombre–. Veamos. TIMOIC tiene reservadas en el Duchi seis habitaciones y en el Savoya Palace cinco –empezó a decir. Estaba haciendo todo lo posible por aguantarse y no soltar el notición antes de tiempo. Puso una lista con los nombres sobre la mesa. Laurenti la miró detenidamente. Italianos, austriacos o alemanes, nombres eslavos, un inglés. Le llamó la atención que casi todos llevaban el título de doctor. Ninguna mujer. Aplanó bien el papel sobre la mesa.

–¿Para cuándo?

–Hoy.

–No está mal.

–Algo más –soltó Sgubin. Había esperado impaciente a contar la segunda parte de sus investigaciones–. Romano Rossi...

Laurenti le pidió que siguiera.

–...Romano Rossi se llama en realidad Vincenzo Tremani...

–¡Dios mío! –Laurenti sabía exactamente quién era, todo policía lo conocía–. La Sacra Corona Unita.

–Eso es algo que nunca se ha probado –le corrigió Marietta–. De hecho, las autoridades nunca han podido probar que exista una conexión entre el clan de Tremani y la mafia de Apulia.

–Su acompañante es un secretario: Pasquale Esposito. Tienen el avión privado estacionado en Ronchi. Esposito es el piloto y también conduce el coche –Sgubin sonrió triunfante y esperó las alabanzas.

–¿Cómo demonios habéis conseguido esta información? –con esta pregunta del comisario el reconocimiento a su labor ya era más que suficiente.

Sacó del bolsillo de su camisa diferentes polaroids y las puso sobre la mesa.

–Así –dijo finalmente–. Fotografié a ambos y envié las fotografías por correo electrónico –añadió Sgubin sacando una impresión de las mismas y poniéndolas sobre la mesa. Laurenti no las miró. Conocía los datos de Tremani y de su sombra al dedillo.

–¿Dónde las hiciste?

–¡Ayer por la tarde en el Duchi!

–¿Estuviste allí?

–Sí.

–Entonces te vieron los de paisano, Sgubin.

–No, pero yo a ellos sí.

–¿Cómo es posible? ¿No te descubrió nadie?

–El conserje me debía un favor. Hace un tiempo cerré los ojos –Sgubin sonrió–. Nadie notó nada.

–Chicos, ¡esto se pone serio! –dijo Laurenti volviendo a tamborilear con el lápiz

sobre la mesa—. Yo vi a Rossi Tremani con Eva Zurbano el sábado por la tarde. Ayer el encuentro entre Drakic y Spartaco Kopfersberg. Así que los de Puglia tienen tratos con el austriaco.

—¿Quieres decir que hacen negocios con TIMOIC? —preguntó Marietta.

—Si es así, entonces sólo se puede tratar de las ayudas humanitarias. ¿Qué hay de lucrativo en ello? —continuó Laurenti mientras Sgubin movía la cabeza de un lado a otro— Quien recibe el pedido ostenta todo el poder. Tienes a tus proveedores a tu merced. Puedes pedir precios tirados, limpiar dinero negro, hacer contrabando. Todo lo que anhele tu corazón. Aunque esto sólo funciona si colaboran las autoridades. Necesitas a alguien con influencia que se deje sobornar —Laurenti calló un momento—. ¿Habrán asesinado los de Puglia a Kopfersberg? Entonces se trata de una lucha por el poder o es que Kopfersberg los ha engañado.

—Yo no diría tanto —intervino Sgubin—, más bien creo que están preparando algo. ¿Por qué si no todas las reservas de hotel? ¿Una junta general?

—Es lo mismo —dijo Marietta—. Aunque algo no cuadra. Normalmente uno se deshace de su contrincante después de un suceso como éste, no antes.

—¡Eso pasa en las novelas policíacas! A no ser que... —empezó a decir Laurenti rascándose pensativo la nuca— que se quiera dar ejemplo a alguien y demostrar a todo el mundo quién lleva las riendas. En todo caso, tenemos que partir del hecho de que la mafia ya ha puesto de nuevo sus dedos sobre las ayudas para la reconstrucción. El asunto es gordo. De ser todo así, debemos informar a la DIA y a los del GICO. Aunque quizá más adelante...

Siempre había luchas por asuntos de competencia entre los cuerpos de seguridad de las autoridades y los cazadores de mafiosos, con carta blanca para actuar, de la DIA. Se llevaban mejor con la gente del GICO, que a escala regional era el departamento dedicado al crimen organizado de la Guardia di Finanza, y a cuyos colegas conocían.

—Una cosa no excluye la otra —dijo Marietta haciéndose con la lista de las reservas de hotel—. ¿Ya sabemos quiénes son todas estas personas?

—Aún no he tenido tiempo para ello —se disculpó Sgubin.

—Está bien —dijo Laurenti—. Marietta se ocupará de ello.

—¿Y tú qué es lo que has hecho? —preguntó Marietta.

Laurenti le explicó su conversación con el joven Kopfersberg en el muelle. Quería interrogar a Spartaco, a ser posible en ese mismo momento.

Via dei Porta

Los preparativos en la villa y en el jardín habían empezado ya a primera hora de la mañana. En una de las terrazas se habían acondicionado mesas para colocar el

buffet y más tumbonas alrededor de la piscina; también se habían encargado botellas de champán, vino tinto y blanco, así como otras muchas bebidas. Se contaba con unos treinta invitados, algunos del extranjero, otros de la misma ciudad, además de las chicas. Junto con los anfitriones serían por lo tanto más de cincuenta personas de las que había que ocuparse. Viktor Drakic ya había informado a su contacto en las autoridades de que esa noche debía esperar de nuevo más quejas de los vecinos. Le agradeció la deferencia entregándole un sobre con tres millones de liras. A las ocho, su hermana y él repasaron con las chicas las reglas que había que seguir durante la noche. Desde aquella misma mañana todas ellas ya estaban «legalmente» en el país. Viktor Drakic las había llamado una a una a su habitación y les había mostrado los nuevos documentos de identificación con el permiso de residencia. Pero una vez los hubieron visto se los quedó con la promesa de entregárselos días más tarde para continuar el viaje. Lo que no les había dicho es que la documentación iría a parar a manos de sus nuevos dueños, que así podrían chantajearlas al no disponer ya de su antigua documentación.

Drakic estaba reunido con Spartaco de Kopfersberg en el despacho del austriaco. Spartaco se había sentado de forma ostentosa en el asiento de su padre. Viktor Drakic le miraba desde su incómoda silla.

—Ha sido una buena idea que la fiesta se celebre hoy. Antes de la operación. Así podremos hablar con cada uno de ellos y asegurarnos que todo sigue tal como está convenido —Spartaco dejó la lista de invitados a un lado. Los nombres estaban ligados a las nuevas perspectivas de negocio—. ¿Está todo controlado? Las nuevas chicas son guapas y obedientes. Esta tarde llega Wolferer, para que vea lo bien que va lo de sus contenedores. Debe llevarse buena una impresión, para que no tenga remordimientos de conciencia. Esta noche le presentaremos a Cardotta. Por la tarde vendrá el presidente de la Unión Naviera. Con él no hay ningún problema. ¿Quién le recogerá?

—Eva irá a Ronchi —le contestó Viktor Drakic—. A las doce y media lo traerá a la oficina. Después iremos a comer a Nastro Azzuro.

—Bien —Spartaco estaba tranquilo—. Eva puede hacerlo. ¿Qué más?

—¿Qué hacemos a partir de ahora, Spartaco?

—Todo seguirá como siempre.

—No lo creo. ¡Es hora de hacer cambios!

—¿Por qué?

—Porque tu padre ha dejado un sitio libre y el negocio ha aumentado. Por eso, Spartaco, por eso mismo son necesarios algunos cambios. Tremani ve muchas posibilidades, como ya vimos ayer. Y a Eva ya no la necesitamos. Era una reliquia de tu padre y aún actúa como en los viejos negocios. Tú estás en Viena y no en Trieste...

—Como puedes ver estoy aquí —dijo Spartaco—. Y aquí me quedo. Podemos

dirigir la oficina de Viena desde Trieste. O bien tú te encargas de Viena, Viktor.

–Ni hablar. Debo permanecer aquí. ¿Quién si no se ocupará de las chicas?

–Tu hermana, como hasta ahora.

–Tatiana no ha hecho nada sin mí, Spartaco. ¿O prefieres ser tú quien viaje hasta allí a partir de ahora para negociar en una lengua que no conoces? –el argumento de Viktor era irrefutable.

–Entonces que se encargue Eva –dijo Spartaco–. Esa podría ser la solución.

–No querrá moverse de aquí. Además, ya no me fío de ella. Desde que tu padre ha muerto está menos comprometida con el negocio. Es la pieza más pequeña del engranaje y nunca me ha aceptado. Si llegáramos a tener problemas con ella creo factible que incluso actúe de testigo y nos delate.

–Lo descarto completamente: Rallo y su banco también se verían implicados. No se arriesgará. ¡No seas histérico, Viktor!

Drakic se puso furioso.

–¡Cuida tus palabras, Spartaco! Si fuera un histérico no hubiera sobrevivido a la guerra y todo lo que vino después. ¡Ten cuidado! Olvidas con quién tratas. Tu padre nunca lo olvidó. Eres ingenuo, Spartaco. Te repito que Eva supone un problema. Rallo no se bajará del tren por ella. Lo tenemos bien atado. Me ocuparé de ella después de la fiesta. Mañana. ¡No actúes como si todo esto no te conviniera! Eva me contó la escena que le montaste. Vaya tontería. ¡Una gran tontería! No podría hacerle daño a una mosca y ya está nerviosa por nuestro nuevo negocio con las chicas. Y tú eres tan idiota de pensar que eliminó a tu madre en colaboración con Bruno. Realmente desvarías. Es peligrosa porque no tiene nervios templados. Y algo más: ¿dónde estabas la noche del martes al miércoles? Por cierto, ¿qué te has hecho en la mano?

–¡Ya es suficiente, Viktor! –le gritó Spartaco fuera de sí–. Ya sé que eres un cerdo. Y también sé que difícilmente llevaría el negocio sin ti. ¡Pero no exageres! ¡Di lo que quieras!

–¡Eva tiene que desaparecer! –dijo Drakic casi en un susurro.

–Entonces actúa como creas conveniente. Pero espero que nunca se encuentre el cadáver. Ya puedes dar gracias a la fortuna de que los polis no hayan aparecido por aquí por lo de Olga. ¡Esto sí que es suerte! ¿A qué imbécil se le ocurrió dejar el cuerpo allá arriba? ¿Para qué están si no los agujeros del Carso? Por un cadáver más o menos... Tú límitate a dejarla allí. Imagínate que Tremani se entera, se moriría de risa. ¿Ya has arreglado el asunto de esta noche con la poli?

Viktor asintió con la cabeza. El asalto era suyo, aunque el oponente pensara que había ganado. Eva ya no se interpondría más en su camino.

–Además, también quiero ser apoderado en Viena, Spartaco. En el futuro lo repartiremos todo de otra forma. Pronto no seremos más que tres, no cinco como

antes. Tenemos que hacer planes. Se me han ocurrido algunas ideas que pueden ser muy lucrativas.

–¡No sólo tú has pensado en el futuro, Viktor! –dijo Spartaco señalando con un lápiz a su oponente–. Yo también he reflexionado. La situación allá abajo se estabiliza, en Albania y Yugoslavia el negocio empieza a crecer y...

Alguien le había pasado una llamada. Debía de tratarse de algo importante. Laurenti le rogaba a Spartaco que fuera antes del mediodía a la comisaría. Quedaron a las once y media.

–¿Qué querrá de mí? –preguntó irritado Spartaco.

–Quiere ver lo triste que estás –le respondió Viktor–. ¡No lo olvides! Hasta ahora no es que hayas demostrado mucho luto por la muerte de tu padre, y encima resulta que eres el heredero. Ten cuidado con la poli.

10.05 h

Mientras Marietta informaba a Laurenti de lo que había averiguado sobre los invitados de la lista, alguien llamó suavemente a la puerta.

–*Permesso* –preguntó una fina voz femenina.

Miraron hacia la puerta.

–*Signora* Bianchi –exclamó el comisario–. ¡Qué sorpresa! Entre usted, por favor –le presentó a su secretaria y acompañó a la anciana, antes de que pudiera abrir la boca, hasta la mesa de reuniones–. ¿Ve como todo era verdad, *signora*? No es que se fiara mucho de mis credenciales, ¿eh?

–Por eso mismo he venido –contestó ella abriendo el bolso. Después de un buen rato trajinando en su interior encontró lo que buscaba–. Aquí tiene, comisario. Se lo dejó en mi casa.

–¡Es usted maravillosa, *signora*, de verdad! ¿Quiere usted un vaso de agua? Marietta, tráele por favor a la señora algo para beber. Ha venido desde San Giacomo con este calor.

–¡No es para tanto, comisario! –dijo riendo la *signora* Bianchi–. ¡He venido en autobús!

–¡Bueno, pero tiene usted que cuidarse, *signora*!

–Qué va –dijo haciendo un gesto despectivo con la mano–, ya sé a lo que se refiere. También leo los periódicos. Pero quede usted tranquilo, he nacido aquí y el verano siempre me ha sentado bien. También el calor sofocante. Es en invierno cuando tengo más problemas. Aunque pronto debería llover. Una tormenta nos iría a todos bien. También a usted, comisario, después de todo lo que han publicado sobre su persona en los periódicos.

–Mejor que no hablemos de eso, *signora* –respondió Laurenti.

–Bueno –dijo–, no quiero entretenerle más.

Laurenti acompañó a la anciana hasta abajo.

–Prometió decirme qué es lo que había en el paquete –la señora Bianchi le miró como implorándole con los ojos.

–Un diario, *signora*.

–No sabía que llevara un diario, comisario. ¿Le sirve de ayuda?

–Sí, *signora* Bianchi. Mucho.

–También me prometió que me devolvería la fotografía de Olga. ¿Tardará mucho?

–Sólo un par de días, *signora*. Tan pronto disponga de ella yo mismo se la llevaré

–dijo Laurenti, haciendo el firme propósito de no olvidarlo–. Se lo prometo.

–Pobre chica. La echo mucho de menos.

No tardó mucho en llegar hasta la *Questura*. El director de la policía estaba en su despacho. Aunque no estuviera citado, dejaron pasar a Laurenti. Enseguida empezó a informarle de todo lo que se traía entre manos. También mencionó el encuentro entre Elvira Fossa y Viktor Drakic.

El *questore* estaba impresionado.

–Esto es algo muy serio, Laurenti –dijo–. ¿Podrá usted solo?

–¡No sin ayuda, *questore*! –acto seguido, Laurenti le hizo un esbozo de su plan. Fossa debía recibir del *questore* un encargo, de modo que se viera obligado a salir de la ciudad lo antes posible y de forma discreta. Era, si Laurenti no andaba equivocado, un peligro que había que tener en cuenta. Fossa se hacía cargo del turno de noche, tal como le había comunicado Sgubin. Y siempre era así cuando en la villa se celebraba una fiesta. Para esa noche necesitaba refuerzos. Gente de confianza y más de lo que podía aportar la Polizia Statale. Se citaron a las dos. El mayor de la Guardia di Finanza, el director del GICO y Ettore Orlando, como responsable de la vigilancia de la costa, también debían asistir. El *questore* le hizo el favor a Laurenti de dejar fuera a los Carabinieri. Previno a la secretaria sobre la confidencialidad de la reunión. Nadie aparte de los asistentes debía saber una sola palabra.

11.30 h

Spartaco de Kopfersberg fue puntual. A pesar del calor llevaba traje negro y en señal de duelo también corbata negra. Consiguió hacerse el sorprendido en cuanto vio al comisario.

–¿Usted? –exclamó alargando la palabra todo lo que pudo.

–*Buongiorno*. Me alegra que haya venido usted lo antes posible –Laurenti

acentuó la observación y le pidió que se sentara.

–Para serle sincero ya esperaba haber hablado con usted ayer, me refiero oficialmente. Al fin y al cabo, mi padre podría haber sido asesinado, ¿no? – Spartaco tragó saliva, sacó unas gafas de sol del bolsillo de la americana y se las puso.

Laurenti pensó que no estaba mal como treta para demostrar tristeza.

–Permítame que vaya directo al grano, *signor* De Kopfersberg. ¿Qué relación tenía con su padre?

–Comisario, ahora ya no tengo padres –contestó Spartaco carraspeando.

–Eso ya lo sé. En su momento me hice cargo de la investigación del caso de su madre. Estaba convencido de que la mató su padre, pero no pude demostrarlo. Aún le recuerdo a usted. Entonces tenía seis años y gritaba como un condenado.

–¿Le extraña? –Spartaco tuvo que contenerse.

–Claro que no. Pero es evidente que una impresión de este tipo puede dejar en el niño la idea de que el que sobrevive del matrimonio es culpable de la muerte del otro. Nosotros mismos nos ocupamos de un caso parecido hace poco. Por eso le pregunto qué relación tenía con su padre.

–¿Sospecha de mí?

–Ya hablaremos de eso, *signor* De Kopfersberg. Primero quiero saber qué relación tenía con él, así podré medir mejor en qué disposición está para colaborar con la policía. La de la señora Drakic ha sido mínima y la de los empleados de su empresa también.

Laurenti le sirvió un vaso de agua.

–¡Gracias! Mi padre siempre me ayudó en todo. Teníamos una relación muy buena, *signor* Laurenti. Incluso aunque yo no estuviera muy de acuerdo con la elección de su nueva mujer. En todo caso, Eva Zurbano se convirtió en una segunda madre para mí. Sin embargo, mi padre ahora estaba liado con una mujer que es apenas mayor que yo. Por eso últimamente nuestra relación se ceñía a lo profesional.

–¿Tiene usted idea de quién podría haber asesinado a su padre?

–No, *signor* Laurenti –Spartaco se había quitado las gafas de sol y las cogía con dos dedos por la patilla izquierda–. Que yo sepa, no tenía enemigos.

–¿Quizá por motivos profesionales?

–Tampoco, ningún enemigo. Ya habrá notado que no todo el mundo ha celebrado que nos hayamos hecho cargo del desarrollo de las ayudas a Turquía. Son empresas muy importantes con gente muy ambiciosa en lo más alto. Para ellos se trata de un negocio menos. Es la competencia. Pero nadie comete un asesinato por eso.

–¿Y los otros negocios?

–Olvídese –Spartaco hizo un gesto despectivo con la mano–. Lo normal.

—¿Quién se ocupará del negocio a partir de ahora?

—Yo, naturalmente —Spartaco bebió un buen sorbo de agua.

—¿Seguirá usted en Trieste?

—A día de hoy aún no lo sé, *signor* Laurenti. Aún no hemos enterrado a mi padre. ¿Cuándo se entregará por cierto su cadáver? ¿Tendremos que esperar aún mucho?

—Todavía no lo sé. Ya deberían haber terminado con la autopsia, pero aún estamos esperando el informe.

—¿Podré verlo? —Spartaco se había puesto de nuevo las gafas de sol.

—Tiene usted que hacerlo, *signor* De Kopfersberg. Alguien tiene que identificarlo oficialmente. Aunque no haya ninguna duda sobre su identidad. Ya sabe usted: el reglamento. Ya le informaremos sobre el día y la hora. ¿Dónde le podemos encontrar?

—En casa de mi padre.

—¿Dónde estaba usted la noche del martes al miércoles?

—En Bar, Montenegro —Laurenti cayó entonces en la cuenta. La bandera de la Corbelli era la montenegrina.

—¿Allí tiene usted registrado su barco?

—Sí —Spartaco de Kopfersberg se sacó con la mano derecha un paquete de Camel Light del bolsillo de la chaqueta y miró al comisario pidiéndole permiso.

—¡Fume usted! No me molesta —Spartaco se encendió un cigarrillo—. ¿Por qué tiene usted registrado el barco en Montenegro? —preguntó Laurenti.

—Porque es más barato —era sin duda una excusa peregrina. Un yate de ese tipo debía de costar un riñón; además, viajar desde Viena hasta Montenegro suponía un buen trecho, nada barato, por cierto. ¿Disponían de aeropuerto allá abajo?—. Pero sobre todo —prosiguió Spartaco—, porque al sur el mar es mucho más bonito. La naturaleza está intacta, *signor* Laurenti. Y tenemos mucho trato con esos países. Con el barco en ocasiones uno viaja más rápido que con otros medios de transporte.

—Ya he oído que uno puede hacer dinero allí si dispone de los contactos adecuados y comercia con buena mercancía. Aunque, francamente, a ninguno de nosotros nos gusta estar mezclados en este tipo de negocios —Laurenti miró de pasada el cenicero.

—Bueno, ya sabe usted, los medios de comunicación se dedican a extender muchos prejuicios. Simplemente hay que mantenerse al margen. Especialmente tras la guerra en Kosovo hierve la actividad. Se puede ganar mucho dinero si uno comercia con la mercancía adecuada. Casas sencillas prefabricadas, instrumental médico, medicamentos y electrodomésticos. No sabe usted cuántos miles de transistores y pequeños televisores hemos vendido allí.

A Laurenti no le interesaba nada saberlo. Por dentro le crecía una rabia enorme

cuando pensaba en esa guerra y en aquellos que habían sacado provecho de ella, mientras que la población sufría y cada día temía por su vida. Las chicas jóvenes ya no se atrevían a ir por la calle solas desde que las bandas organizadas se dedicaban a secuestrarlas y violarlas para luego venderlas.

–Doy por supuesto que puede usted demostrarlo.

–¡Claro que sí! Le puedo enseñar si quiere las facturas de nuestros clientes. Pero dígame, ¿qué tiene que ver todo esto con mi padre?

–Yo me refería a su estancia en Bar, no a su negocio.

–No pensará usted que yo... –Spartaco de Kopfersberg perdió por un momento los estribos, pero se controló rápidamente–. Tengo testigos. ¿Se refiere a eso? Si quiere le apunto algunos nombres y números de teléfono. ¿Tiene usted una hoja de papel?

–Déjelo estar, *signor* De Kopfersberg –dijo Laurenti haciendo un gesto con la mano–. Es pura rutina. No tenemos ninguna sospecha en concreto de usted. Siempre podrá facilitarme esa información. En cualquier caso, no damos mucho valor a los certificados que llegan desde Montenegro. Más de la mitad de los quinientos criminales más buscados en Italia reside allí en sus villas viviendo a todo tren y protestando cada vez que uno se entromete en sus honrados negocios. Supongo que también lo habrá advertido usted.

–Nosotros no tenemos nada que ver con ellos. ¡Nuestros negocios están en orden!

–¡Faltaría más! Pero dígame: ¿cuándo vio a su padre por última vez?

–Antes de mis vacaciones, hará unas tres semanas –respondió Spartaco de Kopfersberg sin mencionar el encuentro con su padre en Zara. Laurenti no se inmutó al certificarlo.

–¿Y dónde ha pasado usted las vacaciones?

–Bueno, por allá abajo, en el sur. En las islas Kornati, y también en el mar Egeo.

–¡Grandes distancias! Aunque con un barco como el suyo todo es posible, tal como me dijo ayer.

–¿Por qué razón no se identificó usted ayer, *signor* Laurenti? –quiso saber Kopfersberg riendo con ironía–. Fue muy amable por su parte que me llevara la maleta. Pero seguro que no fue sólo por eso.

–Ya conoce usted los prejuicios sobre la policía, *signor* De Kopfersberg –también Laurenti rió–. Muchas antenas, pocas entendederas. Me gusta echar primero un vistazo a los hechos. Los muertos ya no tienen prisa –se puso en pie y también Spartaco lo hizo–. Seguro que necesitaré hablar con usted alguna vez más, *Herr* De Kopfersberg. Le llamaré si hace falta.

–*Ci vediamo*, hasta pronto –le respondió Spartaco.

«Seguro, más que seguro», pensó Laurenti, «muy pronto».

–Vaya, ¿qué se ha hecho usted en la mano?

–La vida es peligrosa, *signor* Laurenti. Hasta una lata de atún puede ser peligrosa durante un crucero –mantuvo la venda en alto–. En pleno verano se pueden ir cuatro semanas al infierno por culpa de eso. ¡Créame! –y abandonó la oficina.

Laurenti estaba de muy buen humor. Descolgó el teléfono y llamó a los de huellas dactilares. Poco después estaba allí uno de los espolvoreadores y metió en sendas bolsitas de plástico tanto el vaso como el cenicero. Se fue directamente al laboratorio con la colilla y las huellas dactilares de Spartaco de Kopfersberg. Los resultados, tal como le prometió el espolvoreador, podían estar a su disposición quizá en unas dos horas. Como frecuente víctima de la impaciencia de Laurenti, conocía ya desde hacía años aquella mirada, cuando sus ojos se estrechaban y su frente se cubría de pliegues. Laurenti le pidió que de cualquier manera le informaran llamándole al móvil.

Via Roma – TIMOIC

Marietta llegó poco antes de las doce y media a la Via Roma. Subió las escaleras que llevaban a las oficinas de TIMOIC y preguntó a la joven secretaria por Viktor Drakic. Éste llegó a grandes zancadas desde su despacho; tenía prisa. La entrada estaba decorada con un enorme ramo de rosas rojas y lirios blancos. Las flores desprendían un aroma dulce. Marietta reconoció a Drakic enseguida. Era aquel que había visto junto con Elvira Fossa. Estaba tan irritada al corroborarlo que tuvo dificultades en ordenar sus pensamientos. Drakic estaba frente a ella y le miraba extrañado. Cuando dijo que venía de parte del comisario para preguntar si por casualidad se había dejado su identificación allí, se abrió la puerta de la entrada y entró Eva Zurbano en compañía de un hombre de aspecto poco italiano, aunque bien vestido y rondando los cincuenta. Drakic rogó a Marietta que le acompañara a otro despacho, se disculpó un momento y se fue. Saludó al hombre efusivamente en un alemán con fuerte acento. Marietta pensó que Drakic se había puesto nervioso por su presencia en esos momentos. Oyó como le llamaba «*Doktor Wolferer*». Volvió enseguida y cerró la puerta tras él.

–Lo siento, *signora*, pero no hemos encontrado nada. Déme usted un teléfono para que la podamos llamar si por casualidad encontramos la identificación –escribió el número de teléfono en un papel. Viktor Drakic ni siquiera le echó un vistazo. Se dirigió hacia la puerta y la abrió. Se detuvo un momento mientras murmuraba algo en el pasillo. Cuando acompañó rápidamente a Marietta hasta la entrada, el pasillo estaba vacío. Sólo quedaban las flores. Al fondo se oían voces, una conversación amistosa, en la que se reía de buen humor.

Rossana Di Matteo llamó e informó de que el día anterior había censurado un

nuevo artículo de guerra de Decantro y aseguró que Laurenti podía estar tranquilo. Decantro dejaba oficialmente el *Piccolo* a finales de la semana. Hasta entonces, procuraría tenerle bien controlado, lo que significaba tenerlo todo el día en la redacción. Estaba claro que la influencia de su padre en el periódico «correcto» había dado sus frutos.

–Para mañana –dijo Rossana– preparamos un nuevo artículo. En éste sales mejor parado. Aunque aún me maravilla, Proteo, que no nos hayáis dicho nada ni sobre el muerto de Montebello y ni sobre el austriaco. Tampoco sobre el cadáver del campo de golf. Hacía tiempo que no se asesinaba en Trieste, pero la policía sigue completamente muda. ¿No tenéis nada o es que no sabéis nada? Siempre preguntamos y siempre nos dais largas. Las cosas no funcionan así. Le debéis a la opinión pública una aclaración y un informe sobre el estado de las investigaciones. No podéis utilizar la prensa únicamente para que publique lo que os sirve de ayuda. ¡Los periódicos sirven para otra cosa!

–Rossana, para el carro. Es posible que muy pronto no tengas ni espacio en el periódico para publicarlo todo. Créeme, nuestra idílica Trieste no es ese sitio tan tranquilo que todos pensábamos. En lo que respecta a la muerta del campo de golf, tienes que preguntar a los Carabinieri. Ellos se ocupan de ese caso. Además hoy has recibido el informe sobre los inmigrantes ilegales.

–¡También lo hemos recibido de los Carabinieri, Proteo! La Polizia Statale no dice nada. Cuéntame que está pasando con el austriaco.

–Está muerto. Eso lo sabemos –le contó cómo y dónde habían encontrado al viejo Kopfersberg–. Puedes informar de ello sin problemas. No puede hacer daño a nadie.

Mientras aún estaban hablando entró Lilli en su despacho. Casi vestía como una triestina de a pie, ni muy mal ni muy bien; para lo que acostumbraba a llevar, bastante bien. Ni siquiera el escote era esta vez exagerado. Laurenti le hizo señas para que se sentara. Poco después se despidió de Rossana Di Matteo. Estaba contento porque ya nada debía temer del doberman Decantro.

–¡Tienes un buen rollo conmigo, comisario! –Lilli hizo un globo con el chicle y lo dejó reventar, algo que no era propio de su edad.

–Sé que no ha sido culpa tuya, Lilli. Y supongo que tampoco tenías malas intenciones. Aunque podrías haberme avisado.

–¡A mí la fotografía me gusta! Es una buena publicidad para mí. Desde ayer el negocio funciona otra vez muy bien. A pesar de que la mayoría prefieren hacer preguntas que follar.

–Lilli –dijo Laurenti algo nervioso–, ¿tienes algo más que decirme? Si no...

–No tengas miedo, tesoro, ya me voy. Sólo te quería decir que algo está pasando en la ciudad. Han encargado a cuatro compañeras que vayan esta noche a la villa.

–¿Y?

–Bueno, ¡pensaba que podría interesarte! –respondió volviendo a reventar un globo de chicle.

–Gracias, Lilli. ¿Algo más?

–Sí, quizá; me llama la atención que las chicas que llegan desde la villa nunca tienen problemas con vosotros. Nadie sabe de dónde vienen, pero siempre tienen los papeles en regla, y eso que no hablan ni una palabra de italiano.

–¿Y?

–Bueno, ¡pensaba que podría interesarte! –contestó poniéndose en pie–. Ya sabes que normalmente no me chivo de nada, pero una no puede andarse con chiquitas con la competencia.

–Gracias, Lilli.

–Pásate alguna vez por mi casa. Siempre tendrás lo mejor.

–Me lo pensaré, Lilli. ¡*Ciao!*

–¡*Ciao*, pies planos! Mucha suerte.

14 h – *Questura*

A pesar de la promesa del *questore*, el coronel de los Carabinieri también apareció en la reunión. Estaba claro que había llegado antes de las dos, pues cuando Laurenti entró ya estaba sentado a la mesa de reuniones. Se saludaron furtivamente. Poco después llegaron Ettore Orlando, el señor del mar abierto, y Zanossi, el mayor de la Guardia di Finanza y director del GICO.

–Necesitamos –dijo el *questore*– más cooperación. Lamentablemente es necesario que haga este llamamiento a todos ustedes de forma general y ahora en particular para el asunto que ha descubierto Laurenti. Nuestros colegas de los Carabinieri no han avanzado con el caso de la asesinada en el campo de golf. Laurenti ha conseguido sobre ella mucha información. Por otra parte, los Carabinieri disponen de más datos sobre los inmigrantes ilegales. La Guardia di Finanza ya había investigado a la empresa TIMOIC del asesinato Kopfersberg. Y todos estos casos están relacionados entre sí. Temo que nos hemos topado con un avispero. Laurenti está al cargo de las investigaciones.

El director de la policía hizo de nuevo la típica pausa de siempre cuando quería remarcar sus últimas palabras.

–Pero, señores míos, no se podrán librar de mí. Ayer pudimos certificar que quizá en nuestras propias filas no todo funciona como debiera. Las sospechas son cada vez más fundadas. Es lamentable, especialmente lamentable, pues se trata de un compañero servicial al que todos apreciamos. Yo me ocuparé personalmente de Fossa. Esta noche estaré en la oficina y supervisaré el control del tráfico.

El *questore* llamó la atención sobre el aparato que tenía sobre la mesa. Los peces

gordos como él raras veces utilizaban aquellos chismes. Apenas necesitaban usarlos.

—Por la noche llamaré a Enrico Fossa para que venga a verme. Se quedará conmigo en esta mesa y oirá todo lo que hagan ustedes, *signori*. Estoy seguro de que entenderá perfectamente cuál es su situación y que por eso acabará confesando. Éste será el procedimiento para que lave sus pecados.

—¿Y por qué no lo detenemos ya? Los Carabinieri podrían hacerse cargo de él. Estamos autorizados y así nadie tendrá nada que temer si lo interrogamos nosotros. Usted, *questore*, no debería preocuparse por él y podría pasar la noche con su familia —Laurenti ya sabía por qué no soportaba al coronel. Nunca podría.

—Naturalmente he sopesado todas las posibilidades. Procederemos tal como les acabo de explicar —replicó el *questore* repitiendo una de sus pausas—. Laurenti, ya es hora de que nos haga un resumen de todo el caso.

—Gracias, *questore*. El problema al que nos enfrentamos es que sólo disponemos de sospechas. Ni una sola prueba. Pero son tantos los indicios, que podemos afirmar con total seguridad que se trata de algo más que de una simple casualidad. Si seguimos el plan previsto, estoy seguro de que sacaremos más de una cosa en claro. Lo que no sé es cuál será el tamaño de nuestra presa. Pero si todas mis sospechas son acertadas, entonces nos enfrentamos a un gran caso. No se trata de una nimiedad, señores. En primer lugar tenemos a Bruno de Kopfersberg. El principal sospechoso es su hijo. Si éste llegara a leer el diario de su madre que está en nuestras manos, sólo podría llegar a una conclusión: que su padre asesinó a su madre. «Tengo miedo. Cada vez se comporta peor», escribió ella en su diario. Aún tiene que identificar al viejo. Lo hemos dejado para el final.

»Segundo: El diario se ha encontrado entre las pertenencias de Olga Jartov. No sabemos de dónde lo sacó, pero es bastante probable que la hayan asesinado precisamente por tenerlo en su poder. Junto con el diario también hemos encontrado algunas fotografías de ciertas personalidades en situaciones más bien embarazosas. Un material de extorsión ideal. De modo que podemos deducir que hay gente con más de una razón para eliminar a Kopfersberg.

—¿Qué tipo de material? —preguntó el coronel de los Carabinieri—. ¿Qué tipo de situaciones? ¡Hable usted claro, Laurenti!

Laurenti rió.

—Imagínese que un buen día se va usted de putas, algo que naturalmente no hará jamás, ¿verdad, coronel?

—¿Y?

—Y que entonces le hacen varias fotografías, así de sencillo. Y sin usted saberlo. Luego viene alguien y le dice que enviará las fotos a su mujer o a la prensa si no... ¿Comprende, coronel? Sigo: la vivienda de Olga Jartov, que compartía con su hermano, fue registrada. Olga Jartov estaba empleada en la Via dei Porta; allí es

donde seguramente robó el diario y las fotografías. No es que en la villa de Bruno de Kopfersberg hayan colaborado mucho con nosotros, la verdad, pero no dejo de pensar desde el primer momento que nos esconden algo. Al principio incluso se me ocurrió que Kopfersberg se había escondido allí, hasta que lo han encontrado muerto. Después caí en la cuenta de las muchas chicas que pululaban por ahí, todas guapas y todas del este. También uno de nuestros agentes lo constató cuando visitó por primera vez la villa.

»Y después las fiestas, que para los vecinos han supuesto un verdadero azote y en las que nunca ha intervenido la policía. Según las listas de los hoteles, algunos de los invitados están esta noche de nuevo en la ciudad. Siempre que se ha celebrado una de estas fiestas por la noche, Fossa ha estado de servicio. Según nuestras peores sospechas colabora con la gente de la villa y ha impedido que la policía intervenga. En tercer lugar, su mujer, la concejala, a la que todos ustedes conocen, fue vista en compañía de Viktor Drakic, el hermano de la compañera sentimental de Kopfersberg, Tatiana, y apoderado en TIMOIC. Elvira Fossa es subdirectora de Extranjería. El austriaco se dedicaba al *import-export*. Parto de la base, aunque ya no puedo probarlo, de que su empresa se dedica también a introducir chicas del este en el país, facilitándoles nuevos papeles para venderlas inmediatamente después. Aquí también cuadra que Kopfersberg estuviera en Rimini la noche antes su muerte según informaron las autoridades portuarias. Lo que allí pasa es algo de sobra conocido por todos los presentes: se trata de un enorme burdel y siempre se ha demostrado que existe una conexión entre Rimini, Turín, Amsterdam, Berlín y Viena, cuando excepcionalmente alguna de las chicas ha cantado. Que Trieste esté en esta conexión es extremadamente incómodo. Aquí se está tramando algo. Nuestra ciudad no seguirá siendo tan tranquila como antes.

»Cuarto punto: la ayuda humanitaria a Turquía. La empresa TIMOIC, que en un principio no entraba en las quinielas, se ha traído para Italia un enorme pedido. Se trata de sumas de dinero muy elevadas. En este punto hay algo que cojea. Pero quizá nos ayude un último hecho: el pasado sábado llegó a la ciudad un hombre que todos ustedes conocen. Vincenzo Tremani se encuentra en la ciudad bajo el pseudónimo de Romano Rossi.

El coronel soltó un silbido entre los dientes.

–Está en contacto con TIMOIC, con la apoderada Eva Zurbano, con Viktor Drakic y con Spartaco de Kopfersberg, que llegó ayer a Trieste con su lancha motora. La tiene registrada en Bar, Montenegro.

Laurenti hizo una pequeña pausa. La gente congregada estaba muy sorprendida. Aún tenían que asimilar algunos puntos. Después prosiguió.

–Alguien más fue visto con las susodichas personas: Benedetto Rallo, director de la Banca Nordeste. La Guardia di Finanza tiene más información sobre este punto, pero permítanme que añada, para simplificar, que TIMOIC y su filial austriaca

ATW en Viena tienen cuentas abiertas en este banco. Todas las personas nombradas se citaron ayer por la tarde.

Laurenti volvió a hacer una pausa.

—Ahora juntemos toda esta información y obtendremos una imagen bastante clara, un verdadero avispero, tal como lo ha descrito el *questore*. Para finalizar: hoy llegan innumerables invitados, para los que TIMOIC ha reservado habitaciones de hotel. Hoy Fossa tiene de nuevo servicio nocturno, que en los últimos años apenas ha atendido. Sospechamos que esta noche se celebrará una fiesta en la villa, a la que nosotros también acudiremos un poco más tarde. Si todo funciona, señores, hasta es posible que acabemos con este avispero. Por ello propongo que esta noche tomemos Via dei Porta y a medianoche registremos la vivienda.

—*Signori* —dijo el *questore*—. Ya lo han oído. ¿Qué opinan ustedes?

Los allí presentes necesitaron algunos segundos para asimilar tal cantidad de información.

—Laurenti está a punto de cerrar el caso —empezó diciendo Ettore Orlando—, pero se ha olvidado de algo: en el casco de la Ferretti, el yate de Kopfersberg, se han encontrado restos de pintura. Son del barco de su hijo, lo sabemos desde hace una media hora. Esto no demuestra nada, ya que ambos barcos estuvieron amarrados uno al lado del otro en el puerto de Zara, pero ya es algo.

—¡Un momento! Spartaco alega que no veía a su padre desde hacía tres semanas. No ha dicho ni una palabra sobre Zara —protestó Laurenti—. ¡Eso sí que es algo importante!

—Aunque no prueba nada, Proteo —reconoció apesadumbrado Orlando.

—Todo esto son especulaciones por parte de Laurenti —dijo el coronel de los Carabinieri en un tono de voz provocador—. Les advierto que no debemos magnificar el caso. Imaginen ustedes el daño que puede suponer para la ciudad si esta noche llevamos a cabo la operación. ¡Si tan importantes son esos invitados, no tolerarán una intervención de este tipo! ¿Y qué pasará si también se pone en entredicho la ayuda a Turquía? Nos tiraremos de los pelos. ¡Propongo un seguimiento discreto y que sólo actuemos cuando tengamos algo tangible entre manos!

—¿Y usted, Zanossi? —el *questore* rogó al mayor de la Guardia di Finanza que expresara su opinión.

—Yo estoy con Laurenti —dijo—, aunque también debemos tener en cuenta las observaciones del coronel. Me pregunto cuál es papel de Tremani en todo esto. Creo que la operación debería depender de su asistencia o no esta noche a la fiesta. Si tiene tratos con TIMOIC, entonces debemos actuar. No nos podemos permitir otra vez un desastre como el de la ayuda humanitaria en Bari. Me puedo imaginar muy bien que Tremani esté implicado. Quizá también tenga a Kopfersberg sobre su conciencia. Lo único que me extraña es que hayan actuado de esta manera. ¿Por

qué simplemente no le dispararon y basta? La mafia siempre quiere que se sepa cuando un asesinato es de su autoría. Como ejemplo de terror.

En ese momento sonó el teléfono móvil de Laurenti.

—Discúlpeme —dijo—, podría ser importante —contestó a la llamada, escuchó expectante y después informó con grandes gestos—: Han encontrado huellas dactilares de Spartaco de Kopfersberg en el diario de su madre. Y las huellas en el bichero de la lancha también son suyas. Ésta es la prueba.

—Aunque esto también podría haber ocurrido en Zara —reflexionó el *questore*—. La implicación de Tremani me parece más plausible. En todo caso, también podemos detener al joven Kopfersberg. No debemos descartar un registro de la villa.

Laurenti calló un buen rato mientras reflexionaba. Le miraron mientras esperaban. De nuevo dos grandes manchas de sudor se extendieron por su camisa. Finalmente carraspeó y dijo:

—También está el asunto del banco. Cuando Tremani se encontró con el joven Kopfersberg y Drakic, en la reunión también participó Benedetto Rallo, director de la Banca Nordeste. Dígame, Zanossi, ¿no estaba también implicado este banco en sus últimas investigaciones sobre TIMOIC?

—Sí, claro —contestó Zanossi—. La ATW, la filial vienesa, hizo unos pagos a través de la Banca Nordeste, que después fueron descubiertos por las autoridades. La administración nos pidió ayuda. Sobornos. El procedimiento era muy refinado y nos costó un buen tiempo facilitar a nuestros colegas de Viena todas las pruebas. Aunque el banco no estaba implicado de forma activa. Y Rallo tiene una buena reputación.

—¿No pensará usted en serio —replicó el coronel con sorna— que utilizarán por segunda vez el mismo sistema?

—¿Y por qué no? —dijo Laurenti aguantándole la mirada—. Zanossi —añadió entonces—, ¿qué pensaría usted si supiera que el director de la EAUI estará presente esta noche? —Zanossi le miró perplejo—. El director del departamento responsable de la ayuda humanitaria para Turquía. Un tal doctor Otto Wolferer de Viena —le ayudó Laurenti.

—Interesante —dijo Zanossi—. ¡Más que interesante! Coronel, usted quizá no lo sepa. Pero si alguien tiene buenos contactos con las instituciones de crédito, no los abandona tan fácilmente. Puede cambiar la denominación de la empresa, el titular de la cuenta, y hasta el deudor. Pero uno mantiene el banco.

—Si este tal Dr. Wolferer se encuentra en la ciudad —interrumpió el *questore*—, y evidentemente en tratos con todos los demás, ya es suficiente prueba para mí. La sospecha de que peligra la ayuda humanitaria a Turquía es suficiente. Debemos actuar. El juez instructor también participará en la operación.

16 de julio, 21.10 h,
frente a la Sacca degli Scardovi, Podelta

Poco menos de diez millas marítimas al este de Podelta o bien a dieciocho kilómetros de la costa, la Ferretti 57 navegaba a una marcha media de 20 nudos rumbo noreste. Bruno de Kopfersberg estaba contento. En Rimini se habían puesto rápidamente de acuerdo. Los rusos eran los dueños de la escena, aunque pasaban por apuros desde que los albaneses dominaban el negocio de la prostitución en Europa y habían llegado a un acuerdo con la mafia italiana sobre el reparto del resto de negocios. Los italianos siguieron siendo dueños y señores del contrabando de tabaco y de las drogas, mientras que los albaneses también se ocupaban del tráfico de armas. La prostitución, ya fuera en Alemania, Francia, Escandinavia o Italia, había pasado prácticamente a manos albanesas. Habían caído sobre las viejas estructuras de la criminalidad europea como aves de rapiña y con su disposición a la violencia sin límites habían conseguido arrebatárles buena parte del negocio a los cárteles ya establecidos. «El lobo lame su propia carne, la de los enemigos la devora». Las consecuencias de este refrán albanés las había sufrido en propia carne la competencia. Ahora mismo reinaba un alto el fuego, que nadie sabía a ciencia cierta cuánto tiempo respetarían los nuevos señores. Sobre todo los rusos tenían problemas en Europa occidental: aún controlaban la Costa Azul y Rimini, aunque la mercancía la recibían de los albaneses o de intermediarios como Bruno de Kopfersberg, que podía hacer sus negocios sin interferencias al margen de las grandes rutas. Al igual que la economía de mercado, también la criminalidad globalizada ofrece sus nichos de mercado, de los cuales pueden participar tanto los grandes consorcios como los pequeños especialistas.

En realidad, Bruno de Kopfersberg era reacio al tráfico de seres humanos, aunque por otra parte le reportaba mucho dinero. Por ello estaba convencido que su hasta ahora nada despreciable riqueza pronto aumentaría considerablemente. Y también estaba el enorme negocio de la ayuda humanitaria a Turquía. Nada podía fallar ya.

Había salido de Rimini sobre las siete de la tarde y ya había cubierto unas cuarenta y tres millas. Estaría una hora más al timón hasta dejar atrás Venecia y las rutas navieras de la zona y después pondría en marcha el piloto automático y se resguardaría bajo cubierta. Llegaría a Trieste cerca de la medianoche.

Fue un momento a la bodega, sacó de la nevera situada en la cocina una botella de Dom Pérignon, llenó una cubitera de agua y hielo, cogió una servilleta y un vaso y salió a cubierta. De un simple vistazo comprobó el curso inalterable del yate y oteó el horizonte para ver qué tráfico marítimo había en esos momentos. Vio otros dos yates navegando; no eran muchos, se les reconocía por las luces de

posición. Un barco, que llevaba un rato observando, parecía seguir una ruta paralela a la suya. Kopfersberg descorchó la botella y el corcho fue a parar al mar. Se sirvió una copa y dejó la botella en la cubitera. Se había ganado un buen puro. Se decidió por un habano, uno de los distintivos del jefe de gobierno de «la tercera vía». Finalmente se sentó en el balancín forrado de cuero blanco, bebió un largo sorbo de champán y se encendió el cigarro. Kopfersberg estaba de buen humor.

Pensó de nuevo en el negocio de la ayuda humanitaria a Turquía. Su hijo le había informado tres días atrás en Zara, la vieja ciudad veneciana en la costa croata, de que Viktor Drakic había logrado convencer al Dr. Otto Wolferer, el jefe de la EAUI, con sus «argumentos». Y Tremani se ocuparía de que una parte de la mercancía fuera sustituida en su camino al lugar de destino por mercancías de los contenedores que aún estaban almacenados en el puerto de Bari y que en un principio estaban destinados a Kosovo. Sí, los esfuerzos de los últimos años daban finalmente sus frutos. La TIMOIC y la ATW, sus dos empresas, estaban bien colocadas en el negocio y así seguirían. Estaba convencido de ello. El martes esperaban a los «invitados» en la villa, sus clientes en el negocio. También iría Wolferer. Tras la fiesta ya lo tendría ganado. Y con Tremani sabía cómo actuar. Le conocía desde hacía tiempo. Tremani no era tan listo como quería aparentar. Kopfersberg rió maliciosamente.

Ahora sólo les quedaba ocuparse de Olga, era la única que suponía un peligro desde que había robado el diario de Elisa y las fotografías de la caja fuerte la vez que se olvidó de cerrarla en un descuido. Los diez mil dólares que también se llevó no eran al fin y al cabo tan importantes, tampoco el diario. Pero necesitaban las fotografías. Olga pensaba que podría utilizarlas si estaba en peligro, eran su seguro de vida. Tras robarlas amenazó con ir a la policía si no dejaban que ella y su hermano volvieran a casa. Y además pidió cien mil dólares. ¿Debían negociar con Olga? Viktor debía ocuparse de ella. Conocía los métodos de la guerra que asoló su tierra natal, en la que participó heroicamente. Viktor tenía que ocuparse de Olga y de su hermano. Así se sacarían el problema de encima. Estaba convencido de que Olga no tenía la capacidad suficiente para venderle el material a la policía. Kopfersberg dio unas caladas con placer a su puro. Casi había oscurecido. La obligarían a devolverlo todo.

¿Y Spartaco? En Zara su hijo había estado tranquilo. Sobre su madre sólo hablaron brevemente. Bruno le aseguró que entendía perfectamente sus dudas, pues Spartaco había descubierto el diario, después de tantos años, en el escritorio de su madre. Cuando Spartaco envió el mueble que Elisa adquirió en una casa de antigüedades del Gueto a un restaurador de Viena, éste lo descubrió en el compartimento secreto, que tampoco conocía Bruno. Spartaco viajó inmediatamente a Trieste para hablar con su padre, pues estaba convencido de que Bruno y Eva se habían deshecho de su madre. La discusión fue sonada y la tensión

aumentó cuando Bruno de Kopfersberg dejó a Eva y se lió con Tatiana Drakic. A Eva le había pasado lo mismo que a su madre. Casi. Pero la relación comercial entre los tres era tan estrecha que a ella no le podía pasar nada. Finalmente pareció que Spartaco se había calmado. La cosa había durado demasiado.

El único problema en la vida de Kopfersberg era su compañera actual. ¿La quería? No. Formaba parte del negocio y no estaba mal en la cama. Pero ¿amor? ¿Había querido realmente a alguna mujer en su vida? ¿A Elisa quizá, o a Eva? No. Todo esto le hacía más vulnerable. Quizá lo mejor sería abandonar a Tatiana pronto. Y naturalmente deshacerse también de su hermano. Realmente no necesitaba a nadie a su lado.

El otro yate había navegado paralelamente a su ruta, aunque de repente cambió de rumbo hacia el norte con la misma velocidad. Se encontrarían si, transcurrida una milla como máximo, uno de los dos no alteraba la dirección o la velocidad. Kopfersberg estuvo observándolo un rato y volvió a llenarse la copa. El otro debería haberle visto hacía tiempo y, en consecuencia, reaccionaría. Kopfersberg confió en ello, se estiró, colocó los pies sobre la rueda del timón y cerró un momento los ojos. La brisa generada por la travesía y su satisfacción le acunaron. Dio una profunda calada a su habano y fue cerrando los ojos hasta que finalmente el horizonte desapareció de su vista. De repente oyó como la máquina del otro yate aceleraba. Las turbinas emitieron un estruendo, que aumentaba a medida que el barco se acercaba. Kopfersberg pensó que el otro había reaccionado finalmente cambiando el rumbo y que al aumentar la velocidad quería evitar una colisión. Bruno de Kopfersberg estaba tranquilo y se quedó sentado inalterable. Tanteó para encontrar la copa de champán y la vació de un trago. Le encantaba su sabor, que lo diferenciaba de cualquier otra bebida.

El ruido de los motores del otro barco debía haber disminuido, sin embargo cada vez era mayor. Bruno de Kopfersberg se irguió de golpe y una vez sentado abrió los ojos. Instintivamente puso la mano derecha sobre el gas y la izquierda sobre el timón para poder reaccionar inmediatamente en el caso de que algo no estuviera en orden. Vio el casco claro del otro yate acercándose peligrosamente. No pudo reconocer más, pues ya estaba completamente oscuro. El ruido de los motores hacía pensar en una embarcación muy rápida. Kopfersberg bajó un poco la palanca de doble gas. La hielera con el champán se desplazó hacia la barra de sujeción. Giró la rueda del timón hacia estribor. La estela de la Ferretti era cada vez más blanca. Aumentó la velocidad a unos treinta nudos, por lo que navegaba a medio gas. Los dos mil cuatrocientos caballos de las turbinas MAN ofrecían unas reservas enormes. Con la velocidad más alta también aumentó el estruendo que emitían.

El viento creado por la velocidad revolvía el cabello de Kopfersberg. Vio cómo la

distancia entre ambos barcos era cada vez menor. La popa blanca de la otra embarcación se mantenía a toda velocidad en alto como separada del resto. Kopfersberg comprendió que el barco no quería desviarse, sino que iba directo hacia el suyo. Dio todo gas, por lo que tuvo que agarrarse a la rueda del timón debido a la sacudida que dio la Ferretti.

No había muchos barcos que pudieran aguantar esa velocidad y menos durante mucho tiempo. Los depósitos estaban casi llenos, también en eso pensó Kopfersberg. Las bombas inyectoras del motor gastaban unos quinientos litros de combustible cada hora, pero con lo que le quedaba en el depósito podía cubrir cuatro veces el trayecto que le faltaba por recorrer. Miró hacia la derecha y vio cómo poco a poco aumentaba otra vez la distancia entre ambas embarcaciones. Bloqueó la rueda del timón un momento para retirar de la mesa la cubitera con el champán, que no paraba de moverse con las constantes sacudidas que daba el barco. Le sabría muy mal echar a perder el Dom Pérignon. Volvió a desbloquear la rueda del timón y decidió mantenerse a esa velocidad durante un buen tiempo. Lo que hiciera falta hasta que se sintiera seguro. El ruido que emitía la Ferretti era ensordecedor. Kopfersberg sujetó el habano con los dientes. El humo que desprendía volaba a su espalda hacia la oscuridad.

Cuando finalmente ya no vio la otra embarcación, disminuyó la velocidad en un tercio y la popa de la Ferretti descendió. Se puso a treinta y cinco nudos y Kopfersberg volvió a sentarse tranquilo en el balancín. Si se hubiera girado ciento ochenta grados habría avistado por encima de la cubierta a doscientos metros que aún no estaba seguro. Pero no se volvió. No oyó el motor de la otra embarcación. Además del viento, los motores diesel MAN de su barco se lo impedían. El otro lo debía saber. Tras unos minutos, Kopfersberg volvió a la velocidad que llevaba al principio. Finalmente se tranquilizó del todo. Se sirvió otra copa de champán. Kopfersberg le dio vueltas al significado de la extraña maniobra. Nunca había oído de casos de piratería en el Adriático. La simple idea le pareció absurda. Después oyó cómo sonaba el teléfono de a bordo. Uno de los supletorios se encontraba junto al timón. Descolgó.

—¿Padre? —era la voz inconfundible de Spartaco, con el eco usual de las comunicaciones por satélite.

—Sí —Kopfersberg se asustó. ¿Por qué su hijo le llamaba a través del teléfono por satélite?—. ¿Spartaco? ¿Eres tú?

—Sí, padre. Me estoy acercando por babor.

Finalmente Kopfersberg se volvió y vio por encima de la cubierta cómo el estrecho y blanco casco de la Corbelli en el agua negra se hacía cada vez más grande.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, sólo quería hablar contigo, padre —apenas podía oír su voz.

—¿Qué significa esto, Spartaco? Ya lo hemos hablado todo. Debo llegar a Trieste.

—No te entretendré mucho tiempo, padre. Te abordaré por babor. Para las máquinas.

Kopfersberg sabía que su Ferretti poco podría hacer frente a la Corbelli de su hijo. Aunque se preguntó por qué tenía miedo. Bajó la palanca de gas hasta el mínimo. La Ferretti frenó bruscamente por la fuerza del agua y fue perdiendo velocidad. Spartaco debía de haberle seguido desde Zara, si no era imposible que hubiera dado con él en mar abierto. Volvió a agarrar la palanca de gas, aunque ya no la movió. No debía mostrar su miedo, aunque debía poder defenderse. Miró a su alrededor desesperado. Spartaco ya se acercaba con los motores apagados, estaba sobre la cubierta de su Corbelli y lanzó un cabo enrollado. La distancia entre ambos era de dos, máximo tres metros.

Spartaco lanzó el cabo cogiendo carrerilla y Kopfersberg lo agarró. Después sacó las defensas a babor.

—¿Qué es lo que pasa, Spartaco? —le preguntó mientras amarraba el cabo.

—¡Vengo a buscarte, padre! —su voz era oscura—. Hace tiempo que espero este momento —había saltado sobre la cubierta de la Ferretti y se encontraba frente a Bruno de Kopfersberg—. Haré contigo lo que hiciste con mi madre.

De allí le venía el miedo, pensó Kopfersberg.

—¡No hagas locuras, Spartaco! Ya te he repetido mil veces que se trató de un accidente.

—¡Demuéstramelo!

—¡No hay pruebas, Spartaco!

—¡Eres un cerdo egoísta, ésa es la prueba! ¿Qué importancia tiene si lo hiciste con tus propias manos o no? Eso no me interesa. Ahora te toca a ti. ¡Pagarás por ello!

—¡Maldita sea, Spartaco, yo amaba a tu madre! ¿Por qué le iba a hacer algo así?

—¡No me hagas reír! ¿Tú querer? Tú sólo utilizas a los demás. ¡A eso le llamas amor! ¿Qué es lo que has hecho de mí? ¡Vamos, dilo!

Spartaco estaba a tres metros de su padre. Sus ojos echaban fuego y tenía las pupilas muy abiertas. Bruno de Kopfersberg lo vio.

—¿Has tomado algo, Spartaco? Siéntate y tranquilízate de una vez. ¡Habla sobre ello! —dio un paso hacia delante y alargó los brazos. Spartaco dio medio paso a un lado.

—¡Admítelo! —gritó.

—¿El qué, Spartaco?

—¡Eres un asesino! ¡Acabas con todos los que te rodean! A mí no has hecho más que utilizarme toda la vida, a mi madre también la utilizaste, a Eva y... y... —su voz se apagó.

—¿De qué te quejas? ¿Acaso vives mal? Tienes todo lo que puedes desear,

Spartaco. ¡Sé razonable! –Kopfersberg aún tenía los brazos extendidos–. ¡Deja de una vez esta mierda, siéntate y escúchame! –dio un paso más.

–¡Tú eres el que tiene que escuchar! –gritó Spartaco–. Deja de darme órdenes. He necesitado mucho tiempo para comprenderlo. No soy más que un instrumento en tus manos. Como mi madre. No querías más que su dinero. Por lo demás, se interponía en tu camino.

–Tranquilízate, Spartaco. No necesitaba el dinero de Elisa, yo mismo tenía suficiente. Y nos entendíamos bien. ¡La quería! –estaba a poco más de un brazo de distancia de su hijo.

–¿Y qué es lo que has hecho conmigo? ¿Qué sé hacer, aparte de mentir y robar? Es lo que tuve que aprender. ¡Estoy harto! Nunca pudiste soportar que algo no se hiciera como tú querías. ¡Ahora pagarás por ello! –la saliva que salía disparada por los gritos que daba Spartaco iba a parar a la cara y la camisa de su padre.

–¡Spartaco, no olvides que todo lo que he conseguido un día será tuyo! –Kopfersberg se limpió el rostro con la manga de la camisa. Se atrevió a dar medio paso más, pero Spartaco retrocedió de nuevo a un lado. A pesar de su rabia desmedida se mantuvo quieto.

–No tengo nada que perder, mi vida ya está completamente perdida. Y ahora te toca a ti, padre...

–¿Pero con qué? –preguntó el viejo Kopfersberg de repente de forma irónica–. Por no tener, no tienes ni un arma –entonces dio un paso adelante y cogió a su hijo por la camisa. Spartaco reaccionó y le propinó a su padre un fuerte puñetazo, que le envió contra la puerta de la cabina.

–¡No necesito ningún arma! Te ahogarás como una rata en el mar. ¡Como mi madre! –la voz de Spartaco se tornó de pronto muy tranquila, fría. Levantó los puños.

Bruno de Kopfersberg comprendió finalmente que estaba en manos de Spartaco. Con miradas rápidas intentó localizar un arma. Si pudiera alcanzar el bichero tendría una oportunidad. Poco a poco se hizo a un lado. De la comisura de los labios surgió un hilillo de sangre.

–No hagas ninguna tontería, Spartaco –dijo Kopfersberg en voz baja limpiándose lentamente la boca. Casi había alcanzado la escalerilla que llevaba a la cubierta del timón–. ¡Nadie ganará nada con esto!

–Demasiado tarde, padre –Spartaco se le acercó dando un paso hacia delante–. ¡Estás acabado! Aunque espero que no tengas una muerte rápida. Sufrirás.

Kopfersberg saltó hacia la escalera y cogió el bichero del dispositivo que lo mantenía fijado. Se dio la vuelta con ímpetu y lo lanzó con todas sus fuerzas hacia Spartaco. El garfio le dio de pleno en el brazo izquierdo, aunque Spartaco no pareció sentir dolor. Con la mano derecha consiguió sujetar el bichero y lo atrajo con agilidad hacia sí. Su padre fue arrastrado por la fuerza escalerilla abajo y fue a

parar a cubierta. Spartaco le puso el garfio sobre la espalda y apretó. Kopfersberg perdió el sentido.

Despertó de su desmayo en cuanto cayó al agua. Estaba atado de manos, notaba el metal en las muñecas. Le dolía la espalda y le retumbaba la cabeza. Vio confuso que la Ferretti se alejaba lentamente y notó de repente cómo algo le tiraba de los brazos. Quiso gritar, pero no pudo emitir un solo sonido. Por delante de él vio el casco blanco de su barco. El lazo que tenía atado a las manos empezó a tirar de él. Intentó alcanzar el cabo, lo que consiguió con mucho esfuerzo. Entonces probó a acercarse al yate centímetro a centímetro, pero el estrecho lazo había bloqueado la sangre de sus venas y apenas tenía fuerzas. Por lo menos no tragaba agua, ya que el empuje de la Ferretti lo mantenía por encima de la superficie del agua. De esta forma podía respirar sin problemas. Vio cómo Spartaco levantaba la copa de champán y le gritaba algo, que no entendió. Después vio cómo su hijo lanzaba por la borda la cubitera, la botella y la copa trazando un amplio arco y de un gran salto saltaba a su propia lancha. Acompañado del ruido ensordecedor de sus motores desapareció con una amplia maniobra en la oscuridad.

Trieste, 22 de julio de 1999,
a partir de las 19.15 h, la Questura

Enrico Fossa estaba sorprendido de que le llamara el director de la policía. Apenas tenía relación con él, existían entre ellos demasiados cargos directivos en la escala jerárquica. Durante la celebración de la Navidad le vio en el púlpito tras un micrófono y aplaudió como todos los demás cuando el jefe alabó el rendimiento de sus agentes. Su antecesor siempre había dado un discurso por Año Nuevo. Algo de muy buen gusto. Aunque también aquí, como en todas partes, todos disponían cada vez de menos tiempo. Cuando celebró sus treinta años de servicio, el *questore* le estrechó la mano. Hacía ya año y medio de aquello. Asistió a la fiesta que dio Fossa en el despacho y dijo un par de palabras de elogio. Aunque ya no podía pensar en un ascenso, había demasiados obstáculos en su camino. No tenía ni el bachillerato ni ningún estudio paralelo que pudiera haber paliado su falta de formación. Era y sería un hombre forjado en la experiencia. Siempre estaba disponible y no se arrugaba ante el hecho de tener que actuar a pie de campo, como él mismo decía. Y su gente le quería por ello. Pero también la carrera política de su mujer supuso un obstáculo para él, de eso estaba convencido. Se habían peleado muchas veces por esta razón. A él también le gustaban la disciplina y el orden, pero la política no era su fuerte.

Quizá le tenían preparada una sorpresa. ¿Por qué motivo le había llamado el *questore*? ¿Desde cuándo los peces gordos hacían horas extras? ¿Cuánto tiempo iba a pasar hasta que pudiera volver a su puesto? Esa noche le necesitaban. La antesala del jefe estaba vacía, los dos ordenadores sobre las mesas de las secretarías estaban tapados con sus fundas. Todo estaba en orden. Golpeó titubeante en la puerta del señor de los cielos.

Pasó un rato hasta que oyó un «*avanti*». No se había atrevido a llamar una segunda vez. Cerró con cuidado la puerta y entró.

—¡Inspector Fossa, Claudio! *Questore!* —dijo cuadrándose y dando un taconazo.

—¡*Sera*, Fossa! —el director de la policía se levantó detrás de su escritorio y fue hacia él—. ¡Déjese de formalidades! —le estrechó la mano y el rostro de Fossa se relajó—. ¡Por favor, tome asiento inspector!

El *questore* señaló una silla junto a la mesa de reuniones, aunque Fossa esperó a que su jefe se sentara. En el centro de la mesa había papel y bolígrafos.

—Inspector —empezó diciendo el director de la policía—, esta noche está usted de servicio.

—Sí.

—No se trata de algo agradable por lo que le he llamado esta noche.

—¿No? —preguntó Fossa tocándose nervioso la mejilla.

—¡No! Verá. Siempre que en la Via dei Porta ha habido invitados usted ha estado

de servicio, inspector. Hoy se espera a mucha gente en la casa. Esas fiestas se celebran tres o cuatro veces al año.

De repente Fossa entró en calor. Quería aflojarse la corbata y abrirse el botón superior de la camisa, pero se abstuvo y puso de nuevo la mano sobre la mesa.

—Siempre que los vecinos presentan quejas, la policía nunca acude, inspector. Y eso que usted tiene constancia de ellas. ¿Tiene algo que decir?

Fossa no sabía qué hacer con las manos. De repente eran como cuerpos extraños. Sudaba, pero las manos estaban frías y se le erizó el vello de los antebrazos.

—Está bien. Se quedará usted esta noche aquí conmigo. Juntos atenderemos la transmisión por radio. Yo me sentaré en mi escritorio y trabajaré. Y usted se quedará aquí sentado, Fossa. Si hubiera algo importante que atender lo oiremos juntos. No seremos molestados por el habitual trajín de las telecomunicaciones. Sintonizamos el canal diez.

Fossa tenía la frente llena de sudor. Sabía lo que eso significaba. La policía sólo sintonizaba el canal diez cuando estaban implicados varios cuerpos de seguridad y se trataba de un caso del crimen organizado. El canal estaba encriptado y ni los mejores especialistas hubiesen podido descifrarlo. Fossa no recordaba cuándo se sintonizó en Trieste por última vez el canal diez.

—Su sustituto ya está ocupando su lugar. Esta noche se ocupará de las patrullas. Un buen hombre. ¡Como usted, Fossa! —dijo el *questore* observándole inquisitivamente—. Si surgieran novedades, aquí tiene usted algo para escribir. Después podemos comentarlas.

El director de la policía se puso en pie.

—Sí —dijo Fossa, y carraspeó—, si yo...

El *questore* negó con la cabeza.

—No, Fossa, ahora no. Hablaremos después —se dirigió a su escritorio y se enfrascó en el expediente.

Poco antes de las ocho el canal diez empezó a animarse. Desde Via dei Porta se informaba de la llegada de algunos coches, que ya empezaban a copar la estrecha calle. En alguna parte había apostado un agente que iba informando sin ser advertido. ¿Quizá en el parque Engelmann? ¿O en la casa vecina?

Fossa se encontraba mal. Las grandes manchas de sudor del pecho hacían que la camisa blanca de su uniforme pareciera gris. Miraba como un idiota el sello de la mesa. Más de una vez miró al *questore*, que hojeaba el expediente que tenía delante y parecía no fijarse en él.

Entonces empezaron a llegar novedades cada vez más claras. Oyeron cómo se comprobaban las matrículas italianas de los coches. También estaba el coche de Cardotta, el político, y el del presidente de la Unión Naviera. Incluso un vehículo

oficial de las autoridades portuarias. Pertenecía a un compañero de Ettore Orlando encargado del Porto Nuovo. Se oyó cómo Orlando respiraba hondo y maldecía por lo bajo cuando se enteró.

—Déjame lo que quede de él, Laurenti —se le oyó gruñir. Pero la mayoría de las matrículas eran extranjeras y no podían comprobarse.

Cada vez se oía más la voz de Laurenti. Hablaba bajo, aunque sólo le podían oír sus compañeros y no paraba de preguntar por todo lo que pasaba. Todos ocupaban sus posiciones, la Polizia Statale, los Carabinieri y la Guardia di Finanza. Y sus respuestas se recibían con toda claridad, aunque con el tono de voz amortiguado. En la Via Rossetti sólo había apostadas dos patrullas de paisano. Los demás esperaban en las calles adyacentes. Poco a poco se ponía el sol y el frescor de la noche le ganaba terreno al calor de la tarde. Las sombras se alargaron.

Laurenti y Sgubin, que esa noche apareció de paisano, tal como le había pedido su jefe, encontraron un escondite ideal detrás de un edificio vecino. Veían cómo en la entrada Eva Zurbano y Viktor Drakic daban la bienvenida a los invitados. Eva Zurbano estaba elegantemente vestida. Llevaba un collar de oro y una piedra preciosa, que brillaba a la luz de la luna, en la mano izquierda. En el brazo derecho lucía un brazalete de diamantes.

El traje de Armani color arena le sentaba a la perfección a Viktor Drakic. Cuando llegaba un invitado y lo consideraba conveniente le acompañaba personalmente a la terraza frente a la villa, donde Spartaco de Kopfersberg lo recibía. A otros, Drakic les mostraba el camino únicamente con un gesto.

Tremani y su sombra, Pasquale Esposito, llegaron con una de las dos limusinas negras marca Mercedes que pertenecían a la villa. Saludaron rápidamente a Eva Zurbano y a Viktor Drakic y se dirigieron a la terraza sin que nadie los acompañara. Tremani saludó a Spartaco de Kopfersberg con un golpe en los hombros. Luego desaparecieron tras la villa, donde los demás invitados ya sostenían su primera copa de champán.

Laurenti y Sgubin estaban ubicados lo suficientemente cerca para poder oír todo lo que se decía y ver a los clientes, cuyos nombres transmitían por radio en cuanto los reconocían. Además, estaban lo suficientemente lejos para no ser vistos.

—¡En marcha! ¡La fiesta ya ha empezado! Estad preparados —cuando el *questore*, que había estado leyendo el expediente toda la noche, reconoció la voz de Laurenti, levantó la vista de los papeles. Fossa, que durante todas esas largas horas se había asado en su silla con la mirada apagada y sólo de vez en cuando apuntaba algo en un hoja, también levantó la mirada.

—*In bocca al lupo!* —exclamó el *questore*, que ahora sostenía el auricular del aparato en la mano.

—¿Quién ha dicho eso? —se oyó por los altavoces.

–¡El jefe, idiota!

–*Crepi lupo!* Gracias, *questore*. Todo irá bien.

Eran las nueve pasadas. Desde hacía media hora que ya no entraba ningún coche en la villa. Laurenti señaló que el Dr. Otto Wolferer, el «invitado de honor», todavía no había llegado y después maldijo.

–¿Alguien sabe dónde está Wolferer? –preguntó a través de la línea.
Silencio.

Repitió la pregunta.

La línea seguía en completo silencio.

–¡He preguntado si alguien ha visto a Wolferer! ¡Exijo una respuesta!

La línea seguía en silencio.

–Sgubin, ¿quién hace guardia frente al Savoya Palace?

–¡Que yo sepa nadie!

–¡Maldita sea! ¿Por qué no?

–Todos están aquí. Así lo has querido tú.

–¡Mierda! Necesitamos que alguien de paisano vaya inmediatamente al Savoya y compruebe si Wolferer sigue allí –ordenó Laurenti por la línea–. ¿Quién está más cerca?

–¡Nosotros! Era la voz del director de la policía.

–¿Quién?

–Nosotros, Laurenti. ¡Al habla el *questore*!

–¿Usted?

–Sí, yo mismo, Laurenti. Está a la vuelta de la esquina, en cinco minutos puedo estar allí.

–Pensaba que estaba usted con Fossa... –Laurenti se tragó la frase.

–Enseguida informamos –dijo el *questore*, y cortó.

El *questore* se puso en pie, colgó el micrófono y cerró el aparato. Cogió su chaqueta del respaldo de la silla y puso en marcha el comunicador portátil. Un corto pitido de cuatro tonos corroboró que estaba en funcionamiento. Miró a Fossa y le dijo brevemente:

–¡Vamos!

La mirada de Fossa, hasta ese momento torturada, oscura y perdida, se aclaró. Por fin el *questore* le dirigía la palabra.

–¿Yo también?

–Claro, y rápido. Tenemos que averiguar dónde está escondido Wolferer.

Fossa no tenía ni idea de quién era el tal Wolferer. Pero estaba contento de que por fin le encargaran un trabajo. Cualquier cosa mejor que estar allí sentado. Se puso la chaqueta del uniforme y puso en marcha el comunicador.

–Aunque no voy de paisano –observó Fossa.

–Deje aquí la chaqueta y la gorra. Así pensarán que es usted de la Marina.

Desde la *Questura* hasta el hotel Savoya Palace, el viejo caserón en la Riva frente a la Stazione Marittima, no se tardaba mucho. Bajaron corriendo las escaleras de la *Questura*, atravesaron rápidamente el Gueto, pasaron volando por delante de las persianas metálicas oxidadas y ya bajadas de los anticuarios y cruzaron en diagonal la Piazza Unità d'Italia, donde esa noche, como muchas veces durante el verano, un grupo de rock llenaba de ruido el lugar. Entonces se encontraron junto a la entrada del Savoya, que el *questore* conocía bien, pues acudía a las reuniones del Lions Club dos veces por semana.

–Buenas noches, *questore* –le saludó el conserje.

–Buenas noches, Franz. Míreme usted por favor si el señor Wolferer continúa aún en su habitación.

El conserje echó un vistazo a la cajonera con las llaves de las habitaciones que se encontraba a su espalda.

–Sí, está arriba. ¿Quiere que le llame? –solicito, ya tenía el auricular en la mano. El *questore* agarró rápido el brazo del conserje por encima de la recepción y le pidió que colgara.

–De ninguna manera. Díganos simplemente qué habitación ocupa.

–516 y 517. Es una suite.

–Franz –le dijo el *questore* con voz firme–, Wolferer no debe enterarse de nuestra presencia. ¿Está claro? Si llega a saber algo, habrá llegado su hora final. ¿Me lo promete?

–¡Entendido, *questore*! Puede usted confiar en mí.

–¿Dispone usted de una segunda llave de la habitación?

–Sí, pero...

–No vale pero alguno. Démela.

El conserje desapareció en una habitación acristalada, que servía de despacho, y abrió uno de los cajones del escritorio. Volvió con la llave maestra.

–¿Qué piso es?

–¡El quinto!

–¿Tiene balcón?

–Todas nuestras habitaciones con vistas al mar disponen de balcón.

–¿Las habitaciones contiguas están libres?

–Me temo que no.

–¿Y encima o debajo?

–La de encima sí.

–¿La llave sirve igual?

–¡Sí, claro!

–Vamos, Fossa.

La fiesta

Desde el jardín llegaba música a todo volumen y risas que atravesaban la noche. La puerta de la villa empezó a desplazarse, acompañada de un ligero zumbido de los motores eléctricos. Viktor Drakic ya no estaba a la vista. Eva Zurbano miraba cómo la plancha de acero se cerraba lentamente.

–La trampa se cierra –murmuró Laurenti.

El comisario miró a Sgubin. Sgubin le devolvió la mirada. El movimiento de cabeza de Laurenti lo dejaba todo claro.

–Quiero entrar –dijo cortante.

–¿Y qué hacemos con la Zurbano?

–Hay que arriesgarse –se arrastraron rápidamente por la calle agazapados.

La puerta se había cerrado a medias cuando Eva Zurbano volvió a entrar.

Laurenti fue el primero en correr, Sgubin le siguió. Con el hombro por delante se introdujo también en el interior. Apenas dos metros más allá de la puerta se escondieron detrás de unos arbustos y ahí permanecieron inmóviles. Sgubin se frotó el hombro dolorido. Eva Zurbano vaciló un momento. Había oído algo. Se dio la vuelta de nuevo y vio cómo el portón se cerraba con un sonido metálico. Se tranquilizó y prosiguió.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Laurenti.

–Nada. Sigue adelante –murmuró Sgubin.

Hacía rato que la noche se había tragado el último rayo de sol. Pronto estaría completamente oscuro.

–¿Tenemos por fin alguna noticia sobre Wolferer? –preguntó Laurenti en voz baja por el transmisor. Se había colocado los auriculares y enseguida escuchó la voz del *questore*.

–Está en su habitación. Pronto sabremos más.

–¡No, por favor! No entren. Quizá venga más tarde, *questore*.

–No pensábamos entrar, Laurenti. Fossa mirará por el balcón. Espere. No falta mucho.

Laurenti estaba horrorizado ante el hecho de que Fossa estuviera actuando por órdenes del *questore*.

–Quisiera saber de una maldita vez qué significa todo esto –dijo a Sgubin.

–No tengo ni idea, jefe –respondió Sgubin negando con la cabeza.

–¡Pero sin Wolferer todo nada de esto tiene sentido! Le necesitamos. Esperemos que venga.

En ese mismo instante Spartaco de Kopfersberg, situado en la escalera que llevaba a la casa, llamaba la atención de sus invitados haciendo entrechocar dos copas.

–¡Queridos amigos! *Cari amici!* ¡Sean ustedes bienvenidos! Hoy su presencia nos alegra sobremanera. Todos ustedes han contribuido a que TIMOIC gestione la ayuda humanitaria a las pobres víctimas del terremoto de Turquía de forma rápida y en beneficio de los habitantes de esta zona en crisis. Por ello quisiera darles las gracias de todo corazón. Mi padre, que como ya les hemos comunicado personalmente murió a causa de un trágico accidente, suscribiría por completo mis palabras. Estoy seguro de que estaría orgulloso de saber de su presencia y le encantaría agradecerles personalmente la colaboración. Pero ésta no debe ser una noche de luto. Queridos amigos, hay que divertirse y relajarse. No es la primera vez que muchos de ustedes están aquí. Ya saben que hemos procurado que ninguno de sus deseos quede sin cumplir. ¡En este sentido les deseo que disfruten de una feliz noche! ¡Gracias!

–Qué corazón de hielo tiene el joven –murmuró Laurenti, y Sgubin hizo una mueca consecuente. Se habían arrastrado a lo largo del muro hasta llegar a un parterre lleno de vegetación donde encontraron un escondrijo detrás de un oleandro de color rojo vivo, cuyas flores se habían entrecerrado con la oscuridad y desde donde disfrutaban de una buena vista de la fiesta. Laurenti preguntó de nuevo por la posición de los demás y comunicó que aún faltaba para intervenir. Algunos de los hombres de los diferentes automóviles maldijeron por lo bajo. Era incómodo permanecer tanto tiempo en el coche y además era difícil no llamar la atención de los vecinos y estropear toda la operación por un descuido idiota. Por otra parte, no todos los coches disponían de aire acondicionado. El calor se había incrustado en el asfalto y en las fachadas de piedra de las casas durante el día. El aire de la ciudad era denso. No soplaban ni la más mínima brisa. A pesar de la oscuridad no había refrescado. Aunque el calor era un aliado de mucha ayuda. En una noche como aquella apenas había nadie en casa. La gente aún disfrutaba de la playa o de una excursión al Carso para cenar en una *osmizza*, unas sencillas fondas donde se podía comer al fresco de la montaña y con vistas a la puesta de sol de color rojo sangre por detrás del Grado. El tráfico era mínimo y sólo algunos viandantes miraban curiosos a los coches patrulla.

Eva Zurbano abandonó la fiesta cerca de las diez de la noche. Laurenti y Sgubin la vieron descender por la entrada, con el bolso en una mano y con las llaves del coche en la otra. Llevaba un pañuelo de seda sobre los hombros. Activó la apertura del portón y Laurenti aún tuvo tiempo de alertar por el transmisor a los agentes que hacían guardia en la calle.

–Sgubin, fíjate dónde está el dispositivo de apertura –le murmuró. Sgubin afirmó con la cabeza.

Desde el exterior les llegó la noticia de que la Zurbano, después de esperar a que

se cerrara de nuevo la puerta, descendió andando por la Via Rossetti y allí se subió a un pequeño Cabriolet de color blanco de la marca BMW. Una patrulla de paisano la siguió.

Laurenti y Sgubin habían encontrado un nuevo escondite, desde el cual tenían mejor vista. En la fiesta había cinco camareros, reconocibles fácilmente por su vestimenta. Tres de ellos se ocupaban de llenar las copas. Estaba claro que tenían órdenes expresas de que estuvieran siempre llenas. Los invitados eran exclusivamente hombres. Cerca del buffet, atendido por dos camareros de librea, vieron a Tatiana Drakic conversando con el presidente de la Unión Naviera. Le sacaba dos cabezas y miraba más su escote que sus ojos. Cada dos por tres ella ponía su mano derecha riendo sobre su pecho y la dejaba un rato allí. Y cada dos por tres él la cogía por el brazo o colocaba su mano en su talle. Y cada dos por tres ella se le pegaba a él con todo su cuerpo, le susurraba algo al oído y ambos se reían. Después volvían a conversar animadamente. Un bonita pareja.

–Lleva un vestido que parece un placebo –dijo Laurenti.

–¿Qué?

–Nada. Alguna vez lo he oído por ahí –replicó negando con la mano. Aquel hombre debía de ser bastante importante si la anfitriona se ocupaba de él personalmente.

Laurenti tenía sed. En esos momentos se bebería una copa de champán helado, le susurró a Sgubin al oído.

–Yo preferiría una cerveza –murmuró éste–. ¿Quién ha elegido esta horrible música?

–¡Es un tango, Sgubin! Aunque tienes razón, no pega nada.

–¡Sobre todo está muy alta! Y no para. Es terrible.

A través de la fuerte música llegaban con frecuencia risas altas y gritos agudos.

–Para cada uno de estos extraños señores hay una chica disponible, jefe. No es que lleven mucho encima.

–Qué dices, Sgubin.

–¡Todas son increíblemente guapas! ¿Crees que son de aquí?

–Lo dudo, pero pronto lo sabremos. A ver si el maldito *questore* da señales de vida de una vez.

–No creo que sean de aquí, jefe.

–¡Oye, Sgubin, en Trieste también hay chicas guapas!

–Por ejemplo tu hija.

–¡No te pases, Sgubin! ¡Livia no es una puta!

–¡Perdona, no quería decir eso! Pero dos de ellas estaban en la villa la primera mañana que vine aquí para hablar con la Drakic.

–¿Y?

–Nada, es sólo una observación.

Se bebió rápido y mucho y el calor hizo el resto para que los señores se soltaran. En la piscina, uno de los hombres, que ya tenía la camisa abierta, le había desabrochado el corto vestido a una de las chicas y le había bajado los tirantes del sujetador. Poco después ya estaba como Dios la había traído al mundo frente a él jugando con su cinturón. Llevaba unas bermudas de rayas rojas y blancas. De un empujón la tiró a la piscina y él la siguió. Reían a carcajadas y se salpicaban con el agua como niños pequeños. Poco después les siguieron otras dos parejas, que seguramente se animaron con su ejemplo. También el compañero de Ettore Orlando estaba bien ocupado. Lo tenían a la vista hasta que desapareció en el interior de la casa acompañado.

Sgubin no podía dejar de mirar la piscina.

–¡Mira, jefe! –se había incorporado a medias y señalaba con el brazo alargado hacia la casa. Laurenti lo devolvió a ras de hierba–. Está bien. ¿Has visto cómo Cardotta pasea su barriga?

De hecho, el político había salido de la casa prácticamente sin ropa acompañado de una exuberante preciosidad completamente desnuda, que le sobrepasaba en altura un buen trecho. Cardotta la tenía abrazada por la cadera y ella lo cogía a él por los hombros. Cuando hablaba con ella le miraba los muslos. Cardotta hizo una señal con el brazo izquierdo, señaló un lugar del jardín, que parecía no estar muy lejos de donde se encontraban ambos policías, y presionó a su afrodita para que le siguiera en esa dirección. Sus claros cuerpos permanecieron bien visibles una vez se hubieron perdido en el oscuro prado.

–¡Vienen hacia nosotros! –exclamó nervioso Sgubin.

–¡Ya lo veo!

–¡Creo que se dirigen hacia la glorieta!

–¿Qué glorieta?

–La que tenemos detrás.

Cardotta y la alta ya estaban demasiado cerca para que Laurenti y Sgubin pudieran buscar un mejor escondite. Cardotta ya no reía, iba pegado a la espalda de su diosa y le sujetaba ambos pechos con las manos. Su voz era cada vez más exigente.

–¡Sí! ¡Vamos! –le decía arrimándose cada vez más a ella.

–Sgubin, encógete y no respire –le soltó Laurenti.

Pegaron la cara al césped con ambas manos sobre ella. Laurenti veía por el rabillo del ojo cómo Cardotta disfrutaba con su diosa a sólo tres pasos. Estaban demasiado ocupados para advertir la presencia de los policías. Una de las manos de la dama se perdió en los calzoncillos de Cardotta. Él gruñó de satisfacción y la siguió como un perro cogido de la correa. Entonces se perdieron en la glorieta.

–Vámonos de aquí. –Laurenti ya había avistado un nuevo arbusto, tras el que se

escondieron.

–¡Nunca lo hubiera imaginado! –murmuró Sgubin al cabo de un rato–. ¡Pensar que señores como Cardotta se comportan de esta manera en público!

–Sinceramente, yo tampoco –Laurenti señaló la piscina–. Aunque hay que reconocer que está bien acompañado. ¡Mira allí!

Tatiana Drakic ayudaba en ese mismo momento al presidente de la Unión Naviera a deshacerse de su caluroso pantalón. Se había estirado en una tumbona, pero sólo le veían la cabeza y el pecho, ya que el borde de la piscina le tapaba el tronco y sólo se le veían las piernas a partir de la rodilla, que Tatiana tenía bien cogidas. Ella tiró de los pantalones y algunas monedas cayeron de los bolsillos. El hombre se rió y con un gesto de la mano dio a entender que no se preocupara. Poco después la cabeza de Tatiana desapareció tras el borde la piscina.

–¡Vaya cerdos! –exclamó Sgubin y se pasó la mano por la frente.

–¿Y dónde está Tremani? ¿Y su gorila? –preguntó Laurenti devolviéndole al presente.

–Yo también me lo he preguntado. Seguramente están en la casa.

–Hum. En todo caso no han salido.

–¿Laurenti? –por fin oyeron la voz del *questore*.

–¿Sí?

–Wolferer está en camino.

–¿Dónde se había metido todo este tiempo?

–Va para allí, Laurenti. Llegará en un par de minutos.

–¿Estaba en el hotel?

–¡Sí!

El *questore* era tan escueto que le maravilló.

–¿Todo en orden?

–¡Hasta luego! En diez minutos estaré de nuevo en la oficina.

–¿Wolferer no sabe nada?

–No se preocupe, Laurenti.

Laurenti suplicó de nuevo a su acompañante que procurara no moverse demasiado, de modo que Wolferer no les viera al llegar.

–Pronto empezará la acción –murmuró.

Poco después un taxi llegaba a la Via dei Porta y se paraba junto a los coches aparcados.

Wolferer iba acompañado de dos jóvenes mujeres, vestidas de la misma forma que sus amigas del jardín de la villa antes de que empezara el chapoteo en la piscina. Llamaron al timbre del portón y tuvieron que esperar un rato antes de que les abriera Drakic. El portón de acero volvió a cerrarse con el mismo ruido. Drakic hizo una señal a las chicas, tras la cual desaparecieron dentro de la casa. Después

llevó a Wolferer hacia el buffet. A la luz se veía que Wolferer estaba muy relajado y un poco atolondrado. Las primeras dos copas se las bebió de un trago, después cogió un plato y dejó que se lo llenaran de colas de langosta. Drakic no le dejaba solo e incluso el joven Kopfersberg se les unió. Brindaron y rieron. Después Drakic desapareció en el interior de la casa. Cuando volvió se echó a reír con arrogancia, levantó la copa y guiñó primero el ojo a Wolferer y después a Spartaco.

–Estoy convencido de que seguiremos colaborando juntos, Dr. Wolferer –dijo Drakic golpeándole casi con violencia en el hombro–. Me encanta que sea usted nuestro invitado. ¡Sienta las bases para futuros y prósperos negocios!

–Ya veremos, señor Drakic –contestó a la defensiva Wolferer.

–¡Claro que sí, amigo mío, ya lo verá!

–¡Ha llegado el momento! ¡Todos adentro! –fue la orden que transmitió Laurenti por el transmisor–. Sgubin os abrirá la puerta –Sgubin salió corriendo–. Traed el megáfono con vosotros –añadió rápidamente Laurenti.

A través del transmisor oyó como se cerraba la puerta de un coche y después unas órdenes cortas apenas comprensibles.

23.30 h

Nada salió como estaba planeado. Los Carabinieri habían tomado la entrada de la villa y la Via Rosetti, y los agentes de la Polizia Statale y de la Guardia di Finanza debían acceder al interior de la casa. Ante la entrada, los agentes se apostaron con sus chalecos antibala. Permanecían agachados en un ángulo muerto fuera del radio de visión de la cámara de seguridad. Sgubin necesitó varios segundos para accionar el mecanismo de apertura del portón. Tardó en abrirse, por lo que finalmente cuatro policías enmascarados decidieron trepar el muro para introducirse en el jardín. Primero se oyó el ruido de los motores eléctricos y la plancha izquierda del portón empezó a desplazarse con un ruido sordo.

–Menos mal que has visto dónde estaba el interruptor –le soltó Laurenti a Sgubin. Confiaba en que todo iba a salir bien. Se movió como un paseante desde su escondite del jardín hasta la terraza sin que nadie se enterara.

Sgubin se abalanzó con un megáfono por detrás de los agentes armados con sus chalecos antibala. Corrió hacia Laurenti, que hervía de rabia porque todo se estaba llevando a cabo con bastante torpeza, hasta el punto de que una parte de los invitados ya les había visto a cierta distancia.

Para colmo, por detrás de los primeros hombres se introdujo también Decantro, el periodista.

Unas cincuenta o sesenta cabezas se volvieron hacia Laurenti cuando empezó a hablar. De repente se había hecho el silencio. Los bañistas habían salido de la piscina y se quedaron empapados y desnudos frente a la policía. Alguien había apagado la música. Unos focos halógenos portátiles iluminaban la escena. Por detrás de Laurenti había apostados dos agentes con las piernas abiertas, chalecos antibala y apuntando con las metralletas.

–¡Polizia Statale! Que nadie se mueva. Hemos rodeado la villa. Que nadie intente escapar. Por favor, colaboren. ¡Les habla la policía!

A pesar de todo, había movimiento en el grupo. Más por la sorpresa y la intranquilidad, que por pensar en ofrecer resistencia.

Laurenti ordenó que dividieran a hombres y mujeres en dos grupos. Se hizo a regañadientes. El de los hombres le recordaba a Laurenti a una pandilla de adolescentes que habían detenido hacía muchos años de noche en una piscina pública. Dos de los invitados se tapaban las vergüenzas con ambas manos y miraban a diestro y siniestro en busca de su ropa. Sin embargo, no se atrevían a moverse. El presidente de la Unión Naviera intentaba ponerse los pantalones a pesar de estar empapado y estuvo a la pata coja el tiempo suficiente para perder el equilibrio y caer de bruces sobre el empedrado. Laurenti no pudo evitar reír al ver la escena. Era una imagen cómica tener a gente tan honorable delante de uno con o sin los calzoncillos puestos.

Las chicas estaban agrupadas formando una piña y buscaban entre una pila de vestidos, que una de ellas había conseguido agenciarse, el más idóneo. Los agentes no les quitaban el ojo de encima.

Tatiana Drakic ya se había puesto su vestido bien escotado de nuevo y se había acercado entre los invitados hasta situarse frente a Laurenti. Toda ella temblaba de rabia. Laurenti la miró irónicamente, mientras ella le clavaba los ojos de forma cortante y furiosa.

–¡Dígame qué significa todo esto! Está usted interrumpiendo una fiesta privada – le increpó.

Laurenti tuvo que reír ante aquella intervención.

–¡Naturalmente que sí! Por cierto, muy bonita la compañía, *signora*. ¡La felicito! Aquí traigo la orden de registro –dijo indiferente, aunque la bella mujer no parecía muy interesada. Laurenti hizo una señal a una agente, que como un rayo le colocó una frías y estrechas esposas en las muñecas. Los cierres emitieron un sonido por dos veces. Tatiana Drakic quería añadir algo más, pero Laurenti hizo un gesto a la policía para que se la llevara.

–*Figlio di puttana* –soltó, y le escupió en la cara. Laurenti permaneció inalterable y se limpió el escupitajo con la manga de la camisa. Intentó localizar entre la multitud, que le miraba intranquila y con miedo, a Tremani, al joven Kopfersberg y

a Viktor Drakic. ¿Dónde demonios se habían metido? Sólo vio a Decantro, que le hizo una señal y se dirigió hacia la salida.

De repente Emilio Cardotta se acercó a Laurenti en calzoncillos blancos, siendo imposible que fueran suyos, con la mano por delante y en actitud orgullosa, como si llevara frac y chistera.

—¡Buenas noches, comisario! Una operación imponente, le felicito. Me pregunto por qué razón la habrán llevado a cabo. Bueno, seguro que me lo puede explicar mañana. ¡Ahora mismo me iba, así que llámeme mañana, Laurenti! —exclamó dándole un golpecito en el hombro y dispuesto ya a marcharse. Pero Laurenti ni siquiera le había estrechado la mano y mucho menos tenía la intención de dejarle ir.

—Lo siento, *dottore* —le dijo Laurenti—. De momento nadie puede abandonar el recinto. Tampoco usted.

Dos agentes de policía le cerraron el paso a instancias de Laurenti.

El político se quedó por un momento sin habla. Murmuró un par de palabras incomprensibles y miró su reloj. Su rostro se había ensombrecido.

—¿Y por cuánto tiempo nos tendrá aquí? —dijo con voz amortiguada.

—Hasta que hayamos acabado, *dottore*. Y por cierto: si yo estuviera en su lugar no saldría a la calle con semejante atavío. A usted le conoce todo el mundo. Imagínese... —Laurenti ya se había dado la vuelta, pero volvió a dirigirse a Cardotta—. ¿Ha visto usted a Kopfersberg? ¿Y a Drakic?

—Al entrar ustedes se han ido hacia arriba —y tras decir eso, como si se lo hubiera pensado mejor, señaló con el brazo extendido una oscura esquina del jardín.

Tres agentes uniformados se dirigieron hacia allí.

Se había creado tal silencio, que Laurenti podía hablar sin necesidad del megáfono.

—¿Y dónde está Tremani? —preguntó.

Nadie contestó.

—Vincenzo Tremani de Lecce. ¿Y Pasquale Esposito? ¿Alguien los ha visto?

Nadie habló.

—Bueno, ya los encontraremos. Preparen por favor la documentación —rogó Laurenti—. Cuantas menos dificultades presenten antes terminaremos. Los hombres pueden ponerse ya los pantalones.

Aquella iba a ser una noche larga. El buffet abandonado tenía ahora un aspecto desolador. Los cinco camareros de librea y el jefe de cocina habían formado su propio grupo. Se sentían seguros e indiferentes. Nadie había pensado que la noche sería tan entretenida.

Uno de los tres policías que buscaban a Spartaco de Kopfersberg y a Viktor Drakic volvió y habló en voz baja con Laurenti.

—*Porcaputtana!* —Laurenti iba a coger el transmisor cuando oyó la voz del

questore.

—¿Qué es lo que pasa, Laurenti?

No contestó, sino que no dejó de maldecirse a sí mismo. Era la segunda vez en pocos días que tenía necesidad de fumarse un cigarrillo.

A nadie se le había ocurrido que también había que vigilar la parte trasera del jardín. Todos creían que sólo había una entrada, y no otra salida, y que el muro rodeaba por completo el jardín. Cuando por la tarde planearon la operación nadie habló de esa posibilidad. Nadie había pensado en certificarlo todo in situ. Era trabajo del responsable de las patrullas de la Polizia Statale. Pero por motivos más que suficientes, éste no participaba en la operación, sino que permanecía con el *questore* bajo techo.

—¿Qué es lo que pasa, Laurenti? —volvió a oír la voz de su amo.

—Más tarde le informo —le respondió Laurenti—. Un pequeño y maldito fallo —después cambió de tono y transmitió la orden de que tanto la Policía marítima como la Capitanía no permitiesen que nadie abandonara la ciudad ni a pie, ni nadando, ni en coche, barco o avión.

Viktor Drakic había visto a Laurenti enseguida en el momento de salir de su escondite. Hizo una señal a Spartaco y ambos abandonaron a su halagado invitado de Viena con la palabra en la boca. Desaparecieron enseguida. No llegaron a ver a Tatiana y no tenían tiempo de buscarla. Drakic tendría que encontrar la forma de sacar a su hermana de apuros. Ya la sacaría de allí. Spartaco y él habían comentado esa misma tarde todos los posibles peligros a los que podían enfrentarse en Trieste. Los problemas que les podían presentar Tremani, Eva Zurbano o incluso la policía. Spartaco de Kopfersberg había insistido en ello, pues en ese sentido era como su padre.

Drakic dejó aparcado por si las moscas un coche en la Via Redi. Podrían abandonar la casa por la parte trasera a través de la puerta escondida del muro, que hacía años había mandado hacer el viejo Kopfersberg sin permiso.

El Mercedes negro salió disparado por la Via Redi y cogió la Via Rossetti sin frenar. En su carrera le rayó el morro a un Fiat rojo. Además hizo que otros dos vehículos, que evitaron la colisión con el Mercedes frenando bruscamente, chocaran entre sí y bloquearan el paso al Alfa Romeo de color azul oscuro de los Carabinieri, que estaba aparcado como último coche antes del cruce. Los Carabinieri informaron por el radiotransmisor que no podían seguir al Mercedes negro. Otros debían ocuparse de ello.

El Mercedes dejó una larga marca al frenar en el muelle y se llevó por delante un contenedor de basura provocando un enorme estruendo. Spartaco de Kopfersberg y Viktor Drakic treparon las vallas hacia las instalaciones, que por la noche estaban cerradas. Con la Corbelli lo lograrían. Lograrían salir de la jurisdicción italiana

antes de que cualquier otro barco de la Guardia costera o de la Policía marítima intentara impedirlo. Un barco solo en todo caso no tendría ninguna oportunidad. Y en la oscuridad del mar ya no los encontrarían.

La Corbelli se puso rápidamente en marcha. Inmediatamente después de apretar el *starter* los cuatro motores empezaron a rugir escupiendo y temblando de fuerza. En pocos segundos estarían libres. Spartaco de Kopfersberg sacó el barco de la zona portuaria sin luces. Desde la terraza del club marítimo, un par de comensales les miraron asombrados por el estruendo. Vieron cómo rápidamente la Corbelli ganaba la zona abierta del puerto. Allí Kopfersberg dio todo gas. Los motores emitieron un ruido terrible. Viktor Drakic perdió el equilibrio. Fue a parar a la cubierta del barco dolorido, se cogió maldiciendo a un agarradero de acero inoxidable e intentó ponerse de nuevo en pie. Un foco de la Guardia costera iluminó el mar negro, pero sólo localizó la Corbelli cuando ésta ya se encontraba mar adentro. Se desplazaba por el tranquilo mar a una velocidad de setenta nudos. Del muelle de la Guardia costera partió un barco. También en el Porto Vecchio las sirenas azules de dos barcos de la Policía marítima se reflejaron sobre el agua del club marítimo. Demasiado tarde.

Viktor Drakic consiguió gracias a la fuerza de sus brazos alcanzar la zona del timonel y se colocó junto a Spartaco. Miraba tenso hacia la oscuridad, donde alcanzó a ver las luces de fondeo de dos mercantes anclados. Sus cascos apenas se distinguían del mar y del cielo.

Spartaco condujo la Corbelli hacia estribor. Los puños de Drakic se agarraron fuertemente a la barra. El barco chocaba violentamente contra las pequeñas olas. Drakic intentó hacer frente a la enorme fuerza generada por la velocidad apoyándose fuertemente sobre la pierna derecha. Poco después de Muggia alcanzarían las aguas territoriales de Eslovenia. Ésa era la meta de Kopfersberg. Entonces se adentraría en el mar y poco después cruzaría la frontera croata. Allí empezaban ya las aguas internacionales.

El ensordecedor estruendo de los motores era constante. El joven Kopfersberg se mostraba triunfante al timón con el cabello al aire. Se había apoyado ligeramente en el borde del sillón del piloto. Miró a Drakic y sonrió irónico. Drakic permaneció serio.

–Prácticamente lo hemos conseguido –gritó Kopfersberg orgulloso por encima del ruido de los motores–. Nadie puede competir contra este barco.

–Ve con cuidado, Spartaco –le contestó gritando Drakic–. Apenas hay visibilidad. ¿No tienes un faro?

–¿Qué quieres, que nos localicen? ¡El camino está libre!

–A estribor ya se avistaban las luces de Muggia sobre la bahía. Reconocieron de repente el contorno de otro mercante, que hasta entonces quedaba tapado por los otros dos. Estaba condenadamente cerca y el puente estaba bien iluminado.

Kopfersberg tuvo que corregir el rumbo de forma abrupta y escoró la Corbelli demasiado a estribor.

Ya era demasiado tarde cuando repararon de pronto en la oscura sombra del Diga Luigi Rizzo, el dique que protegía la bahía de Muggia y el Porto Nuovo de Trieste de las tormentas, que se alzaba sobre las negras aguas. Cuando Spartaco vio las luces de posición dio un golpe de timón a babor y de nuevo a estribor. Pero navegaban a demasiada velocidad y entraron violentamente en la zona del dique. Drakic estaba agarrado fuertemente a una barra, con los nudillos blancos por el esfuerzo. Pero el violento golpe de una ola lo lanzó al exterior.

Fue una explosión corta y seca, a la que siguió un fugaz resplandor. Desde los barcos de la policía que se acercaban, parecía como si ardieran hasta las negras piedras del dique. En un punto ardían algo más vívidamente.

Trieste, 23 de julio de 1999

Questura – 8 de la mañana

–¿A quién se debe esta fotografía? –el *questore* esperó en silencio a que los cuatro responsables de las fuerzas del orden se hubieran reunido y disparó la pregunta sin saludar y sin preámbulos. Lanzó rabioso el *Piccolo* sobre la mesa.

La reunión se había convocado a toda prisa durante la noche. Laurenti no había podido dormir mucho. También sus colegas tenían aspecto de haber dormido poco. Los interrogatorios terminaron sobre las tres de la madrugada. Esa mañana debían comentarse los resultados, antes de proseguir con los interrogatorios.

–¿Quién de vosotros ha informado a la prensa? –el *questore* se balanceaba y tenía la cara completamente roja de ira. Incluso le temblaban las manos–. ¡Habíamos acordado confidencialidad total! ¿Y bien?

Nadie de la mesa habló. Hubo cruce de miradas. Sólo Laurenti le observaba completamente tranquilo. Ya no le quedaban ánimos para ser tratado como un escolar. Antes de las siete ya se había agenciado un ejemplar del periódico en el kiosko, lo había hojeado en la misma calle y volvió a casa silbando con tanta alegría, que Laura le miró irritada y le ordenó que bajara el tono, haciéndole observar que los niños aún dormían. Laurenti le contestó únicamente con una sonrisa de satisfacción y siguió de muy buen humor. Le dejó el periódico sobre la mesa, la besó rápidamente y se fue al despacho.

Se trataba del último trabajo de Decantro en Trieste y en el *Piccolo*. *Corrupción de altos vuelos*, decía el titular de la portada. *Durante el registro de una villa repleta de prostitutas extranjeras, los prohombres de la ciudad también están bajo sospecha*. Y una maravillosa fotografía ponía la guinda al artículo: se veía a Cardotta con unos calzoncillos blancos ajustados que no le pertenecían frente a Laurenti y los agentes uniformados. Laurenti se golpeó el muslo. El artículo no era tan polémico como se podría esperar de Decantro y describía de forma clara y objetiva la redada y las sospechas. Ello le confería un talante incisivo adicional. Estaba claro que Rossana Di Matteo se lo había corregido antes de enviarlo a la imprenta. Con una historia así, en todo caso había que consultarle. Sólo la frase final era inequívocamente de Decantro. *Cabe la duda de que con este golpe se termine de una vez con la prostitución en Trieste, ¡aunque sin duda se trata de una buena estocada!*

–Opino que el artículo no es tan malo –dijo Laurenti rompiendo el tenso silencio–, aunque lo haya escrito Decantro.

El *questore* siguió despotricando antes de que Laurenti pudiera cerrar la boca.

–¿Está usted loco? ¡Esto es una catástrofe, Laurenti! Estoy convencido de que es

imposible que usted haya facilitado esta información después de su enfrentamiento con Decantro. ¿Sabe usted lo que se puede desatar con esto? Un huracán barrerá la ciudad y un tornado todo el exterior. ¡Piense usted en la ayuda a Turquía! La historia de Kosovo ya se había olvidado.

–Eso ya lo dije yo –se inmiscuyó el coronel de los Carabinieri. Alzó la barbilla y mostró su dentadura–. ¡No lo olviden!

–¡Usted cálese! –le gritó el *questore*–. El prefecto me ha telefoneado antes de las siete, el alcalde poco después. ¡Y todos los diputados de todos los partidos y etcétera! Debemos atenernos a lo que informen tanto las televisiones nacionales como internacionales. Y hágase una idea de lo que puede pasar con Cardotta. Quizá no tenga nada que ver con este asunto, puede que sea inocente. Entonces, señores míos, ¡toda la culpa caerá sobre la policía!

–¡*Questore* –intervino de nuevo Laurenti con determinación–, ninguno de los que hemos pillado en la villa es inocente! ¡Tampoco Cardotta! Se lo puedo jurar.

–¿Y qué pasa con el secreto de sumario, Laurenti? –el director de la policía se puso en pie, se quitó la chaqueta y se apoyó con ambas manos en la mesa–. Esto es mucho más grave. ¡No lo olvide usted! Quiero saber quién ha sido. Y pueden estar ustedes seguros de que lo averiguaré. ¡Todos ustedes! –se sentó, calló durante un momento y prosiguió–: Volvamos a esta última noche. ¡Empiece usted, Laurenti!

Laurenti carraspeó y esperó un momento antes de empezar.

–Aparte del hecho de que la palabra traición últimamente ya apenas me sorprende, quería decir lo siguiente: ¡todo ha sido por culpa de una maldita, oxidada y asquerosa vieja puerta metálica! –exclamó alargando ambos brazos hacia delante y dejando caer las manos sobre la mesa de forma aparatosa–. Una puerta que da a la Via Redi. ¡Y todos nosotros fuimos tan estúpidos como para ignorar su existencia!

De nuevo reinó un tenso silencio alrededor de la mesa. Ni siquiera el *questore* abrió la boca. El coronel de los Carabinieri miraba tenso un agujero de la pared y Zanolli, el mayor de la Guardia di Finanza, garabateaba apesadumbrado en una hoja de papel. Ettore Orlando callaba. Todos habían fallado, cada uno en su ámbito.

–Tremani –prosiguió Laurenti– despegó de Ronchi dei Legionari a las 20.57. Parece ser que estuvo muy poco tiempo en la villa. También debió de utilizar esa salida. Al menos sabemos que no salió por la puerta principal. ¿Por qué razón asistió a la fiesta? No tengo la menor idea, aunque esto también apesta. Me pregunto si se olió que podría tener lugar una redada.

De nuevo reinó un largo silencio. Entonces carraspeó Zanolli.

–No lo creo. Abandonaron el hotel a última hora de la tarde. Cuando salieron de Via dei Porta condujeron directamente hasta el aeropuerto. Además tuvieron que esperar a que les dieran el permiso para despegar. ¡No se trató de una fuga

precipitada! No, ya lo tenían planeado así. No se trata de un soplo, que, por otro lado, sólo habría podido salir de entre nuestra filas, de nadie más. De uno de los que estamos en esta sala.

El *questore* sacó un pañuelo y se secó el sudor del rostro.

—¡Sólo nos faltaba esto!

De nuevo reinó el silencio.

—Me irrita que Tremani no saliera por la puerta principal —dijo Laurenti—. ¿Por qué salieron por la puerta de atrás? Es ciertamente extraño.

—Por otra parte —dijo el *questore* ya algo más tranquilo—, es algo que encaja con el comportamiento de Tremani. Quizá por el hecho de no ser visto por los invitados prefirió salir por la puerta trasera...

—Entonces me pregunto por qué razón asistió a la fiesta si no quería verse con esa gente —replicó Orlando.

—¡Zanossi no ha hablado expresamente de la sospecha de traición, pero queda en el aire, señores míos! —el *questore* miró de nuevo fijamente a cada uno de los asistentes antes de seguir hablando—. Espero por nuestro bien que durante las investigaciones encontremos una solución. Debemos contar con que el prefecto nos prepare una comisión de investigación. A primera hora de esta mañana estaba hecho una furia y me ha emplazado a las doce del mediodía. Pero, Orlando, el que su colega estuviera en la fiesta demuestra que en nuestras filas no sólo Fossa colaboraba con el enemigo...

—¡Disculpe usted, *questore*! —le interrumpió Orlando—. Ayer por la noche me las tuve con él. Está metido hasta el cuello, aunque sólo sea por haber autorizado por escrito a TIMOIC a utilizar las instalaciones del puerto nuevo antes de que se firmara el negocio con las autoridades de la Unión Europea. De lo que también estoy convencido es de que no estaba al corriente de nuestros planes. De lo contrario, ayer por la noche no habría asistido a la fiesta.

El *questore* no hizo caso a su objeción.

—Prosigamos con los hechos. Así sabremos a qué atenernos. Laurenti, continúe.

—Eva Zurbano se dirigió desde la villa a casa de Benedetto Rallo, quien naturalmente no asistió a la fiesta. Ella no lo hubiese permitido. Me parece que ni siquiera fue invitado. Durante el interrogatorio, la Zurbano ha declarado esta noche que sabía del negocio con las chicas, pero que no estaba de acuerdo. Nunca estuvo relacionada con esa parte del negocio. Básicamente era asunto de Drakic. También el viejo Kopfersberg no estaba al principio muy por la labor, pero finalmente el dinero lo convenció. Además la Zurbano ha declarado que Tremani ya dijo por la tarde que le habían llamado desde Lecce y que esa misma noche tenía que partir. Quería conocer a Wolferer, pero éste llegó mucho más tarde. Todo eso lo preparó así Spartaco de Kopfersberg. Quería tener para sí a Wolferer. Tremani

eligió la otra salida porque la Via dei Porta estaba bloqueada con los demás vehículos.

—Suenan plausible —dijo el *questore*, aprovechando la corta pausa que le había dejado Laurenti—. Partamos entonces de la base de que eso fue lo que ocurrió. ¿Qué más Laurenti? ¿Qué es lo que dijo usted ayer por la noche sobre los pasaportes de las chicas?

—¡Todos falsos! La familia Fossa no ha tenido suficiente y ambos se han dejado sobornar por la gente de la villa. En Extranjería se les amontona el trabajo. Deben comprobar todos los documentos emitidos durante los últimos tres años. Prevén que durará meses. La *signora* Fossa lo ha negado todo, pero pronto cantará. Las pruebas son irrefutables.

—¿Qué sabemos de Rallo? —preguntó el *questore*.

—Mi gente está desde primera hora en el banco. La orden de registro ha llegado a las cinco de la madrugada. Si Rallo está metido en el ajo lo atraparemos —Zanossi había dormido aún menos que sus colegas. Había repasado toda la operación y la había puesto por escrito. Entonces intentó contactar con los jueces de instrucción para abrir los expedientes. Debía actuar antes de que desapareciera documentación. Los agentes de la Guardia di Finanza registraron por ello la vivienda de Rallo en primer lugar y después le acompañaron al banco.

—Si logramos dar con el principio del hilo, sólo habrá que tirar de él para deshacer toda la madeja. Siempre es igual. Ya se trate de blanqueo de dinero, de sobornos o de estafas. Y si existe una conexión con Tremani, entonces la encontraremos. Quizá consigamos en Trieste aquello de lo que no han sido capaces en Roma.

—No creo que en este aspecto consigamos ya algo consistente —el mal humor del director de la policía era evidente—. Orlando, ¿se ha encontrado finalmente a Drakic?

El lobo de mar se recostó armando un considerable estruendo en la silla, que le iba demasiado estrecha, y miró al *questore* de mal humor.

—No —juntó sus enormes y peludas manos y calló.

—¿Han buscado bien?

Orlando puso las palmas de las manos hacia arriba, las miró y después de alzarlas las dejó caer sobre la mesa.

—Creemos que Spartaco de Kopfersberg murió en el acto, en el momento en que la Corbelli se estrelló contra el dique. Y tras el incendio sólo es posible una urna para celebrar el entierro. De Drakic no hay ni rastro. Los comensales del club náutico vieron claramente como había dos personas en la lancha cuando se produjo el accidente. Suponemos que Drakic saltó o que fue lanzado por la borda. Con seguridad sobrevivió. Si no fuera el caso, seguro que ya lo habríamos encontrado. ¡Sin duda alguna!

–Mierda –dijo el *questore*, y calló.

Todos pusieron su mirada en él. Nunca antes le habían oído pronunciar la palabra «mierda».

–¿Y qué pasó con Fossa? –le preguntó finalmente Laurenti.

Cuatro pares de ojos se clavaron en el *questore*. De noche en el hotel Savoya Palace

Enrico Fossa se quería lucir. Sabía que debía implicarse en la operación. La habitación de Wolferer disponía de cuatro ventanas. El *questore* confiaba en que desde el balcón del sexto piso se pudiese ver el interior de la suite de Wolferer. Pero incluso inclinándose desde el balcón no se veía nada. Estaba claro que sólo podrían observar a Wolferer si se descolgaban hasta su balcón desde el sexto piso. Fossa era fuerte y estaba entrenado. A pesar de las objeciones del *questore* se decidió a hacerlo. Rápidamente se descalzó, se colgó el radiotransmisor en el cuello y aterrizó, tal como estaba previsto, en el balcón del piso inferior. El aterrizaje provocó solamente un ruido sordo después del salto, pero el *questore* se asustó. Fossa hizo una señal dando a entender que Wolferer estaba en su habitación. Se incorporó en el balcón y de espaldas a la fachada fue deslizándose a pequeños y precavidos pasos hacia el siguiente balcón por el pequeño muro que los separaba. Entonces resbaló. Fossa se pudo agarrar, pero cayó en el balcón vecino. Lentamente volvió a incorporarse. Y finalmente el *questore* escuchó su voz a través del radiotransmisor.

Fossa había visto a Wolferer junto con las chicas. Ya que frente al Savoya Palace sólo se veía mar abierto, las cortinas no estaban corridas. Eran dos las chicas que se ocupaban de Wolferer. El alto funcionario estaba debajo, bañado en sudor y con una expresión beatífica en la cara, con los ojos entrecerrados. La rubia, montada sobre él con los pechos bailando, tenía una expresión aburrida. Wolferer la agarraba por la cintura. La otra chica salió del baño y se sirvió una copa de champán. De repente esgrimió una pequeña cámara en la mano y sacó varias instantáneas. La guapa rubia había echado lascivamente la cabeza hacia atrás y había colocado las manos de Wolferer en sus pechos. A pesar de no haber flash seguro que en la fotografía se le reconocería fácilmente. La fotógrafa guardó la cámara en su bolso y se vistió. Entonces la otra también se levantó. Wolferer no pudo detenerla. Se levantó y se metió en el baño. Salió después de algunos minutos y también se vistió. Ambas chicas le esperaron aburridas. Fossa informó al *questore* con voz apagada por el radiotransmisor hasta el mínimo detalle. Confiaba en poder salir airoso después de aquella colaboración.

Fossa ya había hecho su trabajo y no quería esperar más. Se subió a la baranda

del balcón y quiso trepar al inmediatamente superior. Pero le faltaban diez centímetros. Al saltar pensó que lo alcanzaría.

Fossa cayó al vacío y fue a dar a un balcón dos pisos más abajo. Una mesa amortiguó su caída. El *questore* bajó las escaleras interiores a toda velocidad. Gracias a la llave maestra pudo introducirse en la habitación correcta y se agachó frente a Fossa. Al reconocerle, Fossa sonrió.

–Estoy bien –dijo.

–Una ambulancia –gritó el *questore* por el radiotransmisor–, ¡y rápido!

Entonces cogió uno de los cojines de la habitación y se lo puso a Fossa debajo de la cabeza.

Pasó un rato hasta que llegaron los enfermeros. El *questore* no dejaba de mirar por encima del balcón hacia la calle, como si así pudiera hacer que la ambulancia llegara antes. Tras un cuarto de hora vio como Wolferer y las dos fulanas cogían un taxi. Poco después llegó la ambulancia.

–Fossa sobrevivirá, podría haber sido peor. Cinco costillas rotas, la clavícula también, además de una fuerte conmoción cerebral. Gracias a Dios es duro de pelar –mientras el *questore* contaba esta historia no apartó la mirada del sello de la mesa.

Trabajo de rutina

Desde las once de la mañana se estaba interrogando al Dr. Otto Wolferer. Estaban sentados en una habitación desnuda con una larga mesa y seis sillas. En el centro de la mesa había colocados micrófonos y una grabadora. Estaban en Coroneo, en el Palacio de Justicia, donde se encontraban las celdas para los presos preventivos. Wolferer había pedido que se llamara al cónsul austriaco. Éste se abstuvo de intervenir en cuanto conoció los hechos y se limitó a enviar al abogado del consulado. Además de Laurenti estaban presentes una intérprete jurada y Zanossi. El mayor de la Guardia di Finanza esperaba aburrido a que el interrogatorio llegara a un punto en que se convirtiera en interesante para él, es decir, cuando se hablara de dinero.

Hasta ese momento no habían avanzado mucho. Wolferer declaró sólo vaguedades, que se vio involucrado cuando le convencieron durante la adjudicación del suministro de la ayuda humanitaria para Turquía. Era un trabajador concienzudo, según dijo, y las pobres personas de allí necesitaban ayuda lo más rápido posible. Tal como lo formuló, estaba claro que había sido una tontería dejarse agasajar para conseguir el pedido. Pero no era justo que lo mantuvieran allí detenido. Él mismo era jurista y conocía sus derechos. Y presionó con dificultades diplomáticas.

–¡Doctor, le agradecería que mirara estas fotografías! – Laurenti las empujó por

encima de la mesa.

–¿De dónde las ha sacado? –Wolferer se encogió de hombros y tomó aire–. Esto es delito contra la privacidad.

–Tiene usted razón, doctor. Encontramos la película en la villa de Kopfersberg, doctor.

El abogado fue hojeando las fotografías una a una y la intérprete sucumbió a la tentación de alargar el cuello desde una posición algo apartada.

–Mi representado tiene derecho a saber de dónde salen estas fotografías.

–¡Nadie mejor que él lo sabe! Le querían chantajear. ¡Dé usted gracias a Dios de que obren en nuestro poder! En caso contrario hubiera supuesto un vía crucis para usted. Mucho peor del que le espera ahora –le dijo Zanossi–. Doctor, usted ha hecho negocios con esta gente. Ha recibido dinero con el fin de conceder el pedido a TIMOIC. Debería usted confesar la verdad. De todas formas, la averiguaremos. Lo que buscaban con estas fotografías era chantajearle y no pagarle más en el futuro. Le han engañado, doctor. Si es que se puede llamar engaño. ¿Quiénes eran entonces sus colegas y de quién recibió el dinero?

–¡Quiero un abogado!

–¡Está sentado aquí, doctor! Aunque puede usted elegir otro.

–No diré nada más –Wolferer calló como un muerto y se quedó inmóvil sobre su silla. Cuando lo devolvieron a su celda lo tuvieron que acompañar dos agentes.

Laurenti no tenía ninguna gana de interrogar a Tatiana Drakic. Recordó la llamada del *questore* a la cooperación al finalizar la reunión de esa misma mañana, así que llamó al coronel de los Carabinieri.

–Coronel –dijo–, Olga Jartov pertenece a su caso. Ahí empezó todo. ¿No podemos olvidar todas nuestras divergencias?

–Por mí que así sea, Laurenti –contestó el coronel a regañadientes–. ¿Qué es lo que pasa?

–Quería preguntarle si no querría interrogar usted primero a Tatiana Drakic. Sería lo más correcto y honesto por mi parte. Además, creo que a usted le tendrá más respeto. Yo ya me las he visto demasiadas veces con ella. Creo que podría usted acelerar las investigaciones, coronel. Me haría usted un gran favor.. –Laurenti se mordió la lengua–. Creo que puede aportar usted mucho más para cerrar el caso.

–¿Cuándo me enviará usted el expediente?

–¡Ya está en camino, coronel! Se lo agradezco. Ya hablaremos. ¡Que vaya todo bien! –Laurenti colgó antes de que el mayor de los Carabinieri se lo pensara mejor.

El tiburón está muerto

Proteo llevó por la noche a su madre a la estación. Estaba de mal humor y continuamente le hacía reproches porque apenas se habían visto durante su estancia. Aunque siempre era así cuando les visitaba en Trieste. En un momento dado, Proteo dejó de disculparse y de dar explicaciones. Cuando la madre quería tener a su hijo, entonces todo lo demás en el mundo era secundario. Laurenti se quitó un peso de encima cuando finalmente la vio sentada en su compartimento con la maleta ya colocada. La besó fuertemente en las mejillas como despedida y, a pesar del alivio, cuando el tren se puso en marcha le invadió un leve sentimiento de melancolía.

El tiburón está muerto era el titular de portada del *Piccolo*. La noche pasada el tiburón quedó atrapado en las redes de un pesquero en el golfo y en el rabioso intento por salir de su prisión se hirió gravemente. Uno de los pescadores casi perdió la vida cuando fue arrastrado de forma repentina por la borda al tirar el tiburón violentamente de la red. Sin embargo, se agarró bien al cabo y fue rescatado por sus colegas antes de que la bestia se le acercara. Después de una larga batalla, en la que la tripulación contó con la ayuda de los marineros de otra embarcación, se pudo pescar al animal. Un arpón que le dio de lleno terminó con su vida.

Ahora, mientras esperaba a Decantro en un bar, Laurenti pudo terminar de leer el periódico. Por la mañana sólo le había interesado un artículo en concreto.

—Disculpe usted el retraso —le saludó Decantro—. Estaba esperando mi certificado.

—¿Está usted contento? —le preguntó Laurenti.

—No del todo, pero mis artículos hablan por sí solos.

—¿Cuándo se marcha usted?

—Dentro de tres horas. Pasado mañana empiezo en el *Corriere*.

La idea le vino a la cabeza a Laurenti tres horas antes de entrar en la villa de Via dei Porta. Estaba muy alterado y sopesaba los riesgos de la operación. Finalmente hizo de tripas corazón y telefoneó a Decantro. Mientras marcaba el número aún le asaltó la duda. El periodista estaba más que asombrado de oír la voz de Laurenti, aunque accedió a verse con él tratándose de un asunto confidencial. Laurenti sacó su coche polvoriento del parking y le esperó en una de las calles adyacentes a la sede del *Piccolo*. Era preferible que no se encontraran en un bar, pues alguien podría reconocerlos. En un cuarto de hora Decantro ya estaba informado de todo.

—Sobre todo, no se olvide de la cámara de fotos —le había conminado Laurenti—, y si alguien sabe algo de nuestro encuentro lo pagará muy caro. En cualquier caso nadie creería que me he reunido con usted, Decantro. Si habla le pondré una demanda y armaré un gran follón. ¡Es una oportunidad para usted, una historia como ésta no se le presentará de nuevo! Piénselo.

Decantro había sonreído inseguro, aunque estaba claro que había entendido la

situación. Y Decantro hizo bien su trabajo. Aunque no por ello a Laurenti le caía mejor. Que se encontraran era un simple formulismo. Decantro le pidió que tomaran un café juntos para hacer las paces.

–¿Qué pasó luego? –le preguntó removiendo su café con la cucharita.

–Ahora sólo queda la parte administrativa –dijo Laurenti–. Puro papeleo... El *questore* pudo hacerle ver al prefecto que a pesar de todo la operación no ha ido tan mal. Nos ahorramos la comisión de investigación. Fossa permanece bajo vigilancia en el hospital. Su mujer está bajo arresto domiciliario. Ambos han sido suspendidos de servicio. Eva Zurbano también se encuentra bajo arresto domiciliario, y Benedetto Rallo está en la cárcel. Los colegas de la Guardia di Finanza aún confían en dar con una conexión con Tremani. Las chicas serán expulsadas dentro de dos días. Si no se han enterado de nada, dentro de poco volverán a estar en Occidente. Y de Viktor Drakic no hay ni rastro.

–¿Y el presidente de la Unión Naviera? ¿Y no había también alguien de la Capitanía? –preguntó Decantro.

–Sí. Ambos están entre rejas.

–¿De qué se les acusa?

–¡Escúcheme, Decantro! Ya se lo puede usted imaginar. Ahora me tengo que ir.

–Espero que nos volvamos a ver, comisario –dijo Decantro, y le estrechó la mano.

–Yo no, Decantro –le contestó Laurenti–. ¡En todo caso le deseo todo lo mejor! –le dejó allí plantado y ya en la calle se limpió la mano derecha con la pernera del pantalón.

Por lo menos a escala estadística ahora la policía de Trieste, y especialmente Proteo Laurenti, pasaría una época más tranquila. Muy tranquila. Estadísticamente la ciudad ya había superado los casos criminales anuales en mucho. Trieste no era ni Milán ni Nápoles. Sólo debían proseguir con los controles nocturnos en el Borgo Teresiano, aunque pronto se convertirían en una rutina más.

Laurenti quería volver a nadar de una vez por todas. El verano estaba en su apogeo sobre el golfo de Trieste. La catedral de Pirano brillaba a lo lejos en el sur a la luz del sol y en el oeste las islas de la laguna de Grado destacaban como si cabalgaran sobre el resplandeciente mar. La temperatura del agua era de veinticinco grados y el tiburón estaba muerto. Sólo los ventiladores del patio de luces seguían haciendo el mismo ruido de siempre. En cuatro semanas se celebraría por la noche la desgraciada elección de Miss Trieste en la Piazza dell'Unità d'Italia. Quizá aún estaba a tiempo de convencer a Livia de que no se presentase. Aunque no tenía muchas posibilidades. Las mujeres de su familia eran horriblemente cabezotas y nunca habían hecho caso a la policía.

Título original: *Gib jedem seinen eigenen Tod*

Edición en formato digital: mayo de 2013

© Paul Zsolnay Verlag Gesellschaft mbH, Viena, 2001

© De la traducción, Christian Martí-Menzel, 2006

© Ediciones Siruela, S. A., 2006, 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-87-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
A cada uno su propia muerte	4
Trieste, 12 de septiembre de 1977	7
Aeropuerto Internacional de Viena 12 de julio de 1999	11
Trieste, 17 de julio de 1999	15
Trieste, 18 de julio de 1999, 1.10 h barrio de San Giacomo	60
Trieste, 18 de julio de 1999	65
Trieste, 19 de julio de 1999	98
Parenzo, Croacia, 20 de julio de 1999, 20.00 h	121
Trieste, 20 de julio de 1999	124
Parenzo/Trieste, 21 de julio de 1999, pasada la medianoche	132
Trieste, 21 de julio de 1999	136
Trieste, 22 de julio de 1999	165
16 de julio, 21.10 h, frente a la Sacca degli Scardovi, Podelta	184
Trieste, 22 de julio de 1999, a partir de las 19.15 h, la Questura	191
Trieste, 23 de julio de 1999	207
Créditos	217